

ANCORA DE SALVACION

Por el
R. P. JOSÉ MACH, S. J.

Edición aumentada con oraciones y novenas
adaptadas a las Arquidiócesis de la
América Latina

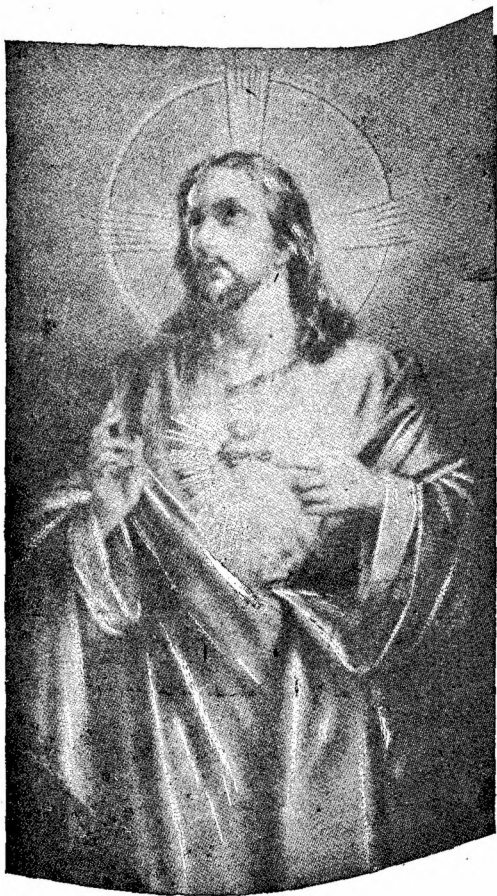
(QUINTA EDICION)



EDITORIAL SAN LUIS

BERNAL Prov. Buenos Aires

ANCORA DE SALVACION



Buenos Aires, Marzo 31 de 1949

NIHIL OBSTAT

CÉSAR F. PEDOTTI

Buenos Aires, Marzo 31 de 1949

PUEDE IMPRIMIRSE

† ANTONIO ROCCA

Obispo de Augusta y Vic. Gen.

INDICE

Advertencia acerca de los Santos del Calendario	14
¡Qué bella y consoladora es la Religión! ..	16
Principales oraciones y obligaciones de todo cristiano	24
Ayunos y abstinencias	29
Obras del día: Primera ocupación del cristiano por la mañana	33
Ofrecimiento de las obras del día	34
A María Santísima	35
Al Ángel Custodio	35
Modo de santificar las obras del día	36
Trabajo	37
Al vestirse	38
Al salir de casa	38
Antes de comer	38
Al dar la hora	39
Tentaciones	40
Recreo	41
Al encontrar el Santo Viático	42
Angelus Domini	42
Ejercicio para la noche	44
Actos de Fe, Esperanza y Caridad	46
Acto de contrición	47
La Santa Misa	
Explicación de la Santa Misa	49
Misterios que se presentan en la Santa Misa	49
Comunión Espiritual	58
Anima Christi	58
Modo de oír bien la Santa Misa	61
Otros métodos para oír santamente la Misa	85
Himno "Veni Sancte Spiritus"	87
Te Deum Laudamus	89

Plan de vida para todo cristiano que desee salvarse	92
Plan de vida para los que aspiren a la perfección	93
Sacramentos	
Reglas para recibirlos dignamente	95
Examen de conciencia	99
Examen general para toda clase de personas	100
Examen sobre los deberes propios de cada estado	105
Motivos de contrición para antes de la confesión	113
Otros motivos de contrición	115
Avisos para la confesión	118
Acto de contrición	121
Para antes de la Comunión	122
Acción de gracias	125
Oración a Jesús Crucificado	128
Oración para ofrecer la visita de altares, jubileos e indulgencias	129
Al Santo Ángel de la Guarda	130
Acto de ofrecimiento	132
Acto de consagración	134
A San José	135
Dolores y Gozos de San José	136
Oración a San José	138
El "Acordaos" a San José	139
Oración a San Joaquín y Santa Ana	140
Principales festividades del año	
Modo de celebrarlas con fruto	141
Modo de hacer un Triduo o novena	142
Modo de honrar a cualquier Santo	143
Oraciones varias	
Para renovar las promesas del Bautismo ..	146

Oración a San Antonio de Padua	149
„ a Santo Tomás de Aquino	150
„ al Santo de nuestro nombre	151
„ a San Roque	152
„ a Santa Teresa de Jesús	154
„ a la Virgen del Carmen	157
„ a San Ignacio de Loyola	158
„ a San Luis Gonzaga	159
„ a San Cayetano	161
„ a San Ramón Nonato	161
„ a Santa Rosa de Lima	162
„ a Nuestra Señora del Valle	163
„ a la Virgen del Rosario de Pompeya	164
„ a la Virgen de Guadalupe	164
„ a Santa Rita de Casia	165
„ a Nuestra Señora de Luján	166
„ a Santa Marta	166
„ a San Judas Tadeo	167
„ a Nuestra Señora de Lourdes ..	168
„ a Santa Lucía	168
„ a Santa Teresita del Niño Jesús .	169
Por la conversión de los cismáticos	170
Por la Sociedad de S. Vicente de Paul ..	171
Para los hijos y dependientes	172
De los hijos por sus padres	175
Para acudir a Dios en las aflicciones	176
En reparación de las blasfemias	179
Por la salvación del universo	182
Devoción a María Santísima	185
Memorare u oración de San Bernardo ..	186
Acto de consagración	187
Novenas en honor de María Santísima ...	190
Obsequios para el Mes de Maria	191
Varias mortificaciones	200

Corte de María. Oraciones y visitas	202
Salutaciones	203
Santo Rosario	208
Misterios gozosos	209
Misterios dolorosos	212
Misterios gloriosos	214
Letanías lauretanas	218
Trisagio a la Santísima Trinidad	221
Corona de los Siete Dolores de María Santísima	225
 Devoción a Jesús	
Súplicas al Niño Jesús	236
A Jesús Sacramentado. Durante la exposición de las 40 horas	240
Quince minutos en compañía de Jesús Sacramentado	242
Acto de desagravio al S. C. de Jesús para los diferentes meses del año	248
Preces y afectos piadosos al S. C. de Jesús	273
Culto perpetuo al Corazón de Jesús	275
Devoción al Corazón agonizante de Jesús	281
Letanías al Smo. Nombre de Jesús	284
Oración a N. S. Jesucrista	287
Acto de consagración al Divino Corazón de Sta. M. María Alacoque	288
Novena al Sagrado Corazón de Jesús	292
Oración mental (varios modos)	300
Meditaciones para cada día de la semana	306
Pasión de Nuestro Señor Jesucristo	315
Reloj de la Pasión: Jueves	318
Viernes	319
Examen particular	321
Lección espiritual	322
Modo más fácil de santificar la semana ..	324
Modo de acertar en la elección de estado ..	325

Presencia de Dios	327
Un día de retiro al mes	330
Preparación práctica para la muerte	332
Súplicas para obtener una buena muerte .	335
Modo práctico para ayudar a bien morir .	338
Recomendación del alma. Letanías de los agonizantes	344
Vía Crucis	353
Modo breve de hacer el Vía Crucis	356
Adoración a las cinco llagas de Jesús	417
 Oficios de la Semana Santa	
Domingo de Ramos	420
Lunes Santo	439
Martes Santo	443
Miércoles Santo	445
Jueves Santo	447
Viernes Santo	455
Sábado Santo	465
 Novenas varias	
Novena a las Ánimas del Purgatorio	469
Acto heroico de caridad en favor de las benditas Almas del Purgatorio	535
Novena a Nuestra Señora del Carmen ...	539
Novena a San Cayetano	547
Las Indulgencias	566
 Cánticos Religiosos	
Himno del Congreso Eucarístico de Buenos Aires del año 1934	569
¡Oh María, Madre Mía!	570
Alabado sea el Santísimo	571
A Dios queremos	572
Salva al Pueblo Argentino	574

EXPLICACIÓN

de cómo se han de hallar los días de la semana
por las letras dominicales

Las letras dominicales son siete, A, B, C, D, E, F, G, mayúsculas o minúsculas. Para hallar el día de la semana se mira la tabla de las fiestas movibles: en la primera columna están los años, en la segunda las letras dominicales. Se quiere saber, por ejemplo, en qué día de la semana cae la fiesta de la Asunción de la Virgen en el año, luego la letra dominical, que en este año 1952 es (e), ahora se mira la tabla del mes de agosto, y el día en que está la letra dominical, que en este año se ha dicho que es (e), se le llama domingo, y se va siguiendo contando por los días de la semana diciendo: domingo, lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, que es el día 15; y así se dice que la fiesta de la Asunción de la Virgen, que es el día 15, cae en viernes: y por este estilo se puede saber todas las demás fiestas del año que están en día fijo de mes.

Debe advertirse que cuando el año es bisiesto hay dos letras dominicales, como se ve en la tabla: con la primera se cuenta hasta el día 24 de febrero, y con la otra desde este día en adelante. En el día 24 se reza de San Modesto Obispo, y en el 25 de San Matías.

Cuando en la tabla de los meses se ve esta ✠ cruz, quiere decir que aquel día es fiesta de precepto; y cuando se halla esta † cruz pequeña quiere decir que antes había obligación de oír Misa.

TABLA DE LAS FIESTAS MOVIBLES

AÑOS	LIT. D.	SEPTUAG.	CENIZA	PASCUA	ASCENS.	PENTEC.	CORPUS	ADVIENTO
1958	e	2 febr.	19 febr.	6 abril	15 mayo	25 mayo	5 junio	30 noviem.
1959	d	25 enero	2 marzo	29 marzo	7 mayo	17 mayo	28 mayo	29 noviem.
1960	cb	14 febr.	11 febr.	17 abril	26 mayo	5 junio	16 junio	27 noviem.
1961	A	29 enero	15 febr.	2 abril	11 mayo	21 mayo	1 junio	3 diciem.
1962	g	18 febr.	7 marzo	22 abril	31 mayo	10 junio	21 junio	2 diciem.
1963	f	10 febr.	27 febr.	14 abril	23 mayo	2 junio	13 junio	1 diciem.
1964	cd	26 enero	12 febr.	29 marzo	7 mayo	17 mayo	28 mayo	29 noviem.
1965	c	14 febr.	3 marzo	18 abril	27 mayo	6 junio	17 junio	28 noviem.
1966	b	6 febr.	23 febr.	10 abril	19 mayo	29 mayo	9 junio	27 noviem.
1967	A	22 enero	8 febr.	26 marzo	4 mayo	14 mayo	25 mayo	3 diciem.
1968	gf	11 febr.	28 febr.	14 abril	23 mayo	6 junio	13 junio	1 diciem.

Observaciones: Domingo de Carnaval: tres días antes del miércoles de Ceniza.

Patrocinio de S. José: miércoles siguiente al 2º domingo después de Pascua.

Ntra. Sra. de Luján: sábado siguiente al 3er. domingo después de Pascua.

Corazón de Jesús: el viernes siguiente a la octava de Corpus Christi,

ADVERTENCIA

Acerca de los Santos del Calendario

En este calendario hallarás, cristiano, los santos cuyas fiestas la Iglesia celebra en el decurso del año: ellos se hallan en el cielo, donde son y serán felices por toda la eternidad; ellos son tus medianeros para con Dios, y ruegan a Dios por ti como rogaban por su pueblo Onías y Jeremías (1), ellos desean tu felicidad, y esperan verte un día allá en el cielo en su compañía; y tú debes tomar el camino que ellos tomaron, y practicar las virtudes que ellos practicaron, en ellos tienes un espejo en que mirarte, y un modelo que debes copiar y para que tengas más claro conocimiento de sus méritos y virtudes, podrás leer sus vidas, escritas por el P. Croisset, en el Año Cristiano, o por otros autores. En esta santa lectura no podrás menos de alabar la providencia y misericordia de Dios, en ver tantos santos de todo estado, sexo y condición, y de todas las edades. No hay duda que esto anima muchísimo a confiar en Dios y excita con una fuerza irresistible a poner en práctica los medios más a propósito para conseguir el mismo fin. No dudo que dirás: la voluntad no se resiste ni puede resistirse al ver tantos santos y santas que eran hombres y mujeres como yo, flacos y mise-

(1) II de los Macabeos, c. 15, vv. 11 y 13.

rables como yo, y que algunos habían sido tanto y quizá más pecadores que yo; pero se arrepintieron y se confesaron bien de todos sus pecados, y así consiguieron la gracia: al contemplar que ellos vivían en el mundo, mundo en que yo vivo, rodeados de los mismos peligros y combatidos de los mismos enemigos, y no obstante se salvaron: también espero salvarme yo si hago la que ellos hicieron. ¿No serás como éstos y éstas? me digo, como se decía Agustín. Sí, yo me valdré de los medios de que ellos se valieron, y así conseguiré el mismo fin, ya que no me interesa menos a mí el salvarme que les interesaba a ellos su salvación. Ellos se salvaron; también me quiero salvar yo, cueste lo que costare. Al efecto procuraré tener a la vista las imágenes de los santos cuyos originales están en los cielos; leeré con reflexión sus vidas; celebraré con devoción sus fiestas, no a lo mundano con bailes, embriagueces, deshonestidades y otros pecados, como hacen los malos cristianos, sino admirando su heroísmo e imitando sus virtudes; y así espero conseguir la verdadera felicidad que ha de durar por toda la eternidad en el cielo. Amén.



CALENDARIO PERPETUO

ENERO

1	A	✠ LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR.*
2	b	s. Macario, ab.
3	c	s. Daniel m. y sta. Genoveva v.
4	d	s. Tito ob. y m.
5	e	s. Telésforo p. y m.
6	f	✠ LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES.
7	g	stos. Raimundo y Teodoro, confs.
8	A	s. Luciano comps. mrs.
9	b	s. Marcelo ob. y sta. Basilia m.
10	c	s. Guillermo arz. y s. Gonz. de Amarante c.
11	d	s. Higinio p. y m. y s. Salvio ob.
12	e	s. Victoriano ab.
13	f	s. Gumersindo m.
14	g	s. Hilario ob. y c.
15	A	s. Pablo primer ermitaño.
16	b	s. Fulgencio ob. y s. Marcelo p. y m.
17	c	s. Antonio abad.
18	d	La Cátedra de s. Pedro en Roma.
19	e	s. Canuto rey y m.
20	f	stos. Fabián y Sebastián mrs.
21	g	s. Fructuoso ob y m. y s. Inés v. y m.
22	A	stos. Vicente y Anastasio mrs.
23	b	s. Raimundo de Peñafort c.
24	c	Ntra. Sra. de la Paz y s. Timoteo ob.
25	d	La conversión de s. Pablo, ap.
26	e	sta. Paula vda. y s. Policarpo ob. y m.
27	f	s. Juan Crisóstomo ob. y dr.
28	g	s. Pedro Nolasco fund.
29	A	stos. Francisco de Sales y Valero, obs. y cfs.
30	b	sta. Martina v. y m.
31	c	s. Juan Bosco fund.

* El domingo después de la Circuncisión es la fiesta del Santísimo Nombre de Jesús; el 2, cuando Epifanía cae en domingo.

FEBRERO

1	d	stos. Ignacio y Cecilio obs. y mrs.
2	e	† LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA.
3	g	s. Blas ob. y m.
4	g	s. Andrés Corsino y s. José de Leonisa c.
5	A	sta. Águeda v. y m.
6	b	sta. Dorotea v. y m.
7	c	s. Romualdo ab.
8	d	s. Juan de Mata c. y fund.
9	e	sta. Apolonia v. y m.
10	f	sta. Escolástica v. y s. Guillermo c.
11	g	Nuestra Señora de Lourdes.
12	A	sta. Eulalia v. y m.
13	b	sta. Catalina de Riccis v.
14	c	s. Valentín m.
15	d	s. Faustino y sta. Jovita mrs.
16	e	stos. Elías, Jeremías y Daniel.
17	f	s. Pedro Tomás ob.
18	g	s. Simeón ob. y m.
19	A	stos. Conrado y Álvaro de Córdoba cfs.
20	b	s. León ob. y c.
21	c	s. Félix ob.
22	d	La Cátedra de San Pedro en Antioquía.
23	e	sta. Margarita de Cortona y s. Pedro Damiano ob. y dr.
24	f	† s. Matías ap. y s. Modesto ob.
25	g	s. Avertano c.
26	A	s. Néstor.
27	b	s. Baldomero c. y s. Mauricio m.
28	c	s. Román ab. y s. Macario y comps. mrs.

Si el año fuese bisiesto (y lo será siempre que los dos últimos números sean divisibles por 4), febrero tiene 29 días y entonces San Matías se celebra el 25, San Román el 28 y San Macario el 29.

La * indica a las personas amantes de la perfección, que en este devocionario hallarán la oración o algún otro obsequio en honor del Santo que se celebra en aquel día.

MARZO

1	d	s. Rosendo ob. y c.*
2	e	s. Simplicio p. y c.
3	f	stos. Celestino y Emeterio mrs.
4	g	s. Casimiro rey y c.
5	A	s. Nicolás Factor c.
6	b	stas. Perpetua y Felicidad mrs.
7	c	s. Tomás de Aquino dr.
8	d	s. Juan de Dios fund.
9	e	s. Paciano ob. y sta. Francisca vda.
10	f	s. Melitón y treinta y nueve comps. mrs.
11	g	s. Eulogio m. y s. Fermín
12	A	s. Gregorio p. y dr.
13	b	s. Leandro arz. y sta. Engracia.
14	c	sta. Matilde reina y sta. Florencia v.
15	d	sta. Madrona v. y s. Raimundo fund.
16	e	s. Heriberto ob. y c.
17	f	s. Patricio ob.
18	g	stos. Cirilo y Braulio ob.
19	A	✠ s. José esposo de la Virgen y patrono de la Iglesia.*
20	b	s. Niceto ob. y c. y sta. Eufemia v. y m.
21	c	s. Benito ab. y fund.
22	d	s. Ambrosio de Sena c.
23	e	s. Victoriano m. y el beato José Oriol c.
24	f	s. Gabriel, arcángel.
25	g	† LA ANUNCIACIÓN DE LA SMA. VIRGEN.
26	A	s. Cástulo m.
27	b	s. Juan Damasceno conf.
28	c	s. Sixto III p. y c.
29	d	s. Eustaquio ab.
30	e	s. Juan Climaco ab.
31	f	sta. Balbina v. y m.

Cuando la fiesta de la Anunciación cae en viernes o sábado santos, se traslada el 2º lunes después de Pascua.

Días de abstinencia con ayuno: el miércoles de Ceniza y todos los viernes de Cuaresma.

Días de ayuno solo sin abstinencia: todos los demás miércoles de Cuaresma y el Jueves Santo.

ABRIL

1	g	s. Venancio ob. y m.*
2	A	s. Francisco de Paula fund.
3	b	s. Benito de Palermo c.
4	c	s. Isidoro ob.
5	d	s. Vicente Ferrer c.
6	e	s. Celestino p. y c.
7	f	s. Epifanio ob. y m.
8	g	s. Dionisio m.
9	A	sta. María Cicofé.
10	b	s. Ezequiel profeta.
11	c	s. León Magno p. y dr.
12	d	s. Zenón ob. y m.
13	e	s. Hermenegildo rey y m.
14	f	s. Pedro González Telmo y s. Tiburcio y compañeros mártires.
15	g	stas. Basilisa y Anastasia mrs.
16	A	sto. Toribio ob., sta. Engracia v. y m.
17	b	s. Aniceto p. y m.
18	c	s. Eleuterio ob. y mar.
19	d	s. Hermógenes m.
20	e	sta. Inés de Montepulciano v., s. Marcelino ob. y s. Serviliano m.
21	f	s. Anselmo ob. y dr.
22	g	stos. Soterod y Cayo papas y mrs.
23	A	† s. Jorge m.
24	b	s. Gregorio ob. y s. Fidel m.
25	c	s. Marcos evangelista. LETANÍAS MAYORES.
26	d	Ntra. Sra. del Buen Consejo y stos. Cleto y Marcelino papas y mrs.
27	e	s. Pedro Armengol m., s. Anastasio p. y Pedro Canisio conf.
28	f	s. Pablo de la Cruz fund.
29	g	s. Pedro de Verona m. y s. Roberto ab.
30	A	sta. Catalina de Sena y s. Pelegrín c.

El miércoles después del 2º domingo de Pascua, el
PATROCINIO DE SAN JOSÉ.

M A Y O

1	b	stos. Felipe y Santiago apóst.*
2	c	s. Atanasio ob. y dr.
3	d	† La invención de la Santa Cruz.
4	e	sta. Mónica viuda.
5	f	s. Pío V p. y la Conversión de s. Agustín.
6	g	s. Juan ante Portam latinam.
7	A	s. Estanislao ob. y m.
8	b	La aparición de s. Miguel arcángel
9	c	s. Gregorio Nacianceno ob. y dr.
10	d	s. Antonio arz.
11	e	s. Francisco de Jerónimo c. y los stos. Eudaldo y Poncio mrs.
12	f	sto. Domingo de la Calzada c. y s. Pancracio m.
13	g	s. Roberto Bciarmino ob.
14	A	s. Bonifacio m.
15	b	† s. Isidro labrador y s. Juan Bautista de La Salle fund.
16	c	s. Juan Nepomuceno m.
17	d	s. Pascual Bailón.
18	e	s. Félix Cantalicio c.
19	f	s. Pedro Celestino p. y c. y s. Ivo abogado.
20	g	s. Bernardino de Sena c. y s. Braulio m.
21	A	s. Secundino m. y s. Andrés Robola m.
22	b	sta. Rita de Casia vda. y sta. Quitéria v.
23	c	La aparición de Santiago ap., s. Juan de Rossi.
24	d	s. Robustiano m.
25	e	FIESTA CÍVICA. s. Gregorio VII ap.
26	f	s. Felipe Neri fund.
27	g	s. Juan p. y m.
28	A	s. Justo ob. y c.
29	b	sta. María Magdalena de Pazzis v.
30	c	s. Fernando rey y sta. Juana de Arco.
31	d	La Madre del Amor hermoso y sta. Petronila v.

Esta * al principio de cada mes recuerda a los devotos del Corazón de Jesús el acto de desagravio que hallarán en su lugar correspondiente, para el primer viernes del mes.

El viernes después de la octava de Corpus, el SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

JUNIO

1	e	s. Simeón monje y s. Fortunato pbro.*
2	f	stos. Marcelino, Pedro y Erasmo mr.
3	g	s. Isaac monje y m. sta. Clotilde reina.
4	A	s. Francisco Caracciolo fund.
5	b	s. Bonifacio ob. y m.
6	c	s. Norberto ob., c. y fund.
7	d	s. Pablo ob. y c.
8	e	s. Medrano ob. y s. Salustiano c.
9	f	stos. Primo y Feliciano mrs.
10	g	sta. Margarita reina de Escocia vda.
11	A	s. Bernabé ap.
12	b	s. Juan de Sahagún y s. Onofre anac.
13	c	† s. Antonio de Padua, confesor.
14	d	s. Basilio Magno dr. y fund.
15	e	stos. Vito, Modesto y Crescencia mrs.
16	f	s. Juan Francisco Regis c.
18	A	s. Manuel y comps. y mrs.
19	b	stos. Marcos y Marcelino hermanos mrs.
17	g	sta. Juliana de Falconieri v. y stos. Gervasio y Protasio mrs.
21	d	DÍA DE LA BANDERA. s. Silverio p. y m.
20	c	s. Luis Gonzaga c.
22	e	s. Paulino ob. y c.
23	f	s. Juan pbro. y m.
24	g	† La Natividad de s. Juan Bautista.
25	A	s. Guillermo ab. y c. y sta. Orosia v. y m.
26	b	stos. Juan y Pablo hermanos mrs.
27	c	Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro.
28	d	s. León II p. y c. <i>Abstinencia.</i>
29	e	✠ STOS. PEDRO Y PABLO, APÓSTOLES.
30	f	La Conmemoración de s. Pablo ap.

El sábado después de la octava del Corpus Christi, el Purísimo Corazón de María.

El sábado anterior al domingo de Pentecostés, es día de abstinencia.

JULIO

1	g	La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.*
2	A	La Visitación de Nuestra Señora.
3	b	s. León, papa.
4	c	stos. Inocencio y Elías ob.; Berta, vd.
5	d	s. Miguel de los Santos c.
6	e	s. Rómulo obj. y m.
7	f	s. Fermín ob. y m. y s. Lorenzo de Brindis c.
8	g	sta. Isabel reina de Portugal vda.
9	A	FIESTA CÍVICA. s. Cirilo ob. y m. y s. Zenón y compañeros mártires.
10	b	s. Cristóbal m. y stas. Rufina y Segunda vírg. y mrs.
11	c	s. Pío I p. y m.
12	d	s. Juan Gualberto ob. y c.
13	e	s. Anacleto p. y m.
14	f	s. Buenaventura ob. y dr.
15	g	c. Enrique emp.
16	A	Ntra. Sra. del Carmen y s. Valentín mr.
17	b	s. Alejo c. y el Triunfo de la Santa Cruz.
18	c	s. Camilo de Lelis fund. y sta. Sinforosa m.
19	d	s. Vicente de Paúl fund. y c.
20	e	s. Elías prof. y s. Jerónimo Emiliano fund.
21	f	sta. Práxedes v.
22	g	sta. María Magdalena.
23	A	s. Liborio ob. y c.
24	b	sta. Cristina v. y m.
25	c	† Santiago apóstol.
26	d	† sta. Ana, madre de Nuestra Señora.
27	e	s. Pantaleón m.
28	f	stos. Nazario, Víctor y Celso mrs.
29	g	sta. Marta v.
30	A	stos. Abdón y Senén mrs.
31	b	s. Ignacio de Loyola fund.*

AGOSTO

1	c	s. Pedro <i>ad Vincula</i> y s. Félix m.*
2	d	Ntra. Sra. de los Ángeles, s. Alfonso Maria
3	e	de Ligorio fund. y s. Esteban p. y m.
4	f	sta. Lidia v. y s. Dalmacio ob.
5	g	sto. Domingo de Guzmán c. y fund.
6	A	Ntra. Sra. de las Nieves.
7	b	La transfiguración del Señor.
8	c	s. Cayetano fund.
9	d	s. Ciriaco y comp. mrs.
10	e	sto. Román, Justo y Pastor mrs.
11	f	† s. Lorenzo diác. m.
12	g	sta. Filomena v. y m., stos. Tiburcio y Susana
13	A	mártires.
14	b	sta. Clara v. y fund.
15	c	stos. Hipólito y Casiano mrs. y s. Juan Berch-
16	d	mans c.
17	e	s. Eusebio pbro. y c. <i>Abstinencia</i> .
18	f	✠ LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.
19	g	s. Joaquín, padre de la Ss. Virgen y s. Roque.*
20	A	DÍA DE SAN MARTÍN. S. Jacinto c.
21	b	sta. Elena emp. vda. y s. Agapito m.
22	c	s. Juan Eudes c. y fund.
23	d	s. Bernardo ab., dr., c. y fund.
24	e	sta. Juana Francisca Fremiot vda. y fund.
25	f	stos. Hipólito, Sinforiano y Timoteo mrs.
26	g	s. Felipe Benicio c.
27	A	† s. Bartolomé ap.
28	b	s. Luis rey c. y s. Ginés de Arlés m.
29	c	s. Ceferino p. y m.
30	d	s. José de Calasanz fund. y c.
31	e	† s. Agustín, ob., dr. y fund.
		La degollación de s. Juan Bautista.
		† SANTA ROSA DE LIMA, Patrona de América.
		s. Ramón Nonato c.

El cuarto domingo, Nuestra Señora de la Consolación.

SEPTIEMBRE

1	f	s. Gil ab. y c. y s. Lupo ob.*
2	g	s. Antolín m. y s. Esteban rey y c.
3	A	stos. Simeón conf. y Bartolomé mr.
4	b	stas. Rosalía y Rosa de Viterbo vrgs.
5	c	s. Lorenzo Justiniano ob.
6	d	s. Petronio ob. v c., s. Magno.
7	e	sta. Regina v. y m.
8	f	† LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.
9	g	s. Gorgonio m. y s. Pedro Claver c.
10	A	s. Nicolás de Tolentino c.
11	b	stos. Proto y Jacinto herms. y mrs.
12	c	Festividad del Dulcísimo Nombre de María.
13	d	s. Felipe y comps. mrs.
14	e	La Exaltación de la Santa Cruz.
15	f	Los siete dolores de la Santísima Virgen y s. Nicomedes m.
16	g	s. Cornelio p. y s. Cipriano ob. y m.
17	A	La impresión de las llagas de san Francisco y s. Lamberto ob. y m.
18	b	s. José de Cupertino c.
19	c	s. Genaro y comps. mrs.
20	d	s. Eustaquio y comps. mrs.
21	e	† s. Mateo ap. y evang.
22	f	s. Tomás de Villanueva ob. y s. Mauricio y comps. mártires.
23	g	s. Lino p. y m. y sta. Tecla v. y m.
24	A	Nuestra Señora de la Merced.
25	b	sta. María de Cerveiñón v.
26	c	s. Cipriano m. y sta. Justina v. y m.
27	d	stos. Cosme y Damián mrs.
28	e	s. Wenceslao m. y el b. Simón de Rojas c.
29	f	† La dedicación de s. Miguel Arcángel.
30	g	s. Jerónimo dr. y fund.

OCTUBRE

1	A	stos. Remigio ob. y c., Rómulo ob.*
2	b	El Santo Ángel de la Guarda.
3	c	Santa Teresita del Niño Jesús y s. Cándido m.
4	d	s. Francisco de Asís c. y fund.
5	e	s. Froilán ob. y s. Plácido y comps. mrs.
6	f	s. Bruno c. y fund.
7	g	Ntra. Señora del Rosario y s. Marcos p. y c.
8	A	sta. Brígida vda. y sta. Reaprada v. y m.
9	b	s. Dionisio y comps. mrs.
10	c	s. Francisco de Borja y s. Luis Beltrán conf.
11	d	La Maternidad de María Santísima y s. Nicasio ob. y m.
12	e	FIESTA DE LA RAZA. Ntra. Sra. del Pilar.
13	f	s. Eduardo rey y c. y s. Gerardo ob.
14	g	s. Calixto p. y m.
15	A	sta. Teresa de Jesús v. y fund.
16	b	stos. Galo ab., Martiniano y Saturnino mrs.
17	c	stas. Eduvigis vda. y Marg. M. de Alacoque.
18	d	s. Lucas evang.
19	e	s. Pedro de Alcántara c. y fund.
20	f	s. Juan Cancio c.
21	g	sta. Ursula y once mil vírgenes mrs.
22	A	sta. María Salomé vda.
23	b	s. Pedro Pascual ob. y m.
24	c	s. Rafael arc. y s. Bernardo Calvó ob. y c.
25	d	stos. Crispín y Crispiniano mrs.
26	e	s. Evaristo p. y m.
27	f	stas. Sabina y Vicenta
28	g	† stos. Simón y Judas Tadeo ap.
29	A	s. Narciso ob. y m.
30	b	s. Claudio m. y s. Alonso Rodríguez c.
31	c	s. Quintín m.

El segundo domingo de este mes, la Virgen del Remedio.

La fiesta de Cristo Rey (el último domingo de octubre).

NOVIEMBRE

1	d	✠ LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.
2	e	La conmemoración de todos los fiel. difuntos.*
3	f	s. Huberto y sta. Ida.
4	g	s. Carlos Borromeo ob. y c.
5	A	s. Zacarías prof. y sta. Isabel, padres del Bautista.
6	b	s. Severo ob. y c.
7	c	s. Florencio ob. y c.
8		stos. Severiano y Claudio.
9	e	s. Teodoro m.
10	f	s. Andrés Avelino c.
11	g	FIESTA CÍVICA. s. Martín de Tours ob. y c.
12	A	s. Martín p. y m.
13	b	s. Estanislao de Kostka c. y s. Diego.
14	c	s. Serapio m. y s. Josefát m.
15	d	s. Alberto Magno ob.
16	e	s. Rufino y comps. mrs.
17	f	s. Gregorio Taumaturgo y sta. Gertrudis la Magna, virgen.
18	g	Dedicación de las basílicas de los Apóstoles Pedro y Pablo y s. Odón ab.
19	A	sta. Isabel reina de Hungría, vda.
20	b	s. Félix de Valois c. y fund.
21	c	La Presentación de Nuestra Señora.
22	d	sta. Cecilia v. y m.
23	e	s. Clemente p. y m.
24	f	s. Juan de la Cruz c.
25	g	sta. Catalina v. y m.
26	A	LOS DESPOSORIOS DE N. SRA. CON SAN JOSÉ.
27	b	stos. Facundo y Primitivo mrs.
28	c	s. Gregorio III p. y c.
29	d	s. Saturnino m.
30	e	† s. Andrés ap.

El segundo domingo es el Patrocinio de Nuestra Señora.

DICIEMBRE

1	f	s. Eloy ob. y c.*
2	g	sta. Bibiana v. y m.
3	A	s. Francisco Javier c.
4	b	s. Pedro Crisólogo ob. y sta. Bárbara v. y m.
5	c	stos. Sabas ab. y Dalmacio ob.
6	d	s. Nicolás de Bari arz.
7	e	s. Ambrosio ob. y dr.
8	f	✠ LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE MARÍA SMA.
9	g	sta. Leocadia v. y m.
10	A	Ntra. Sra. de Loreto y sta. Eulalia de Mérida v. y m.
11	b	s. Dámaso p. y c.
12	c	† Nuestra Señora de Guadalupe.
13	d	sta. Lucía v. y m.
14	e	s. Epiridión ob. y c.
15	f	stos. Faustino y Fortunato mrs.
16	g	s. Valentín m. sta. Adelaída emper.
17	A	stos. Lázaro ob. y m., Florián m.
18	b	Nuestra Señora de la Esperanza.
19	c	s. Nemesio m.
20	d	sto. Domingo de Silos ab. y c.
21	e	† sto. Tomás ap.
22	f	s. Zenón soldado m.
23	g	sta. Victoria v. y m.
24	A	s. Delfín ob. <i>Abstinencia sin ayuno.</i>
25	b	✠ LA NATIVIDAD DE NRO. SEÑOR JESUCRISTO
26	c	† s. Esteban protomártir.
27	d	† s. Juan ap. y evang.
28	e	† Los santos Inocentes mártires.
29	f	sto. Tomás de Cantórbury m.
30	g	stos. Eugenio y Rainerio obs.
31	A	† s. Silvestre p. y c.

Día de ayuno, el Viernes de Téporas de Adviento, es decir, el viernes después del tercer domingo de Adviento

**¡QUE BELLA Y CONSOLADORA
ES LA RELIGIÓN!**

No hay ni puede haber más que un solo Dios, infinitamente sabio, poderoso, justo y perfecto. Eterno, siempre ha sido, es y será: infalible, no puede engañarse, ni engañarnos; inmenso e indivisible, está todo en todas partes; y aunque, dando el ser a cuanto existe, lo oiga y vea todo, no obstante, no se le puede ver en la presente vida, por ser espíritu y carecer de cuerpo.

Distínguense en Dios tres personas,* absolutamente iguales en perfección: Padre, Hijo y Espíritu Santo; y aunque el Padre sea Dios, Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo, con todo no son tres Dioses; porque aunque sean tres personas distintas, no son más que una sola naturaleza divina. Tal es el misterio inefable de la Santísima Trinidad.

Tú eres, oh hombre, bella imagen o hechura de este gran Dios. Sí; obra eres tú, y obra son de sus manos los cielos, la tierra y cuanto contiene el universo. ¡Qué poder el suyo! *Hágase*, dijo: y todo fué

hecho. Crió a los *Ángeles*, espíritus nobilísimos que carecen de cuerpo: mas ensoberbecidos y rebelándose muchos contra su Hacedor, fueron convertidos en demonios y arrojados al infierno; y permaneciendo fieles los demás, lograron ser moradores de la patria celestial.

¡Cuánta es, oh hombre, tu nobleza y dignidad! Uno de estos príncipes que asisten al trono del Altísimo es tu *Custodio*: el Cielo es tu patria bienaventurada: pues la tierra, valle de lágrimas y lugar de destierro, sería morada indigna de tu grandeza. No naciste para allegar mezquinos tesoros, ni para disfrutar de gozos efímeros, corriendo tras los honores y placeres engañosos. ¡Ah! esos bienes vanos y caducos podrán deslumbrarte, mas no satisfacer; podrán irritar, mas no apagar la sed que te devora de felicidad. Eres más que todo eso: sólo Dios puede llenar el vacío inmenso que llevas en tu alma. Fuiste criado para conocer el Bien infinito, para que conociéndole le ames y sirvas, y amándole y sirviéndole le poseas un día eternamente. ¡Qué noble es tu destino! ¡Qué fin tan glorioso! Si lo logras, la felicidad de Dios será un día tu felicidad. Y

no disfrutará de ella tu alma solamente, sino aun tu mismo cuerpo, que resucitará al fin del mundo por la omnipotencia divina.

Empero no se da sin méritos tan grande galardón. ¡Cómo! exigiendo tú del jornalero, penosísimos sacrificios por un módico salario, ¿quisieras tú obtener un galardón infinito sin sacrificio alguno? Siendo Dios tu dueño y Señor absoluto, tiene sobre ti y sobre todas tus cosas un imperio soberano; por eso vela pródigo sobre tus pensamientos, palabras y acciones; provee a tus necesidades; y te suministra tantos medios como seres encierra el universo, para que alcances el último fin. Te dió *libertad*, es cierto; más no para que vivas a tus antojos, constituyéndote fin último de ti mismo; sino para que observando libremente los mandamientos que te fueron impuestos de Dios y de la Iglesia, merezcas la bienaventuranza eterna; pero ¡ay de ti si no los observaras! Hallarías entonces una eterna infelicidad. Lo creas o no, la cosa es y será así.

Mas si tanto desea Dios que me salve, dirás por ventura: ¿cómo me aquejan tantos males? ¡Ah! no saliste así de las

manos del Hacedor; Dios crió a tus primeros padres Adán y Eva exentos de pena, y hasta los colocó en el paraíso. Pero ingratos desconocieron a su Soberano, comieron de la fruta vedada, y fueron arrojados del Edén y despojados de la justicia original. ¿Qué extraño es que, heredando el hijo la suerte de los padres, quede como ellos sujeto a trabajos, enfermedades y a la muerte, triste consecuencia del *pecado original*!

Pero, mortales, no quedará esta desgracia sin remedio: el Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, para librarte de la esclavitud del pecado y del demonio, se dignó tomar carne humana en las entrañas de María Santísima, quedando ésta con nuevo portento Virgen en el parto, no menos que antes y después del parto. Pues no se efectuó esta maravilla por obra de varón, como en los demás hombres, sino por la del Espíritu Santo, que, formando de la sangre de María un cuerpo perfectísimo, y criándole un alma, y uniéndose luego a entrambos el Verbo divino, resultó aquella portentosa unión de la naturaleza divina y humana en Jesucristo, Dios y hombre verda-

dero. Como hombre, nació en el establo de Belén, lloró, sudó, padeció cruelísimos tormentos hasta expirar en un afrentoso leño. Como Dios hombre, satisfizo y mereció, y de una manera tan cumplida y sobreabundante, que bastará para redimir infinitos mundos, siendo infinita la majestad de la Persona que satisfizo.

Pero ¿de qué nos aprovechara que Jesús viviera treinta y tres años entre los hombres, enseñara la moral más pura y sublime, comprobara su divinidad con estupendos milagros y vertiera su sangre por nosotros, si resucitado al tercer día, como predijo, y fundando la Iglesia, no perpetuara su grandiosa obra hasta el fin del mundo? La perpetuó en efecto; pues cuarenta días después de la Ascensión de Jesús a los cielos, descendió el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego sobre los Apóstoles; y la Iglesia, es decir, la Congregación de fieles Cristianos, cuya cabeza es Pedro y sus sucesores los Romanos Pontífices, fué propagada y establecida por todo el mundo por doce rudos y pobres pescadores, que confundieron a los sabios y poderosos del siglo; y esta Iglesia, sostenida con perenne milagro, a pe-

sar de las más crueles persecuciones, sellada con la sangre de dieciocho millones de mártires, a despecho del incrédulo y del impío, de los Césares y de las potestades del infierno, de la envidia y de todas las pasiones, permanece, después de diecinueve siglos, siempre victoriosa de pruebas las más rudas, y subsiste inalterable con aquella misma fe, pureza de doctrina y santidad de costumbres con que salió de las manos de su divino Autor.

Salve, Iglesia santa; bien se ve que no te sostienen auxilios humanos, sino el brazo del Omnipotente: no estás fundada sobre la arena de promesas y teorías deslumbradoras, sino sobre la firme roca de la eterna verdad. Salve, Iglesia Católica, figurada por el arca de Noé, fuera de la cual no hubo salvación. Miembros tuyos somos los que militamos bajo tu estandarte en la tierra, los Santos que triunfan en el cielo, y las Ánimas que sufren en el Purgatorio. Y con tan estrechos lazos unes a tus miembros, que en virtud de la comunión de los Santos, nosotros, con oraciones y sufragios, podemos aliviar a las benditas Ánimas del Purgatorio, y los Santos con su poderosa intercesión pueden socorrernos desde el cielo.

Salve, Iglesia divina, columna, fundamento y única depositaria de la verdad: única que en los santos *Sacramentos* posees medio de eficacia infinita para salvarme. ¡Oh! ¡cuánto te desvelas por mi santificación y eterna felicidad! Nací; y borrándome la culpa original y comunicándome un ser divino, me hiciste por el *Bautismo* hijo de Dios y heredero del cielo (1). Crecí; y fortaleciéndome con las gracias y dones del Espíritu Santo en la *Confirmación*, me hiciste varón perfecto en la virtud. Débil, tenía necesidad de sustento; y ¡qué alimento me das tan excelente en la *Eucaristía*, regalándome el Cuerpo de Jesús en comida y su Sangre en bebida! A pesar de tan exquisito manjar, puedo caer enfermo; mas ¡con qué ternura sanas mis heridas con la *Penitencia*, y me das preservativos eficaces para nunca recaer en las dolencias pasadas! Y cuando luche con las agonías de la

(1) Siendo el Bautismo la puerta de los demás Sacramentos, cualquiera le puede conferir, en caso de necesidad, echando agua natural sobre la cabeza, y formando tres cruces, al decir: *Yo te bautizo en el nombre del Padre † y del hijo † y del Espíritu † Santo.*

muerte y con el enemigo infernal, entonces más consoladora que nunca me darás con la *Extrema-unción* salud, si me conviniere y si no me conviniere, purificándome de las reliquias del pecado, me conducirás tranquilo al tribunal del Juez supremo. Y no contenta con prodigarme a mí tantos favores, los extiendes a todo el mundo y los perpetúas hasta la consumación de los siglos, ya creando por medio del *Orden* ministros idóneos que dispensen los Sacramentos y ejerzan dignamente las funciones sagradas; ya con el Sacramento del *Matrimonio*, dando al mundo dignos padres de familia; que, educando cristianamente a sus hijos, glorifiquen a Dios y conserven la sociedad.

¡Qué bella y consoladora es la Religión! ¡Qué dignos son de compasión los que no la conocen, o conociéndola y admirándola, no tienen valor para conformar su conducta con la sublime doctrina que ella nos enseña! ¡Oh! *Séquese mi mano diestra, si me olvidare de ti; péguese mi lengua al paladar, si no me acordare de ti, Iglesia Santa.* (Ps. cxxxvi).

PRINCIPALES ORACIONES Y OBLIGACIONES QUE TODO CRISTIANO DEBE SABER DE MEMORIA

Señal de la cruz

PERSIGNARSE. Por la señal † de la Santa Cruz, — de nuestros † enemigos, — líbranos Señor † Dios nuestro.

SANTIGUARSE. En el nombre del Padre y del Hijo † y del Espíritu Santo. Amén.

Padre nuestro

Padre nuestro, que estás en los cielos — santificado sea el tu nombre, — venga a nos el tu reino, — hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas — así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, — y no nos dejes caer en la tentación, — mas líbranos del mal. Amén.

Ave María

Dios te salve, María, llena eres de gracia; — el Señor es contigo; — bendita tú eres entre todas las mujeres, — y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. — Santa María, Madre de Dios, — ruega por nosotros pecadores, — ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Gloria

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo — como era en un principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Credo

Creo en Dios Padre todopoderoso, — Creador del cielo y de la tierra, — y en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor, — que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; — nació de Santa María Virgen, — padeció debajo del poder de Poncio Pilatos, — fué crucificado, muerto y sepultado, — descendió a los infiernos, — al tercer día resucitó de entre los muertos, — subió a los cielos, — está sentado a la diestra de Dios Padre

todopoderoso, — desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. — Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, — la comunión de los santos, — el perdón de los pecados, — la resurrección de la carne, la vida perdurable. Amén.

Salve

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, — vida, dulzura y esperanza nuestra, — Dios te salve. A ti llamamos los desterrados hijos de Eva, — a ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas, — Ea, pues, Señora, abogada nuestra, — vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, — y después de este destierro muéstranos a Jesús, — fruto bendito de tu vientre. — ¡Oh clementísima! ¡oh piadosa! ¡oh dulce Virgen María! — Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, — para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Yo pecador

Yo pecador me confieso a Dios todopoderoso, — a la bienaventurada siempre

Virgen María, — al bienaventurado San Miguel Arcángel, — al bienaventurado San Juan Bautista, — a los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, — a todos los Santos y a vos, Padre, — que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra, — por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa. — Por tanto, ruego a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel — al bienaventurado San Juan Bautista, — a los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los Santos y a vos, Padre, — que roguéis por mí a Dios nuestro Señor. Amén.

P é s a m e

Pésame Dios mío, y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido. — Pésame por el infierno que merecí — y por el cielo que perdí, — pero mucho más me pesa — porque pecando ofendí a un Dios tan bueno — y tan grande como Vos. — Antes querría haber muerto que haberos ofendido; — propongo firmemente no pecar más — y evitar todas las ocasiones próximas de pecado. Amén.

Acto de Fe, Esperanza y Caridad

Creo en Vos, oh Dios mío, porque sois la verdad misma; espero en Vos, que sois infinitamente fiel a vuestras promesas, me daréis la gracia que necesito para salvarme; os amo sobre todas las cosas, porque sois infinita bondad y mi sumo bien, y por amor vuestro amo a mi prójimo como a mí mismo, y me pesa en el alma de haberos ofendido. Amén.

MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS

Los Mandamientos de la ley de Dios son diez:

YO SOY EL SEÑOR DIOS TUYO

- 1º No tendrás otro Dios m's que a mí.
- 2º No tomar el nombre de Dios en vano.
- 3º Acuérdate de santificar las fiestas.
- 4º Honra al padre y a la madre.
- 5º No matar.
- 6º No fornicar.
- 7º No hurtar.
- 8º No levantar falso testimonio ni mentir.
- 9º No desear la mujer de tu prójimo.
- 10º No codiciar los bienes ajenos.

PRECEPTOS DE LA IGLESIA

Los preceptos de la Iglesia son cinco:

- 1º Oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar.

2º Ayunar y guardar abstinencia de carne cuando lo manda la Iglesia.

3º Confesar y comulgar al menos una vez al año por Pascua de Resurrección y cuando espera haber peligro de muerte.

4º Contribuir al sostenimiento de la Iglesia.

5º No contraer matrimonio contrario a las leyes de la Iglesia.

Los Sacramentos de la Iglesia son siete: 1º, Bautismo; 2º, Confirmación; 3º, Eucaristía; 4º, Penitencia; 5º, Extremaunción; 6º, Orden Sagrado; 7º, Matrimonio.

Las virtudes Teologales son tres: Fe, Esperanza y Caridad.

Las virtudes Cardinales son cuatro: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

Los dones del Espíritu Santo son siete: Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Ciencia, Fortaleza, Piedad y Temor de Dios.

Los pecados Capitales son siete: Soberbia, Avaricia, Lujuria, Ira, Gula, Envidia y Pereza.

Los enemigos del alma son tres: el Mundo, el Demonio y la Carne.

Las postrimerías del hombre son cuatro: Muerte, Juicio, Infierno y Gloria.

EL AYUNO EN LA AMÉRICA LATINA

1º La ley de ayuno sin abstinencia se guardará el viernes de témporas de Adviento, los miércoles de Cuaresma y el jueves santo.

2º La ley de ayuno con abstinencia se observará el miércoles de ceniza y los viernes de Cuaresma.

3º La *abstinencia sin ayuno* se ha de observar en las cuatro vigiliás siguientes:

- a) Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.
- b) Pentecostés.
- c) San Pedro y San Pablo.
- d) Asunción de la Virgen Santísima.

FIESTAS DE GUARDAR

Hay obligación de oír Misa y de no trabajar

1. Todos los domingos del año.
2. Circuncisión del Señor (1º de Enero).
3. Epifanía del Señor (6 de Enero).
4. San José (19 de Marzo).
5. Ascensión del Señor (fiesta movable).
6. Corpus Cristi (fiesta movable).
7. San Pedro y San Pablo (20 de junio).
8. Asunción de María Santísima (15 de Agosto).
9. Todos los Santos (1º de Noviembre).
10. Inmaculada Concepción (8 de Diciembre).
11. Natividad de Nuestro Señor Jesucristo (25 de Diciembre).

DÍAS FERIADOS

No hay obligación de oír Misa

1. Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa.
2. Lunes y Martes de Carnaval.
3. 1º de Mayo: fiesta del trabajo.
4. 25 de Mayo: aniversario de la revolución de 1810.
5. 20 de Junio: fiesta de la Bandera.
6. 9 de Julio: aniversario de la declaración de la Independencia.

7. 17 de Agosto: Conmemoración del fallecimiento del General José de San Martín.
8. 30 de Agosto: Santa Rosa de Lima, Patrona de América.
9. 12 de Octubre: fiesta de la Raza.
10. 11 de Noviembre: San Martín de Tours, en la Capital y en la provincia de Buenos Aires.

PRECEPTO PASCUAL

El precepto Pascual obliga en la Argentina a todos los cristianos que tienen uso de razón, a confesar y comulgar una vez en el año, dentro del período comprendido entre el Domingo de Septuagésima y la fiesta de San Pedro (29 de Junio). Los que no satisfacen con este precepto cometen un pecado mortal, y quedan con la obligación de hacerlo cuanto antes.

Abstinencia. — La abstinencia, que consiste en abstenerse todo el día de comer carne y caldo de carne, obliga a todos los cristianos, desde los siete años cumplidos; y nadie puede considerarse eximido de ella, fuera del caso de necesidad, enfermedad o legítima dispensa.

Ayuno. — El ayuno obliga únicamente a los que han cumplido veintiún años, y no han entrado aún en los sesenta, siempre que no medie un grave impedimento, o una dispensa legítima.

Cómo se ha de ayunar

Desayuno. — Es lícito mezclar con el té, café o chocolate un poco de leche, y comer un poco de pan (60 gramos, más o menos).

Comida principal. — Se puede tomar en esta comida todos los alimentos que se quiera, y aun se puede mezclar carne y pescado, siempre que el uso de carne no esté prohibido por ser un día de abstinencia. Puede hacerse a mediodía o por la noche.

Cena o colación. — Se debe excluir de la cena la carne y el caldo de carne, y limitar la cantidad de alimentos a unos 250 gramos. Está permitido el uso de huevos, lacticinios (leche, manteca, queso) y condimentar la comida con grasa.

Fuera de las comidas. — Se puede tomar agua, té, mate, café y refrescos; pero no leche, ni caldo, ni chocolate.



OBRAS DEL DÍA

Primera ocupación

del cristiano por la mañana

Amaneció por fin un nuevo día para ti, alma cristiana. ¡Cuántos hay que no pueden decir otro tanto! ¡Cuántos ayer se acostaron sanos, y hoy amanecieron enfermos! ¡Cuántos ayer ufanos se divertían pecando, y están ahora sin remedio condenados! ¿No será, pues, justo, que agradezcas a Dios tan grande beneficio, y te consagres, así que te despiertes, al servicio de su Majestad? No te dejes dominar de la pereza, porque sólo es propio de un corazón villano sacrificar al demonio las primicias de un nuevo día, que Dios te concede graciosamente para que le ames, y amándole te granjees la eterna felicidad. *Levántate aprisa*, te dice el Ángel como en otro tiempo a San Pedro,

cuando le sacó de la cárcel. Vístete con gran recato, pues estás en la presencia de aquel Dios ante quien se encorvan de respeto los más encumbrados Serafines. Vestido y puesto de rodillas, ármate con la señal de la cruz, y con toda reverencia habla así al Señor:

Ofrecimiento de las obras del día

Altísimo Dios y Señor mío, Verdad infalible, en quien creo; Clemencia inefable, en quien espero; Bondad infinita, a quien amo sobre todas las cosas, y a quien me pesa de haber ofendido: os doy gracias por haberme criado, redimido, hecho cristiano y conservado hasta ahora. Ofrezco a honra y gloria vuestras, todos los pensamientos, palabras, obras y trabajos del presente día, con intención de ganar cuantas indulgencias pueda, rogándoos por los fines que tuvieron los Sumos Pontífices al concederlas, y aplicándolas en sufragio de las benditas Ánimas del Purgatorio y en satisfacción de mis pecados.

No permitáis, Padre mío amorosísimo, que os ofenda en este día: libradme de los lazos que me tiende el enemigo, y dadme

fortaleza para huir de las ocasiones de pecar, y vencer mi pasión dominante. Quiero vivir y morir en vuestra santa fe; para que sirviéndoos en esta vida, merezca gozaros en el reino eterno de la gloria. Amén.

Alcanzadme este favor, Ángeles y Santos del cielo; y Vos en especial, glorioso San N . . . , Patrón y abogado mío, interceded por mí. *Credo, Padre nuestro y Ave María.*

A María Santísima

¡Oh, Señora mía! ¡Oh Madre mía! Yo me ofrezco enteramente a Vos, y en prueba de mi filial afecto os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, en una palabra, todo mi ser. Ya que soy todo vuestro, oh Madre de bondad, guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.

Al Ángel Custodio

Ángel de Dios, bajo cuya custodia me pones el Señor, con amorosa piedad; a mí, que soy vuestro encomendado, alumbrad-

me hoy, guardadme, regidme y gobernadme. Amén.

MODO DE SANTIFICAR LAS OBRAS DEL DÍA

“Mortales, ¡qué dicha tan grande la vuestra, decían una vez los Bienaventurados del cielo a Santa Matilde, que podéis cada día atesorar riquezas infinitas para la eternidad! Si fuésemos capaces de envidia, os la tendríamos seguramente; pues no sólo podéis adquirir la gloria que poseemos, sino aumentarla todavía más y más”. Pero ¡qué confusión será el día del juicio la de los negligentes, cuando vean que a tan poca costa pudieron acaudalar tesoros inmensos: que a cada obra bien hecha, por baja e indiferente que pareciese, correspondía un grado más de gracia en vida y un grado más de gloria en la eternidad; y que por su indolencia nada recogieron! No seamos del número de los necios. Ora comamos, ora bebamos, ora hagamos cualquier otra cosa, no obremos jamás por costumbre ni amor propio, sino puramente por agradar a Dios. Esta rectitud de intención es una sagrada alquimia que sabe convertir en oro purísimo el

polvo despreciable. Veamos, pues, cómo se podrán santificar las obras del día.

T r a b a j o

Al principiarle haz la señal de la cruz, y di:

Dios mío, bendecid este trabajo, y aceptadle en unión de los muchos que sufrís-
teis por mí.

Cuidado con maldecir o jurar cuando el trabajo no salga bien; cuidado con murmurar o divertirse cantando canciones indecentes, como hacen tantos trabajadores. ¡Cuánto mejor sería cantar alguna canción piadosa, o meditar algún paso de la Pasión del Señor!

Quien no supiese hacer esto, podría, a lo menos, sin interrumpir las ocupaciones, elevar a menudo el corazón a Dios, con estas o semejantes aspiraciones:

Os amo, Bien mío . . . En Vos creo, en Vos espero, ¡dulce Jesús mío! . . . Virgen Santísima, sed mi madre, yo quiero ser hijo vuestro . . . Jesús dulcísimo, tened misericordia de mí . . . Ofrézcoos, Señor, este frío, calor, trabajo, etc., uniéndole a los trabajos, calores y fríos que Vos padecísteis por mí.

Al vestirse

Al vestirse para salir de casa, di interiormente:

¡Ay, Señor, tanto cuidado en asear y ataviar un cuerpo que pronto será comido por gusanos: y tanto descuido en adornar de virtudes el alma, que ha de vivir eternamente! Despojadme, Dios mío, de la ropa del hombre viejo, con sus vicios y malos hábitos; y revestidme del nuevo, que fué creado por Vos en justicia y santidad verdadera.

Al salir de casa

Dirigid, Señor, mis pasos, guardad mis sentidos, y no permitáis que yo ande nunca por la senda de la iniquidad.

Comida

Antes de comer, la persona principal de las que están en la mesa diga con devoción:

Dadnos, Señor y Dios mío, vuestra santa bendición, y bendecid también el alimento que vamos a tomar, para mantenernos en vuestro divino servicio. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Mientras comes, alza el corazón a Dios y piensa alguna que otra vez:

¡Tantos pobrecitos tienen hambre: y a mí, Señor, me alimentáis con tanta liberalidad, y me dáis manjares tan buenos!

..Imita, los sábados por lo menos, a aquellos cristianos generosos, que, por espíritu de penitencia, se privan del bocado que más apetecen, en honor de María Santísima.

Después de haber comido, di:

Os damos gracias, Señor, por el manjar que nos habéis dado, esperando que, así como nos habéis concedido el sustento corporal, os dignaréis también concedernos un día la eterna bienaventuranza. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Al dar la hora

Ave María purísima, sin pecado concebida. *Ave María y Gloria Patri.*

Os ofrezco, Dios mío, todos los instantes de mi vida; haced que los emplee en cumplir vuestra santa voluntad. ¡Ay de mí, ya tengo una hora menos de vida! ¡Ya estoy una hora más cerca de la muerte y de la eternidad!

T e n t a c i o n e s

No te espantes, por más que te vieres acosado de tentaciones; el demonio, dice San Agustín, semejante a un perro atado a la cadena, puede ladrar, pero no morder. Ármate impávido con la señal de la cruz; o bien di interiormente con mucha paz:

Os amo, Dios mío, dadme vuestra gracia para que nunca os ofenda... Antes morir que pecar.

Puedes también dirigir a la Reina de los Ángeles la siguiente aspiración:

¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Acordaos que soy todo vuestro: guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.

Aun cuando cayeres en la tentación y cometieres alguna falta, no te desalientes por eso; sino humíllate, imponte alguna penitencia, o por lo menos di con vivo dolor:

¡Y no os había, oh buen Jesús, dado palabra hoy mismo de nunca más ofenderos? ¡Y qué pronto he faltado a ella! Perdonadme, Dios de clemencia, que me pesa en el alma de haberos ofendido.

Recreo

¡Qué bella y admirable es nuestra santa Religión! Hasta las mismas diversiones sirven al cristiano de escala para subir al cielo, con tal que sean moderadas, honestas, y no desdigan del tiempo, lugar y calidad de las personas; porque, como nuestras fuerzas son limitadas, van poco a poco languideciendo, y necesitan rehacerse de cuando en cuando, para trabajar después con mayor ahinco. Pero ¡cuántas, que el mundo llama diversiones decentes, y aun precisas, son delante de Dios, como las llamó San Juan Crisóstomo, invenciones del enemigo para secar el jugo de la devoción y arrastrar a muchas almas al infierno!

Para evitar esto, antes de tomar algún descanso o recreo, di:

Dios mío, voy a descansar y a recrearme un poco, para daros gusto y serviros después con mayor fuerza y fervor.

Durante el recreo el Gran Teodosio y San Francisco de Borja sabían mortificarse cerrando los ojos: el uno, cuando más aplausos resonaban en el teatro, de que no había podido excusarse, como emperador; y el otro en el monte, cuando el lebrél alcanzaba la presa, o el halcón la garza.

Si la diversión fuese peligrosa, y no pudieses de modo alguno evitarla, ármate a lo menos con oración y mortificación, y merecerás que el cielo te asista para no caer en pecado.

Al encontrar el santo Viático

¡Qué beneficio tan grande te hace el Señor, conservándote la salud! Venciendo, pues, el respeto humano, adórale de rodillas con profunda reverencia. Los fieles que acompañaran devotamente el Santo Viático lucrarán:

- 1) *Indulgencia de 7 años si lo acompañaren con luz.*
- 2) *Indulgencia de 5 años sin luz.*
- 3) *Indulgencia de 3 años si impedidos de acompañarlo enviaren a otro compañero con luz.*
- 4) *Indulgencia de 100 días si impedidos de acompañarlo recitaren un Pater y Ave.*

(Pablo V, 3 de Noviembre de 1606; Inic. XI, 1º de Octubre de 1678; Inoc. XII, Const. "Debitum Pastoralis Officii" 5 de Enero de 1695; S. Penitenc. Apost. 18 de Marzo de 1932).

Angelus Domini

Cuando por la mañana, al mediodía y por la noche tocan a las *Aves Marías*, no te avergüences de decirle el *Angelus Domini*; que ganarás: 10 años de indulgencia cada vez que lo hicieres, e indulgencia de 3 años y plenaria al mes gana, el que al toque de la oración rece el *De profundis* en sufragio de las ánimas del Purgatorio, o un *Padre nuestro* y *Ave María* en el versículo *Requiem æternam* en su lugar. (S. Penit. Apost. 20 de Febrero de 1933).

V. Angelus Dómini nuntiávit Mariæ.	V. El Ángel del Señor anunció a María.
R. Et concépit de Spíritu Sancto.	R. Y concibió por obra del Espíritu Santo.
<i>Ave María.</i>	<i>Dios te Salve, María, etc.</i>
V. Ecce ancilla Dómini.	V. He aquí la esclava del Señor.
R. Fiat mihi secúndum verbum tuum.	R. Hágase en mí según tu palabra.
<i>Ave María.</i>	<i>Dios te Salve, María, etc.</i>
V. Et Verbum caro factum est.	V. Y el Verbo se hizo carne.
R. Et habitávit in nobis.	R. Y habitó entre nosotros.
<i>Ave María.</i>	<i>Dios te Salve, María, etc.</i>
V. Ora pro nobis sancta Dei Génitrix.	V. Ruega por nosotros, santa Madre de Dios.
R. Ut digni efficiámur promissionibus Christi.	R. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

OREMUS

ORACIÓN

Gratiam, tuam quæsumus, Dómine méntibus nostris infúnde, ut qui, Angelo nuntiánte, Christi Fílii tui incarnationem cognóvimus, per passionem ejus et crucem, ad resurrectionis glóriam perducámur. Per eúmden Christum Dóminum nostrum. Amen.	Derramad, Señor, vuestra gracia en nuestros corazones, a fin de que, habiendo conocido por la voz del Ángel el misterio de la encarnación de vuestro Hijo, podamos, por los méritos de su pasión y de su cruz, llegar a la gloria de la resurrección. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.
---	--

EJERCICIO

PARA LA NOCHE

Puesto de rodillas, y hecha la señal de la cruz di:

Altísimo Dios y Señor, en quien creo y espero, a quien adoro y amo sobre todas las cosas: ¿qué gracias os daré por haberme creado, hecho cristiano, colmado de beneficios, y conservado hasta el presente? Dadme luz para conocer las faltas que hoy he cometido, y gracia para detestarlas de veras.

Examina aquí en qué faltas han caído durante el día, por pensamiento, palabra, obra y omisión: *contra Dios*, con distracciones voluntarias en los ejercicios de piedad, irreverencias en el templo, juramentos, blasfemias, etc.: *contra el prójimo*, con maldiciones, escándalos, injusticias, murmuraciones; *contra ti mismo*, con impaciencias, excesos en la comida o bebida, faltas contra la modestia, etc. Luego, con toda humildad, di:

¡Y qué se han hecho, Señor, tantas resoluciones de nunca más ofenderos! ¡Ay! ¡cuántas veces he recaído !Misericordia,

dulcísimo Jesús mío; pésame de todo corazón de haberos ofendido, por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas; pésame, Dios mío, de haber pecado, y propongo firmemente la enmienda, ayudado por vuestra divina gracia.

Rezada con devoción el *Ave María* y la oración *Oh, Señora Mía*, etc., di al Ángel custodio: *Ángel de Dios*, etc.

Guardadme, Señor, esta noche de todo pecado y libradme de todo mal.

Antes de meterte en la cama piensa un poco:

¡He de morir, y no sé cómo! ¡Seré juzgado por Dios, y no sé cuándo! Si fuese esta noche, ¿qué cuenta le daría? ¿Qué sentencia me tocaría? ¿Sería de salvación, o de condenación? ¡Y con esta incertidumbre, no lloraré mis pecados, y teniendo ahora tiempo, no enmendaré la vida?

Metido en la cama, di:

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en la última agonía.

Jesús, José y María, al morir, recibid en vuestros brazos el alma mía.

Indulgencia de 7 años, Plenaria al mes, rezándolas todos los días (S. C. Indulg. 28 de Abril de 1807; S. Penit. Apost. 12 de Octubre de 1936).

Al Ángel de la Guarda

Ángel de mi guarda, — dulce compañía, no me desampares, — ni de noche ni de día, — hasta que descanse, — en los brazos de Jesús, José y María.

Acto de Fe

Dios mío, creo firmemente todo cuanto Vos habéis revelado a la Santa Iglesia, y ésta me propone como cosa de fe; yo lo creo, por ser Vos Verdad infalible, que no puede engañarse, ni engañarme.

Acto de Esperanza

Dios y Señor mío, fidelísimo en las promesas, todopoderoso e infinitamente bueno, espero, firmemente, por los merecimientos de vuestro Hijo y mi Señor Jesucristo me daréis gracia con que pueda hacer frutos de buenas obras y conseguir la vida eterna.

Acto de Caridad

Os amo, Dios mío, con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, por ser Vos quien sois infinitamente bueno y digno de ser amado sobre todas las cosas. Amo también, por amor vuestro, al prójimo como a mí mismo.

Acto de Contricción

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Creador y Redentor mío; por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón de haberos ofendido; propongo firmemente de nunca más pecar, de apartarme de todas las ocasiones de ofenderos, de confesarme y de cumplir la penitencia que me fuere impuesta; ofrézcoos mi vida, obras y trabajos en satisfacción de todos mis pecados; y así como os lo suplico, así confío en vuestra bondad y misericordia infinita me los perdonaréis, por los merecimientos de vuestra preciosa sangre, pasión y muerte, y me daréis gracia para enmendarme y para perseverar en vuestro santo servicio hasta la muerte. Amén.

EXPLICACIÓN DE LA SANTA MISA

No hay obra más excelente y divina que la Santa Misa; pues en substancia y valor es el mismo sacrificio que Jesucristo ofreció al Eterno Padre en la cruz por nuestra Redención. Una sola Misa da más gloria a Dios que le dieran todos los Ángeles y Santos; y es de mayor precio y eficacia que todos los méritos de los Apóstoles, Mártires, Confesores, y hasta de María Santísima. Procura, pues, alma cristiana, asistir todos los días, si puedes, al santo sacrificio de la Misa. A lo menos, nunca faltes en día de precepto; asistiendo siempre a ella con grande atención y respeto. Abominable cosa sería venir a oírla con traje indecente, estarte medio echado, o con otra postura irreverente, en los bancos o en las sillas, mirar a todas partes, hablar, reír y renovar con irreverencias los insultos que los judíos hacían a Jesús en su dolorosa Pasión.

Misterios que se representan en la Misa

El *Sacerdote* revestido de los ornamentos sagrados representa a Jesucristo en su dolorosa Pasión.

¿Ves aquel lienzo que se pone en la cabeza? Es el *Amito*, y significa el sucio velo con que los soldados vendaron a Jesús los ojos, dándole bofetadas y diciéndole: *Adivina ¿quién te dió?*

El *Alba* significa la vestidura blanca que por escarnio le mandó poner Herodes, tratándole como a loco: ¡ay! ¡era la Majestad y Sabiduría infinita!

El *Cíngulo* es figura de la sogá con que le ataron cuando le prendieron en el huerto de Getsemaní.

El *Manipulo* representa la cuerda con que le ataron a la columna para azotarle.

La *Estola* significa la sogá que le echaron al cuello cuando fué con la cruz a cuestras, como fascineroso, conducido al Calvario.

La *Casulla* recuerda la púrpura que por escarnio le pusieron los soldados al coronarle de espinas.

En el *Cáliz* puedes considerar el sepulcro, y en los *Corporales* el sudario con que amortajaron su Cuerpo santísimo.

Aviva la fe, alma cristiana: ya comienza el gran sacrificio, compendio de todas las maravillas, y fuente de todas las bendiciones y gracias del Altísimo.

Di, pues, con devoción: *por la señal*, etcétera.

Este *Altar* significa el monte Calvario, donde expiró tu divino Redentor; el Sacerdote ya no es un hombre, sino el mismo Jesucristo, que va a ofrecerse de nuevo al Eterno Padre por tu redención... ¡Ay! ¡qué dicha tan grande la nuestra! Ahora, en unión con el Sacerdote, vamos a ofrecer a Dios la víctima pura, santa e inmaculada. Ahora podemos liquidar todas nuestras deudas, y recibir todas cuantas gracias necesitamos... ¡Quién me diera, oh Jesús mío, el fervor con que los Santos asistían a este sacrificio! A lo menos, Señor, no quiero distraerme voluntariamente; sino unir mi intención con todo cuanto diga y haga vuestro Ministro.

El *Introito* significa los vivos deseos con que los santos Padres suspiraban por la venida del Mesías, que los había de librar de las sombras y tinieblas de la

fuerte... ¿Y cuándo, Señor, libraréis mi alma de la ignominiosa esclavitud del vicio?

Los *Kyries*, que quieren decir, Señor, *tened misericordia de nosotros*, se dicen en alabanza de la Santísima Trinidad, tres en honor de cada Persona... ¿Y cómo no esperaré misericordia! El Padre me crió, el Hijo me redimió, el Espíritu Santo me santificó.

En el *Gloria in excelsis* medita la alegría de los Ángeles y Pastores al nacimiento de Cristo. ¡Oh, y cuánto te ama Dios, que se ha hecho niño, y está tirando de frío por ti! Adórale, pues, en espíritu con todo fervor.

Al volverse el sacerdote de cara al pueblo, diciendo: *Dominus vobiscum*, acuérdate de la caridad inmensa con que Jesús hablaba a sus discípulos, acogía y perdonaba a los pecadores.

Las *Colectas* u oraciones que dice el Sacerdote, significan las muchas veces que Jesús oró por nosotros en el decurso de su vida.. Ahora también ruega por ti el Sacerdote en nombre de toda la Iglesia. ¿Y qué no alcanzará pidiendo en nombre

de tal Esposa, y por los méritos infinitos de su esposo y medianero Jesucristo?

La *Epístola* denota la predicación de los Profetas y especialmente la de San Juan Bautista. No envidies la suerte del pueblo escogido: hablándote está Dios también ahora por esas admirables epístolas, dictadas por el Espíritu Santo, y por las exhortaciones de sus Ministros; escúchalas con atención y docilidad, si quieres ser del número de los predestinados.

En el *Gradual* considera la penitencia que hacían en el desierto los que recibían el bautismo de San Juan, y en el *Aleluya* la alegría que experimenta el alma, después de recobrada la gracia... ¿Y hasta cuándo estará la tuya privada de tanta felicidad.

El *Evangelio* significa la predicación de Jesucristo. Nos ponemos en pie, en testimonio de que estamos dispuestos a dar la propia sangre y vida en confirmación de la verdad de su doctrina. Nos persigamos con el Sacerdote, en señal de que no sólo queremos creerla interiormente sino también confesarla de palabra y practicarla con las obras. Pero ¡ay! ¡cuán-

tas veces te avergüenzas todavía de no profesar las máximas del santo Evangelio!

El *Credo* es un resumen de todo cuanto debe creer el cristiano. Se arrodilla el pueblo con el Sacerdote al decir *Incar-natus est*, adorando a Dios anonadado en las purísimas entrañas de María Santísima. ¿Y no será justo que yo, polvo y ceniza, abata mi orgullo, creyendo todo cuanto la fe me propone, y sujetándome a todo cuanto me manda Dios por medio de sus ministros y Vicarios de la tierra?

Al *Ofertorio* da gracias al Verbo divino por la prontísima voluntad con que se ofreció a padecer y morir por nuestro amor... ¡Quién me dijera, oh buen Jesús, que así como el pan y el vino que ahora os ofrece el Sacerdote, se convertirán en nuestro Cuerpo y Sangre preciosísima, así también mi alma se transformase toda en Vos!

Las *gotas de agua* que el Sacerdote echa en el Cáliz significan el agua misteriosa que manó del costado de Jesús, cuando, después de muerto, se lo abrió Longinos con una lanzada.

Al *Orate fratres*, acuérdate del aviso que dió Jesús a los apóstoles en el huerto,

incargándoles que velasen y orasen, para no entrar en tentación.

¿Y hubieras tú recaído tan fácilmente en el pecado, si hubieses seguido tan importante consejo? Ya me enmendaré, Señor, con vuestra gracia divina: ya seré más fervoroso en la oración, y más fiel en huir de las ocasiones de pecar.

El *Prefacio* y *Sanctus* significan la entrada de Cristo en Jerusalén, y la alegría con que el pueblo le salió a recibir con ramos de palmas y olivos. Elévate en espíritu hasta el trono de la divinidad, escucha los cánticos que entonan los querubines y serafines, y en reparación de las blasfemias, que tantos hombres ingratos profieren contra Dios, di *tres veces* con los espíritus celestiales:

¡Santo, santo, santo, es el Señor, Dios de los ejércitos! Llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.

¿Ves al sacerdote y en el *Memento*, juntas las manos, inclinada la cabeza, los ojos bajos y cerrada la boca? Pues así estaba Jesús en la pasión: inclinó la cabeza al recibir la sogá que le echaron al cuello; juntó las manos, dejándoselas atar; bajó sus divinos ojos y cerró la boca, sin dis-

culpase; antes guardando tal silencio que su mismo juez Pilatos quedó asombrado de tanto silencio y paciencia... ¡Ah, Señor, tanto como vos sufrísteis por mí, y que nada sepa yo sufrir por vos!

Qui pridie, etc.

La *elevación* de la hostia y cáliz consagrados significa cuando Cristo fué levantado en la cruz... Ya es llegado el momento dichoso: ya va a ofrecerse el tremendo sacrificio: ya el Hijo de Dios baja del Cielo al altar sacrosanto; di, pues, con todo el afecto de tu corazón:

Al alzar la hostia

Te adoro, sagrado cuerpo de mi Señor Jesucristo, que en el ara de la cruz fuiste digno sacrificio para la redención del mundo. Padre eterno, mis pecados pedían venganza; pero aquí tenéis a vuestro Hijo santísimo, que se ofrece por mí, pidiendo misericordia: por sus méritos infinitos apiadaos de este pobre pecador.

Al alzar el cáliz

Te adoro, preciosísima sangre de mi Señor Jesucristo, que derramada en la

cruz, lavaste mis pecados y los de todo el mundo. No permitáis, dulcísimo Jesús, que sangre de tanto valor sea en vano derramada por mí.

No dejes pasar ocasión tan preciosa, presenta a Cristo tus faltas y miserias; habla con él, con la misma confianza que si hablastes con el amoroso padre: pídele las gracias que necesitas tú, tus hijos, parientes y amigos: ruega por el Sumo Pontífice, por las necesidades de la Iglesia y del País, por los sacerdotes, por la conversión de los pecadores, y hasta por tus mismos enemigos.

Al nobis quoque peccatoribus, dase el Sacerdote un golpe en el pecho, para indicar el arrepentimiento del Centurión y otros, al ver expirar a nuestro Salvador, reconociéndole por Hijo de Dios verdadero... ¿Y tú, que también lo reconoces por tal, renovarás su pasión y muerte con nuevos pecados?

Las siete peticiones que encierra el *Pater noster*, recuerdan las siete palabras que dijo Jesucristo en la cruz, en aquellas tres horas que duró la cruel agonía, que padeció por nuestro amor.

He aquí esas memorables palabras:

1ª Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen.

2ª Hoy estarán conmigo en el Paraíso.

3ª He ahí a tu Madre... Mujer, he ahí a tu Hijo.

4ª Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

5ª Sed tengo.

6ª Todo está acabado.

7ª Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Al *partir la hostia*, piensa cómo el alma de Cristo, separada del cuerpo, bajó al seno de Abraham a libertar las almas de los santos padres; quedándose la divinidad unida con el alma y cuerpo, como ahora está Cristo presente en las tres partes en que se divide la hostia.

El *paz Domini* y *agnus Dei*, significan las apariciones de Jesucristo resucitado a sus discípulos, dándoles la paz... ¡Oh! dádme la también, amantísimo Jesús mío, dadme esta paz que sobrepuja todas las delicias de la tierra: haced que mi alma viva en paz con Dios, cumpliendo su santísima voluntad, en paz con el prójimo,

sufriendo con paciencia sus defectos, en paz consigo mismo, teniendo las pasiones sujetas a la razón.

Comunión Espiritual

Al comulgar el sacerdote, y en otras ocasiones del día, puedes comulgar espiritualmente de esta manera:

¡Oh amorosísimo Jesús mío! creo que estáis realmente presente en este augusto sacramento. ¡Qué dichoso sería yo, si os hospedase ahora en mi corazón! Venid, celestial esposo de las almas puras, venid a purificarme y abrasarme todo en las llamas de vuestra caridad. Os amo, dulcísimo Jesús mío. ¡Quién os hubiese amado siempre! ¡Quién nunca os hubiese ofendido! Pero ya que no soy digno de recibirlos sacramentalmente, aceptad mis deseos y dadme vuestro divino amor.

Hecha una breve pausa, puedes ir saboreando esta oración:

Anima Christi

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.

Agua del costado de Cristo, purifícame.
Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh, mi buen Jesús!, óyeme.
Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me separe de Ti.
Del maligno enemigo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame.
Y mándame ir a Ti.
Para que con tus Santos, te alabe.
Por los siglos de los siglos. Amén.

- 1) *Indulgencia de 300 días.*
- 2) *De 7 años recitada después de la comunión.*
- 3) *Plenaria al mes rezada todos los días en las condiciones acostumbradas.*

Al volver el misal puedes considerar la admirable conversión de tantos judíos y gentiles, que pasaron, como tú, de las tinieblas de la muerte a la sagrada luz del Evangelio... ¿Y cómo os pagaré, Señor, tan señalado beneficio? ¿Qué méritos visteis en mí para dispensarme tan inestimable favor?

Las últimas oraciones que dice el sacerdote representan las que Jesús dirige al eterno Padre, intercediendo por nosotros. No nos ha abandonado nuestro amabilísimo Redentor, no; rogando está continuamente por nosotros. ¡Ojalá de-

seásemos nuestra salvación con las veras que él la desea!

Ite, missa est. Ya he asistido al santo sacrificio de la misa. Ya el Hijo de Dios se ha inmolado de nuevo por mi redención. Mas ¡con cuán poca devoción he estado! Perdón, oh Dios mío: hacedme la gracia de que no os ofenda en este día, y que la bendición que vuestro ministro me da en la tierra, sea ratificada en el juicio final.

Recíbela, pues, *de rodillas* y antes que salgas de la Iglesia, di a Jesús sacramentado: Aquí os dejo mi corazón, oh bien mío; con vuestro permiso me voy a cumplir con mis obligaciones: dad, Señor, a mí y toda mi familia vuestra santa bendición.

MOD O DE OÍR BIEN LA SANTA MISA

Ofrecimiento

Me presento ¡oh adorable Salvador mío! ante vuestro sagrado altar, para asistir a vuestro divino sacrificio. Dignaos, ¡oh Dios mío! aplicarme todo el fruto que queréis que obtenga de él, y suplid las disposiciones que me falten. Disponed mi corazón a los dulces efectos de vuestra bondad, fijad mis sentidos, arreglad mi espíritu, purificad mi alma; borrad con vuestra sangre todos los pecados de que sabéis me he hecho culpable. Olvidadlos todos ¡oh Dios de misericordia! yo los aborrezco por amor

a ,Vos; os pido humildemente perdón por ellos, perdonando por mi parte de todo corazón a los que hayan podido ofenderme. Haced ¡oh dulce Jesús mío! que uniendo mis intenciones a las vuestras, me sacrifique todo a Vos como Vos os sacrificáis enteramente por mí. Amén.

Principio de la Misa

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Así sea.

Invocando vuestro nombre, adorable Trinidad, y para tributaros el honor y los homenajes que os son debidos, es cómo asisto al santísimo y augustísimo sacrificio.

Permitidme, divino Salvador, unirme en intención al ministro de vuestros altares para ofrecer la preciosa Víctima de mi salvación, y dadme los sentimientos que hubiera debido tener en el

Calvario, si hubiese asistido al sacrificio sangriento de vuestra Pasión.

A la Confesión

Acúsome ante Vos ¡oh Dios mío! de todos los pecados que he cometido. Acúsome en presencia de la inmaculada Virgen María, la más pura de todas las vírgenes, de todos los Santos y de todos los fieles; porque he pecado con el pensamiento, de palabra, en acciones y en omisiones; por mi culpa, sí, por mi culpa, y por mi grandísima culpa. Por esta razón suplico a la Santísima Virgen y a todos los Santos que se dignen interceder por mí.

Señor, escuchad benignamente mi petición; y concededme vuestra indulgencia, la absolución y la remisión de todos mis pecados.

Al Kyrie Eleison

Divino Creador de nuestras almas, tened piedad de la obra de vuestras manos; Padre de misericordia, concededla a vuestros hijos.

Autor de nuestra salvación, sacrificado por nosotros, aplicadnos los méritos de vuestra muerte y de vuestra preciosa sangre.

Amoroso Salvador, dulce Jesús mío, tened compasión de nuestras miserias y perdonadnos nuestros pecados.

Al Gloria in Excelsis

Gloria a Dios en el cielo, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Os alabamos, Señor; os adoramos, os bendecimos y os glorificamos; os damos humildemente gracias, admirando vuestra gloria, pues sois el Señor, el Monarca soberano, el Altísimo, el úni-

cc Dios verdadero, el Padre todopoderoso.

Adorable Jesús, Hijo único del Padre, Dios y Señor de todas las cosas; Cordero de Dios, enviado para borrar los pecados del mundo, tened piedad de nosotros; y desde la elevación de vuestra gloria, donde reináis justamente con vuestro Padre, tened una mirada de compasión sobre nosotros. Salvadnos, Vos que sois el único que podéis hacerlo, Señor nuestro Jesucristo, porque Vos sois el solo infinitamente adorable con el Espíritu Santo en la gloria del Padre. Amén.

O r a c i ó n

Concedednos, Señor, por la intercesión de la Santísima Virgen y de los Santos, que consigamos todas las gracias que vuestro ministro os pide para

· él y para nosotros. Uniéndome a él en espíritu os hago la misma súplica por todos aquellos por quienes tengo obligación de pedir y os pido. Señor, para ellos y para mí todos los socorros que sabéis nos son tan necesarios, a fin de obtener la vida eterna, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

A la Epístola

Dios mío, me habéis llamado al conocimiento de vuestra santa ley, con preferencia a tantos otros pueblos que viven ignorando vuestros misterios. Acepto de todo corazón esa divina ley, y escucho respetuosamente los oráculos sagrados que habéis pronunciado por boca de vuestros profetas. Los reverencio con toda la sumisión debida a la palabra de un Dios, y veo su cumplimiento con la mayor alegría.

¡Que no tenga yo para amaros, oh Dios mío, un corazón semejante al de los Patriarcas del Antiguo Testamento! ¡Que no pueda desearos con el ardor con que os deseaban aquellos santos Patriarcas, conoceros y revenciaros como los Profetas, y amaros y consagrarme únicamente a Vos como los Apóstoles!

Al Evangelio

Ya no son ¡oh Dios mío! los Profetas ni los Apóstoles los que deben instruirme acerca de mis deberes; es vuestro Hijo único, es una palabra la que voy a oír. Pero ¡ay! ¿de qué me servirá, Jesús mío, haber creído que es vuestra palabra si no obro con arreglo a mis creencias? ¿De qué me servirá, cuando vaya a comparecer ante vuestro juicio, haber tenido la fe sin el mérito de la caridad y de las buenas obras?

Creo, y vivo como si creyese un Evangelio contrario al nuestro. No me juzguéis, Dios mío, por esta oposición perpetua que establezco entre vuestras máximas y mi conducta. Yo creo, Señor, pero inspiradme el valor y la fuerza suficientes para practicar lo que creo, y toda la gloria de mi conducta será para Vos.

A l C r e d o

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, que ha hecho el ciclo y la tierra, las cosas visibles e invisibles; y en nuestro Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido de Dios Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, luz de luz, verdad de verdad, engendrado y no creado, consubstancial con su Padre y por quien todo ha sido hecho. Que descendió del cielo por amor nuestro y para nuestra salvación; que encarnó, por obra y gracia del Espíritu

Santo, en el seno de la Virgen María, y se hizo hombre. Creo también que Jesucristo fué crucificado por amor nuestro, bajo el poder de Poncio Pilatos; que sufrió la muerte y fué sepultado; que resucitó al tercer día, como dice la Escritura, que subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre; y que descenderá otra vez a la tierra rodeado de gloria, para juzgar a los vivos y a los muertos, y que su reinado no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y del Hijo, y ha hablado por los Profetas. Creo que la Iglesia es una, santa, católica, apostólica, romana; confieso que hay un bautismo para la remisión de los pecados, y espero la resurrección de los muertos y la vida eterna. Amén.

Al Ofertorio

Padre infinitamente santo, Dios todopoderoso y eterno, por indigno que sea de presentarme ante Vos, me atrevo a ofreceros esta hostia por manos del Sacerdote, con la intención que tuvo Jesucristo nuestro Salvador cuando instituyó este Sacrificio, y la que tiene en este momento en que se inmola por nosotros.

Ofrézcooslo para reconocer vuestro soberano dominio sobre mí y sobre todas las criaturas. Os la ofrezco por la expiación de mis pecados y en acción de gracias por todos los beneficios de que me habéis colmado.

Os ofrezco, en fin, Dios mío, este augusto sacrificio, a fin de obtener de vuestra infinita bondad, para mí, para mis parientes, bienhechores, amigos y enemigos, todas las preciosas gracias de salvación que no pueden ser concedi-

das a un pecador más que en atención a los méritos del que es el Justo por excelencia y que se ha hecho Víctima propiciatoria por todos.

Pero al ofreceros esta adorable víctima os encomiendo, Dios mío, la Iglesia católica, os ruego por nuestro Padre Santo el Papa, por nuestro Obispo, por todos los pastores de almas, por nuestros superiores espirituales y temporales, y por todos los pueblos que creen en Vos.

Acordaos, Señor, también de los fieles difuntos, y por consideración de los méritos de vuestro Hijo, dadles un lugar de descanso, de luz y de paz.

No olvidéis, Dios mío, a vuestros enemigos y a los nuestros; tened piedad de todos los infieles, de los herejes y de los pecadores todos. Colmad de bendiciones a los que nos persiguen, y perdonadme mis pecados, como yo

les perdono todo el mal que me han hecho y quieran hacerme. Amén.

A l P r e f a c i o

Ha llegado el momento en que el Rey de los Ángeles y de los hombres va a venir. Señor, llenadme de vuestro espíritu; que mi corazón, desligado de la tierra, no piense más que en Vos. ¡Cuánta es mi obligación de bendeciros y alabaros en todo tiempo y en todo lugar, Dios de cielos y tierra, Señor infinitamente grande, Padre todopoderoso y eterno!

No hay cosa más justa ni más ventajosa que unirnos a Jesucristo para adoraros continuamente. Por su conducto rinden sus homenajes los espíritus bienaventurados a vuestra Majestad; por Él se unen todas las virtudes del cielo, llenas de respetuoso temor, para glorificaros. Permitid, Señor, que

juntemos nuestras pobres alabanzas a las que os tributan esas santas inteligencias, y que de concierto con ellas exclamemos en un transporte de alegría y admiración.

A l S a n c t u s

¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos! Llenos están los ciclos y la tierra de vuestra gloria. Que los bienaventurados os bendigan en el cielo. ¡Bendito sea el que hoy viene a la tierra, Dios y Señor, como el que lo envía!

A l C a n o n

Suplicámoste, Padre infinitamente misericordioso, en nombre de Jesucristo, vuestro Hijo y nuestro Señor, que recibáis con agrado y bendigáis la ofrenda que os presentamos, a fin de que os

dignéis conservar, defender y gobernar vuestra Santa Iglesia católica, con todos los miembros que la componen, el Papa, los Obispos y en general todos los que profesan vuestra santa fe.

Os encomendamos, Señor, en particular, todos aquellos a quienes la justicia, el reconocimiento y la caridad nos imponen el deber de rogar por ellos; todos los que están aquí presentes, y en particular N... y N..., y para que nuestros homenajes, Dios mío, os sean más agradables, los unimos a los de la gloriosa Virgen María siempre Virgen, Madre de nuestro Señor Jesucristo, a todos vuestros santos Apóstoles, y todos los bienaventurados Mártires y a todos los Santos que con nosotros componen una sola y misma Iglesia.

¡Quién tuviera en este momento, Dios mío, los deseos inflamados con que los santos Patriarcas deseaban la venida del Mesías! ¡Quién tuviera su

fe y su amor! Venid, Jesús mío; venid, amable reparador del mundo; venid a cumplir un misterio que es el compendio de todas las maravillas. Ven, Cordero de Dios; he aquí la Víctima que viene a expiar todos los pecados del mundo.

A l a E l e v a c i ó n

Verbo encarnado, divino Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, creo que estáis aquí presente; os adoro con humildad, os amo de todo corazón, y así como Vos descendéis ahí por amor mío, yo me consagro enteramente a Vos.

Yo adoro esa sangre preciosa que habéis derramado por todos los hombres, y espero, Dios mío, que no se habrá vertido inútilmente para mí. Concededme la gracia de aplicarme sus méritos. Ofrezcoos la mía, adorable Jesús, en

reconocimiento de la caridad infinita que habéis tenido al derramar la vuestra por amor nuestro.

Continuación del Canon

¡Qué grandes serían mi malicia y mi ingratitud, si en adelante, después de haber visto lo que veo, consintiese en ofenderos de nuevo! No, no, Dios mío, no olvidaré nunca lo que queréis enseñarme en esta augusta ceremonia, los sufrimientos de vuestra Pasión, la gloria de vuestra Resurrección, vuestro Cuerpo destrozado, vuestra sangre derramada por nosotros; todo está en realidad presente a mi vista en el altar.

Ahora os ofrecemos verdaderamente la Víctima pura y sin mancha, que Vos mismo os habéis complacido entregarnos y de la que todas las otras sólo eran una figura. Sí, Dios mío; hay aquí sacrificio más elevado que todos los de

Abel, de Abraham y de Melquisedec; esta es la única víctima digna de vuestro altar, Nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo, el único objeto de vuestras complacencias eternas.

Que todos los que de algún modo participan de esta Víctima sagrada queden llenos de vuestra bendición.

Que esta bendición se extienda ¡oh Dios mío! a las almas de los fieles que han muerto en la paz de la Iglesia, y particularmente el alma de N... y de N... Concededles, Señor, por la virtud de este sacrificio la completa remisión de sus penas.

Dignaos concederme también un día esta gracia a nosotros mismos, Padre infinitamente bueno, y hacernos entrar en la compañía de los santos Apóstoles, Mártires y Bienaventurados, para que podamos amaros y glorificaros eternamente con ellos. Amén.

A l P a t e r N o s t e r

¡Qué dichoso soy, Dios mío, en teneros por Padre! ¡Qué feliz soy al pensar que el cielo en que estáis ha de ser algún día mi morada! Que vuestro santo nombre sea glorificado en toda la tierra. Reinad completamente en todos los corazones y en todas las voluntades. No neguéis a vuestros hijos el alimento espiritual y corporal. Así como nosotros perdonamos, perdonadnos Vos. Sostenednos en las tentaciones y en los males de esta vida miserable y libradnos del pecado, que es el más grande de todos los males. Amén.

A l A g n u s D e i

Cordero de Dios, inmolado por nosotros, tened piedad de mí. Víctima adorable de mi salvación, salvadme. Divino Mediador, obtenednos la gra-

cia de vuestro Padre y dadnos vuestra paz.

A l a C o m u n i ó n

¡Qué dichoso sería yo, adorable Salvador mío, si me contara en el número de esos cristianos felices a quienes la pureza de conciencia y una piedad tierna permiten aproximarse todos los días a la sagrada Mesa!

¡Qué ventaja tan grande si en este momento pudiera colocaros en mi corazón, tributaros en él mis homenajes, exponeros mis necesidades y participar de las gracias que con tanta abundancia repartís entre los que os reciben realmente! Pero puesto que no soy digno de tanta felicidad, suplid Vos, Dios mío, la mala disposición de mi alma. Perdonadme mis pecados, que yo detesto de todo corazón, solamente porque os desagradan. Recibid mi deseo sincero de unirme a Vos. Purificadme

con una mirada, y ponedme en estado de recibiros pronto.

Esperando este día feliz, os suplico, Señor, que me hagáis participante de los frutos que la comunión del Sacerdote debe producir en todo el pueblo fiel que asiste a este sacrificio. Aumentad mi fe por la virtud de este divino Sacramento, fortificad mi esperanza, depurad mi caridad, llenad mi corazón con vuestro amor, para que sólo suspire por Vos y no viva más que para Vos. Amén.

Últimas Oraciones

Acabáis, Dios mío, de inmolaros por mi salvación y yo quiero sacrificarme por vuestra gloria. Yo me ofrezco como vuestra víctima, no me tengáis miramiento alguno: acepto de buena voluntad todas las cruces que os dignáis enviarme; yo las bendigo, las recibo

de vuestra mano y quiero unir las a la vuestra.

Heme aquí purificado por vuestros sagrados misterios; huiré con horror la menor mancha del pecado, sobre todo de aquellos a que siento mayor inclinación. Seré fiel a vuestra ley, y estoy resuelto a perderlo todo y sufrirlo todo antes que quebrantarla.

A la Bendición

Benedicid ¡oh Dios mío! mis santas resoluciones, bendicidnos a todos por mano de vuestro ministro, y que los efectos de vuestra bendición permanezcan eternamente en nosotros. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Al último Evangelio

Verbo divino, Hijo único del Padre, luz del mundo venido del cielo para mostrarnos el camino, no permi-

táis que me asemeje a ese pueblo infiel que se niega a reconocer como el Mesías. Nos consintáis que incurra en la ceguedad de los que prefieren ser esclavos de Satanás mejor que participar de la gloriosa adopción de hijos de Dios y herederos de su gloria que acabáis de procurarnos.

Verbo hecho carne, vo os adoro con el más profundo respecto; pongo toda mi confianza en Vos solo, esperando firmemente que, ya que sois mi Dios, y un Dios que se ha hecho hombre para salvar a los hombres, me concederéis las gracias necesarias para santificarme y poseeros eternamente en el cielo. Amén.

Oraciones después de la Misa

Oh Dios, nuestro refugio y fortaleza, mira propicio al pueblo que a Ti clama: y por la intercesión de la gloriosa e Inmaculada Virgen María, Ma-

dre de Dios, de San José su Esposo, de tus Santos Apóstoles Pedro y Pablo y de todos los Santos, escucha misericordioso y benigno las súplicas que te dirigimos, pidiéndote la conversión de los pecadores y la libertad y exaltación de la Santa Madre Iglesia. Por el mismo Jesucristo, Nuestro Señor. R Amén.

Arcángel San Miguel, defiéndonos en la batalla: sé nuestro amparo contra la perversidad y acechanzas del demonio. "*Reprímale Dios*", pedimos suplicantes: y tú, Príncipe de la celestial milicia, arroja el infierno con el divino poder a Satanás, y a los otros malignos espíritus, que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas. R Amén.

300 días de indulgencia, León XIII, 6 de Enero de 1884.

Diez años de indulgencia, Pío XI, 30 de Mayo de 1934.

V Corazón Sacratísimo de Jesús.
R Ten misericordia de nosotros.

(Tres veces).

Siete años de indulgencia, Pío X.



OTROS MÉTODOS

PARA OÍR SANTAMENTE

LA MISA

Por bueno y exquisito que sea un manjar, si nos lo presentan cada día, llega a fastidiar. De la misma manera por devoto y agradable que sea un ejercicio de piedad, acaba por cansar y hacer poca impresión en el alma, si no se varía alguna que otra vez. Por esto pondré aquí diferentes modos con que fomentar la devoción y granjearnos los infinitos tesoros de gracia que encierra el santo sacrificio de la Misa.

Primer método. — Rezar con devoción el santo Rosario, contemplando con preferencia los misterios dolorosos.

Segundo método. — Meditar el reloj o algún paso de la Pasión de nuestro divino Redentor. La meditación que ponemos más abajo sobre las circunstancias de la Pasión, y las mismas estaciones del Vía Crucis, sirven admirablemente a este fin. Cuando te sintieres motivo a compasión,

gratitud, dolor y detestación de tus pecados, deja que el corazón se desahogue y satisfaga enteramente, concibiendo entonces odio irreconciliable al pecado, y pidiendo a Dios gracias para nunca volver a cometerlo.

Tercer método. — Tampoco hay inconveniente en que se mediten los dolores y grandezas de la Virgen en las festividades de esta Señora: y entonces se le puede dirigir el acto de consagración que se hallará en el lugar correspondiente.

Cuarto método. — ¿Quieres cada primer viernes de mes obsequiar al sagrado Corazón de Jesús? Más abajo hallarás muchos actos de desagravios y tiernísimas preces, que, dichas con devoción, te inspirarán afectos muy propios con que corresponder a su amor infinito.

Quinto método. — ¿Prefieres oír la Misa en honor del santo Ángel de la Guarda, del glorioso San José, o de otro Santo? Las consideraciones y deprecaciones que hay en sus respectivos lugares, servirán a este fin; sobre todo el método que adoptamos para obsequiarles el día de su fiesta.

Sexto método. — Otras veces se podrá hacer el ejercicio que ponemos para el día de retiro, como disposición a una santa muerte.

No obstante, a la consagración y comunión del Sacerdote, casi siempre convenirá leer lo que va marcado en el modo principal de oír bien la santa Misa, ya por ser partes tan importantes del Sacrificio, ya por el mucho fruto que suelen aquellas preces producir en el alma.

Y si alguno quiere al comenzar la Misa u otro ejercicio, rezar o meditar el hermoso himno *Veni Sancte Spiritus*, pondremos aquí su traducción, como también el del *Te Deum laudamus*.

Veni Sancte Spiritus

HIMNO

Ven, Espíritu Santo: llena de tu gracia los corazones de los fieles, y enciende en ellos el fuego de tu divino amor.

Ven, oh Santo Espíritu, y envíanos desde el cielo un rayo de tu luz purísima.

Ven, Padre de los pobres; ven, dispensador de las gracias; ven, luz celestial de los corazones.

Tú eres el único consolador verdadero, dulce huésped del alma, y dulce alivio de las penas.

En Ti hallamos descanso en el trabajo, refrigerio en los ardores, y consuelo en el llanto.

¡Oh bienaventurada luz! penetra hasta lo más íntimo del corazón de estos fieles que te invocan fervorosos.

Sin tu numen benéfico nada hay en el hombre, nada que sea puro y sin mancha.

Lava nuestras manchas, vivifica nuestra aridez, sana nuestras enfermedades.

Doma nuestra dureza, enfervoriza lo que está yerto, endereza lo que se desvía del camino.

Enriquece con tus siete dones a los fieles que cifran en Ti todas sus esperanzas.

Danos el mérito de las virtudes, la perseverancia que conduce a la salvación y la eterna felicidad. Amén.

R) Envíanos, Señor, tu Espíritu, y nuestros corazones serán criados de nuevo.

V) Y renovarás la faz de la tierra.

ORACIÓN

Oh Dios, que te dignaste ilustrar los corazones de tus fieles con la claridad del

Espíritu Santo, concédenos el que, animados del mismo Espíritu, sepamos juzgar y obrar con rectitud, y disfrutemos siempre de sus celestiales consuelos. Amén.

Te Deum laudamus

**o himno de San Ambrosio y de San Agustín
para dar gracias al Señor**

- A Ti, oh Dios, alabamos; a Ti por Señor te confesamos.
A Ti, Padre Eterno, reconoce y venera toda la tierra.
A Ti todos los Ángeles; a Ti los cielos y todas las potestades.
A Ti todos los Querubines y Serafines cantan sin cesar.
Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos.
Llenos están los cielos y la tierra de la majestad de su gloria.
A Ti el glorioso coro de los Apóstoles.
A Ti la venerable muchedumbre de los Profetas.
A Ti alaba el numeroso ejército de los Mártires.
A Ti la Iglesia santa confiesa por toda la redondez de la tierra.

Que eres padre de inmensa majestad; que
debe ser adorado tu verdadero y único
Hijo.

Y también el Espíritu consolador.

Tú, oh Cristo, eres rey de la gloria.

Tú, el Hijo sempiterno del Padre.

Tú, para rescatarnos te hiciste hombre y
no tuviste a menos el encerrarte en el
seno de la Virgen.

Tú, destruido el imperio de la muerte,
abriste a los fieles el reino de los cielos.

Tú estás sentado a la diestra de Dios en
la gloria del Padre.

Y de allí creemos que vendrás a juzgar-
nos.

Suplicámoste, pues, socorro a tus siervos,
que redimiste con tu Sangre preciosa.

Haz que en la eterna gloria seamos del
número de tus Santos.

Salva, Señor a tu pueblo, y bendice a tu
herencia.

Y gobiérnales y ensálzalos para siempre.
Todos los días te bendecimos.

Y alabamos tu nombre en los siglos, y en
los siglos de los siglos.

Dígnate, Señor, conservarnos sin pecado
en este día.

Ten, Señor, piedad de nosotros; sí, ten
de nosotros piedad.

Descienda, Señor, tu misericordia sobre nosotros; pues pusimos en Ti nuestra confianza.

En Ti, Señor, esperé; nunca seré confundido.

- 1) *Indulgencia de 5 años.*
- 2) *Indulgencia de 10 años, si se asiste al canto del Te Deum en iglesias u oratorio público, semipúblico en la función de acción de gracias el último día del año.*
- 3) *Plenaria si confesados y comulgados, rezaren a intención del Papa. (S. Penit. Apost. 10 de Agosto de 1936).*



PLAN DE VIDA

PARA TODO CRISTIANO QUE DE VERAS DESEE SALVARSE

C a d a d í a

1. Haz mañana y noche con devoción el ejercicio del cristiano.
2. Reza el santo Rosario con la familia.
3. Oye Misa, si te lo permiten las ocupaciones.
4. Nunca olvides las piadosas prácticas de nuestros padres, como son: decir el *Ave María* al dar la hora, rezar el *Angelus Domini*, el *Padre nuestro* a las Ánimas; bendecir la mesa, etc.

C a d a s e m a n a

Santifica las fiestas, empleándolas en el divino servicio, no contentándote con oír Misa entera, sino además asistiendo, si puedes, a los divinos oficios, sermón, doctrina y rosario.

Abstente aquellos días de todo trabajo, más todavía de obras y diversiones criminales o peligrosas.

Cada año

Comulga a lo menos cuatro veces al año, sobre todo en los cuatro tiempos fijados en la Misión para la confesión general.

En todo tiempo

Procura: 1. Cumplir fielmente los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

2. Llenar las obligaciones de tu estado.

3. Huir de malas compañías, del ocio, y de todo peligro de pecar.

4. Profesar cordial devoción a María Santísima.

PARA LOS QUE ASPIREN A LA PERFECCIÓN

El que desee ser más adepto a Dios, si las ocupaciones se lo permiten, añadirá las prácticas que siguen a las que antes hemos indicado.

Cada día

1. Media hora, a lo menos, de oración mental.

2. Un rato de lección espiritual.

3. Examen de conciencia.

4. Alzar con frecuencia el corazón a Dios.

5. Practicar alguna mortificación.

Cada mes

1. Comulgar, a lo menos, una vez.
2. Celebrar con especial fervor las fiestas de María Santísima.
3. Hacer un día de retiro.

Cada año

1. Confesión general desde la última.
2. Celebrar el día de cumpleaños y la fiesta de tu santo Patrón con algunas devociones especiales, sobre todo recibiendo aquel día los santos Sacramentos.

En todo tiempo

1. Abstenerse de ofender a Dios voluntariamente.
2. Tener un director fijo, descubriéndole enteramente la conciencia; mas con plena libertad de dirigirse a otro, cuando él no estuviere, o mediaré algún motivo razonable.
3. Aliviar con sufragios a las benditas Ánimas del Purgatorio, y orar a menudo por la conversión de los pecadores.
4. Tener y observar un reglamento de vida, no omitiendo sin justa causa devoción ni obra alguna de las acostumbra-

das, por más tedio, sequedad o repugnancia que se experimente.

SACRAMENTOS

Es indudable, si no queremos cerrar los ojos a la misma luz, que de cuantos medios tiene la Iglesia para santificar a los fieles, ninguno es más compendioso y eficaz, ninguno deshace tanto los ardides del enemigo, como el acercarse a menudo y con fervor a la sagrada Eucaristía. Aquí tiene el idiota, maestro que le enseñe; el enfermo, médico que le cure; el desamparado y perseguido, padrino y abogado que le defiendan. Este es pan Angélico que hace castos y vírgenes; maná sabroso que alimenta; bálsamo que suaviza; y no uno que otro arroyo, como en los demás Sacramentos, sino la fuente de toda gracia y santidad. Una sola confesión y comunión bien hechas bastarían para santificar el alma. Pues ¿de dónde nace que, recibiendo tantos cristianos los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, se hallen, no obstante, llenos de defectos y vicios? Esto proviene en unos de que se acercan raras veces; y en otros de que lo hacen con espíritu disipado y con el

corazón apegado a varias aficiones y faltas, de que siempre se acusan, y nunca se corrigen. Pero, como el más peligroso y funesto de cuantos lazos puede el demonio tender a un alma, es el alejarla de los Sacramentos, o hacer que los reciba indignamente, por esto conviene observar los avisos siguientes:

1. Confiesa y comulga a menudo; cada ocho días, si puedes; y cuando no, una vez al mes; o por lo menos cuatro o seis veces al año, si de veras quieres salvarte.

¿Qué locura comulgar muy de tarde en tarde, de año en año, únicamente, o por el que dirán, poniéndose así al borde del precipicio!

¿Qué criminal se detendría en la cárcel, si pendiera su libertad de la ingenua confesión de su culpa? ¿Qué enfermo rehusaría la salud por lo amargo de la medicina? ¿Qué náufrago no alargaría la mano al que se la ofreciese para salvarle?

Pero, Padre, yo no soy digno de comulgar con tanta frecuencia. "Si te preguntan, decía San Francisco de Sales, ¿por qué comulgas tan a menudo?, les dirás que por aprender a amar a Dios; para purificarte de tus culpas; para fortalecerte

contra tu flaqueza, triunfar de tus enemigos y hallar consuelo en las aflicciones. Dos clases de personas, añade el Santo, deben comulgar a menudo: las perfectas porque lo son, y los imperfectos para no serlo; los fuertes para no volverse flacos, y los flacos para hacerse fuertes; el que no tiene negocios, porque está desocupado, y el que los tiene para acertar en todo".

Hay, además, dos clases de disposiciones: una que debe tener el que comulga; otra que sería justo tuviese; aquélla consiste en la gracia de Dios, en el ayuno natural, y en tener conocimiento de lo que va a recibir. La otra es una conducta de vida ajustada y ejemplar, y una inocencia de costumbres que respire virtud y santidad. ¿No es así la tuya? ¿Está distante de serlo? Detesta, pues, las culpas graves en el Sacramento de la Penitencia; y penetrado de un vivo dolor de haberlas cometido, trabaja en librarte de toda afición a los pecados leves y, en desprender tu corazón de las criaturas; y llégate con humilde confianza a la sagrada Comuni6n.

2. Para evitar otro escollo más funesto que el pasado, cual sería el de familiari-

zarse con tan alto Sacramento, y recibirlo por rutina y vanidad, o sin las debidas disposiciones, no comulgues, generalmente hablando, más de tres o cuatro días a la semana, a no ser que el confesor vea tan mortificadas tus palabras, tan unida con Dios tu alma, y tan solícita en evitar toda falta voluntaria, que te juzgue digno de comulgar más a menudo, y puedas hacerlo sin faltar a tus obligaciones.

3. Para sacar de la Comunión el fruto correspondiente, piensa de antemano en la grande obra que vas a ejecutar. *¡Obra prodigiosa en la que debes ocuparte! No vas a hospedar a un hombre, ni a un rey, de la tierra, sino al mismo Dios.* Lejos, pues, de disiparte con visitas frívolas y conversaciones profanas, mortifícate en algo, y adorna tu alma con fragantes flores de virtudes... *¡Qué dicha tan grande la mía! ¡Mañana voy a recibir a mi Dios y Redentor! ¡Mañana el Rey de cielos y tierra se aposentará en mi corazón, para fijar en mí sus delicias y enriquecerme con sus tesoros infinitos.*

4. Confiésate con el mismo cuidado que si fuese aquella la última confesión de tu vida... *¡Y quién sabe si lo será?*

Examen de conciencia

Registra con sosiego los senos de tu corazón, indagando las culpas cometidas; mas no con afán congojoso, que esto fuera hacer odioso el Sacramento de la Misericordia, sino con la misma diligencia que pondrías en un negocio de entidad; y esto basta. Y como Dios es el Padre de las luces, dile con profunda humildad: "Dios mío, quisiera confesarme bien; quisiera descubrir toda mi conciencia al confesor, ministro y representante vuestro en la tierra, pero me falta luz para conocer mis pecados, memoria para acordarme de ellos, discernimiento y valor para acusarlos con distinción, claridad y sencillez. Alumbra, pues, mi entendimiento, oh, Espíritu divino, con tu soberana luz, para que conozca el abismo de mi ingratitud y, conocido, lo manifieste enteramente al confesor, detestando mis culpas con el más vivo arrepentimiento".

Examina luego la conciencia discutiendo por los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Mas no caigas en el error de muchos, que, habiéndose examinado y acusado de alguno que otro pecado, creen

haber hecho una buena confesión. Repasa muy especialmente las obligaciones de tu estado, pues acaso más almas se condenan por pecados de omisión, que por otras malas obras. Por esto, sin dejar los deberes comunes a todo cristiano, apuntaré con preferencia lo que más fácilmente omiten los fieles, y más raras veces se encuentra en los devocionarios.

EXAMEN GENERAL

para toda clase de personas

¿Cuánto tiempo hace que se confesó?

¿Dejó de confesar alguna falta grave por vergüenza, malicia u olvido? ¿Cumplió la penitencia?

PRIMER MANDAMIENTO

Examine si sabe lo necesario para salvarse. — Si ha negado o puesto en duda algún artículo de fe. — Si ha hablado contra la religión, o mofándose de los que la practican. — Si ha leído, prestado, oído leer, o tiene algún libro irreligioso. — Si ha invocado al demonio, creído en hechizos y supersticiones, o consultado a espiritistas u otros que obran por malas

artes. — Si ha desconfiado de su salvación, o presumido temerariamente de la misericordia divina. — Si ha pasado mucho tiempo, sin orar ni hacer actos de fe, esperanza y caridad.

SEGUNDO MANDAMIENTO

Si ha jurado en falso o con duda; si ha jurado con verdad, pero sin respeto ni necesidad. Si juró vengarse o hacer alguna cosa mala, y lo ha cumplido. — Si juró hacer algo bien hecho, y no lo cumplió.

¿Ha proferido alguna blasfemia? ¿Cuáles y en qué numero?

¿Ha cumplido los votos y promesas hechas a Dios y a los Santos?

TERCER MANDAMIENTO

Si no oyó la misa entera por su culpa en día de precepto. — Si la ha oído sin atención ni reverencia. — Si ha impedido que otros la oyesen.

Si faltó al respeto debido a las Iglesias, imágenes, personas o cosas sagradas. — Si ha recibido algún Sacramento en pecado mortal. — Si ha satisfecho el deber pascual, y observado los mandamientos

de la Iglesia, como son los ayunos, abstinencias, etc. — Sí ha comido carne en días vedados, sin estar enfermo.

CUARTO MANDAMIENTO

Si ha perdido el respeto, o tratado con desprecio a los padres, mayores, sacerdotes, maestros, superiores, etc.

Si ha dejado de asistir a sus padres en las necesidades de cumplir sus testamentos, mandas de Ánimas, deudas, etc.

Como este mandamiento abraza los deberes de los diferentes estados, vea más abajo si ha cumplido con los que le pertenecen.

QUINTO MANDAMIENTO

Si ha matado, herido, dado golpes al prójimo, o de algún modo contribuído a ello.

Si ha deseado la muerte para sí, o para otro; si se ha alegrado del mal de alguno, o le ha pesado de su bien.

Si tiene rencor a alguno, si le niega el habla, si le ha dicho injurias o maldiciones, si ha hecho o mandado hacer algún mal por envidia o venganza.

Si ha provocado, aceptado, o presenciado algún desafío.

¿Ha cooperado o intentado algún aborto, antes o después de animado el feto?

¿Se ha excedido en el comer, beber, castigar, etc.? ¿Ha escandalizado al prójimo?

SEXTO MANDAMIENTO

No hay que hacerse ilusión; no sólo Dios condena el último desorden y los gravísimos pecados, de adulterio, bestialidad, sodomía, etc., sino también toda lectura obscena; — toda estampa o imagen provocativa; — toda chanza, canción o conversación deshonesta; — toda mirada, seña, billete y traje lascivo; — todo pensamiento o deseo torpe plenamente consentido; — toda acción o tacto deshonesto, sea consigo mismo, sea con otra persona; y aquí, sin nombrar a nadie, hay que decir si era persona soltera, casada, pariente; si tiene voto de castidad, si la solicitó, si la tiene en casa, si pecó en lugar sagrado; — si leyó o prestó algún libro obsceno, etc.

SÉPTIMO MANDAMIENTO

Si ha hecho, aconsejado, ocultado algún hurto, o de algún modo cooperado a él. ¿Cuándo y cuántas veces?

Si ha comprado, vendido, jugado, cambiado con trampas y fraudes. Si lleva o exige lo que no debe, o trabaja menos de lo que debe.

Si sostiene pleitos injustos, si ha prestado con usura, negado alguna deuda, etc.

Si no restituyó pudiendo, o sin causa dilató el pagar, devolver lo hallado, etc.

OCTAVO MANDAMIENTO

Si ha formado juicios o sospechas siniestras de alguno, sin tener fundamento.

Si ha murmurado, oído murmurar con gusto, o pudiendo y debiendo, no lo ha impedido.

Si ha levantado alguna calumnia, escrito anónimos o cartas infamatorias, o dicho algún falso testimonio.

Si miente por costumbre, en cosa grave, y con perjuicio de alguno.

Si ha sembrado discordia en las familias con cuentos y chismes.

El nono y décimo se reducen al sexto y séptimo Mandamiento.

E x a m e n

sobre los deberes propios de cada estado

PADRES Y CABEZAS DE FAMILIA

Examinen si rezan cada día el Rosario con la familia o se encomiendan a Dios cada noche (1).

Si tienen cuidado de que sus hijos y dependientes cumplan los deberes religiosos, y sobre todo de que no trabajen los días de fiesta.

Si les han dado buen ejemplo, y enseñan la doctrina cristiana.

Si los reprenden y castigan, cuándo y cómo merecen, sin echar votos, juramentos y maldiciones.

Si han malgastado los bienes en juegos, embriagueces y cosas ilícitas.

Si cuidan de la separación debida entre ambos sexos.

Si permiten a sus dependientes salir de noche o recogerse tarde, galantear, frecuentar casas, compañías o divertimientos peligrosos.

(1) No es esta práctica de obligación; pero sí una señal de que la familia es cristiana y ejemplar.

Si pagan las deudas, y dan al jornalero a los criados el salario correspondiente.
Si dan limosna según sus haberes.
Si permiten en casa blasfemias, conversaciones malas, libros o periódicos irreligiosos, estampas indecentes, etc.

NEGOCIANTES Y MERCADERES

Vean si han codiciado los bienes del prójimo.

Si han guardado o administrado infielmente las cosas que se les han confiado.

Si han defraudado o engañado en algo, ya sea en la calidad de los géneros, ya en el peso o medida. ¿Cuántas veces, y en qué cantidad?

Si han hecho contratos ilícitos o usurarios.

Si prevaliéndose de la necesidad o ignorancia de alguno, compraron más barato, o vendieron más caro de lo justo.

Si han mandado, aconsejado, o consentido algo en perjuicio del prójimo.

Si han comprado a sabiendas cosas hurtadas.

Si se han apoderado de todos los géneros, o hecho monopolio indebido.

Si han restituido o reparado el daño que hicieron al prójimo advirtiéndolo que, aunque lo hubiesen confesado ya, no hay salvación si pudiendo no hacen esta reparación.

HIJOS Y JÓVENES

Examinen si tienen a los padres y superiores el respeto y obediencia debidos.

Si los han despreciado, insultado de palabra, o deseado la muerte.

Si han llegado hasta la infame acción de amenazarlos, o de poner en ellos las manos. ¡Qué pecado!

Si provocándolos a ira fueron causa de que profiriesen blasfemias, maldiciones o palabras escandalosas.

Si han inducido a los hermanos o compañeros a desobedecer a sus padres, maestros o superiores.

Si estudian, trabajan y cuidan bien de las cosas de casa.

Si a escondidas han comprado, vendido o retenido algo.

Si son condescendientes con los hermanos, o por el contrario, si riñen, si se tienen envidia o pegan entre sí.

Si van con malos compañeros, de noche sobre todo.

Si han cantado canciones obscenas, leído y prestado novelas, permitiéndose libertades y chanzas impuras.

Si galantean, y a qué cosas se han pasado.

Si van a bailes, saraos, comedias y juegan dinero quitado a sus padres.

CASADOS

Si viven en paz y buena armonía entre sí y con los suegros y parientes.

Si han negado, sin causa legítima, el débito a su consorte, o imaginándose que todo era lícito, han profanado la santidad del matrimonio.

Si han escandalizado a la familia con discursos y acciones libres.

Si se sufren mutuamente los defectos.

Si se molestan con celos indiscretos.

Si se han maltratado de palabra o de obra.

Si han guardado la fidelidad prometida a Dios y a su consorte.

LA MUJER CASADA

Examine si cuida bien de su familia.

Si trata al marido con cariño y humildad.

Si ama a sus hijos con amor excesivo, dejándoles vivir según sus caprichos, excusándolos o defendiéndolos, cuando el padre quiere castigarlos justamente.

Si los ha maldecido, deseado la muerte o echado imprecaciones.

Si ha resistido injustamente al marido y porfiado con él.

Si gasta el dinero en vanidades, galas y antojos para sí o para sus hijas.

Si es pendenciera, burlona, fingida o está reñida con alguien.

Si en el traje, modo de hablar y proceder, ha guardado el recato y la modestia conveniente, sobre todo vistiendo o dando el pecho a la criatura.

Si ha perdido el tiempo en visitas, conversaciones frívolas, murmuraciones, etc.

En caso que tenga alguna duda sobre el matrimonio, expóngala con humildad a un confesor prudente.

CRIADOS Y TRABAJADORES

Examinen si han dado, desperdiciado o defraudado alguna cosa de los amos.

Si cumplen fielmente lo mandado, siempre y cuando no se oponga a la ley santa de Dios.

Si han trabajado en días festivos, y perdido el tiempo en los de trabajo.

Si han dicho, cantado, escuchado o hecho algo indecente.

Si son remisos en aprender la doctrina cristiana, en practicar la Religión; o lo que sería peor, si se han burlado de los que la practicaban.

Si lejos de ofrecer el trabajo a Dios, han prorrumpido en votos, blasfemias o palabras escandalosas.

Si han inducido a algún compañero a pecar.

PERSONAS

QUE ASPIRAN A LA PERFECCIÓN

Veán si han hecho la oración, el examen de conciencia y los demás ejercicios espirituales exacta, entera y fervorosamente.

Si voluntariamente se han distraído en ellos.

Si han hecho votos, promesas, o penitencias exteriores, contra la voluntad, o sin licencia de un buen Director.

Si consideran en él la persona de Jesucristo, no teniendo con él más relaciones que las espirituales y precisas.

Si le han obedecido, sujetando el propio juicio al suyo.

Si por ir a ciertas devociones y recorrer iglesias han descuidado las obligaciones de su casa y estado.

Si mortifican la lengua y refrenan los sentidos, sobre todo en la iglesia.

Si van a ella únicamente para orar, o más bien por curiosidad, para ver y ser vistas.

Si son humildes y pacientes con los de casa, o amigos del ocio, de murmurar y de llevar la suya por delante.

Si han vigilado y procurado con celo el bien de los súbditos y de las personas que les están encomendadas.

Advertencia importante

Los cristianos que, habiendo hasta ahora llevado una vida ordinaria, no hayan

purificado nunca la conciencia con una confesión general, será muy del caso que lo hagan por un buen confesor.

Mas si por desgracia hubiesen callado algún pecado grave en la confesión, ocultando alguna de las circunstancias que mudan de especie o constituyen un nuevo pecado; si se hubiesen confesado sin dolor verdadero, sin propósito firme, universal y eficaz, por ejemplo, sin querer perdonar, restituir, entregar los malos libros; si después de la confesión hubiesen recaído con la misma y tal vez con mayor facilidad que antes; entonces la confesión general no sería ya de consejo, sino de absoluta necesidad.

Pero los que la hubiesen hecho ya alguna vez con el cuidado que les fué buenamente posible, sobre todo las personas escrupulosas; no piensen en hacerla de nuevo; obedezcan ciegamente; y así, cuando el director les asegura que están bien confesadas, créanlo, y déjense de pensar si se han o no explicado bien; si las ha o no entendido el confesor; si tuvieron o no tuvieron dolor; si hubo o dejó de haber falta en el examen; persuadiéndose de que sólo van seguros por el camino de la

obediencia. El demonio, cuando no puede lograr que dejemos los Santos Sacramentos, o que los recibamos indignamente, procura a lo menos perturbarnos con vanos escrúpulos y temores, a fin de impedir siquiera aquella paz y santa alegría que tanto ayuda a que el alma se adelante en la virtud.

Mas dejando a estas personas escrupulosas, mira, cristiano, no caigas en el grave error de aquellos que, solícitos sólo del examen, descuidan u omiten lo principal, que es el dolor y propósito. ¡Ay! ¡cuántos se confiesan y comulgan sacrílegamente por falta de contrición!

Para que no tengas, pues la infelicidad de hallar la perdición y muerte en donde debías encontrar la vida eterna, procura excitarte con fino esmero a la contrición, por medio de estas o semejantes consideraciones.

MOTIVOS DE CONTRICIÓN

para antes de la confesión

¡Qué hice, infeliz de mí!... ¡Ofendí a un Dios de infinita majestad y grandeza!... ¡A aquel Creador tan benéfico, que me dió un ser tan noble; todo cuanto tengo, todo cuanto soy!... ¡A aquel Reden-

tor dulcísimo, que derramó su sangre preciosísima por mí! ¡Es un Padre tan bueno y misericordioso; y yo he sido tan ingrato para con Él!... ¡Ay de mí! ¡Yo, vil gusano de la tierra, os ofendí, Dios mío! ¡y en vuestra presencia!... ¡y con tanta advertencia y malicia!... ¡y tan repetidas veces!... ¡y mientras me colmábais de favores y gracias!... Podíais quitarme la vida y lanzarme al infierno; no lo hacíais por el amor que me tenéis... ¡y yo, perverso, os azotaba, coronaba de espinas y crucificaba de nuevo! ¡Y esto por un sucio deleite!... ¡por un puntillo de honra!... ¡por complacer a una miserable criatura! ¡Ay! ¡qué monstruosa ingratitud e infelicidad es la mía!... ¡Perdí la gracia y la amistad de Dios!... ¡Me hice esclavo del demonio!... ¡Cielo hermoso! ¡ya no eres para mí!... ¡Si yo muriese en este instante, el infierno sería mi paradero!... ¡Y por siempre jamás!... ¡Qué locura la mía!... ¡Por un vil placer, que no duró más que un instante, renuncié a Dios y a su felicidad infinita!... Nunca más pecar... nunca más olvidar-me de Vos y degradarme así... nunca más... Antes morir que pecar... antes morir que exponerme al peligro de pecar.

OTROS

MOTIVOS DE CONTRICIÓN

para personas
más amantes de la virtud

¡Es posible, amabilísimo Jesús mío, que haya sido todavía tan infiel e ingrato para con Vos! ¿No basta que haya menospreciado tantas veces vuestro amor en mi vida pasada, hollado vuestra sangre divina, abierto esas llagas sagradísimas, y renovado vuestra pasión y muerte con mis pecados?... ¿No basta que tantos herejes, impíos y pecadores desalmados os hagan crudelísima guerra?... ¿Merecéis que aumente yo todavía la aflicción y amargura de vuestro Corazón amantísimo? ¿Es justo que, habiéndome Vos colmado de tantos beneficios, os corresponda yo con incesantes negligencias, desprecios e infidelidades?

Deténgase un poco y medite esto:

¿Hay ingratitud, hay locura y estupidez semejantes a la mía? ¿Vos me reconciliásteis con el Padre celestial muriendo por mí en la cruz; y yo con mis faltas os

estoy enojando e irritando de nuevo contra mí;... ¡Vos, a costa de vuestra sangre y vida, me adquirísteis inmensos tesoros de gracia; y yo, por no hacerme violencia, me privo de esas riquezas y ventajas infinitas!... ¡Vos sanásteis mis llagas; y yo insensato me las abro de nuevo cada día!... Vos rompísteis mis cadenas; y ¡cuántas me forjo e impongo yo cada día!... Vos me librásteis de las llamas eternas; y yo, ¡loco de mí, reincidiendo voluntariamente cada día en pecados veniales, me expongo a caer de nuevo en culpas graves y a ser un día precipitado al infierno!... Vos, Jesús mío, queríais elevarme a la perfección y hacerme gracias señaladísimas; ¡y yo, Señor, no correspondiendo a tantas finezas de amor, sino con infidelidades, canso vuestra bondad, os disgusto y provoco, y opongo mil obstáculos a los designios amorosos de vuestra inagotable Providencia!

¡Y no te mueres de confusión, alma mía! ¿No te avergüenzas siquiera de vivir siempre sepultada en el cieno de tantas faltas y miserias?... ¿Merece un Dios tan amable que así te portes con su Majestad infinita?... *Hoeccine reddis domi-*

no, popule stulte et insipiens? ¿Así le pagas el no haberte arrojado al infierno tantos años hace, luego que cometiste la primera culpa grave?... ¿Es esto cumplir lo que tantas veces has prometido?... ¿Es esa la santidad de vida a que te obligaste en el santo Bautismo?

Grande es, Señor, mi locura, lo confieso; negra es mi gratitud; mas la detesto en lo íntimo de mi alma y tengo sumo pesar de mis repetidas infidelidades. Una y mil veces os pido perdón de ellas; propongo hacer saludable penitencia lo restante de mi vida. No me arrojéis de vuestra presencia, ¡oh dulce Jesús mío! y acordándoos de lo mucho que os he costado, no permitáis se malogre el fruto de tantos sudores y trabajos... Habiendo llorado tanto mis extravíos, ¿me desecharíais ahora que arrepentido me postro a vuestros pies?... Llamado con tanta bondad a los que están cargados y afligidos para aliviarlos, ¿permitiríais que gimiese yo por más tiempo bajo el insoportable yugo de la tibieza?... Habiendo perdonado con tanta prontitud y generosidad a un publicano, a un ladrón, a una adúltera, a una Magdalena, así que se reconocieron;

¿sería yo el único a quien negásteis el perdón?... Lo confieso, mis repetidas infidelidades me hacen indigno de él... ¿mas no nos mandáis, Señor, perdonar sin límites a todos cuantos nos ofenden, por muchas y repetidas que sean las ofensas que nos hagan?

Tened, pues, piedad y misericordia de mí; os lo pido por esas vuestras llagas sacratísimas y por los acerbos dolores de vuestra Madre Santísima. En Vos espero, oh dulce Jesús mío; no, no seré jamás confundido.

Avisos para la Confesión

Excitado así el dolor y propósito, mire todavía cada cual en qué defecto ha caído con más frecuencia desde la última confesión, y proponga firmemente la enmienda como fruto especial de esta reconciliación. Fóstrese luego a los pies del Confesor, con la misma humildad y arrepentimiento con que se postraría el hijo pródigo a los pies de su padre, y la Magdalena a los de Jesucristo.

Diga la confesión general, esto es, el *Yo pecador*, y sin aguardar que el Confesor se lo pregunte, comience diciendo: Padre, *hace tanto tiempo que me confesé; cumplí la penitencia, y hallo que he faltado en...* Acútese con toda sencillez y claridad; no olvidando el número y las circunstancias que mudan de especie o hacen

el pecado mucho más enorme delante de Dios; pero omitiendo quejas, lamentos, faltas ajenas, excusas y cuentos impertinentes. Guárdase de callar o disminuir a sabiendas el número de los pecados; y si lo hizo alguna vez, no bastará acusar el pecado omitido, juntándolo con los demás como si fuera cometido desde la última confesión, sino que es preciso advertir al Confesor; *y lo callo desde tantos años, y me confesaba tantas veces al año.* ¡Qué locura, qué desgracia podría darse mayor que la de arder eternamente, por no pasar por una momentánea vergüenza! ¡Sobre todo teniendo libertad para confesarse con quien quiera... y bajo un sigilo o secreto inviolable! De todos los pecados que se pueden cometer, ninguno hay más nocivo al alma ni más injurioso a Jesucristo, que el de una confesión o comunión sacrílega.

Ea, pues, rompe ese rubor que te cierra la garganta; ni el número, o la enormidad de tus delitos escandalizarán al Confesor; mil veces leyó en los autores la fragilidad de nuestro barro; y si no la conoció en la experiencia propia, le aprendió en la ajena. Por otra parte, mientras no manifiestas la gravedad de la culpa, según la tienes en la conciencia, ninguna de tus obras será meritoria. Nada te aprovecharán las oraciones, nada las limosnas, nada los ayunos y penitencias. Si en la vida presente no tuvieras pecado grave, acusa alguno cierto de la vida pasada, ya para asegurar el dolor, ya para ofrecer materia cierta de absolución.

Hecha sin prolijidad ni doblez la acusación de tus faltas, escucha con humildad y atención los

avisos medios y penitencias que te diere el Confesor. Dios mismo es quien te habla por su boca.

“Sobre todo cuando te absuelva, di con todo fervor el *Señor mío Jesucristo*. ¡Qué dicha, cristiano! En aquel instante no sólo te perdona Dios los pecados acusados, sino también los olvidados, y aun los que nunca tal vez conociste; queda tu alma lavada con la sangre preciosa de Jesucristo; aplicanle sus méritos infinitos; reviven los que perdiste pecando; se te vuelve, o por lo menos aumenta la gracia santificante, con el grado de gloria que le corresponde; y se te dan copiosos auxilios y gracias actuales para sojuzgar las pasiones, practicar la virtud, vencer las dificultades, y nunca más recaer en los mismos defectos. De suerte que por cada confesión y comunión bien hechas, adquiere el alma fe más viva, esperanza más firme, caridad más ardiente, mayor felicidad y fervor para el servicio divino, y después mayor gloria toda la eternidad. ¡Oh! y de cuántos bienes se privan los que se confiesan y comulgan raras veces! ¡Y cómo se desesperarán algún día los que lo hicieren sin las debidas disposiciones.

Concluida la confesión, no pienses más en los pecados; cumple, si puedes, inmediatamente la penitencia, y da gracias al Señor por el inmenso beneficio que te acaba de hacer... ¡Con qué ya estás perdonado!... Sí; ¡qué dicha tan grande la tuya, alma cristiana!... ¡Ya eres otra vez hija de Dios y heredera del cielo! ¡Ya te miran con suma complacencia los Ángeles... y te saludan los Santos como a hermana suya... ¡Ya está tu nombre escrito de nuevo en el libro de la vida! ¡Qué gracias darás al Señor por tan inestimable

beneficio!... ¡Cuántos por un solo pecado, y menos grave que los tuyos, están ardiendo eternamente en el infierno; y tú, después de tanta iniquidad, puedes salvarte todavía!... ¡Y te está preparado en el cielo un esplendente trono de gloria!... Sí; no cometas más pecado mortal, tú ocuparás un día ese trono.

Acto de Contrición

Compuesto por San Francisco Javier

No me mueve, mi Dios para quererte
El cielo que me tienes prometido;
Ni me mueve el infierno tan temido,
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
Muéveme tus afrentas y tu muerte,

Muéveme, en fin, tu amor, en tal manera
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar, porque te quiera;
Porque si lo que espero, no esperara,
Lo mismo que te quiero, te quisiera.

PARA ANTES

DE LA COMUNIÓN

¡Ya es llegada la hora dichosa! ¡Ya se acerca el momento feliz! Pronto se cumplirán en ti aquellas admirables palabras del Señor: *El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre, está en Mí y Yo en él.* Pronto podrá decir con el Apóstol: *Vivo yo, mas no yo, sino que Cristo vive en mí.* Persuádete de que ésta es la acción más grande que puedes practicar en esta vida, y que cuanto más detestes el pecado y más adornes el alma de virtudes, tanto mayor abundancia de gracia recibirá del Cielo. Prepárate, pues, alma cristiana, a la sagrada Comunión con todo el fervor posible. San Luis Gonzaga comulgaba cada ocho días solamente; mas como empleaba tres en prepararse, y otros tres en dar gracias por este inmenso beneficio, sacaba de la Comunión copiosísimo fruto. Esfuérzate, pues, alma cristiana, en imitarle.

¿Ves aquel augusto sagrario?... ¡Qué cárcel tan estrecha! Pues allí está tu Dios, prisionero del amor excesivo que tiene a los hombres... Allí está el que no cabe

en cielos y tierra. La Majestad... la Pureza... la Santidad infinita... ¿Y quién soy yo delante de tan alta Majestad? ¿Vil gusano de la tierra!... ¿Y a tan miserable criatura visitáis, oh Jesús mío?... ¿Y queréis uniros conmigo con inefable y verdadera unión?... ¿Y queréis ser mi alimento y mi substancia?... ¡Ay Señor! ¡quién os hubiese amado siempre!... ¡Quién nunca os hubiese ofendido!... ¡Quién tuviese la fe de los Profetas, la esperanza de los Patriarcas, la caridad de los Apóstoles, la constancia de los Mártires, la pureza de las Vírgenes, la santidad de María Santísima!... Aun así, no sería digno de recibirlos ni de hospedarlos en mi corazón!... ¿Qué debo, pues, decir viéndome tan pobre y vacío de virtudes? Os diré con el apóstol San Pedro: *Apartaos de mí, Señor, que soy un gran pecador*... Mas, ¿a dónde iré, si Vos tenéis palabras de vida eterna? ¿Qué haré sin Vos! ¿Quién disipará las tinieblas de mis errores e ignorancia? ¿Quién curará mis llagas? ¿Quién calmará el ardor de mis pasiones? ¿Quién me dará armas para triunfar de mis enemigos? Vos sois, oh dulce Jesús mío, la verdad, el camino y la vida. Fuera de Vos, no hay sino mentira, error y muerte

eterna. Vos sabéis convertir en Santos a los más grandes pecadores... Venid, pues, oh Dios de amor... Deseo amaros con todo mi corazón. Pésame en el alma de haberos ofendido... Venid, oh buen Jesús, venid... Mi alma os desea, ardentísimamente... Venid, dulce hechizo de mi amor; venid, refrigerio de los corazones, consuelo de afligidos, esperanza de las gentes, delicia de los Ángeles, alegría del cielo, bienaventuranza de los Santos: venid, Dios mío, alumbrad mi alma con las luces de vuestra fe; venid, Rey eterno, a librarme de todos mis enemigos; venid, médico divino, a curar mis muchas dolencias; venid, huésped magnífico, a enriquecerme con vuestros dones soberanos; venid, fuente de aguas vivas, apagad la rabiosa sed de mis pasiones; venid, vida mía, paraíso mío, bien mío; venid, que os deseo; venid que suspiro por Vos; venid, y no tardéis más; venid, que desfallezco, venid, Señor, y tomad cuanto antes posesión de mi corazón.

Con estas o semejantes aspiraciones, debieras, cristiano avivar ya desde la víspera las ansias de llegar a tan sagrado banquete, contando las horas, por decirlo así, y acusando al día de pereoso. Cuando viniere el Sacramento en manos

del Sacerdote, entonces sobre todo, sal a su encuentro con tiernos suspiros; acércate al comulgatorio con vestidos limpios, sí, pero modestos, sin pretensión alguna mundana. Ve en ayunas, con los ojos bajos, las manos juntas, con la misma humildad y devoción con que Santo Tomás Apóstol se llegaría a tocar y adorar las llagas sacratísimas del Salvador, o con la que te acercarías a la Virgen, si se dignase poner a su preciosísimo Hijo en tus brazos, como en los del anciano Simeón.

Anonadado, como el Centurión, di por tres veces: *Señor, no soy digno de que entréis en mi pobre morada; mas decid una sola palabra, y quedará sana y salva mi alma.* Llegado el precioso momento de la Comunión, abre los labios, pon la lengua sobre el inferior, recibe la Santa Forma, y procura pasarla cuanto antes.

ACCIÓN DE GRACIAS

Scáis bien venido, oh buen Jesús mío, a esta pobre morada de mi corazón... ¡Cómo! ¡y es posible que todo un Dios haya venido a visitarme!... ¡A mí, gusanillo de la tierra!... ¡Y al Hijo de Dios tengo yo en mi pecho! ¡Su cuerpo, sangre, alma humanidad toda entera, y su misma divinidad!... Lo creo, Señor, y daría mil vidas que tuviera en confirma-

ción de esta verdad... Mas, ¿de dónde a mí tanta dicha?... ¿De dónde tan señalado favor?... Potencias de mi alma, adóradle con profundo respeto... Sentidos míos, postraos ante vuestro Dios y Señor.

Contemplando a Jesús dentro de tu corazón, como en un trono de amor, llama una por una a todas tus potencias, y ofrécelas al Señor... Représéntale las enfermedades de tu pobre alma... pídele humildemente que las cure... Haz lo mismo con los sentidos... suplícale que los bendiga y santifique... ¡Oh amantísimo Jesús mío! Ya que me redimísteis con vuestra Sangre preciosísima, concluid vuestra obra, coronad vuestras misericordias concediéndome la gracia de victoria de tal pasión... Pide otro tanto por tus hijos, parientes y amigos... Lee poco, pero habla mucho con este divino Señor... ¡Es un Padre tan amoroso... y tú, qué hijo tan ingrato!... ¡Es un Rey tan magnífico... y tú un vasallo tan rebelde!... ¡Es un Pastor tan bueno... y tú, aquella oveja descarriada!... ¡Es tu Maestro... tu Esposo... tu Redentor... y tú, qué discípulo tan indócil... qué esposa tan infiel!... ¡Qué materia no suministra cada uno de

esos títulos para encender en tu corazón las llamas de una ardentísima caridad!

¿Eres frágil? Pues en tu pecho tienes la fortaleza de Dios. ¿Estás enfermo? Pues ahí tienes el Médico celestial, que da salud a cuantos la desean. ¿Eres mendigo? Pues encerrado está en tu corazón el tesoro de cielos y tierra. ¿Eres tibio? ¿Qué tibieza no desterrará, qué hielo no derretirá el fuego divino que vino a brasar toda la tierra? Pide, pide con viva confianza todo cuanto desees y necesites; que ha venido para sanarte y transformarte en sí. . . ¿Qué daño se hacen, y qué ingratitud no muestran aquellos infelices que, apenas han recibido la Comunión, vuelven las espaldas a un amante tan fino y liberal, saliendo de la iglesia sin darle gracias, ni pedirle favor alguno! Tú, lejos de hacerlo así, dile con todo el afecto de tu corazón: *Señor, ¿qué queréis que haga? Enseñadme a hacer vuestra divina voluntad. Hablad, Señor, hablad, que dócil escucha vuestro humilde siervo. Sí, escuchale con atención, y verás que reprende interiormente de ciertas faltas. . . te pide que sacrifiques tu amor propio, etc. Y ¿qué podrás negar a un Dios que acaba de*

darte todo cuanto es? Dile, pues, con el patriarca San Ignacio de Loyola:

O r a c i ó n

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, memoria, entendimiento y voluntad; todo cuanto tengo y poseo: Vos me lo disteis; a Vos, Señor, lo devuelvo; todo es vuestro: disponed de ello a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta.

Indulgencia de 3 años.

Indulgencia plenaria al mes en las condiciones acostumbradas.

(S. C. Indulg. 26 de Mayo 1883, S. Penit. Apost. 4 de Diciembre de 1932).

No te vayas de la iglesia sin decir antes esta preciosa.

Oración a Jesús Crucificado

Heme aquí, dulcísimo Jesús mío, que humillado me postro ante tu divina presencia y con el más encendido fervor te pido imprimas en mi corazón vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, verdadero dolor y arrepentimiento de mis pecados y eficaz propósito de la enmienda; mientras con el mayor efecto y compasión de que mi alma es capaz, voy consideran-

do y meditando tus cinco llagas, teniendo a la vista lo que de Ti cantaba el santo profeta David: *Traspasaron mis manos y mis pies, y contaron todos mis huesos.*

A los que confesados y comulgados digan devotamente esta oración ante una imagen de Cristo Crucificado lograrán diez años de indulgencia.

Plenaria si confesados y comulgados, rezaren a intención del Sumo Pontífice. (S. Penit. Apost. 2 de Febrero de 1934).

ORACIÓN

**para ofrecer la visita de altares,
jubileos e indulgencias**

Altísimo Dios y Señor mío, dignaos aceptar esta obra que os ofrezco uniéndola con las intenciones que Vos tuvisteis en las vuestras, y con las que tuvo la santa Iglesia al prescribírmela. Aceptadla, os ruego, por la exaltación de la fe católica, aumento y propagación de vuestra Iglesia, paz y unión entre los príncipes cristianos, victoria contra los infieles, destrucción de las herejías, conversión de los gentiles, perseverancia de los justos, y por todas las necesidades espirituales y temporales de la santa Iglesia Romana. Por ella suplico a vuestra divina Majestad me concedáis indulgencia plenaria y per-

dón de todas mis culpas y pecados, descanso a las benditas Ánimas, consuelo a los atribulados, gracia final a los moribundos, auxilios eficaces para los que están en pecado mortal; a fin de que, saliendo de la culpa, gocen de vuestra gloria, pues por todos se derramó la Sangre de mi Señor Jesucristo. Amén.

DEVOCIONES VARIAS

Teniendo el Director de las almas que ocuparse, no sólo en la conversión del pecador, sino también en la santificación del justo, a imitación del divino Maestro que decía: *He venido para que tengan vida, y la tengan con más abundancia*, voy a proponerte, cristiano, algunas devociones que podrás practicar en días y momentos desocupados, y que te servirán no poco para unirte íntimamente con nuestro Señor, y adelantar más y más en el camino de la virtud. Te ofrezco muchas y varias, no para que las practiques todas simultáneamente, sino para que en las diferentes fiestas y circunstancias de la vida tengas pábulo celestial, abundante, fácil y agradable. Comencemos por la devoción al santo Ángel Custodio.

DEVOCIÓN

al santo Ángel de la Guarda

¿Cómo podrás olvidar, alma cristiana, a tu fiel tutor, amigo y compañero insepa-

able, que de tantos peligros te ha preservado, prestándote tantos y tan eminentes servicios? ¿Quién? El Santo Ángel de la Guarda. El glorioso doctor San Agustín en los soliloquios del alma no sabe cómo encarecer la divina bondad, que mandó a Espíritus tan sublimes te guardasen en todos tus caminos, para que ni aún tropezases en ellos: "Estos son, dice, los centinelas que velan en los muros de esta nueva Jerusalén, los baluartes que la rodean y defienden. Nos aman como a moradores de una misma ciudad, pues hemos de llenar los vacíos que dejaron sus malos compañeros. Y por esto en todo tiempo y lugar se hallan con nosotros, ya socorriendo con gran cuidado todas nuestras necesidades, ya presentando a vuestra Majestad todas nuestras peticiones y suspiros. No se apartan de nosotros por donde quiera que vayamos, atentos grandemente a ver con qué ansia buscamos vuestro reino. Ayúdanos cuando trabajamos; hácennos sombra cuando reposamos; anímannos cuando peleamos; corónannos cuando vencemos; compadécense cuando padecemos por Vos. Grande es el cuidado que de nosotros tienen, y grande el afecto con que nos aman; porque aman a los

que Vos amáis, guardan a los que Vos guardáis, desamparan a los que Vos desamparáis. Alabo, Señor, y confieso la grandeza de estos beneficios. Nos habíais dado todo lo creado debajo del cielo, y todo os pareció poco, si no añadíais lo que está sobre los cielos. Admirable es Señor, vuestro nombre en toda la tierra; porque, ¿qué cosa es el hombre, que así le engrandecéis? Verdad es ciertísima que todo vuestro regalo y entretenimiento lo tenéis puesto en los hombres”.

Ya que tanto debes a los santos Angeles y principalmente a tu Custodio, conságrale el martes de cada semana, y hazle aquel día el siguiente:

Acto de Ofrecimiento

Ángel de Dios, que estás encargado de mi custodia desde el primer hasta el último instante de mi vida; aunque me reconozca indigno de tus amores y cuidados; con todo, seguro de que me amas y tienes ardiente celo de mi salvación, te elijo este día en presencia de toda la Corte celestial, para que seas mi especial protector y guía. Propongo firmemente honrarte todos los días de mi vida, seguir fielmente

todos tus consejos, y obedecer las órdenes que Dios me comuniqué por tu ministerio; suplicándote, fidelísimo Custodio mío, que continúes dispensándome sin cesar con tu poderosa intercesión. Líbrame de los lazos de Satanás, mi cruel enemigo; defiéndeme de los terribles combates con que me asalta; ilumina mi espíritu, abraza mi voluntad y enséñame el camino que conduce a la verdad y aleja del error. Inclito príncipe de la Corte del Rey de reyes, ofrece mis oraciones al Señor, e intercede para que se muestre propicio a mis súplicas; consuélame en mis penas, y sobre todo presérvame del pecado. Si alguna vez tuviere la desgracia de apartarme de la senda de la virtud, vuélveme luego al buen camino, y no me abandones un solo momento; pero sobre todo fortalece mi alma en el terrible trance de la muerte, llevándola al cielo, como la del pobre, pero dichosísimo Lázaro, a fin de que en compañía de todos los Santos alabe y bendiga a Dios con ellos, contigo, y con toda la familia angélica por todos los siglos de los siglos. Amén.

Acto de consagración

Ángel santo, a cuya custodia me encomendó el Altísimo desde que me animó en las entrañas de mi madre; yo, indignísimo cliente tuyo, te doy infinitas gracias por la solicitud que de mi conservación tuviste, hasta que fué reengendrado por las saludables aguas del Bautismo. Gracias te doy por los peligros de cuerpo y alma de que me has librado, en la infancia y en la juventud, por las santas resoluciones que me has inspirado, y por la amigable compañía que siempre me has hecho. A ti, Protector mío, me encomiendo de nuevo, pues a ti me encomendó el Señor, Tu favor invoco, pues tan experimentado le tengo. Defiéndeme de mis enemigos visibles e invisibles, ilustrándome y enfervorizándome. Ama a Dios con mi corazón, que desea amarle con los afectos de tu voluntad. Amén.

DEVOCIÓN A SAN JOSÉ

Fuera de Jesús y de su Madre Santísima, ¿qué abogado hallaremos más poderoso para con Dios, que el glorioso Patriarca San José? El Padre Eterno le confió su Hijo amantísimo; el Hijo de Dios le adoptó por padre y tutor de su humanidad sacrosanta; el Espíritu Santo y le entregó su amantísima Esposa; Jesús y María Santísima, después de haberle honrado y obedecido treinta años consecutivos, asistieron a su muerte preciosa. ¿Qué motivos éstos tan poderosos para profesarle una cordial devoción!

No es extraño que la seráfica Madre Santa Teresa de Jesús escribiese en el capítulo VI de su vida: "No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa alguna que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, los peligros de que me he librado, así de cuerpo, como de alma; que a otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, mas este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos a entender, que así como le fué sujeto en la tierra, así en el cielo hace cuanto le pide. No he conocido persona que de veras le sea

devota, que no la vea más aprovechada en la virtud, porque aprovecha en gran manera a las almas que a Él se encomendan. Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien lo creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción".

¿Quiere, pues, alma cristiana, adelantar en la virtud y alcanzar una santa muerte Toma por tu guía y dechado en vida, y por Protector en aquel terrible trance, al glorioso San José. Conságrale el mes de Marzo y los miércoles de cada semana, rezando aquel día un *Padre nuestro*, siete *Ave Marías* y *Gloria Patri* en honor de sus siete principales dolores y gozos, que son los siguientes:

Dolores y Gozos de San José

I. No sabiendo todavía el misterio de la Encarnación, piensa José separarse de su Esposa: ¡qué amargura! Mas un Ángel le revela que María ha concebido por obra del Espíritu Santo: ¡qué alegría! *Medita un momento, y termina con un Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri. . . .*

II. Nace Jesús en suma pobreza; ¡qué dolor! Mas ¡qué alegría cuando le ve adorado de los Ángeles, Pastores y Reyes! *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

III. ¡Qué tristeza al verle derramando sangre en la Circuncisión! Mas ¡qué contento al oír del Ángel que se llamará Je-

sús y salvará a su pueblo! *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

IV. Profetiza Simeón la terrible Pasión de Jesucristo: ¡qué espada de dolor! Mas le anuncia también sus frutos y su triunfante resurrección: ¡qué consuelo! *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri. . . .*

V. Avisado del Ángel huye precipitadamente a Egipto: ¡qué angustias! Mas libra de esta suerte a Jesús del furor de Herodes: ¡qué alegría! *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

VI. Recibiendo aviso de volver a Nazaret, teme a Arquelao, no menos cruel que su padre Herodes; ¡qué pena! Mas el Ángel le disipa toda inquietud: ¡qué gozo! *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

VII. Pierde a Jesús: ¡qué llanto! ¡qué dolor! Mas le encuentra en el templo: ¡qué afectos de alegría! *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Los fieles que hicieron algún piadoso ejercicio en honor de San José, cualquier primer miércoles de cada mes lograrán:

1) *Indulgencia de 5 años.*

2) *Plenaria al mes en las condiciones acostumbradas.*

(S. Penit. Apost. 1 de Abril de 1921; 17 de Noviembre de 1928 y 13 de Marzo de 1933).

Oración a San José

Castísimo José, honra de los Patriarcas, varón según el Corazón de Dios, cabeza de la Sagrada Familia, ejecutor de los inefables designios de la sabiduría y misericordia infinita, padre putativo de Jesús y esposo dichosísimo de María; ¡cuánto me regocijo de veros elevado a tan alta dignidad y adornado de las heroicas virtudes que requiere! Por aquellos dulces abrazos y suavísimos ósculos que disteis al Niño Dios, os suplico me admitáis desde ahora en el dichoso número de vuestros esclavos. Proteged a las vírgenes, oh tutor de la virginidad de María, y alcanzadnos la gracia de conservar sin mancha la pureza de cuerpo y alma. Apiadaos de los pobres y afligidos, y por aquella extremada pobreza, por aquellos sudores y congojas que padecísteis por sustentar y salvar al Creador y Salvador del Universo, dadnos el alimento corporal, y haced que llevando con paciencia los trabajos de esta vida, atesoremos riquezas infinitas para la eternidad. Sed el amparo de los casados, oh

Patriarca dichoso, y haced que los padres sean imagen acabada de vuestras virtudes y perfectísimo dechado de piedad sus hijos. Proteged a los Sacerdotes e Institutos religiosos, y haced que, imitando vuestra vida interior, llenen los cargos de su ministerio con la perfección con que cumplisteis las obligaciones de vuestro estado. Llenadnos en vida de copiosas bendiciones, y en el trance de la muerte, cuando el infierno haga el último esfuerzo para perdernos, no nos desamparéis, poderoso abogado de los que están agonizando; y pues tuvisteis la dicha de morir en los brazos de Jesús y María, alcanzadnos que expiremos penetrados de un vivo dolor de nuestros pecados, y pronunciando con ferviente afecto los dulcísimos nombres de Jesús, María y José.

El “Acordaos” a San José

Acordaos, oh castísimo esposo de la Virgen María y amable protector mío, San José, que jamás se ha oído decir que ninguno haya invocado vuestra protección e implorado vuestro auxilio, sin haber sido consolado. Lleno, pues, de confianza en vuestro poder, vengo a vuestra

presencia y me encomiendo a vos con todo fervor. ¡Ah! no desechéis mis súplicas, oh Padre del Redentor, antes bien acogedlas piadosamente. Amén.

Indulgencia de 500 días (breve 26 de Junio de 1863. S. Penit. Apost. 20 de Enero de 1933).

ORACIÓN

A San Joaquín y Santa Ana

Gloriosísimos padres de María Santísima, felicísimos abuelos de Jesús, modelos perfectísimos de casados y dulces abogados míos, alégrome con vosotros de aquel gozo y consuelo que tuvisteis cuando, después de una larga esterilidad y de fervorosas oraciones, os avisó el Ángel que tendríais tan santa Hija. ¡Oh! ¡quién supiera imitar vuestras heroicas virtudes! ¡Quién fuera, como vosotros, frecuentes en la oración, compasivo con los pobres, amante de la soledad, sufrido en los trabajos, y callado en los improperios! A lo menos por las gracias con que os previno el cielo para tan inminente dignidad, alcanzadme que, haciendo siempre la voluntad divina, y venciendo mis pasiones, logre la dicha de gozar de vuestra amable compañía en

la gloria. Os lo pido por el amor de vuestra benditísima Hija y por los méritos de vuestro santísimo Nieto Jesús. Amén.

PRINCIPALES FESTIVIDADES DEL AÑO Y FIESTAS DE LOS SANTOS

Modo de celebrarlas con fruto

Uno de los medios más poderosos que emplea la santa Iglesia para encender nuestro fervor, es el proponernos en el decurso del año los diferentes ministerios de nuestra sagrada Religión, y las fiestas de los Santos que, habiendo sojuzgado las pasiones y triunfado del infierno, gozan ahora de la bienaventuranza. Y siendo ellos no sólo espejo de virtud, donde podemos mirarnos, sino también protectores y abogados poderosísimos, que interceden por nosotros delante de Dios, nos importa mucho granjearnos su protección y valimiento. Por eso acostumbran las almas descosas de adelantar en la virtud, prepararse con algún triduo o novena a las fiestas principales de nuestro Señor, de María Santísima y Santos de su devoción, a fin de recibir especiales gracias y bendiciones. Pero ¡cuántos hay que, no teniendo la novena del Santo, ya no saben qué hacer, pareciéndoles que sus obsequios no podrán ser adeptos al cielo! Por eso quiero poner aquí un método fácil y seguro, con que pueda uno prepararse con fruto a las festividades, y obtener por la intercesión del Santo a quien

quisiere honrar, cualquiera gracia del Señor, si conviniere a la eterna salud.

**Modo de hacer un tríduo o novena
en honor de cualquier Santo y
de prepararse para una
festividad principal**

1. Sin multiplicar los ejercicios de piedad, procura pasar estos tres, cinco o nueve días con especial recogimiento y fervor.

2. Haz con todo esmero las obras ordinarias, y ofrécelas cada día al Santo a quien consagras lo novena, pidiendo supla tus defectos, y presente tus acciones y súplicas al Señor.

3. Emplea cada día un rato en meditar o leer la vida del Santo; compara tus imperfecciones con sus virtudes, humíllate y confúndete, pero excitándote a su imitación.

4. Si no sabes meditar o leer, oye a lo menos una Misa en su honor, por poco que las ocupaciones te lo permitan.

5. Reza cada día de la novena tres *Padre nuestros*, *Ave Marias* y *Gloria Patri a la Santísima Trinidad*, dándole gracias por los favores y beneficios que hizo al Santo; y luego pide lo que por su intercesión deseas conseguir en la novena.

6. Para más obligarle, suelen algunas personas piadosas practicar aquellos días alguna ligera mortificación o penitencia y ayunar la vigilia de la fiesta con licencia del confesor.

7. Acaba la novena confesando y comulgando con todo el fervor posible; y no dudes que, haciendo lo que buenamente puedas, alcanzarás

el fervor que desees, si fuere conducente a tu eterna salvación.

Modo de honrar a cualquier Santo de nuestra devoción el día de su fiesta

Recibidos con mucho fervor los santos Sacramentos, o por lo menos oída la Santa Misa con devoción en obsequio suyo, ponte ante su imagen, si la tienes, y emplea media hora, o el tiempo que puedas, en los afectos siguientes:

Altísimo Señor de todo lo creado, a quien respetan humildes los Ángeles, obedecen sumisos los Arcángeles, y rinden obsequioso vasallaje los Serafines y Santos; yo os adoro como a centro de todas las perfecciones, autor de todo bien y fuente inagotable de toda santidad. *Haga cada cual suyos estos afectos, repitiéndolos interiormente; por ejemplo, diga aquí algunas veces: Os adoro, Señor, os adoro con profundo respeto.*

Gracias os doy, Señor, por los muchos y señalados dones de naturaleza y gracia con que enriquecísteis en este mundo a vuestro fidelísimo siervo San N... y por la sublime gloria a que le habéis elevado en el cielo. *Repite con la misma gratitud que si estos dones fueran tuyos: Gracias, infinitas gracias, Señor.*

Adorarme tan vil y miserable criatura, y lo que es peor todavía tan grande pecador, gózome, gloriosísimo Santo, de que hayáis sabido domar las pasiones, merecer tan sublimes prerrogativas, y elevaros a tan alta santidad. *Si; regocíjome interiormente de ello.*

Mas ¡cuánto me avergüenzo de verme tan desemejante a Vos, oh amable Protector mío! *¿Y cómo no te avergonzarás? ¡Él Santo tan fervoroso, y tú tan tibio! ¡Él tan dado a la oración, tú tan poco amante de ella! ¡Él de una fortaleza invencible (hasta verter su sangre por Jesucristo); tú tan cobarde, que ligera contradicción te abate, un qué dirán te retrae del camino de la virtud!*

Os doy gracias por los admirables ejemplos que nos dejásteis y por los señalados favores que yo y tantos devotos vuestros hemos recibido del cielo por vuestra poderosa intercesión. *Sí; dale muy afectuosas gracias, y dale el parabién.*

Y Vos, oh Trinidad beatísima, permitid que desde el profundo abismo de mi nada alce los ojos a Vos y os ofrezca el corazón amante de este vuestro Siervo

escogido, la caridad ardientísima con que os amó y sirvió en la tierra, y ahora os alaba y engrandece en el cielo. *Ofréceselo interiormente.*

Admitid, oh amantísimo Jesús mío, su fervor en suplemento de mi tibieza, sus abundantes méritos en satisfacción de mis culpas, sus heroicos ejemplos en satisfacción de mis escándalos. . . *Sí; admitidlos, Señor.*

Os ofrezco, oh dulce Abogado mío, el culto y honra que hoy se os tributa en todo el universo, y os presento las fervorosas súplicas que vuestros devotos os dirigen en todo el mundo. . .

Uno a ellas mis tibias oraciones, y os suplico me alcancéis que os imite en el ejercicio de las virtudes en que tanto resplandecísteis, en particular. . . *Pide la gracia que desees.*

Alcanzadme, amoroso Protector mío, alcanzadme del Señor esta gracia, si me conviene; añadiendo la más completa victoria de mis pasiones; para que así goce de vuestra dichosísima compañía en la gloria. Amén.

Aunque este solo ejercicio bien hecho bastaría para honrar a los Santos de un modo más

meritorio que las que se hallan comúnmente en los libros, con todo pondremos aún varias oraciones, ya para más fomentar la devoción de los fieles, e invocar a algunos Santos especiales, ya para celebrar el día cumpleaños, el aniversario de la primera Comunión, de la conversión, etc.

ORACIONES VARIAS

Para el día del cumpleaños

RENOVACIÓN DE LAS PROMESAS

HECHAS EN EL BAUTISMO

Oh amorosísimo Dios y Señor mío, ¿qué gracias te daré en este dichoso día, en que de hijo de ira y esclavo del demonio pasé por el Santo Bautismo a ser hijo tuyo y heredero del cielo? ¿Qué méritos hallaste en mí para sacarme de las sombras de la muerte, dar a mi alma la vida de la gracia y ataviarla con las preciosas joyas, dones y virtudes del Espíritu Santo? ¡Tantos que te correspondieran mejor, están todavía sentados en las tinieblas del error; y yo, quizás el más ingrato de todos, fuí preferido a ellos, alumbrado con la luz del Evangelio, y escrito en el libro de la Vida! ¡Oh! canten los Ángeles y Santos tus misericordias para conmigo,

y ayúdenme todas las criaturas a darte gracias por tan insigne beneficio.

Mas una condición pusiste, Dios mío, a este señalado favor; y fué, que yo renunciase a Satanás, a sus pompas y obras, y abrazando la santa fe católica perseverase en tu divino servicio fiel hasta la muerte. Así lo prometí entonces por boca de mis padrinos; pero ¡ay de mí! ¡qué mal he cumplido tan santas y augustas promesas! Dando oído a las seductoras máximas del mundo, me pasé a las filas de Lucifer; fui en pos de placeres y divertimientos profanos, 'corrí tras las vanidades, honores y riquezas, que son las pompas del demonio; y menospreciando, Señor, tu santa ley, ¡ay! preferí las nefandas obras de Satanás a los preceptos de la Iglesia. ¡Oh! ¡pasmaos, cielos! mirad hasta dónde llegó mi ingratitude y delirio: yo abandoné al Padre que me creó, y dejando esta divina fuente de agua viva, fui a mancharme en el cenagoso barro de las cisternas disipadas.

Mas compadécete, Señor, de mi profunda miseria. No caiga sobre mí aquella maldición de tu Profeta: *¡Ay de los malos hijos que vuelven las espaldas al Señor!* Ya vuelvo a Ti, mi dulce Jesús; ya

renuncio a Satanás, a sus pompas y a sus obras; ya juro amarte y servirte por siempre más. Sí, Ángeles del cielo, que escribísteis un día mis promesas, sed hoy de nuevo testigos de mi resolución .No; no me arrepiento de lo que prometí en el Santo Bautismo por la boca de mis padrinos; ahora que puedo hablar, y tengo plena libertad y conocimiento, en tu presencia, soberano Señor Sacramentado, y delante de toda la Corte celestial, renuncio de nuevo a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y me consagro para siempre a tu divino servicio. Nunca más abdicar la fe; nunca más avergonzarme de practicar la religión santa; nunca más correr tras los fementidos placeres y locas vanidades del mundo. Tú, Dios mío, eres el centro de mi felicidad; tú serás también el único blanco de mis esperanzas y de mi amor. Anatema a Satanás, que por tanto tiempo me ha sojuzgado; anatema a todas sus obras de iniquidad; anatema al mundo, a sus diversiones y máximas perversas; anatema a la carne y a sus pérfidos halagos; gloria y loor eterno a Jesucristo, a quien solo quiero amar, servir y poseer por infinitos siglos. Amén.

A San Antonio de Padua

Prodigiosísimo San Antonio de Padua, a quien colmó el cielo de copiosas bendiciones; poderoso en la palabra y en las obras, grande a los ojos de Dios y de los hombres por tu humildad profundísima, pureza angélica, discreción admirable, magnanimidad portentosa, y ardientísimo celo con que a expensas de indecibles trabajos y persecuciones procuraste la conversión de tantas almas; por el raro don de hacer prodigios con que te enriqueció el Cielo, por la sacratísima Virgen María - a quien tanto amaste, por el torrente de delicias que inundó tu corazón cuando tuviste al tierno Jesús en los brazos, te suplico que infundas en mi alma aversión a la vanidad y a los falsos placeres del mundo, con una santa afición a los ejercicios de la vida cristiana; único medio de lograr la verdadera felicidad. Obra conmigo este prodigio, oh Taumaturgo admirable, para que siendo semejante a ti, logre la dicha de verte por eternidades en la gloria. Amén.

A Santo Tomás de Aquino

Angélico Doctor Santo Tomás, gloria inmortal de la religión Dominicana, columna firmísima de la Iglesia, varón santísimo y sapientísimo, que por los admirables ejemplos de vuestra inocente vida os elevásteis a la cumbre de una perfección consumada, y con vuestros prodigios escritos sois martillo de los herejes, luz de maestros y doctores, y milagro estupendo de sabiduría; ¡oh, quién acertara, Santo mío, a ser en virtud y letras vuestro verdadero discípulo, aprendiendo en el libro de vuestras virtudes y en las obras que con tanto acierto escribísteis la ciencia de los Santos, que es la verdadera y única sabiduría! ¡Quién supiera hermanar, como vos, la doctrina con la modestia, y la alta inteligencia con la profunda humildad! Alcanzadme del Señor esta gracia, junto con el inestimable don de la pureza; y haced que, practicando vuestra doctrina y siguiendo vuestros ejemplos, consiga la eterna bienaventuranza. Amén.

Al Santo de nuestro nombre

Siervo vigilante y Amigo fidelísimo del Señor, dulce Patrón mío, bajo cuya protección me puso la amorosa Providencia de Dios al purificarme con las saludables aguas del Bautismo; confuso estoy y lleno de rubor por no haberme aprovechado de vuestros ejemplos e inspiraciones, y por haber dejado pasar días enteros sin hacer memoria de vos, ni de vuestros beneficios. Pero agradecido, ya os doy por ellos infinitas gracias, y os suplico me amparéis con vuestra especialísima protección, para que me porte este y los demás días de mi vida como corresponde a un corazón honrado con tan esclarecido nombre. No permitáis que yo le profane jamás con una vida desarreglada; antes bien haced que me sirva de estímulo para imitar vuestras virtudes, de freno con que reprima mis pasiones, y de fuerte escudo con que rebata los tiros del mundo, del demonio y de la carne; a fin de que siendo en vida semejante a vos, logre veros eternamente en la gloria. Amén.

No te olvides de rezarle un *Padre nuestro* cada día, y de comulgar en su honor el día en que se celebra su fiesta.

A San Roque

para que nos libre de todo mal contagioso

Piadosísimo Confesor de Cristo, glorioso San Roque; otro David de la ley de gracia por la mansedumbre y rectitud de corazón; nuevo Tobías en el tiernísimo afecto para con los pobres y por la constancia en ejercer las obras de misericordia; cual otro Job, prodigio estupendo de paciencia y fortaleza en los dolores y trabajos con que el cielo te probó; ¡cuánto me alegro que en este mundo orgulloso, sensual y ambicioso, aparezcas tú tan pobre, humilde y mortificado, distribuyendo a los pobres tu opulentísimo patrimonio y mendigando el pan hasta Roma en traje de peregrino! Y como si nada fueran las llagas y dolores que padeces, ni el hambre que te aqueja, ni el abandono en que te ves, hasta no tener a veces más recursos ni amparo que el pan que te envía el cielo por medio de un prodigioso perro; como si nada fuera aún al verte encerrado en un horrible calabozo cuatro años enteros por tu mismo tío, que sin conocerte te trata de espía, te entregas generoso a los rigores de la más asombrosa penitencia.

¡Oh! ¡cuánto condena esa tu vida penitente, pobre y humilde, el orgullo, la ambición y sensualidad de la mía! ¡Oh! no extraño seas tú visitado con indecibles favores y gracias celestiales, al paso que yo soy castigado por la divina Justicia, con razón irritada por los vicios y pecados míos. Pero aplácala, dulce Patrón y abogado contra la peste. Tú que libraste a Roma, Placencia y a tantas otras ciudades de este azote devastador, líbrame también a mí, y libra de él a esta ciudad que pone en ti toda su confianza. Cúmplase en nosotros la dulce promesa que el Cielo dejó escrita en aquella misteriosa tabla que apareció sobre tu glorioso cadáver. *Los que tocados de la peste invocaren a mi siervo Roque, se librarán por su intercesión de esta cruel enfermedad.*

Sí, cristiano lector; deja tú de irritar con pecados a la divina Justicia, haz una buena confesión; y no dudes que *si conviene a tu eterna salvación*, serás libre de todo contagio.

A Santa Teresa de Jesús

pidiendo a Dios que por su intercesión remedie los males de la Iglesia y consuele al Santo Padre

Dios omnipotente e infinitamente bueno, que os habéis complacido en derramar con admirable generosidad vuestras luces en el entendimiento, y la abundancia de vuestros dones en el corazón de vuestra sierva Santa Teresa de Jesús, para que fuera en tiempos calamitosos una gran lumbrera en vuestra Iglesia, y una víctima abrasada en el fuego de vuestro amor, capaz de templar vuestra ira provocada por los pecados del mundo; por aquel amor ardientísimo que ella siempre profesó a la Iglesia católica; por aquel celo abrasador que la devoraba por la salvación de las almas; por aquella fe tierna, sencilla, ardiente y animosa con que estaba pronto a derramar su sangre por defender vuestra gloria y la de vuestra Esposa inmaculada, la Iglesia, que fundásteis con la Sangre preciosa de vuestro Hijo unigénito; conceded, Señor, paz y prosperidad a esa misma Iglesia: haced que vuestro reino se extienda por toda la

tierra, para que en todas partes y por todos los hombres sea vuestro nombre bendecido y glorificado. Proteged con vuestros soberanos auxilios al Sumo Pontífice y a todos los que con él defienden la causa de vuestra gloria, y derramad en su corazón el bálsamo divino de vuestros consuelos, para que no desmaye jamás bajo el peso de la tribulación. Iluminad a los que yerran, convertid a los que os ofenden, salvad a todos los redimidos; vengan todos a formar en la tierra un solo rebaño bajo un solo pastor, para reinar todos en el cielo por los siglos de los siglos. Amén.

Letrilla de Santa Teresa de Jesús
dignísima de estar grabada en los corazones

*Nada te turbe,
nada te espante;
todo se pasa,
Dios no se muda.*

*La paciencia
todo lo alcanza;
quien a Dios tiene
nada le falta:
sólo Dios basta.*

GLOSA

Eleva el pensamiento.
al cielo sube:
por nada te acongojes,
nada te turbe.

A Jesucristo sigue
con pecho grande;
y venga lo que venga,
nada te espante.

¿Ves la gloria del mundo?
Es sombra vana;
nada tiene de estable,
todo se pasa.

Aspira a lo celeste,
que siempre dura:
fiel y rico en promesas,
Dios no se muda.

Ámale, cual merece
bondad inmensa:
pero no hay amor fino
sin la paciencia.

Confianza y fe viva
mantenga el alma;
pues quien cree y espera
todo lo alcanza.

Del infierno acosado
aunque se viere,
burlará sus furores
quien a Dios tiene.

Véngales desamparados,
cruces, desgracias;
siendo Dios su tesoro,
nada le falta.

Id, pues, bienes del mundo,
id, dichas vanas;
aunque todo lo pierda,
sólo Dios basta.

A la Virgen del Carmen

¡Oh, Virgen María, Madre de Dios y de los pecadores, especial protectora de los que visten tu sagrado Escapulario! Te suplico, por lo que su Majestad te ha engrandecido, escogiéndote para verdadera Madre suya, me alcances de tu querido Hijo Jesús el perdón de mis pecados, la enmienda de mi vida, la salvación de mi alma, el remedio de mis necesidades y el consuelo de mis aflicciones, si conviene para su mayor honra, y gloria y bien de mi alma; que yo, Señora, para conseguirlo, me valgo de tu intercesión poderosa,

y quisiera tener el espíritu de todos los ángeles, santos y justos para alabarte dignamente; y, uniendo con sus afectos mis voces, te saludo una y mil veces, diciendo: Dios te salve María, etc.

A San Ignacio de Loyola

Santísimo Padre San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús; escogido entre millares para dilatar la gloria de Dios por los cuatro ángulos del mundo; varón eminentísimo en toda clase de virtudes, pero especialmente en la pureza de intención con que siempre anhelábais la mayor gloria de Dios; héroe insigne de penitencia, humildad y prudencia; infatigable, constante, devotísimo, prodigiosísimo; de caridad excelentísima para con Dios, de vivísima fe y de esperanza robustísima; gózome, amado Padre mío, de veros enriquecido con tantas y tan eminentes prerrogativas, y os suplico alcancéis a todos vuestros hijos aquel espíritu que os animaba, y a mí una intención tan recta, que hasta en las menores cosas busque puramente la gloria divina, a imitación vuestra, y logre por este medio ser de vuestra compañía en la gloria. Amén.

A San Luis Gonzaga

¡Oh una y mil veces admirable joven, San Luis Gonzaga! Admirable en la modestia de los ojos, tan recatados que os avergonzábais de mirar el rostro aún a vuestra propia madre; admirable en la penitencia, con que atormentábais vuestro inocente cuerpo con cilicios y despiadadas disciplinas, hasta derramar la sangre; admirable en la abstinencia, siendo tan poca vuestra comida, que a veces no pasaba de una onza; admirable en la oración, en la que gastábais cada día muchas horas, hasta tener una entera sin distracción alguna; admirable en la inocencia, conservando la gracia bautismal hasta la muerte; admirable en la vocación a la Compañía de Jesús, en la que os mandó entrar con voz sensible la soberana Reina de los cielos, nuestra Señora del buen Consejo; ¡oh! ¡y cuánto me confundo al verme tan desemejante a vos! Proteged a la tierna edad y alejadla de los peligros, ¡oh amable Protector de la juventud! Y ya que no supe imitaros en la inocencia de la vida, alcanzadme a lo menos del Señor que imite vuestra penitencia, si no en los santos rigores que pasan y exce-

den mi delicadeza, siquiera en la victoria de mis pasiones y mortificación de los sentidos; a fin de que caminando por la única senda que conduce a los pecadores al cielo, os acompañe en el triunfo de la gloria. Amén.

O t r a o r a c i ó n

**para alcanzar por la intercesión del Santo
la virtud de la castidad**

¡Oh Luis santo, adornado de angélicas costumbres! yo, indigno devoto vuestro, os encomiendo la castidad de mi alma y cuerpo, para que os dignéis encomendarme al Cordero inmaculado Cristo Jesús y a su purísima Madre, Virgen de vírgenes, guardándome de todo pecado. No permitáis, ángel mío, manche mi alma con ninguna impureza; antes bien, cuando me viéreis en la tentación o peligro de pecar, alejad de mi corazón todos los pensamientos y afectos inmundos, y despertad en mí la memoria de la eternidad y de Jesús crucificado; imprimiendo profundamente en mi corazón el temor santo de Dios, para que, abrasado en su divino amor, y

siendo imitador vuestro en la tierra, merezca gozar de Dios en vuestra compañía. Amén.

A San Cayetano

¡Oh glorioso San Cayetano, Padre de la Providencia!, no permitas que en mi casa me falte la subsistencia y de tu liberal mano una limosna te pido en lo temporal y humano.

¡Oh glorioso San Cayetano! Providencia, Providencia, Providencia.

(Aquí se pide la gracia que se desea conseguir)
Padre Nuestro, Ave María y Gloria Patri.

JACULATORIA

Glorioso San Cayetano, interceded por nosotros ante la Divina Providencia.

A San Ramón Nonato

Señor y Dios mío; yo, indigno hijo vuestro, me postro delante de vuestra presencia, y os presento aquella santa y suma pobreza con que vivió y murió el glorioso San Ramón Nonato, suplicándoos de todo mi corazón que por los merecimientos que

adquirió vuestro Santo, con el ejercicio de tan grande virtud, queráis purificar éste, mi corazón, comunicándome una verdadera pobreza y desnudez de espíritu, con la cual esté mi alma totalmente despegada de todo lo transitorio y unida con el amor divino, y en particular os ruego dignéis favorecerme con la merced que pido a mayor honra y gloria vuestra. Amén.

A Santa Rosa de Lima

Bendita y amada del Señor, y gloriosa Santa Rosa, por aquella felicidad que recibísteis de poder uniros a Dios y prepararos para una santa muerte, alcanzadme de su divina Majestad la gracia de que purificando mi conciencia, con los sufrimientos de la enfermedad y con la confesión de mis pecados, merezca disponer mi alma, confortarla con el viático santísimo del cuerpo de Jesucristo a fin de asegurar el trance terrible de la muerte, y poder volar por ella a la eterna bienaventuranza de la gloria. Así sea.

JACULATORIA

Santa Rosa, delicada flor del jardín de la Iglesia de Cristo, rogad por nosotros.

A Nuestra Señora del Valle

Postrado humildemente a vuestros pies, ¡Oh! Virgen Santísima del Valle, vengo, a pesar de mi indignidad y bajeza, a escogeros por Madre mía, mi abogada y protectora cerca de vuestro divino Hijo, para amaros, honraros y servirlos fielmente todos los días de mi vida. Dignaos recibir, ¡oh! Inmaculada Virgen del Valle, la firme protesta que hago de ser todo vuestro; dignaos admitirme en el número de vuestros hijos. Alcanzadme de Jesús, vuestro adorable Hijo, un vivo horror al pecado, la gracia de vivir y morir en los sentimientos de la fe más viva, de la esperanza más firme y del amor más tierno, más ardiente y más generoso. Haced, oh mi bondadosísima Madre del Valle, que asistido por vuestra poderosa protección durante mi vida, tenga el dulce consuelo de que, en la hora de mi muerte, entregue mi alma en vuestras manos, y tenga después la dicha incomparable de ser conducida por Vos a la morada de la feliz y gloriosa inmortalidad. Así sea.

A la Virgen Santísima del Rosario de Pompeya

Alentado por tus palabras: "Si quieres alguna gracia recurre siempre a Mí, porque yo soy tu Madre", no puedo menos de venir lleno de esperanza ante el trono de tus Misericordias, que para remediar nuestros males han querido colocar, también, en esta nueva Pompeya de Buenos Aires, donde tantos enfermos han recobrado la salud, tantos afligidos consuelo, tantos otros, oprimidos por los trabajos de esta vida, han conseguido por tu mediación, verse libre de ellos. Dígnate, ¡oh Madre querida!, dirigir hacia mí tus piadosos ojos y concédeme la gracia... que humildemente solicito de tu maternal corazón. Yo, en agradecimiento, te prometo inscribirme entre tus hijos del Rosario de Pompeya.

A la Virgen de Guadalupe

¡Oh Virgen María de Guadalupe! Ya que para mostrar el singular amor que profesáis al Pueblo Santafesino, habéis querido que os venerase en este Santuario

bajo tan glorioso título, y os aclamara por su Patrona Principal, dándole a entender con esto, que queréis obligaros a dispensarle toda clase de mercedes, para que deposite en Vos toda su confianza, yo me complazco en tributaros el testimonio de mi filial amor, ante vuestra sagrada imagen con que nos habéis favorecido. Suplico, amada Madre, que nos concedáis la gracia de que nos aprovechemos todos de tal beneficio, y venerándola con sencilla fe, consigamos conocer cuán grande es vuestra bondad, y nos amemos y os sirvamos fielmente, durante nuestra vida, para merecer gozar eternamente de vuestra amable compañía en la gloria. Amén.

A Santa Rita de Casia

Gloriosa y bienaventurada Santa Rita de Casia, amada protectora mía, postrado a vuestros pies con toda humildad y rendimiento, os suplico por vuestro dulce Esposo, Nuestro Señor Jesucristo, os dignéis interponer con su adorable Majestad vuestra eficaz y poderosa intercesión, para que, mediante ella y vuestros grandes méritos, consiga yo de mi Dios y

Señor la gracia de agradarle, amarle y servirle, y una total resignación de su voluntad. Amén.

A Nuestra Señora de Luján

¡Oh Santísima Virgen María! ¡Coronada Reina de Luján! Dios me ha creado para la gloria eterna. ¡Ah! ¿Quién me diera alas de paloma para volar a esa morada de felicidad? ¿Quién me abriera las puertas del Cielo, y me ayudara a subir hasta el pie del Trono del Altísimo? Conceded, ¡oh Santísima Virgen de Luján!, vuestra protección a este siervo vuestro que gime en medio de este valle de lágrimas y sólo recibe consuelo celebrando vuestras glorias; ayudadle, a fin de que después de haberos honrado en la tierra, merezca alabaros en el Cielo, por los siglos de los siglos. Así sea.

A Santa Marta

Gloriosísima Santa Marta, que merecisteis la singular gracia de albergar en vuestra casa al Salvador del mundo, prestándole, inflamada de divina caridad, los más solícitos cuidados, y reconocisteis en Jesús al Hijo de Dios encarnado, consi-

guiendo por la admirable fe de vuestras súplicas la resurrección de vuestro hermano Lázaro; alcanzadme junto con el favor particular que en las presentes circunstancias imploro, la gracia de servir siempre con acendrado amor a nuestro Dios, y profesar con valor la santa Fe Católica. Así sea.

A San Judas Tadeo

Glorioso Apóstol de Jesús, San Judas Tadeo, mi Poderoso protector y abogado, heme aquí postrado a vuestros pies para exponeros mis necesidades espirituales y temporales. Dignaos arrojar vuestra mirada de bondad sobre mi atribulado corazón y experimente mi alma los sentimientos de vuestra ternura y misericordia, y favorecido por las gracias que prodigáis a vuestros devotos en las horas de dolor, obtenga de vuestra piedad, ayuda y protección en la presente necesidad. . . Deposito toda mi confianza en vuestro poder; consoladme y libradme de tantas penas como sufro. Haced que me resigne siempre a la voluntad de Dios; no me queje nunca de la tribulación y corresponda con más fidelidad al amor de mi dulcísimo Jesús. Amén.

A Nuestra Señora de Lourdes

Santísima Virgen de Lourdes, Reina de los cielos, Madre de nuestro Señor Jesucristo y Señora del mundo, que a ninguno desamparas ni desechas, mírame con ojos de piedad y alcánzame de tu Hijo perdón de todos mis pecados para que con devoto afecto celebre tu santa e inmaculada Concepción en tu milagrosa imagen de Lourdes y reciba después el galardón de la bienaventuranza del mismo de quien eres que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

A Santa Lucía

Oh bienaventurada y amable Virgen Santa Lucía, universalmente reconocida por el pueblo cristiano como especial y poderosa abogada de la vista; llenos de confianza a ti acudimos pidiéndote la gracia de que la nuestra se mantenga sana y que el uso que hagamos de nuestros ojos sea siempre para bien de nuestra alma, sin que turben jamás nuestra mente objetos o espectáculos peligrosos, y

que todo lo sagrado o religioso que ellos vean se convierta en saludable y valioso motivo de amar cada día más a nuestro Creador y Redentor Jesucristo, a quien, por tu intercesión, ¡oh protectora nuestra, esperamos ver y amar eternamente en la Patria Celestial! Amén.

A Santa Teresita del Niño Jesús

¡Gloriosa santita mía! Espero confiadamente me alcanzarás de Dios la gracia especial que humildemente te pido. Yo, en cambio, prometo imitar, con todas mis fuerzas, tus heroicos ejemplos, y apropiarme las páginas de tu vida encantadora para que tenga la dicha de gozar de Dios en tu compañía en la patria de los santos. En tanto, quiero, cual tú, oh florecita de Jesús, “deshojar” en la tierra las flores de mis caricias a los pies del amor de los amores, y cantar a lo divino tus encantadoras armonías.

(Aquí se pide la gracia que se desea conseguir).
Por sólo tus amores, Jesús mi bien amado,
En Ti mi vida puse, mi gloria y porvenir;
Y ya que para el mundo soy una flor marchita;
No tengo más anhelo que amándote, morir...

(Santa Teresita).

A la Santísima Madre de Dios

por la conversión de los griegos cismáticos
a la Fe católica

Inmaculada Virgen María; nosotros hijos vuestros e hijos de la Santa Iglesia Romana, confiando en vuestro poderoso patrocinio, os suplicamos humildemente os dignéis impetrar del Espíritu Santo, a honra y gloria de su eterna procedencia del Padre y del Hijo, la plenitud de sus dones para nuestros hermanos extraviados, los griegos cismáticos, a fin de que, ilustrados con su gracia vivificante, detesten, juntamente con el orgullo, los errores del entendimiento; y hechos mansos y humildes de corazón, vuelvan al redil de la Iglesia Católica, bajo la guía inefable de su primer Pastor y Maestro, el sumo Romano Pontífice; de modo que reunidos sinceramente a nosotros con los vínculos indisolubles de una misma fe y caridad, glorifiquemos juntos por medio de buenas obras a la augustísima Trinidad, y os honremos también a Vos, Virgen Madre de Dios, llena de gracia, ahora y por todos los siglos. Amén.

Siete Ave Marías.

**Para los Miembros de la Sociedad de San
Vicente de Paúl o de cualquiera otra
Congregación**

Gracias te damos, Señor, por tantas y tan grandes bendiciones como te has dignado derramar hasta el día de hoy sobre nuestra Sociedad.

Rogámoste que tu gracia se perpetúe en todas y en cada una de las partes de esta nuestra carísima Asociación, especialmente en ésta, que ahora te lo pide. Haz, Señor, que nuestra Sociedad se propague y consolide perpetuamente, animada de su primitivo espíritu de humilde devoción y de mutuo fraternal afecto, para que enteramente apartada de los intereses de la tierra, sea siempre más fecunda en obras para el cielo.

¡Tú conoces, Señor, todas nuestras necesidades espirituales y temporales, y las de los pobres a quienes consagramos nuestras humildes ofrendas. Míranos, Señor, a todos con ojos de misericordia, y a todos alcance tu clemencia infinita.

Pedímoste en particular, oh piadosísimo Padre, por aquellos de nuestros her-

manos que padezcan alguna tribulación en este momento. Infúndeles, Señor, el espíritu de fortaleza, de prudencia, de paz y de confianza que emanan de tu seno; para que, sufridos con santa resignación por Jesucristo, sus trabajos y los nuestros te sean aceptos, y a todos nos produzcan frutos de salvación eterna.

Pedímoste, en fin, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, y por la especial intercesión de nuestra Madre María Santísima, y la de nuestro bienaventurado Patrón San N., que, al desnudarnos de nuestra carne mortal en el día de la justicia, merezcan nuestros parientes, nuestros consocios, y merezcamos nosotros mismos entrar en tu santísimo reino, y ser herederos de tu gloria eterna. Amén.

Para los hijos y dependientes

Soberano Señor y Padre universal de los vivientes, que, aunque yo sea indigno de tanto bien, queréis serviros de mí como de instrumento para la generación de nuevos seres, hijos vuestros y míos, que os alaben eternamente. ¿Qué gracias os daré por tan señalado beneficio?

Ya que os habéis dignado constituirme representante vuestro en la tierra para con mis hijos y dependientes, haced, Señor, que os represente, no sólo en la autoridad, sino también en la providencia amorosa que ejercéis en todos, y en la misma santidad, siendo yo fiel copia de vuestros divinos atributos.

Sí, Dios mío, viva yo de tal suerte en la sociedad, que nunca me avergüence de profesar vuestra doctrina delante de los hombres, y ajuste mi conducta, no a las máximas del mundo, sino a las sagradas leyes del Evangelio, aplicándome a procurar el sustento de la familia con tal solicitud de lo temporal, que no me impida trabajar, aun con mayor empeño, en mi eterna salvación.

Concededme, Dios mío, prudencia en los negocios, moderación en la prosperidad, sufrimiento y longanimidad en los trabajos, cumpliendo con los deberes de mi estado, vigilancia y acierto en la educación de mis hijos y en el gobierno de mi familia. Desterrad de mí el falso amor que ciega a tantos padres y pierde a tantos hijos; sepa yo alejarlos de los peligros,

inspirarles horror al pecado y amor a la virtud.

Pero ¡ay! ¿qué son mis débiles esfuerzos para llenar una obligación tan sagrada, como la que me habéis confiado, de hacerlos hijos vuestros y príncipes del cielo? Asistidme, pues, Padre celestial; hijos vuestros son, más bien que míos, os los devuelvo y consagro a Vos; sed en todo tiempo su Padre; sed también el mío. Que ninguno de los que Vos me habéis confiado os ofenda jamás; que ninguno de ellos arda en las voraces llamas del infierno; sacadle antes de este mundo, y concededme que sirviéndoos fielmente con mis hijos y dependientes en la tierra, logremos todos publicar vuestras misericordias en el cielo. Amén.

¡Dichosos los padres y amos que dirijan a Dios esta oración a menudo y con fervor! ¡Dichosos los hijos que digan la que luego pondremos por sus padres!

Es además de suma importancia el que las madres ofrezcan sus hijos al Señor, pidan por ellos la gracia del sagrado Bautismo, y reciban los santos Sacramentos, al aproximarse al parto. ¡Qué protección no experimentarían del cielo con esta solicitud.

De los hijos por sus padres

¡Padre! ¡Padre nuestro, que estáis en los cielos, y por tantos títulos merecéis el regalado nombre de Padre! No olvidéis a los que tienen vuestras veces para conmigo y son vivas imágenes de vuestra divinidad en la tierra. Volved nuestros ojos paternales a aquellos a quienes disteis el nombre y las entrañas de padres para conmigo. ¡Vos sólo sabéis los muchos desvelos y trabajos que han sufrido por mí! A ellos, después de Vos, debo cuanto soy, y todo cuanto tengo. Haced, pues, que yo les tribute aquel amor, respeto, obediencia y socorros que le son debidos, y que Vos mismo tributásteis a María y a José, criaturas santísimas, sí, pero infinitamente inferiores a Vos. Conservad por mucho tiempo la salud y vida a mis queridos padres, derramando sobre ellos toda suerte de bendiciones temporales y espirituales, y preservándolos de la mayor de todas las desgracias, la de caer en pecado mortal, y condenarse eternamente. No lo permitáis, dulce Jesús mío; no permitáis tampoco que se opongan jamás a los designios amorosos que Vos tenéis sobre mí; antes bien haced que

conformando su voluntad con la vuestra, me ayuden a conocer y seguir mi vocación, y alcanzar así la eterna salvación, para alabaros en compañía suya y glorificaros eternamente. Amén.

Para acudir a Dios en las aflicciones y trabajos de esta vida

Altísimo Dios de cielos y tierra, Padre de bondad y misericordia infinita; confuso y temblando me postro ante vuestro acatamiento divino, gimiendo bajo el peso de vuestra justicia, con justa razón irritada contra mí.

Ya véis cuán grande es mi aflicción: he perdido lo que más estimaba en la tierra; acosado me veo por todas partes de infortunios y tribulaciones... *Presenta al Señor tus aflicciones, y desahoga con Él tu corazón, pero con resignación y humildad.*

Creo, Dios mío, que nada sucede por acaso en este mundo; sino que todo viene regulado y dispuesto por vuestra amorosa Providencia. Creo que todos estos golpes, por sensibles que sean, vienen

odos dirigidos de lo alto para mi bien. Para que abra los ojos y enmiende mi vida desarreglada, o para que me purifique de mis culpas pasadas en este purgatorio lento, o para que, llevándolo todo como venido de vuestra mano, me labre una corona de gloria inmortal.

Justo será, pues, que me resigne; Vos sólo conocéis lo que más me conviene; yo no. Siendo Vos por otra parte omnipotente, y amándome con un cariño infinitamente más tierno que el de las madres más amorosas por sus regalados hijos, no dudo que esta adversidad es lo que más me conviene.

Lo creo, amabilísimo Jesús mío, y por más que la naturaleza lo sienta, y apetezca lo que no le conviene, *me someto a vuestra santísima voluntad*. Pequé, Señor, y aún no me tratáis conforme yo merezco. Por dura y pesada que parezca, beso y bendigo esa mano paternal, no menos justa cuando castiga que cuando premia; no menos amorosa cuando atribula, que cuando halaga: no menos sabia cuando otorga que cuando manda; no menos solícita de mi bien cuando me abate, que cuando me levanta. ¡Cuántos, que con

la prosperidad se perdieron, se salvaron en la adversidad!

Hágase pues, Señor, en mí según vuestra santa voluntad. Si queréis que una nube se lleve la cosecha, una enfermedad el ganado, un falso testimonio la honra; si queréis que pierda el pleito, el negocio, al amigo; *hágase en todo vuestra voluntad.* Si queréis que me vea pospuesto a inferiores, agobiado de escrúpulos, fatigado de tentaciones, enfermo, pobre, abandonado, sensible cosa es: *pero hágase en mí según vuestra santísima voluntad.* Ve así ofreciéndote a lo que te repugnare, diciendo siempre con todo afecto: *hágase en mí según vuestra santísima voluntad.*

· Pero dime, cristiano: cuando un facultativo te aplica un cauterio o hace la amputación de un miembro, u otra operación dolorosa, no sólo te resignas, sino que aun se lo agradeces y recompensas. Y eso que, siendo hombre, no sabes si te dará la vida, u ocasionará la muerte. Pues ¿por qué no harás otro tanto con Dios, con ese Padre tan bueno, que tanto se desvela por tu eterna salud? Anímate, pues; algo te costará, pero este es uno de los actos más sublimes que puede hacer una criatura en la tierra. Abrázate con la imagen de Jesús crucificado, besa con amor sus llagas, y dile: *Gracias os doy, Señor, por los trabajos que me envías.* ¡Qué dicha tan grande la mía de ser en algo semejante a Vos, y

poder expiar tan fácilmente mis culpas pasadas, y acaudalar tesoros inmensos para el cielo! *gracias, infinitas gracias os doy por ello, Señor.* Esfuérzate, cristiano, en producir estos actos, que son muy meritorios. Si no puedes obtener el amor propio el dar gracias a Dios por la cruz que tanto te repugna, vuelve a este mismo ejercicio y quizá lo conseguirás la segunda vez; si, a pesar de esto, no lo alcanzares, no te congojes, que Dios no te quiere insensible, sino resignado. Jesucristo, con ser la fortaleza infinita, sintió los trabajos; y la viva apresión de ellos le puso en agonía mortal en el Huerto; y no obstante, ¡cuánto no agradó al Eterno Padre su heroica resignación.

En reparación de las blasfemias

Inmenso, incomparable, infinito santísimo Dios y Señor del universo, ante quien los Serafines y demás espíritus celestiales confusos y anonadados se postran para adoraros, al paso de los hombres, redimidos con Sangre divina, y llamados por Vos a cada instante de nuevos e infinitos favores, os ultrajan y ofenden, profanando y blasfemando incesantemente vuestro nombre sacrosanto y la preciosísima Sangre de vuestro amado Hijo; yo, miserable e indigna criatura, penetrado de vivo dolor por tanta maldad, quisiera impedirla a costa de mi vi-

da; pero, como esto no es fácil, deseo reparar a lo menos en algún modo tan horribles profanaciones.

Quisiera pues, Señor, cada vez que en este día sea blasfemado vuestro santísimo nombre, o la preciosa Sangre de Jesús o el augusto Sacramento del altar, o los sagrados nombres de Jesús, María o de los Santos, quisiera poder tributaros tantas gracias, bendiciones y alabanzas cuantas os rinden los Serafines en el cielo, cuantas habéis recibido y cuantas recibáis de todos los justos y Santos desde el principio hasta la consumación de los siglos.

Sí, Dios mío; por cada blasfemia que se profiera contra Vos y vuestros Santos, es mi intención ofreceros aquel Santo, Santo, Santo, que os entonan los Ángeles, tantas veces como estrellas tiene el cielo, átomos el aire, hojas los árboles, gotas de agua y arenas el mar; tantas veces cuantos son los actos de amor purísimo que os dirige María Santísima, y cuantas son las perfecciones que encierra vuestra divina esencia. Amén.

Alabanzas en reparación de las blasfemias

Bendito sea Dios.

Bendito sea su santo Nombre.

Bendito sea Jesucristo, verdadero Dios
y verdadero hombre.

Bendito sea el Nombre de Jesús.

Bendito sea su Sacratísimo Corazón.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sa-
cramento del Altar.

Bendita sea la excelsa Madre de Dios,
María Santísima.

Bendita sea su Santa e Inmaculada
Concepción.

Bendito sea el nombre de María, Vir-
gen y Madre.

Bendito sea San José, su castísimo
esposo.

Bendito sea Dios en sus ángeles y en
sus Santos.

*Indulgencia de un año por cada vez que se
diga y plenaria una vez al mes si se recitan cada
día, confesando, comulgando y orando a inten-
ción del Sumo Pontífice.*

Por la salvación del universo en las presentes necesidades de la Iglesia

Amantísimo Jesús, que abristeis a los hombres los tesoros de vuestra clemencia infinita; no es ya por algunos desgraciados solamente, es para la cristiandad y para el universo entero que imploro vuestra misericordia. Todos los hombres son hechura de vuestras manos y hermanos míos carísimos; y apiadándoos de todos ellos, están lejos de agotarse ni de disminuirse los tesoros de vuestra bondad; pues ese rico manantial de gracias; cuanto más abundante se derrama, tanto más caudaloso brota; y, cuanto más se comunica, tanto más se enciende el fuego que arde en vuestro divino pecho.

Echad, pues, una mirada compasiva sobre toda la tierra; ¡ay! ¡llega al extremo la maldad y la desolación! ¡Cuánta cizaña de errores ha sembrado por todas partes el enemigo infernal! Véis hollados los derechos espirituales y temporales de vuestro Vicario en la tierra, ultrajada su altísima dignidad, y a los mismos reyes y pueblos conjurados contra su sagrada Persona. El infierno hace cada día nuevas

conquistas; las almas se pierden y caen en el abismo, como los copos de nieve caen en invierno, y las hojas de los árboles en el otoño. El mundo arrastra a la muchedumbre, con seductores halagos, cunden como contagio las máximas perversas, el interés es casi el único resorte de las acciones humanas, todo lo inundan el fraude y el engaño; una sed frenética de placeres impuros consume a todos los estados y edades, y para colmo de desdichas, el respeto humano domina y tiraniza a los mismos buenos. ¡Ay! ¡a qué abismo tan espantoso de males nos precipitan la irreligión y el libertinaje de nuestros días!

¿Y seréis, Señor, insensible a tanta miseria? ¿Permitiréis que sea derramada en balde vuestra Sangre preciosa? ¿Será indignamente profanada por los mismos por quienes se derramó especialmente? No, no se gloríe Lucifer por más tiempo. Oíd los lamentos de las almas que tiernamente os aman, escuchad los gritos de los mismos seres insensibles, que parece lloran la triste suerte de tener que servir a hombres ingratos en la ejecución de sus designios contra el Hacedor; muévaos la voz elocuente de esas llagas adorables que piden misericordia, y conmuévase vues-

tro Corazón santísimo a la vista de tantas desgracias. Suspended el curso de tantas maldades; y sobre todo detened el torrente de sacrilegios, origen principal de nuestros males. Basta ya de indiferencia y de crímenes, basta ya de dolor y de amargura. Brille vuestra faz serena sobre la tierra, sople sobre ella vuestro espíritu vivificador y, renovándolo todo, será vuestro santísimo nombre glorificado, acatada vuestra Religión santa, observada vuestra ley divina, y os alabarán y gozarán los hombres por infinitos siglos. Amén.



DEVOCIÓN

A MARÍA SANTÍSIMA

Aunque no sientas, alma cristiana, bastante valor para hollar el respeto humano, comulgar a menudo, combatir las pasiones, y entablar una vida fervorosa, te suplico que a lo menos nunca abandones la devoción a María Santísima, el gran refugio y amparo de los pecadores. *Todo poder se le ha dado en la tierra y en el cielo*, dice San Pedro Damiano; y se presenta al trono del Altísimo, no como esclava, sino como quien manda: *Domina non ancilla*. María es la tesorera de todas las gracias, añade San Bernardo, y quiere Dios que todo cuanto recibimos de lo alto nos venga por la poderosa mediación de María. Por su medio llénase el cielo de bienaventurados, suelta al enemigo la presa, santifícase la tierra, sálvanse los pecadores, baja sobre nosotros la divina misericordia; en una palabra, la devoción

de María Santísima es mirada de los Santos como una señal muy cierta de predestinación.

Imaginémonos, pues, que Jesucristo nos dirige las palabras que dijo a San Juan: *¡He ahí a tu Madre!* ¡Ah! ¡qué dicha la nuestra! ¡La Madre de Dios es nuestra amantísima Madre! Mas no olvidemos tampoco que está repitiendo: *Haced todo cuanto mi Hijo os diga.* Uniendo así la confianza en María Santísima con la observancia de los divinos preceptos, lejos de ser presuntuosa nuestra devoción, será prenda segura de eterna bienaventuranza y medio infalible para alcanzarla.

Para lograr su poderoso valimiento, ofrezco aquí a los hijos amantes de María diferentes devociones y obsequios que podrán tributarle entre el año, escogiendo cada cual con preferencia aquellos en que halle mayor consuelo y que se acomoden a sus ocupaciones.

**Memorare
u oración de San Bernardo
a María Santísima**

Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se oyó decir que fuese de

Vos abandonado ninguno de cuantos han acudido a vuestro amparo, implorado vuestra protección y reclamado vuestro auxilio. Animado con esta confianza, a Vos también acudo, oh Virgen de vírgenes; y gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a comparecer ante vuestra soberana presencia. No desechéis mis súplicas, oh Madre del Verbo, antes bien oídlas y acogedlas benignamente. Amén.

Tres años de indulgencia.

Plenaria, si se rezase durante un mes, confesando, comulgando y orando a intención del Sumo Pontífice (S. Penit. Ap. 8 de Septiembre de 1935).

Acto de consagración a la Virgen Santísima

Oh Purísima Virgen María, Madre de Dios y Madre mía amantísima, centro de las delicias y complacencias del Altísimo, como la más perfecta de todas sus obras y el más fiel espejo de sus perfecciones divinas. ¿Qué gracias te daré, Señora, por los inmensos favores y beneficios que por tu intercesión he obtenido del cielo? ¿Cuántos años hace que yo ardería en el infierno, si Tú, cual poderosa Abigail, no

hubiese aplacado al supremo Juez irritado contra mí. A ti vengo, pues; Reina de los cielos y tierra, que, después de Dios, eres única esperanza y refugio del pecador en este valle de lágrimas; a ti, acudo, Abogada universal, que a nadie desechas; Abogada poderosísima, a quien nada rehusa el Omnipotente; a ti clamo desde el profundo abismo de miserias en que estoy sumido.

Acuérdate que por salvarme tomó Jesús carne humana en tus entrañas virginales, y que antes de expirar en la cruz, volviendo a ti sus dulces ojos, *Mujer*, te dijo en la persona de Juan, *ahí tienes a tu hijo*; y luego a mí: *ahí tienes a tu Madre*. ¡Ah! no merecía yo tan señalado favor: mas Jesús traspasó en mí los títulos y derechos que tenía a tu amor. ¿Y podrá una misericordia tan grande como la suya no apiadarse de una miseria tan extremada como la mía? Pues eres madre y refugio de los pecadores; pues tus vasallos, oh Reina de misericordia, son los miserables; ¿y quién habrá más acreedor que yo a tu clemencia, siendo, como soy, el más miserable de todos los pecadores? ¿en quién se hará más potente tu misericordia que en mí, el más ingrato de

dos tus hijos? ¿No ves, Madre piadosísima, cuántos peligros me rodean? Cuántos y cuán encarnizados enemigos te persiguen? Muestra, pues, en mí el cariño que profesabas a tu Hijo. No permitas que prevalezca el infierno contra un hijo tuyo, que, aunque indigno de este nombre, te invoca y se acoge a la sombra de tu amparo. ¿Qué? ¿Desplegaría el enemigo más celo y ardor en perderme, que tú, la más tierna de todas las madres, en salvarme? ¡Ah! crimen sería pensarlo. ¿Tú deseas tú dispensarme favores, que yo pedírtelos. Llorando, pues, mi ingratitud pasada, y queriendo de hoy en adelante amarte con todo el afecto de mi oración, te elijo por Abogada, Reina y madre mía, consagrándome por siempre amás a tu santo servicio. Pongo bajo tu mable imperio mis bienes, mi salud, mi oración, alma, potencias, sentidos, vida, todo cuanto tengo y soy. En ti, después de Jesús, pongo toda mi confianza. Sé siempre mi amparo y mi defensa, oh Virgen poderosa, y en el terrible trance de la muerte, cuando el dragón infernal haya desplegado sus esfuerzos para tragarme, vuela a mi socorro, oh Madre amantísima, alcánzame la perseverancia final. No

me dejes un solo instante, hasta que, fel
contigo, cante tus glorias y las misericor
dias de tu Hijo en el cielo por eternida
de eternidades. Amén.

NOVENAS

En honor de María Santísima

Vió Santa Gertrudis a la Reina de lo
cielos que tenía bajo su manto y cobijab
con singular cariño a un gran número d
almas que con especial fervor se había
preparado a la fiesta de la Asunción. ¡Ah
¿qué gracias no recibirían los hijos aman
tes de María, si se dispusiesen a las fies
tas de esta amorosa Madre con alguna
fervorosa novena? Sólo encargo que cada
uno procure sacar algún fruto especial de
cada festividad, como sería alcanzar la
virtud que más resplandece en aquel mis
terio. Así vemos que naturalmente ins
piran:

La *Concepción*, amor a la pureza;

La *Natividad*, odio a la tibieza, y reno
vación del fervor;

La *Presentación*, desprendimiento de
las criaturas;

La *Anunciación*, humildad profunda;
La *Visitación*, caridad al prójimo;
La *Purificación*, exacta observancia de
ley divina;
La fiesta de los *Dolores*, paciencia y
resignación en los trabajos;
La *Asunción*, deseo de una santa
muerte.

Si alguno no tuviere novenas para celebrar dichas festividades con más fervor; oyendo Misa, visitando alguna imagen de María, haciendo algunas de las meditaciones, o rezando cada día alguna de las oraciones que ponemos aquí en honor de la Virgen, y recibiendo al fin los santos sacramentos, podrá hacer muy bien la novena y celebrar con mucho fruto las fiestas de María.

O b s e q u i o s

que los hijos amantes de María suelen tributar a esta amabilísima Madre; y pueden servir de flores espirituales para el mes de María

1. *Consagrarle el mes de mayo*, o mes de María. Apenas hay ya en el mundo católico región alguna donde no se haga el mes de María; ¿y la nuestra nación predilecta de la Virgen, poseería aún dilata-

das comarcas que no uniesen sus alabanzas y obsequios a los obsequios y alabanzas que todo el universo tributa a nuestra Señora durante el hermoso mes de Mayo.

2. *Tener adornada una imagen de María en casa, y obsequiarla lo mejor que se pueda.* Gusta tanto esta Señora del culto que tributamos a sus imágenes, que restituyó a San Juan Damasceno la mano que los herejes iconoclastas le habían cortado en odio de los escritos en que defendía las sagradas imágenes.

3. *Saludarla afectuosamente al pasar delante de una iglesia o imagen de María.* ¡Qué dicha la de San Bernardo! Saludábala según su costumbre, y un día esta tierna Madre le devolvió la salutación diciéndole: *Dios te salve, Bernardo.*

4. *Pedirle la bendición al levantarse por la mañana, y al acostarse por la noche.* Pues, ¿no lo hacen con sus padres los hijos bien educados? Así lo hacía San Estanislao de Costka, y mereció en dos ocasiones comulgar de mano de los Ángeles, y que María Santísima pusiese al niño Jesús en sus brazos.

5. *Al salir de casa pide a la Virgen que bendiga tus pasos y acciones.* Habiéndole

practicado así el gran patriaca Santo Domingo, logró convertir a innumerables almas, y que María, asistiendo a su muerte, se lo llevase con su Hijo a la patria celestial.

6. *Inspirar la devoción de María a otros, sobre todo a los hijos y dependientes.* Predicando un día de las glorias de esta Madre uno de sus más fervientes hijos, San Alfonso Ligorio, fué visto de pronto arrobado en éxtasis, y el semblante todo refulgente con la luz celestial que una imagen de la Virgen reflejaba en su rostro.

7. *Decir con grande afecto, el Ave María cuando diere el reloj.* Este es el mejor modo de saludarme, dijo Nuestra Señora a Santa Matilde; y decía el eximio doctor Francisco Suárez que hubiera dado toda su ciencia por el mérito de una sola Ave María rezada con devoción.

8. *En los peligros y tentaciones acogerse al manto de la Virgen invocando su auxilio.* Hízolo así el beato Sauli, al verse molestado de una tentación impura, y apareciéndosele la Reina de las vírgenes, le puso la mano en el pecho, y quedó al instante libre de la tentación.

9. *Decir mañana y tarde un Ave María con alguna oración a la Virgen.* Por este medio se convirtieron jóvenes impuros y pecadores muy desalmados, y esto es lo que movió a Pío IX a conceder a esta práctica muchas indulgencias.

10. *Decir con toda confianza el Memorare para alcanzar una buena muerte.* Con esta oración obtuvo el apostólico varón P. Bernardo la conversión de muchos fascinerados obstinados, y hasta la de uno que de un puntapié le había arrojado de la escalera del patíbulo.

11. *No dejes pasar día alguno sin ofrecer tu familia y tus dependientes a la Virgen.* Ofrecíale un día San José de Calasanz los niños de las Escuelas Pías, y apareciósele esta cariñosa Madre con el Niño Jesús en los brazos, dando al Maestro y a los discípulos su preciosa bendición.

12. *Hacer a María administradora de la casa y de sus intereses.* Nombrando Santa Teresa a la Virgen, Superiora, y poniendo a sus pies las llaves de los conventos que fundaba, salió victoriosa de gravísimas e innumerables dificultades.

13. *Llevar siempre algún Escapulario de la Virgen.* Luis XIII llevó también esta

santa librea del Carmen, desde que en el sitio de Montpellier vió a un soldado que, habiendo recibido un balazo, quedó ileso, aplastándose la bala en el santo Escapulario.

14. *Oír o hacer celebrar Misa en honor de María Santísima.* Cuán acepta sea esta devoción al Señor dícenlo bastante los Ángeles, que oraban mientras San Isidoro estaba oyendo Misa; y su esposa Santa María de la Cabeza, que, viniendo de una ermita de la Virgen pasó un caudaloso torrente a pie enjuto.

15. *Visitar alguna iglesia o altar consagrado.*

La *Presentación*, desprendimiento de las del piadoso rey San Enrique al llegar a los pueblos, y María se lo recompensó, volviéndole la visita a la hora de la muerte.

16. *Dar limosna a los pobres en obsequio de esta Señora, encargándoles que recen un Ave María.* Siendo niña Santa Isabel reina de Hungría, daba a los pobres el dinero que recibía de sus padres para juguetes y diversiones; ¿y qué favores no alcanzó por ello de esta amantísima Madre?

17. *Visitar y consolar a algún enfermo*

por amor a María. Acompañaba el beato Alonso Rodríguez a un Padre de la Compañía en este acto de caridad; y al subir una cuesta muy agria con gran trabajo y fatiga en el rigor del verano, se le apareció María Santísima, y se dignó enjugarle el sudor que manaba de su rostro.

18. *Socorrer a las ánimas del Purgatorio más devotas de María.* A Santa Brígida, que tenía esta devoción, dijo la misma Virgen que este era uno de los obsequios que más la complacían.

19. *Entrar en alguna Congregación de la Virgen y observar fielmente sus estatutos.* Preguntando el P. Lesio a su penitente el inmortal Justo Lipsio, que estaba para morir, qué cosa le daba más consuelo en aquella hora, contestó: "El haber sido en vida fiel congregante de María".

20. *Llevar alguna medalla de la Virgen, y, apretándola de cuando en cuando al corazón, decirle: Yo os lo entrego para siempre, oh Madre mía.* El gran Padre San Ignacio de Loyola, que solía hacerlo a menudo, mereció ser más de treinta veces visitado por la Virgen, y que le dictase, según piadosamente se cree, el admirable libro de los Ejercicios.

21. *Compadecerse de los dolores de la Virgen y rezar en su honor siete Ave Marías.* Santa Margarita de Cortona alcanzó señalados favores del Cielo, por la compasión que tuvo a los dolores de esta afligida Madre.

22. *Tener los sentidos, principalmente la vista, recogidas en honor de la Virgen.* El angélico joven San Luis Gonzaga, que no se atrevía a mirar a la reina, ni aun a su propia madre, mereció en Madrid que la Virgen del Buen Consejo le hablase y mandase entrar en la Compañía de Jesús.

23. *Rezar el Angelus, aun en público al toque de las Ave Marías.* San Carlos Borromeo hasta se apeaba del caballo, y se hincaba de rodillas en el lodo para tributar este obsequio a María.

24. *Ejercitarse en algún acto por amor de María.* Los placeres del mundo causan náuseas y el corazón se derrite de amor, cuando digo: Ave, María. El entorpecimiento desaparece y la sensualidad se agota cuando digo: Ave, María. Se aleja la tristeza y nos empapa nueva alegría, cuando digo: Ave, María. Se aumenta la devoción y renace el fervor, cuando digo: Ave, María. Se alienta la esperanza y se

derrama el consuelo, cuando digo: Ave, María (Bto. Alano).

25. *Ofrecer de cuando en cuando las penas y trabajos a María.* Amasando Santa Catalina de Sena pan para los pobres en obsequio de esta Señora, se le apareció y la ayudó, dando al pan un sabor exquisito.

26. *Imitar las virtudes de la Virgen, y para esto preguntarse a menudo: ¿qué haría esta Madre puesta en las circunstancias en que yo me hallo?* Esta imitación fué precisamente la que mereció a los Santos favores tan señalados de la Madre, y tan alta recompensa del Hijo de Dios.

27. *Ofrecer el corazón a la Virgen.* Hacíalo así el P. Ruiz de Montoya, apóstol del Paraguay; y aceptándoselo un día esta buena Madre, le entregó el suyo...

28. *Trabajar en la conversión de algún pecador.* Excitando la Virgen al V. P. Bernardo Cornago, de la Compañía de Jesús, a hacer esto, le dijo: "Este es el obsequio que más me agrada".

29. *Refrenar la lengua en honor de María.* Observando este precioso silencio el gran devoto de la Virgen San Juan Silenciaro, mereció que toda la posteridad extasiada hablase favorablemente de él.

30. El principal obsequio y el más agradable a María es *perseverar en su devoción, cualquiera que sea*. Habiendo omitido el V. Tomás de Kempis las devociones que solía rezar a la Virgen, vió en sueños como esta dulcísima Madre abrazaba a sus compañeros; mas en llegando a él, le dijo con rostro severo: "¿Qué aguardas tú, que has dejado mi devoción?"

31. *Los sábados y vigiliass de las festividades de María ayunar o hacer alguna mortificación en honor suyo*. No pudiendo Santa Juliana de Falconieri recibir el santo Viático, por los continuos vómitos que padecía, pidió le llevasen a lo menos el Santísimo Sacramento. Hácenlo así: desaparece la Hostia consagrada entrándose en el corazón de la Santa; recompensado Dios con esta milagrosa refección los muchos ayunos que Juliana hacía en obsequio de María Santísima.

Indulgencia del mes de Mayo o mes de María.

1) *Los que asistieren a los actos realizados PÚBLICAMENTE en el mes de Mayo o mes de María, lucrarán:*

a) *Indulgencia de 7 años, por cada día.*

b) *Indulgencia plenaria, si asistieren por lo menos de 10 días, confesando, comulgando y rezando a intención del Sumo Pontífice.*

2) Los que en dicho mes hicieren PRIVADAMENTE oraciones u otros obsequios de piedad en honor de la Sma. Virgen, lucrarán:

a) Indulgencia de 5 años una vez cada día del mes.

b) Plenaria si lo hicieren todo el mes.

Mas donde dicho mes se realiza públicamente, tales indulgencias lucrarán sólo aquellos que están impedidos legítimamente de asistir al público ejercicio.

(Socret. Mem. 21 de Mayo 1815; S. C. Ind. 18 de Junio de 1822; S. Penit. Apost. 28 de Marzo de 1933).

Varias mortificaciones en honor de María Santísima

Sólo este punto ¿qué campo tan vasto ofrece a los cristianos que aspiran de veras a la perfección? ¡En cuántas cosas podrían manifestar su afecto a María! ¡Qué preciosos actos de mortificación podrían hacer cada día! ¡Qué mérito no adquirirían, por ejemplo, con alguna de las prácticas siguientes:

Callar cuando se les dice una palabra injuriosa;

Ceder fácilmente al parecer ajeno sin porfiar;

Privarse del gusto que naturalmente se tiene diciendo o escuchando cosas inútiles, y, lo que sería mucho peor, murmurando;

Sufrir con paciencia la lentitud, poca maña y memoria de los que nos sirven;

Lejos de alabarse, confundirse de verse alabado u obsequiado de otros;

Escoger disimuladamente en la mesa el bocado que menos guste;

Sufrir con paciencia las picaduras y molestias de los insectos, mirándolos como instrumentos de la Justicia Divina.

Otros cristianos más generosos se ingeniaban en mortificar el gusto absteniéndose de alguna fruta, de algún dulce o bocado exquisito; ora besan la tierra; ora están un breve rato con los brazos en cruz, o en otra postura incómoda; ora practican varias mortificaciones, que el amor de Jesús crucificado y la contemplación de los dolores de María inspiran a las almas fervorosas; aunque es siempre con aprobación de un prudente director.

Los hombres sensuales que *blasfeman de lo que ignoran* (Epíst., canon Jud.) serán esto con desdén y tal vez con irritación; mas ¿de quiénes hay que hacer caso: de los que viven según la carne?

CORTE A MARIA

**Oraciones que los Asociados a la Corte
de María suelen decir en sus visitas
a la Santísima Virgen**

Por la señal de la santa cruz, etc.

- V) Dios mío, atiende a mi socorro.
- R) Señor mío, ayúdame prontamente.
- V) Gloria sea al Padre eterno.
- R) Gloria al Hijo soberano.
- V) Y por los siglos infinitos.
- R) Gloria al Espíritu Santo. Amén.

ORACIÓN

Santísima Virgen María, Reina de los cielos, Madre de nuestro Señor Jesucristo y Señora del mundo; pues a nignuno desamparas ni desechas, ruégote, Secora, mires con ojos de piedad a mí y a todos los Asociados, en cuyo nombre te ofrezco esta visita. Alcánzanos de tu benditísimo Hijo el perdón de todos nuestros pecados, para que con devoto afecto te podamos obsequiar ahora en la tierra, y después contemplar en la eterna bienaventuranza. Gracias que esperamos conseguir por los

méritos de Aquél a quien concebiste quedando Virgen, Jesucristo nuestro Señor, que con el Padre y Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SALUTACIONES

I

María, Hija de Dios Padre; María, Madre de Dios Hijo; María, Esposa de Dios Espíritu Santo; por tu Concepción purísima ruego por todos los Asociados, en cuyo nombre te saludo, diciéndote con el Ángel:

Dios te salve, María, etc.

V) Santa, santa, santa María, vencedora del infierno y del pecado; llenos están los cielos y la tierra de tus glorias.

R) Gloria a María, Hija de Dios Padre; gloria a María, Madre de Dios Hijo; gloria a María, Esposa de Dios Espíritu Santo.

II

María, abogada y Madre nuestra, por tu maternidad divina y pureza virginal ruega por todos los Asociados, en cuyo nombre te saludo, diciéndote con el Ángel:

Dios te salve, María, etc.

V) Santa, santa, santa María, Madre de Dios; llenos están los cielos y la tierra de tus glorias.

R) Gloria a María, etc.

III

María, consuelo y amparo de los que te obsequian, visitándote en tus templos y altares; por tu feliz Tránsito y Asunción gloriosa ruega por todos los Asociados, en cuyo nombre te saludo, diciéndote con el Ángel:

Dios te salve, María, etc.

V) Santa, santa, santa María, refugio de los mortales; llenos están los cielos y la tierra de tus glorias.

R) Gloria a María, etc.

ORACIÓN

¡Oh Madre de Dios, Emperatriz de los Angeles y Esperanza de los hombres! Oídme, Señora, ya que, en nombre de todos los Asociados, os suplico nos ayudéis y salvéis. En vuestra mano está salvar a quien queráis, nos dice San Buenaventura. ¡Oh salud de quien os invoca! os digo

con el mismo Santo: *¡O salus te invocantium!* Salvadnos.

Ahora para más obligar a la Santísima Virgen y hacérsela propicia, la saludaremos con la *Lectania lauterana*. Dígase con ella *Sub tuum præsidium, Salve* y la oración correspondiente.

Luego se pedirá con mucho fervor a nuestra agradecida y clementísima Madre María nos devuelva una de tantas visitas como le hacemos todos los días, visitándonos en la hora de la muerte, para hacérsela dulce y preciosa a los ojos del Señor, convidándola desde ahora para entonces con la siguiente

ORACIÓN

Dulcísima Virgen María, a quien con inefable amor me encomendó, en la persona de su querido discípulo San Juan, tu divino Hijo pendiente de la cruz; permite que te encomiende yo también mi alma con todas sus potencias, mi cuerpo con todos sus sentidos, mi vida con todos sus actos, pensamientos, palabras y obras; pero, muy en particular aquel último y crítico momento del cual pende mi suerte por toda la eternidad. Y ya que en tu felicísimo tránsito mereciste ser visitada ya conducida al cielo por tu Santísimo Hijo, te suplico, oh tierna Madre del Amor hermoso, te dignes asistir a mi tránsito con maternal piedad, y no te se-

parez un solo instante de mí. Porque así como confío morir santamente—con tu auxilio, así temo ¡ay! perecer para siempre, si muero sin tí. Pues ¿cómo, siendo yo tan débil y frágil, resistiré a tantos y tan terribles asaltos del común enemigo, si tú, vencedora del infierno no estuvieres conmigo? ¿Cómo sostendré yo aquel estrechísimo juicio, si tú, Madre del Juez y Madre mía, no me acompañas y eres mi abogada? ¿Cómo podré sufrir la pena de mis gravísimos e innumerables pecados, si tú no los excusas delante de tu amantísimo Hijo, y no me alcanzas por ellos perdón?

Inclina por tanto tu oído a mis humildes súplicas, oh Madre amorosísima; asísteme en mi última agonía y no me desampares en aquel angustioso trance. No me niegues esta petición, que con todo el afecto de mi corazón te dirijo; otórgamela, te suplico, por aquel amor con que asististe a tu Hijo moribundo, por aquellas amargas lágrimas que derramaste cuando lo viste inclinar la cabeza y expirar en la cruz por mi amor. No, Madre mía, no sea malograda una Sangre de tanto valor; sino haz que libre de las acechanzas del demonio, muera yo bajo tu

protección y amparo, y vaya contigo a gozar de la celestial bienaventuranza. Amén.

María, Mater gratiae
Dulcis Parens clementiae,
Tu nos ab hoste protege,
Et mortis hora suscipe.

Breve acto de consagración

¡Oh María! Madre de Dios y Madre mía, agradecido a los innumerables beneficios que por vuestra mediación he recibido, postrado a vuestros pies me ofrezco de nuevo a vuestro servicio y os consagro mis potencias y sentidos, protestando que prefiero morir mil veces antes que ofender a vuestro Divino Hijo, mi Redentor y todo mi Bien. Confirmad en mí estos buenos deseos y alcanzadme la dicha de perseverar en ellos mientras dure la vida, para reinar con vos en el cielo. Amén.

Jaculatoria

Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos.

Alabanza

Bendita sea tu pureza,
Y eternamente lo sea;
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza.
A Ti, celestial Princesa,
Sagrada Virgen María,
Te ofrezco desde este día
Alma, vida y corazón,
Mírame con compasión,
No me dejes, Madre mía.

ROSARIO

DE MARÍA SANTÍSIMA

De todas cuantas devociones hay en honor de la Reina de los Ángeles, dudo se encuentre otra que le sea más agradable, más útil a las almas, ni más temida del infierno que la del santo Rosario. En él medita el cristiano los misterios más sublimes de nuestra Religión, recuerda a la Virgen las mayores dichas y penas de su vida, y la saluda con las palabras más augustas en sí, y más dulces a su corazón. ¡Dichoso el que lo rece cada día con fervor a solas, y mejor en el seno de la familia, con respeto, evitando toda irreverencia, despacio, clara y distintamente! ¡Qué gracias no recibirá del cielo! ¡Cuántos por medio del santo Rosario hallaron alivio en sus penas, consuelo en las aflicciones, remedio de los males, fuerza contra las tentaciones, y aun la salvación eterna? ¡No quisieras tú también acaudalar tesoros inmensos para la eternidad? No dejes, pues, pasar día alguno sin rendir ese obsequio a tu Madre amantísima; y la práctica podrá ser la siguiente:

Lunes y jueves se contemplan los misterios gozosos;

Martes y viernes los *dolorosos*;

Miércoles, sábado y domingo los *gloriosos*.

Por la señal de la santa cruz, etc.

V) Dómine, labia mea apéries.

R) Et os meum annuntiabit laudem tuam.

V) Deus, in adiutorium meum inténde.

R) Dómine, ad adiuvándum me festína.

V) Glória Patri, et Fílio, et Spíritu Sancto.

R) Sicut era in principio, et nunca, et semper, et in sáecula saeculórum.
Amén.

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, etc.

Dirigid, Dios y Señor mío, todos nuestros pensamientos, palabras y obras a mayor honra y gloria vuestra; y vos, Virgen Santísima, alcanzadnos de vuestro Hijo que recemos con devoción vuestro santísimo Rosario, el cual os ofrecemos por la exaltación de la santa fe católica, por nuestras necesidades espirituales y corporales, en alivio y sufragio de los vivos y difuntos que sean de vuestro agrado y de nuestra mayor obligación.

Misterios gozosos

Los misterios que hoy se han de contemplar son los gozosos. El primero es la

Encarnación del Verbo divino en las purísimas entrañas de la Virgen Santísima. En reverencia de este misterio rezaremos un *Padre nuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.

Fruto de este misterio: LA HUMILDAD.

¡Oh! ¡humilde escuchas
Al Parainfo!
"Ave, llena de gracia:
Dios es contigo".
Alcánzanos, Señora,
Que a nuestras almas
Largos raudales vengán
De amor y gracia.

El segundo misterio es la Visitación de la Virgen Santísima a su prima Santa Isabel. En reverencia, etc.

Fruto: LA CARIDAD.

¡Cuánto gozo sentiste
Dulce María,
Visitando a la Madre
Del gran Bautista!
Favorecida el alma
Con tu presencia
Siempre a Dios y a Ti siempre
Consigo tenga.

El tercer misterio es cuando María Santísima, siempre Virgen, dió a luz a

Jesús nuestro Redentor en el portal de Belén. En reverencia, etc.

Fruto: EL DESPRENDIMIENTO.

De Ti, Doncella hermosa,
La fe lo dice,
Nace el Verbo hecho hombre,
Y quedas Virgen.

Haga tu ruego dulce
Que en nuestro pecho
Nazca, viva y florezca
Niño tan bello.

El cuarto misterio es la Presentación del Hijo de Dios en el templo. En reverencia, etc.

Fruto: LA PUREZA.

Al Cordero divino
Rendida ofreces,
Legislador supremo,
Rey de los Reyes.

Haz, purísima Virgen,
Que fervorosos
Sentidos y potencias
Le rindan todos.

El quinto misterio es cuando la Virgen perdió a su Hijo, y pasados tres días le halló en el templo, disputando con los doctores de la ley. En reverencia, etc.

Fruto: LA OBEDIENCIA.

A Jesús en el templo
Hallando, oh Madre,
Tu corazón inunda,
Gozo inefable.
Logremos, dulce Reina,
Por este gozo,
Que, como Tú le hallemos
También nosotros.

Misterios dolorosos

Los misterios que hoy hemos de contemplar son los dolorosos. El primero es la oración de nuestro Señor Jesucristo en el huerto de Getsemaní. En reverencia, etc.

Fruto: LA CONTRICIÓN.

¡Cuánta fué la agonía,
Oh triste Madre
De Jesús en el huerto,
Pues sudó sangre!
Por su mortal congoja,
Virgen penada,
Una yo mis afanes
A penas tantas.

El segundo misterio es cuando ataron a Jesucristo a la columna, y le dieron innumerables azotes. En reverencia, etc.

Fruto: LA MORTIFICACIÓN.

¡Un Dios a la columna
Por bien del hombre!...
¿Y tú le das ingrato,
Nuevos azotes?
Por su dolor y afrenta
Brote continuo
Dolor y acerbo llanto
El pecho mío.

El tercer misterio es cuando pusieron
al Señor la corona de espinas. En reverencia, etc.

Fruto: LA PACIENCIA.

Lava, Señor, mi alma,
Ya pesarosa,
Con los hilos de sangre
De tu corona.
Alcánzanos, oh Madre,
Que esas espinas
Saquen de nuestros ojos
Lágrimas vivas.

El cuarto misterio es cuando cargaron
sobre los hombros de Jesucristo la pesada
cruz en que había de ser crucificado. En
reverencia, etc.

Fruto: LA RESIGNACIÓN.

La cruz llevando a cuestras
Hacia el Calvario,
Cae Jesús al peso
De mis pecados.

Haz, Virgen que a su ejemplo
Sobre los hombros
Las cruces de mi estado
Lleve animoso.

El quinto misterio es la Crucifixión y
muerte del Señor. En reverencia, etc.

Fruto: LA PERSEVERANCIA.

Sigámosle fervientes
Al monte sacro,
Ya que en cruz le pusieron
Nuestros pecados.
Concédeme, Señora,
Que por su muerte
Tenga siempre mis ojos
Hechos dos fuentes.

Misterios gloriosos

Los misterios que hoy hemos de contemplar son los gloriosos. El primero es la triunfante Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. En reverencia, etc.

Fruto: LA FE.

Eres al orbe entero,
Doncella hermosa,
De Sol que resucita
Plácida aurora.

Y pues glorias inundan
Tan fausto día,
Vuélvenos, dulce Madre,
De muerte a vida.

El segundo misterio es la Ascensión de
nuestro Señor Jesucristo a los cielos. En
reverencia, etc.

Fruto: EL DESEO DEL CIELO.

Mientras el Hijo asciende
Triunfante al cielo,
Le sigues con las alas
De tus deseos.

¿Qué hacéis en la tierra,
Oh corazones?
¡Oh! ¡vuelen a su centro
Vuestros amores!

El tercer misterio es la venida del Espí-
ritu Santo sobre los Apóstoles en forma
de lenguas de fuego. En reverencia, etc.

Fruto: EL RECONOCIMIENTO.

El Espíritu Santo
Todo te inflama,
Y con lenguas de fuego
Tu gloria ensalza.

Raudal de ricos dones
Logren tus Hijos,
¡Oh fuente inagotable
De beneficios!

El cuarto misterio es el tránsito y la gloriosa Asunción de la Virgen a los cielos en cuerpo y alma. En reverencia, etc.

Fruto: UNA BUENA MUERTE.

Al Empíreo te elevas
Con gala y fausto,
Y a quien el pecho diste,
Te da su lado.

En refulgente trono
Ya sublimada,
Haz que los que te sirven.
Sin fin te aplauden.

El quinto misterio es la coronación de la Virgen por reina de cielos y tierra. En reverencia, etc.

Fruto: UNIÓN CON JESÚS Y MARÍA.

Las divinas Personas
Con tres diademas
A Ti, llena de gracia,
De gloria llenan.

Soberana Señora
De tierra y cielo,
Cíñenos de tu mano
Laurel eterno.

Dios te salve, Hija de Dios Padre; Dios te salve, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, Esposa del Espíritu Santo; Dios te

salve, templo y sagrario de la beatísima Trinidad, concebida sin mancha de pecado original.

Acción de gracias

Infinitas gracias os damos, soberana Princesa, por los favores que todos los días recibimos de vuestra mano; tenednos ahora y siempre bajo vuestra protección y amparo; y para más obligaros os saludamos con una

Salve

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve; a ti llamamos los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos; y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María! Ruega por nosotros, santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Letanías lauteranas

Kyrie, eléison.	Kyrie, eléison.
Christie, eléison.	Christe, eléison.
Kyrie, eléison.	Kyrie, eléison.
Christie, audi nos.	Christe, audi nos.
Christe, exáudi nos.	Christe, exáudi nos.
Pater de coelis, Deus, miserere nobis.	
Fili, Redemptor mundi, Deus,	miserere
Spiritus Sancte Deus,	miserere
Sancta Trínitas, unus Deus,	miserere
Sancta María,	
Sancta Dei Génitrix,	
Sancta Virgo víginum,	
Mater Christi,	
Mater divinae gratiae,	
Mater puríssima,	
Mater castíssima,	
Mater inviolata,	
Mater intemerata,	
Mater immaculata,	
Mater amábilis,	
Mater admirábilis,	
Mater boni Consilii,	
Mater Creatoris,	
Mater Salvatoris,	
Virgo prudentíssima,	
Virgo veneranda,	

ora pro nobis

Virgo praedicanda,
Virgo potens,
Virgo clemens,
Virgo fidelis,
Spéculum justitiae,
Sedes, sapientiae,
Causa nostre laetitiae,
Vas spirituale,
Vas honorábile,
Vas insigne devotionis,
Rosa mystica,
Turris Davídica,
Turris ebúrnea,
Domus aurea,
Foederis arca,
Janua coeli,
Stella matutina,
Salus infirmorum,
Refugium peccatorum,
Consolatrix afflictorum,
Auxilium Christianorum,
Regina Angelorum,
Regina Patriarcharum,
Regina prophetarum,
Regina Apostolorum,
Regina Mártýrum,
Regina Confessorum,
Regina Vírginum,
Regina Sanctorum omnium,

Regina sine labe originali concepta,
Regina in coelo Assumpta,
Regina sacratissimi Rosarii,
Regina pacis,

ora
pro nobis

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi,
parce nobis, Dómine.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi,
exaudi nos, Dómine.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi,
miserere nobis.

Sub tuum praesidium confugimus,
sancta Dei Génitrix, nostras deprecationes
ne despicias in necessitatibus, sed a
periculis cunctis libera nos semper, Virgo
gloriosa et benedicta.

V) Ora pro nobis, sancta Dei Génitrix.

R) Ut digni efficiamur promissionibus
Christi.

OREMUS

Gratiam tuam quaesumus, Dómine,
mentibus nostris infundere; ut qui Angelo
nuntiante, Christi Filii tui incarnationem
cognovimus, per passionem ejus et
crucem ad resurrectionis gloriam perducamur.
Per eundem Christum Dominum nostrum.

R) Amén.

TRISAGIO

A LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Por la señal de la santa cruz, etc.

Oh amabilísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios en esencia y trino en los secretos, admirable en la providencia, e infinito en todas las perfecciones: yo os adoro con el más profundo respeto; en vos creo y espero firmemente; os amo sobre todas las cosas; pésame en el alma de haberos ofendido; pésame, Padre omnipotente; pésame, Hijo misericordioso; pésame, Espíritu Santo amantísimo. Haced que nunca más ofenda yo a Trinidad tan augusta, tan santa y tan amable; sino que, alabándoos y sirviéndoos ahora con todos los justos, logre después alabaros con los Serafines, eternamente. Amén.

Oración al Padre

¡Oh Padre eterno! Principio y fuente de todo bien, increado, ingénito, centro de toda felicidad; gózome de veros tan superior a todo lo creado, que mi entendimiento se pierde en el océano de vuestras perfecciones infinitas. Permitid que unido a los Ángeles, Arcángeles y Tronos, celebre vuestro inmenso poder, y os diga:

Padre nuestro y nueve veces alternando con el coro:

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

Oración al Hijo

¡Oh Hijo divino! en todo igual al Padre, verdad infalible, camino seguro y vida felicísima del hombre; os glorifico por todos vuestros soberanos atributos, y os alabo por vuestra misericordia infinita. ¡Ay, Jesús mío, que no he sido discípulo vuestro sino de nombre! Pero, queriendo ya serlo en realidad, permitid que una mi

voz a la de los Principados, Dominaciones y Potestades; y ensalzando con ellos vuestra sabiduría infinita, os diga:

Padre nuestro, etc.

Oración al Espíritu Santo

¡Oh Espíritu consolador que procedéis del Padre y del Hijo, Amor increado, manantial de todas las gracias, centro de todas las dulzuras; y no obstante tan poco amado! A lo menos me alegro del encendido amor con que os aman las Virtudes, los Querubines y Serafines. ¡Oh, quién pudiese amaros con todos los hombres de la tierra, como esos Espíritus os aman en el cielo. Permitid siquiera que, uniéndome a ellos, os diga con todo afecto:

Padre nuestro, etc.

Luego repítase tres veces:

Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal; libradnos, Señor de todo mal.

V) Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo.

R) Alabémosle y ensalcémosle por todos los siglos.

ORACIÓN

Onnipotente y sempiterno Dios, que te dignaste revelar a tus siervos la gloria de

la eterna Trinidad, y hacer que, confesando una sola fe verdadera, adoremos la unidad en tu augusta Majestad; te rogamos, Señor, que en virtud de esta misma fe, nos veamos siempre libres de toda adversidad y peligro, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Devoción al Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.

V) Envía, Señor, tu Espíritu, y vivificarán todas las cosas.

R) Y renovarás la faz de toda la tierra.

ORACIÓN

Oh Dios, que, con la ilustración del Espíritu Santo has enseñado a las almas de los fieles; concédenos saber rectamente según el mismo Espíritu Santo, y gozar siempre de su consuelo. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

C O R O N A
DE LOS SIETE DOLORES DE
MARÍA SANTÍSIMA

Por la señal de la santa cruz, etc.

Oración preparatoria

Oh amabilísima Madre mía: aunque indigno de comparecer ante vuestro acatamiento, confiado no obstante en vuestra bondad y postrado a vuestros pies, os suplico me alcancéis gracia para meditar con fruto vuestros acerbísimos dolores. No permitáis queden malogrados tantos dolores como vos padecísteis, y tanta sangre derramada por vuestro Hijo santísimo. ¡Oh! ¡llegue a todos una redención tan abundante! Alcanzad, pues, perseverancia a los justos, fervor a los tibios, conversión a los pecadores, luz de fe a los infieles, humildad y sumisión a los cismáticos y herejes, alivio a las Ánimas del Purgatorio y exaltación a la santa fe católica. Traspasen nuestro corazón esas espadas que atraviesan vuestro pecho purísimo, corten y arranquen de nuestra alma

todo afecto desordenado, para que, triunfando con vuestra protección de las acechanzas del infierno, de las máximas del siglo y de los halagos de la carne, logremos triunfar con voz en la eterna bienaventuranza. Amén.

Primer dolor

Simeón profetiza a María la pasión de Jesús

¿Y tan pronto, Señor, acibaráis las dulzuras de esta tierna Madre? ¿Tan pronto se acabarán sus gozos y delicias? ¿No bastaba el mar de amargura que le estaba reservado en la Pasión de su Hijo? ¡Ay! ¿qué placer tendrá en adelante, cuando abraza y acaricie a su querido Jesús? ¡Ah, hermosa frente, dirá; un día te verá taladrada con agudas espinas! ¡Ojos, ahora más claros que el sol, seréis un día eclipsados y cubiertos de polvo y de sangre! ¡Ay, manos purísimas; ay, tiernecitos pies; seréis un día atravesados con cruelísimos clavos! Y este cuerpo, tan delicado y hermoso, ¡veré yo un día rasgado con bárbaros azotes!

¡Siquiera se aprovechasen los hombres de esa Pasión! Pero ¡ay! ¡oís que la San-

gre divina que formáis con vuestra leche virginal será sacrílegamente profanada y perdida para muchos! No permitáis, Madre mía, que sea yo uno de ellos; quiero, sí, acrecentaros el consuelo, no la aflicción; quiero vivir de suerte que vuestro Hijo no me sea ocasión de ruina, sino de resurrección. *Padre nuestro, siete Ave Marías y un Gloria Patri.*

CORO:

¿Y tan presto, Simeón,
Dura muerte profetizas?
¡Ay! ¿no ves cuál martirizas
De la Madre el corazón?

PUEBLO:

*Por tan acerbo dolor,
Oh Virgen, cuando expiremos
Haced que el alma entreguemos
En las manos del Señor.*

Segundo dolor

Huída a Egipto

Qué sobresalto el de María cuando José la despierta, y le dice: El Ángel del Señor manda que huyamos a Egipto con el santo Niño, y permanezcamos allí hasta nuevo aviso! ¡Qué precepto tan arduo! ¡Ir a Egipto, región idólatra, desconocida, de

noche, sin despedirse de nadie, sin provisión alguna! ¡Cuáles serían los temores de la Madre, cuáles las incomodidades del tierno Infante, cuáles las congojas y trabajos de José! La peregrinación es larga, penosa y arriesgada; y cuando con su espíritu penetrante oyese el alarido de tantas madres, y viese correr la sangre de tantos niños inocentes, ¿cuál sería el dolor de aquel corazón tan compasivo?

¿Y querrás tú también, pecador, renovar pena tan acerba? ¡Ay! ¡cuántas veces, más cruel que Herodes, quitaste con tus escándalos la vida a inocentes almas!... Perdona, oh dulce Madre mía; y por tan penoso viaje y tan precipitada fuga, haz que camine siempre por los senderos de la justicia, sin desviarme jamás, hasta llegar al suspirado término de la eterna salvación. *Padre nuestro, siete Ave Marías y un Gloria Patri.*

¡Qué congoja cuando vísteis
Perseguido al tierno Infante,
Y con desvelo anhelante
En Egipto os guarecísteis!

Por tan acerbo, etc.

Tercer dolor

Pierde la Virgen a su preciosísimo Hijo

¡Cuál sería el dolor de María cuando advirtiese que había perdido a su Hijo! Búscale desconsolada, día y noche, entre parientes y conocidos; pregunta por él al cielo, a la tierra y a las criaturas todas; y nadie le da razón de su prenda adorada. Desanda el camino de Jerusalén; recorre las calles y plazas de la ciudad; y en ninguna parte encuentra a Jesús en tres días y noches enteras. Éstos fueron acaso los días más amargos de toda tu vida, oh desolada Madre; pues, aunque en la Pasión del Señor sufrió tanto tu corazón, te quedaba el consuelo de tenerle presente; y cuando te lo quitaron para darle sepultura, sabías a lo menos que era sin culpa tuya... Mas ahora te ves privada de su amable vista, y la humildad te hace temer no sea por tu culpa. Con esto ¡qué amargas lágrimas bañan tus mejillas! ¡Qué ayes, qué gemidos exhala tu corazón! Sólo comprenderá tu inmensa pena el que acierte a medir lo amable que es tu Hijo, y lo mucho que tú le amas.

Pero ¡ay! pecador, sólo tres días perdió María la compañía de su Hijo, y sin culpa: ¡y a no sostenerla Dios, muriera de dolor! Y tú, habiendo perdido su gracia y amistad tantos años hace, y por tu culpa, ¡duermes, sin embargo tranquilo, te ríes y diviertes alegre! ¡Oh, monstruosa estupidez! *Padre nuestro*, siete *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.

Deshecha en un mar de llanto...
Buscas al Hijo amoroso:
Yo le perdí caprichoso;
¿Y no muero de quebranto?

Por tan acerbo, etc.

Cuarto dolor

María encuentra a su Hijo con la cruz auestas
¡Qué fúnebre espectáculo! Va la más amante y amable de todas las madres a presenciar el infame suplicio de su Hijo Dios. Y oye la lúgubre trompeta que proclama reo de muerte al Autor de la vida: ya pasa la multitud amotinada que aplaude la sentencia; ya ve a los soldados que le escoltan: ve a dos facinerosos... y luego al Hijo de sus entrañas, encorvado, oprimido con el enorme peso de la cruz... Le ve ensangrentado, hecho el oprobio de

los hombres, cayendo en tierra y a punto de expirar, ¡y no le puede socorrer! ¡Qué situación! ¡Qué doloroso encuentro! ¡Cuál quedaría la Madre viendo a tal Hijo y en tal estado! ¡Qué sentiría el Hijo a la vista de tal Madre, y en tanta amargura!... Sólo tú, pecador, tú que eres cómplice y causa de tanta pena, ¿serás insensible a los tormentos del Hijo, y al dolor de la Madre? ¡No lo permitáis, oh angustiada Señora!... *Padre nuestro, siete Ave Marías y un Gloria Patri.*

Bañado en sangre y sudor
Le encuentras, ¡ay! sin figura:
Madre, ¿cuál fué tu amargura?
Hijo, ¿cuál fué tu dolor?

Por tan acerbo, etc.

Quinto dolor

María al pie de la cruz

Contemplad, mortales, y decid si es posible hallar dolor semejante al de esta amantísima Madre. Ve a su Hijo hecho todo una llaga, sin color, sin hermosura, ni aspecto de hombre. Ve mesados sus cabellos, la barba arrancada, los hombros molidos, con el peso de la cruz, las espal-

das abiertas, y todo el cuerpo llagado de los azotes, traspasada la cabeza con espinas, el pecho levantado, las manos y los pies barrenados y colgados de tres clavos, desangradas las venas, desconyuntados los huesos, seca la boca de tanta sed, ¡y ningún alivio, ni una gota de agua puede darle! Mas ¡oh dolor sobre todo dolor! cuando despidiéndose Jesús de su Madre, le dice: *Mujer, he ahí a tu Hijo*. ¡Oh! ¡qué cambio! ¡El discípulo por el Maestro, el esclavo por el Señor, el hijo de Zebedeo por el Hijo de Dios.

Mas ¡qué dicha la mía! desde aquel instante Vos, oh dulcísima María, sois mi Madre, y yo soy vuestro Hijo. Sí; quiero ser Hijo vuestro: y ya que os costé tanto, no me abandonéis, oh tierna Madre mía. *Padre nuestro, siete Ave Marías y un Gloria Patri.*

¿Cómo tu angustia medir?
¡En la Cruz sin refrigerio
Ver al Hijo, en impropio
Y en tormento atroz morir!

Por tan acerbo, etc.

Sexto dolor

María recibe en los brazos a su santísimo

Hijo difunto

¿Le conocéis, oh Madre amantísima? ¿Es ese vuestro Hijo? ¿El más hermoso de todos los hijos de los hombres? ¡Oh! ¡qué diferente le veo ahora de lo que estaba cuando reposó en vuestros brazos siendo niño en el portal de Belén! ¡Qué noche aquella tan clara, y qué día este tan oscuro! ¡Qué rica érais entonces, y qué pobre sois ahora! Entonces érais bendita entre todas las mujeres; ahora sois la más afligida de todas las madres. Con vos estaba entonces el Señor; también lo tenéis ahora, mas no vivo, sino muerto; ya no mana la dulce leche de vuestros pechos virginales, sino que vos laváis las heridas de su cuerpo con el llanto que brota de vuestros ojos.

¿Y yo soy causa de tanto dolor? Sí: ¡yo soy quien empañó ese espejo de hermosura; yo cerré esa boca divina de donde salían palabras de vida eterna; por mí están yertas esas manos que resucitaban los muertos! ¡Qué dolor! ¡Qué desconsue-

lo debiera ser el mío! *Padre nuestro*, siete *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.

¿Y es ése tu dulce Bien,
Tu Esposo y Dueño adorado?
¡Ay, Madre! ¡y en qué han parado
Las delicias de Belén!

Por tan acerbo, etc.

Séptimo dolor

Sepultura de Jesús

Este sí que fué dolor sobre todos los dolores. ¡María sin su dulcísimo Hijo! ¡Huérfana y viuda, sin Padre, sin Esposo ni Maestro divino! ¡Sola sin su tesoro, sin su bien, sin su dulce amor! ¡Oh dichoso sepulcro, que encierras al que María encerró en sus purísimas entrañas! ¡Ay Madre, que ni aun nos queda el consuelo de morir con Él! Su pasión está ya acabada; la vuestra se acrecienta por instantes. El afecto tiernísimo de Madre, el conocimiento altísimo de la Divinidad, el dulce trato de treinta y tres años, el ardentísimo deseo de la gloria de Dios, vuestra pena por las muchas almas que se van a perder, todo martiriza vuestro corazón. ¡Y no obstante os resignáis y aceptáis tan amarga soledad por amor mío!

Pues yo también acepto por vuestro amor, y en honor de vuestro amabilísimo Jesús, las penas y tribulaciones que pluguiere al cielo enviarme en esta vida. *Padre nuestro*, siete *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.

Quedo sin mi dulce Amado;
No me llaméis venturosa:
¡Ay! una fúnebre losa
Oculta su cuerpo helado.

Por tan acerbo, etc.

ORACIÓN

¡Oh afligida Madre mía! Ya que en la persona de San Juan nos engendrasteis al pie de la cruz, a costa de dolores tan acerbos, mostrad que sois nuestra Madre, alcanzándonos del Señor la gracia que os pedimos con esta Corona dolorosa (*Pídase el favor que se desea conseguir*). Alcanzadnos sobre todo, oh tierna y compasiva Madre, la gracia de vivir y perseverar siempre en el servicio de vuestro Hijo benditísimo, a fin de que merezcamos alabarle eternamente en la gloria. Amén.

DEVOCIÓN A JESÚS

Súplicas al Niño Jesús

¡Oh Santísimo Niño! por la caridad infinita con que bajando del cielo a la tierra quisiste ser concebido por obra del Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen María, y hacerte hombre para salvar al género humano.

R) *Mírame con ojos de misericordia.*

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

¡Oh Santísimo Niño! por el favor especial que hiciste a San Juan Bautista, tu precursor, yendo a visitarle en el vientre purísimo de su amantísima Madre, llenándole antes de nacer de santidad y gracia: *Mírame con ojos de misericordia.*

Padre nuestro, etc.

¡Oh Santísimo Niño! por los nueve meses que te albergó en su seno tu dulcísima Madre, y por el deseo ardiente con que esperaba, en compañía de su casto esposo San José, verte nacido y estrecharte en sus brazos: *Mírame con ojos de misericordia.*

Padre nuestro, etc.

¡Oh Santísimo Niño! por el amor inmenso con que quisiste nacer en la estación más fría del año, y ser reclinado en un pesebre entre dos animales, donde te adoraron Ángeles y Pastores: *Mírame con ojos de misericordia.*

Padre nuestro, etc.

¡Oh Santísimo Niño! por la sangre preciosa que derramaste para lavar mis culpas en el misterio de la Circuncisión, a los ocho días del nacimiento, y por tu dulcísimo nombre de Jesús, que quiere decir Salvador de las almas: *Mírame con ojos de misericordia.*

Padre nuestro, etc.

¡Oh Santísimo Niño! por aquella fe viva y caridad abrasada que comunicaste a los santos Reyes, para que, guiados por una estrella, viniesen desde el Oriente a ofrecerte a tus plantas preciosos dones: *Mírame con ojos de misericordia.*

Padre nuestro, etc.

¡Oh Santísimo Niño! por la alegría y singular consuelo con que te adornaron y abrazaron el viejo Simeón y Ana profetisa cuando fuiste al templo a presen-

tarte por primera vez: *Mírame con ojos de misericordia.*

Padre nuestro, etc.

¡Oh Santísimo Niño! por aquella bondad con que quisiste ser llevado a Egipto, huyendo del cruel Herodes, y recibir en holocausto las primicias de tantos niños, que por darte gloria derramaron su inocente sangre: *Mírame con ojos de misericordia.*

Padre nuestro, etc.

¡Oh Santísimo Niño! por el destierro que sufriste con tanta paciencia, permaneciendo desconocido en un país extraño, infiel y ciego en el falso culto de la idolatría: *Mírame con ojos de misericordia.*

Padre nuestro, etc.

¡Oh Santísimo Niño! por las aflicciones y penalidades que pasaste al volver de Egipto a Galilea en tan largo y molesto camino en compañía de José y de tu querida Madre: *Mírame con ojos de misericordia.*

Padre nuestro, etc.

¡Oh Santísimo Niño! por la santidad admirable con que después viviste en la pobre casa de Nazaret, siempre sujeto y

obediente a la voluntad del Señor San José, tu Padre putativo, y a la de tu Madre amorosísima: *Mírame con ojos de misericordia.*

Padre nuestro, etc.

¡Oh Santísimo Niño! por el dolor y angustia que experimentaron tus amantes padres cuando te perdieron en Jerusalén, y por el gozo indecible que recibieron hallándote a los tres días en el templo, disputando con los doctores: *Mírame con ojos de misericordia.*

Padre nuestro, etc.

V) Post partum, Virgo inviolata permansisti.

R) Dei Génitrix, intercede pro nobis.

OREMUS

Deus, qui salutis aeternae, beatæ Mariæ virginitate foecunda, humani generi praemia praestitisti: tribue quaesumus, ut ipsam pro nobis intercedere sentiamus, per quam meruimus auctorem vitae suscipere Dominum nostrum Jesus Christum Filium tuum.

R) Amén.

M É T O D O

PARA VISITAR CON FRUTO

A JESÚS SACRAMENTADO

Durante la exposición de las cuarenta horas

Morando Jesús entre nosotros, ofreciéndose de continuo al Eterno Padre por nuestro amor, y cifrando sus delicias en conversar con los hijos de los hombres; ¿no será justo que le obsequiemos y visitemos a menudo? A los reyes de la tierra sobran cortesanos; no falta quien honre a los mundanos; ¡sólo Jesús es olvidado, y esto en el misterio inefable de su amor! *¿Cómo, hijos míos, nos dice con palabras tiernísimas, no podéis siquiera velar una hora conmigo?* No sabéis cómo ocupar el tiempo; perdéis tantas horas en visitas frívolas y perniciosas; ¿y no halláis ni medio cuarto de hora que emplear en mi presencia? Niegan los herejes mi divinidad; crucifícanme de nuevo los malos cristianos; abandonándome los mundanos; *¿Quisiérais dejarme también vosotros?* No, no, dulcísimo Jesús: *¿a dónde iríamos, pues tenéis palabras de vida*

eterna? Os visitaremos con frecuencia, ¡y ojalá supiésemos hacerlo con el mismo fervor con que los Ángeles y Pastores os adoraron en Belén!

Entra, pues, alma cristiana, en la Iglesia con modestia y recogimiento no menos que con grande humildad y confianza; *es casa de Dios y puerta del cielo*; adora allí a tu amable Redentor. Él es; está oculto, pero está tan real y verdaderamente como en el cielo. Habla con su divina Majestad y medita el exceso de su amor. Si no sabes cómo pasar este rato delante de un Dios tan enamorado de los hombres, haz la estación, rezando seis *Padres nuestros*, seis *Ave Marías* y *Gloria Patri* y rogando por las necesidades de la Iglesia, con intención de ganar las gracias que hay concedidas, te enriquecerás con un sinnúmero de indulgencias| ¡Qué buena ocasión ésta para comulgar espiritualmente! Podrías también en reparación de tantas injurias como Jesús recibe de la mayor parte de los hombres, hacer, mayormente los jueves y el primer viernes de cada mes, el siguiente acto de desagravio, o decir la oración que pusimos arriba para la salvación del universo.

QUINCE MINUTOS EN COMPAÑÍA DE JESÚS SACRAMENTADO

No es preciso, alma cristiana, saber mucho para agradarme mucho; basta que me ames con fervor. Háblame, pues, aquí sencillamente, como hablarías a tu madre, y a tu hermano.

¿Necesitas hacerme en favor de alguien una súplica cualquiera? Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y amigos; dime en seguida qué quisieras que hiciese actualmente por ellos. Pide mucho, no vaciles en pedir; me gustan los corazones generosos, que llegan a olvidarse en cierto modo de sí mismos, para atender a las necesidades ajenas. Háblame así, con sencillez, con llaneza, de los pobres a quienes quisieras consolar, de los enfermos a quienes ves padecer, de los extraviados que anhelas volver al buen camino, de los amigos ausentes que quisieras ver otra vez a tu lado. Dime por todos una palabra de amigo, palabra entrañable y fervorosa. Recuérdate que he prometido escuchar toda súplica, que salga del corazón; ¡y no ha de salir del cora-

zón el ruego que me dirijas por aquellos que tu corazón especialmente ama?

¿Y para ti, no necesitas alguna gracia? Hazme, si quieres, una como lista de tus necesidades, y ven, léela en mi presencia.

Dime francamente que sientes soberbia, amor a la sensualidad y el regalo; que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente...; y pídemme luego que venga en ayuda de los esfuerzos, pocos o muchos, que haces para sacudir de encima de ti tales miserias.

No te avergüences, ¡pobre alma! ¡Hay en el cielo tantos justos, tantos Santos de primer orden, que tuvieron esos mismos defectos! Pero rogaron con humildad...; y poco a poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedirme bienes espirituales y corporales: salud, memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios o estudios; todo eso puedo darte, y lo doy, y deseo que me lo pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude a tu santificación. Hoy por hoy, ¿qué necesitas? ¿Qué puedo hacer por tu bien? ¡Si supieras los deseos que tengo de favorecerte!

¿Traes ahora mismo entre manos algún proyecto? Cuéntamelo todo minuciosamente. ¿Qué te preocupa? ¿Qué pien-

sas? ¿Qué deseas? ¿Qué quieres que haga por tu hermano, por tu hermana, por tu amigo, por tu superior? ¿Qué desearías hacer por ellos?

Si tienes padres, pide por ellos; los ruegos de un hijo no pueden ser desechados por el que dió en la tierra constantes ejemplos de filial cariño. Si tienes un esposo que amarga tu vida dirígeme por él tus oraciones, que yo haré de tu hogar un templo de amor y de consuelo, y derramaré a manos llenas sobre tu esposo y sobre tus hijos, si los tienes, las gracias y auxilios que necesiten para ser felices en tiempo y en la eternidad.

¿Y por mí? ¿No sientes deseos de mi gloria? ¿No quisieras poder hacer algún bien a tus prójimos, a tus amigos, a quienes amas mucho, y que viven quizás olvidados de mí?

Dime qué cosa llama hoy particularmente tu atención, qué anhelas más vivamente, y con qué medios cuentas para conseguirlo. Dime si te sale mal tu empresa, y yo te diré las causas del mal éxito. ¿No quisieras que me interesase algo en tu favor? Hijo mío, soy dueño de los corazones, y dulcemente los llevo, sin perjuicio de su libertad, adonde me place.

¿Sientes acaso tristeza o mal humor?
¡Cuéntame, cuéntame, alma desconsolada,
tus tristezas con todos sus pormenores.
¿Quién te hirió? ¿Quién lastimó tu amor
propio? ¿Quién te ha despreciado? Acér-
tate a mi Corazón, que tiene bálsamo
eficaz para curar todas esas heridas del
tuyo. Dame cuenta de todo, y acabarás
en breve por decirme que, a semejanza
de mí, todo lo perdonas, todo lo olvi-
das, y en pago recibirás mi consoladora
bendición.

*¿Temes por ventura? ¿Sientes en tu
alma aquellas vagas melancolías, que no
por ser infundadas dejan de ser desga-
rradoras? Échate en brazos de mi provi-
dencia. Contigo estoy; aquí, a tu lado me
tienes; todo lo veo, todo lo oigo, ni un
momento te desamparo.*

*¿Sientes desvío por parte de personas
que antes te quisieron bien, y ahora olvi-
dadas se alejan de ti, sin que les hayas
dado el menor motivo? Ruega por ellas,
y yo las volveré a tu lado, si no han de
ser obstáculo a tu santificación.*

*¿Y no tienes tal vez alegría alguna que
comunicarme? ¿Por qué no me haces
partícipe de ella a fuer de buen amigo?*

Cuéntame lo que desde ayer, desde la última visita que me hiciste, ha consolado y hecho como sonreír tu corazón. Quizás has tenido agradables sorpresas, quizás has visto disipados negros recelos, quizás has recibido faustas noticias, alguna carta o muestra de cariño; has vencido alguna dificultad, o salido de algún lance apurado. Obra mía es todo esto, y yo te lo he proporcionado; ¿por qué no has de manifestarme por ello tu gratitud, y decirme sencillamente como hijo a su padre: "¡Gracias, Padre mío, gracias!" El agradecimiento trae consigo nuevos beneficios, porque al bienhechor le gusta verse correspondido.

¿Tampoco tienes promesa alguna que hacerme? Leo, ya lo sabes, en el fondo de tu corazón. A los hombres se los engaña fácilmente; a Dios no; háblame, pues, con toda sinceridad. ¿Tienes firme resolución de no exponerte ya más a aquella ocasión de pecado? ¿De privarte de aquel objeto que te dañó? ¿De no leer más aquel libro que exaltó tu imaginación? ¿De no tratar más aquella persona que turbó la paz de tu alma?

¿Volverás a ser dulce, amable y condescendiente con aquella otra a quien,

por haberte faltado, has mirado hasta hoy como enemiga?

Ahora bien, hijo mío: vuelve a tus ocupaciones habituales, al taller, a la familia, al estudio...; pero no olvides los quince minutos de grata conversación que hemos tenido aquí los dos, en la soledad del santuario. Guarda en cuanto puedas silencio, modestia, recogimiento, resignación, caridad con el prójimo. Ama a mi Madre, que lo es también tuya, la Virgen Santísima, y vuelve otra vez mañana con el corazón más amoroso, más entregado a mi servicio. En mi Corazón encontrarás cada día nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.



ACTOS DE DESAGRAVIO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS PARA LOS DIFERENTES MESES DEL AÑO

E n e r o

Para dar principio al año

A vos vengo, Corazón, dulcísimo de Jesús, y al veros en ese adorable Sacramento, acordándome de aquel amor tiernísimo con que recién nacido ofrecísteis por mí al Eterno Padre las primeras gotas de vuestra Sangre divina, vengo a consagraros todos los días y momentos de este nuevo año entregándoos mi pobre corazón y todo cuanto hay en mí. ¡Oh! ¡quién viviese todo este año, santamente sin ofenderos, reparando así las innumerables injurias que se os hacen! ¡Qué dichoso sería yo, si lograse obrar siempre con la única mira de vuestra gloria, e imitar aquella purísima intención que vos teníais en todas vuestras acciones!

Este es todo el blanco de mis deseos, oh Corazón amorosísimo, y con vuestra divina gracia ésta será la única regla de todas mis acciones. Ofrézcoos, pues, con esta sola mira de agradaros y glorificaros, todos mis pensamientos, palabras y obras, todo cuanto os pluguiere que yo padezca en este año, y todas mis cosas, por mínimas que sean. Abomino y detesto el pecado con firme resolución de no cometer jamás ninguno, mediante vuestra divina gracia. De vos espero, oh Corazón amabilísimo, que, purificándome cada día más y más con ese celestial fuego, e inflamándome con la preciosa llama de vuestro puro amor, consiga yo la pureza de corazón y una intención recta y constante de agradeceros en todo. Aceptad os ruego, Corazón sagrado, estas mis súplicas; os lo pido por el inmaculado Corazón de María, suplicando a vuestra Madre Santísima, por aquellos dulcísimos abrazos que os daba en vuestra infancia, os dé anticipadamente gracias en nombre mío por tan señalado beneficio, y os alabe y glorifique con todos los Santos eternamente.

Febrero y días de Carnaval

¡Corazón amantísimo y afligidísimo de mi amado Jesús! Vos andáis buscando quien os consuele en estos días, dignándoos estar expuesto en la sagrada Eucaristía para mostraros que, aun en estos días profanados, con desórdenes y crímenes tan enormes, conserváis para con nosotros afectos, no de ira y de venganza, como mereceríamos, sino de paz y misericordia. Correspondiendo a vuestra invitación amorosa, vengo yo también de unirme con tantos siervos fieles, deseosos de mitigar con ellos la vehemencia de vuestras angustias y congojas, y resuelto a vivir todo este mes refugiado dentro de vos. Permitid me humille ante vuestro acatamiento divino, en compañía de los Serafines que os están haciendo aquí la corte, y llore con ellos los muchos agravios que os hecho y que tantos otros cometen contra vos. ¡Ojalá pudiera yo impedirlos, aunque fuese a costa de mi sangre! ¡Por cuán bien empleada la daría, con tal que vos, oh Bien mío, no fuéseis ofendido! Por lo menos aceptad, en reparación de tantas blasfemias y pecados, co-

mo tienen lugar en estos días, todas cuantas alabanzas os tributan los Bienaventurados y el Corazón de María, que os ama y glorifica más que todos ellos juntos. Aceptad vuestros mismos merecimientos infinitos, y todos cuantos sacrificios se ofrecen en toda la santa Iglesia. A todos quisiera asistir personalmente para alcanzar de vos, oh Fuente de amor, de piedad y misericordia, la conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos; dadnos a mí y a todos una vehemente contrición de nuestros pecados, para que, empezando una nueva vida os honremos y alabemos en el tiempo y en la eternidad. Amén.

M a r z o

y tiempo de Cuaresma

Llagas sacratísimas, Sangre preciosa, Cruz adorable. ¡Oh! ¡cuán vivamente me representáis en estos días aquel abismo de penas y de amor, aquel Corazón divino de mi dulce Jesús, que exige de mí los afectos de la compasión más tierna, y una contrición amarguísima de todas mis iniquidades! ¡Quién podrá Jesús mío, explicar con palabras, o llegar siquiera a

concebir el incendio de amor en que se abrasaba vuestro Corazón sagrado, cuando, a fin de que yo me salvase, os hizo sujetar vuestras purísimas carnes a tantos y tan crueles azotes; entregar vuestra sagrada cabeza para que fuese taladrada con agudísimas espinas; dar vuestros pies y manos para ser horadados con duros clavos, y estar tres horas pendientes en la cruz, padeciendo los más terribles dolores y la más cruel agonía! ¡Y no satisfecho aún vuestro amor con tantas penas, ignominias y dolores; quisísteis os abriesen el Corazón con una lanza; y os complacéis aún en renovar cada día en innumerables lugares la memoria de pasión tan acerba en el sacrificio incruento de la Misa! ¡Oh! ¡quien me diera dos fuentes de lágrimas para llorar mi ingratitud a tan inefables beneficios! por lo menos vos, oh María, Madre afligidísima, que tanto padecísteis en la pasión y muerte de vuestro amantísimo Hijo, abogad por mí ante el divino acatamiento, encended en mi frío corazón el fuego purísimo de vuestra caridad, y alcanzadme una perfecta mortificación de mis sentidos y pasiones, y un grande amor a la cruz. Decid a vuestro santísimo Hijo que estoy resuelto a

hacerle compañía en sus penas, y que, a vista de tantos excesos de amor, me cubro de vergüenza, pues ni siquiera le amo con todas las fuerzas de mi pobre corazón. A lo menos hacéd que nunca retracte yo esta mi voluntad de amarle; meted, os ruego, dulcísima Madre mía, este corazón en el vuestro y en el suyo, para que inflamado con un ardiente deseo de padecer y de amar, no viva ya en mí, sino en Vos y en el amabilísimo Corazón de vuestro Hijo Jesús. Amén.

A b r i l y tiempo Pascual

¡Oh Religión santa! ¡qué consoladores misterios nos representas en estos días! Tú me enseñas, que, si logro salvarme, vendrá tiempo en que, volviéndose a unir el alma con este cuerpo mío, ahora vil y despreciable y entonces noble y hermosísimo, resucitaré a mejor vida, y veré con estos mismos ojos a mi amado Jesús resucitado, que reina ya triunfante en los cielos. Tú me dices que veré sus amorosas llagas y aquel Corazón, y rostro amabilísimo que llenan los cielos de júbilo, y se me encubren ahora bajo las especies de

pan. ¡Oh! ¡cuándo vendrá este dichoso día, en que podré recibir en mi pecho las llamaradas de aquel incendio sagrado! ¡Cuándo será que uniéndose corazón con corazón, se encienda en el mío un fuego tan dulce y vehemente que le deje embriagado y como derretido de puro gozo! ¡Oh! ¡llegue cuanto antes este día venturoso!... ¡Ay de mí! ¡que yo le retardo con mis infidelidades, y quiero aún por mi culpa perder tan inefable felicidad! Esto es, Jesús mío, lo que en medio de mis esperanzas me llena de amargura y desconsuelo. Por tanto acordaos de mí en la presencia de vuestro Padre celestial y mostradle ese dulcísimo Corazón, que obró la salud eterna de mi alma. Esconded en él este pobre corazón mío, que amásteis desde toda la eternidad, y a quien tanto amáis todavía a pesar de mi indignidad e ingratitud. Esto solo bastará para que cesen mis angustias y se calmen mis temores. Avivad también mi fe, alentad mi esperanza, haciendo que viva yo enteramente desasido de todas las cosas de este mundo. Concededme que así como vuestra Santísima Madre, después de vuestra Ascensión gloriosa, ardía en deseos de contemplaros, y de sumirse y de

abismarse en el piélago de dulzuras de vuestro Corazón sagrado, también yo a ejemplo suyo desee únicamente vivir para Vos solo, y unir a vuestro Corazón amorosísimo este mi corazón tan frío y tan ingrato a vuestras finezas y ternuras. Amén.

Ma y o

y fiestas de la Virgen

Purísima Virgen María, Madre verdadera de Dios, y Madre, Señora y Abogada mía, amantísima; permitid que en este mes, singularmente dedicado a vuestro honor y culto, me consagre yo a vuestro Corazón amorosísimo, y os pida, con humildad y confianza de hijo, que deis en él maternal acogida, para que aprenda una devoción sólida y un amor ardiente al Corazón sagrado de vuestro dulcísimo Hijo. ¡Vos vivísteis en Él con vuestros afectos y pensamientos todos los días de vuestra vida! ¡Tantas veces tuvísteis la dicha de allegarle tiernamente a vuestro Corazón, de apretarle y besarle, para dar de este modo salida y refrigerio al incen-

dio de vuestro amor! ¡Vos, al recibir a vuestro Hijo santísimo en la sagrada Eucaristía, sentíais vuestro Corazón derretido y transformado en el suyo! Pues ¿qué no podrá prometer este mi pobre corazón, si encuentra acogida en el vuestro? Aquí aprenderá a ser manso y humilde, a orar con devoción y recogimiento, a sufrir con paciencia, y aún con alegría, todas las tribulaciones, cruces y trabajos de esta vida, a evitar hasta las culpas más leves, y practicar las virtudes más heroicas; de manera que, trocándose este mi corazón tibio en fervoroso, y encendiéndose cada día más y más en el amoroso fuego en que arde el vuestro, no acierte a alejarme ni a separarme de Vos; y así con vuestro Corazón purísimo ame el de vuestro santísimo Hijo. Abridme, pues, Madre y Señora mía, ese vuestro Corazón, abismo de amor y de clemencia; haced que prenda en mí ese fuego sagrado, y se aumente de manera que llegue a consumirme y a quitarme la vida el puro amor al Corazón santísimo de mi amado Jesús. Amén.

Junio

y procesiones del Corpus

¡Hasta qué exceso ha llegado vuestro amor, Corazón dulcísimo de mi amado Jesús! No contento con estar en la sagrada Eucaristía aguardando a que vayamos a visitaros, para derramar sobre nosotros todas vuestras riquezas y hacernos felices, os dignáis salir en público a buscarnos, y trayéndonos a la memoria la caridad inefable con que nos amáis, nos invitáis a que os acompañemos y cortejemos en estos dichosos días. ¡Cuál debiera ser el júbilo de mi corazón, viéndoos colocado como en trono de gloria sobre nuestros altares, y llevando en triunfo por las calles y plazas! Deseábais tener el consuelo de vernos a todos en vuestra presencia; y como hay tantos ingratos que no os visitan en todo el año, salís Vos de los templos, para tener siquiera el gusto de verlos y mirarlos con ojos benignos por las calles; ¡y cómo podré yo corresponder a tanta bondad? ¡Que no sea yo dueño de todos los corazones, para mostraros, Corazón dulcísimo, mi gratitud con el entero sa-

erificio de todos ellos! ¡Que no pueda yo acompañaros en todas partes donde os halláis, y cortejaros con los más finos obsequios de fe, adoración y amor! ¡Oh! ¡si lograra conducir ante vuestro acatamiento a todos los que no creen en vuestra real presencia y hacer que, ilustrados con la luz de la fe, se convirtieran, y os reconocieran por el verdadero Hijo de Dios hecho hombre! ¡Ojalá pudiese yo, a lo menos con las más profundas humillaciones, con el dolor más agudo y penetrante, y aun a costa de mi misma aniquilación, impedir, o por lo menos resarcir las injurias, irreverencias y ultrajes que os irrogan aquellos a quienes amáis con tanta ternura; Mas ya que esto no me es posible, ruégoos, oh Espíritus celestiales, escogidos con tanta dicha vuestra para obsequiar al Corazón de mi dulce Jesús, ruégoos que en mi nombre le acompañéis y cortejéis en este adorable Sacramento. Sí, amadle, glorificadle, alabadle continuamente por mí; y en desagravio de tanta ingratitud, presentadle el amorosísimo Corazón de María y los humildes y amantes corazones de tantas esposas suyas, en quienes tan tiernamente se complace.

Y Vos, oh Corazón dulcísimo de mi

amado Jesús, dejad que se desprenda de ese volcán el fuego, que arde en Vos, una viva centella de amor que ablande y derrita el hielo de nuestros corazones insensibles, y los abrase en las llamas de la más pura caridad y del más generoso agradecimiento para con un Corazón que desde toda la eternidad nos ama con tanta ternura. Hacedlo, dulce Jesús mío; tiempo es ya de que reinéis en toda la redondez de la tierra; tiempo es ya de que se dilate vuestro reino, se aumente vuestra gloria, y de los corazones de todas las criaturas se forme un solo corazón que os conozca, honre y ame, como con un solo corazón os honrarán y amarán los Bienaventurados en el cielo reinando por Vos y con Vos por siglos infinitos. Amén.

Julio

Yo os adoro, sagrado Corazón de Jesús, templo purísimo del Eterno Padre, verdadera y dignísima morada del Espíritu Santo, tesoro infinito de la divinidad; yo os saludo, manantial vivo y vivificante de vida eterna; origen y principio de toda virtud; yo os bendigo y alabo, oh riqueza

incomprensible y ardiente fragua del divino amor. Vos sois en este adorable Sacramento la fuente de toda consolación y dulcedumbre; el asilo y descanso en todas nuestras tribulaciones y angustias; la salud y apoyo de los que en Vos esperan; guía fiel y única felicidad de los que de veras os aman. Sed, pues, oh Corazón divino, de aquí en adelante el lugar de mi reposo, el refugio donde halle guarida segura contra el furor de mis enemigos. Halle en Vos perpetua morada; y si alguna vez, saliéndome de ella, me descarriare, llamadme luego al punto hacia Vos, disparando a mi pecho una flecha de ese fuego amorosísimo, para que con el amable freno de tan dulce herida, jamás vuelva a separarme de Vos.

Pero ¡ay! ¡cuántas veces me dísteis amorosa acogida en ese vuestro amabilísimo Corazón, y yo traidor, me salí de Él y huyendo lejos de Vos, olvidé vuestras caricias y correspondí a vuestras finezas con la más negra ingratitud! Así es, lo confieso, dulce Jesús mío; mas vedme aquí que vuelvo a Vos pesaroso y arrepentido de mi enorme infidelidad, protestando y confiando que he de vivir siempre en Vos; que Vos seréis en adelante la

única regla de todas mis acciones y pensamientos, y que jamás tendré otra voluntad que la vuestra. ¿Me negaréis, Corazón amabilísimo, esta gracia? Yo la deseo ardientemente, y os es muy fácil otorgármela. No la merezco, es verdad; pero la merece y pide por mí vuestra santísima Madre, y os la pide por su Corazón purísimo, tan unido y semejante al vuestro, por aquella espada de dolor de que fué atravesado en vuestra Pasión, por aquel ardiente fuego de amor tiernísimo para con nosotros que en él encendísteis.

A g o s t o

días de retiro

Dichosísima Virgen María que a impulsos del más suave amor rendiste tu purísima alma entre los brazos y en el Corazón de tu dulcísimo Hijo; soberana Princesa, que entrando triunfante en el cielo fuíste no sólo coronada por Reina y Señora de los Ángeles y hombres, sino aun constituída la dispensadora y árbitro de los tesoros del sagrado Corazón de Jesús; desde ese trono de gloria que ocupas, vuelve, te ruego, tus benignísimos ojos

hacia este pobre pecador, y presenta a tu Hijo santísimo la humilde súplica que hoy te dirijo.

Ya sé, Madre y Señora mía, que son muy pocos los días de mi peregrinación en este valle de lágrimas y que, cuando menos lo piense, vendrá la muerte a darme el último asalto y poner fin a mi vida. Humildemente me sujeto a golpe tan terrible, y con total resignación dejo en manos de la divina Providencia el día, la hora y demás circunstancias de mi muerte. Mas ¡ay! ¡en qué peligros y congojas me van a poner la memoria de mis desórdenes pasados, la vista de tantas miserias presentes, y la incertidumbre en orden a mi eterna salvación. Mi único amparo y consuelo, en medio de tantas angustias y temores, sería el Corazón sagrado de tu Hijo santísimo, si lograrse la dicha de recibirle dignamente en la santa Eucaristía. Sumergiría todos mis pecados en aquel piélago de misericordia; ofrecería al Eterno Padre aquella víctima preciosa, y así podría alegar este mérito siquiera para la salvación de mi alma. Recordaría al Corazón de mi dulce Jesús las muchas congojas, dolores y tormentos que padeció para salvarme; le pediría me metiese

dentro de su Corazón, consumiese mis defectos con las llamas de su ardiente amor; y allí, seguro contra las acechanzas del enemigo infernal y confiado en tu misericordia infinita, moriría gustoso, unido y estrechamente abrazado con Él. Pero ¡ay! después de tantas Comuniones tibias e indignas como he hecho en mi vida, ¿mereceré yo tan grande favor? Alcánzame, Señora y Madre mía; di a tu Hijo santísimo me conceda recibir a su Corazón amabilísimo en el santo Viático antes de morir. Y si en el castigo de mi tibieza y poca preparación para la Comunión quisiese Dios privarme de un consuelo y favor tan grande, haz por lo menos que expire yo haciendo fervorosos actos de fe, esperanza y caridad, invocando los santísimos Corazones de Jesús y María. Nada te negó jamás tu amantísimo Hijo; ruega, pues, por mí, y no habré inútilmente confiado en la que es Madre, refugio y amparo de pecadores. Amén.

S e p t i e m b r e

Eterno Dios, creador y conservador de todas las cosas; yo, pecador indigno, me postro ante el trono en medio del sagrado

Corazón de vuestro Hijo Jesús, mi vida, mi verdad y mi camino, os adoro por todos los hombres que no os adoran, os amo por todos los que voluntariamente ciegos rehusan conoceros, os reconozco y confieso por verdadero Dios, único y Supremo Señor de cielos y tierra. ¡Ojalá pudiera yo satisfacer la estrechísima obligación que tienen todas las criaturas de obsequiaros, obedeceros, amaros, y rendirse enteramente a vuestra santísima voluntad! ¡Ojalá pudiera yo recorrer todas las partes del mundo, reunir todas las almas redimidas con la preciosa Sangre de vuestro Hijo, y abrazándolas con entrañas de verdadera caridad, ofrecerlas sobre el Corazón purísimo de mi dulce Jesús, reparar así las injurias que os han hecho, y por los méritos de este Corazón amantísimo obtener la salvación de todas ellas! No permitáis, oh Padre celestial, que sea por más tiempo ignorado de ellas vuestro Hijo santísimo. Sumergidas están en el abismo del pecado y muertas a la gracia; haced que resuciten a nueva vida, viviendo por Jesús, que murió y derramó por ellas su preciosísima Sangre. Sobre este Corazón santo presento también a Vuestra Majestad a todos los devotos de este

mismo Corazón, pidiéndoos los llenéis de su espíritu y concedáis estar en Vos eternamente. Aceptad, os ruego, todas estas súplicas, no mirando a la indignidad del que os pide sino a vuestra infinita misericordia y a los méritos de vuestro Hijo santísimo.

Mas ¿quién podrá corresponder a tantos beneficios como me habéis hecho y a tantos otros que espero recibir de Vos en adelante? Confieso, Jesús mío, que nada puedo y nada soy; sin embargo, deseoso de agradecer en alguna manera tantos favores, os ofrezco el Corazón inmaculado de vuestra amorosísima Madre. Quisiera yo amaros, Jesús mío, con aquella encendida caridad con que os ha amado y ama este purísimo Corazón. Por aquel amor ardentísimo con que esta tierna Madre os albergó nueve meses en su seno virginal y alimentó con su purísima leche, concededme, os suplico, una verdadera contrición de mis pecados, para que, limpio mi corazón de toda mancha, logre amaros, alabaros y gozar de Vos eternamente en la gloria. Amén.

Octubre

¡Oh, Corazón infinitamente amable, y con todo eso tan poco amado y conocido de los hombres! ¿Quién hubiera creído que habiéndote dignado vivir entre nosotros en la adorable Eucaristía, hallándote presente a un mismo tiempo en tantas iglesias, estando noche y día en nuestros sagrarios exhalando tiernísimos afectos de amor para con nosotros, te dejaríamos horas y días enteros en tanta soledad, sin hacer caso de las cariñosas voces con que nos convidas a que te visitemos, siquiera de paso y una vez al día? ¡Oh, detestable y monstruosa ingratitud! ¡Oh, Corazón verdaderamente divino! Pues, aunque te ves olvidado, mal correspondido y tan indignamente tratado. Tú, no obstante, lejos de abandonar nuestros altares y de descargar sobre nosotros las terribles venganzas que teníamos merecidas, continuas en esa soledad, manso y humilde, y tan enamorado de los hombres que cifras tus delicias en vivir en medio de nosotros. Y no satisfecho todavía tu amor, día y noche te ofreces aquí por víctima de nuestros pecados, e intercedes con tu Eterno Padre a favor nuestro movién-

dote a derramar sobre nosotros tantas bendiciones espirituales y temporales, como de su liberal mano continuamente recibimos.

Por eso, deseoso de corresponder a tal exceso de caridad, y de resarcir en alguna manera tan enorme ingratitud, propongo, oh Corazón amabilísimo, redoblar en este mes mis oraciones ante tu acatamiento divino, unirte a Ti a menudo con todos mis sentimientos y afectos cada hora, y aun con mayor frecuencia recibirte espiritualmente. Digo y te diré, con el más vehemente fervor de espíritu, que quisiera ver todos los hombres humildemente postrados ante tu soberana Majestad, y que todos los corazones te amasen, y todas las voluntades te obedeciesen y se sujetasen a Ti con el mayor rendimiento. A este fin me propongo visitarte con frecuencia; y cuando me sea forzoso apartarme de Ti para acudir al cumplimiento de mis obligaciones, rogaré, y desde ahora para entonces ruego al Ángel de mi guarda que supla mis veces, y se quede en mi lugar hasta que vuelva a visitarte. Rogaré también, y desde ahora ruego a los Santos, cuyas imágenes y reliquias se veneran en esta iglesia, que, bajando del cielo, se pos-

tren en tu presencia y en nombre mío te adoren, amen, alaben y presenten el Corazón amorosísimo de la Virgen santísima, que tanto te agrada. Acepta estos mis humildes obsequios, Corazón dulcísimo de mi amado Jesús, y así como me has dado gracia para concebir esta oferta, dámela también para cumplir fielmente lo prometido y adorarte por siglos eternos en el cielo. Amén.

N o v i e m b r e **y fiesta de todos los Santos**

¡Oh Santos del Paraíso, que reboáis de gozo ante el Corazón augusto de mi amable Jesús! Yo acepto el convite que me hacéis, y adorando con vosotros a ese amantísimo Corazón, y uniendo mi débil voz a la vuestra, repito lleno de alegría; sea honrado, glorificado, amado y obedecido de todos los corazones por siglos infinitos el Corazón santísimo de Jesús, que con tal exceso de misericordia nos amó y redimió con su Sangre preciosa. Mas ¡cuánta diferencia hay, Santos gloriosos, entre vuestra suerte y la mía! Vosotros estáis ya gozando de este divino Corazón; le véis y le amáis con indecible ardor, gozo y hartura de vuestro espíritu, sin

temor alguno de perderle. Yo, aunque le veo con los ojos de la fe en la adorable Eucaristía, y le recibo en mi pecho para alimento y salud de mi alma, ¡cuántas veces me faltan los afectos por estar muy tibio mi fervor y muy lánguida mi fe! ¡Cuántas veces, aunque esté en su presencia y le tenga dentro de mí mismo, me hallo distraído, helado, duro e insensible! Pero lo que más aflige mi pecho es ver cuán fácilmente puedo abandonar a ese Corazón amabilísimo, y hacerme indigno de ser amado por Él.

Tened, pues, compasión de mí, gloriosos Santos; rogad a ese Corazón santísimo que siempre que yo acuda a visitarle en la sagrada Eucaristía, atraiga a sí mi corazón con todos sus afectos y sentimientos; y que siempre que yo le reciba dentro de mi pecho, se digne iluminar mi entendimiento y encender mi voluntad con el fuego de su divino amor, para que a Él sólo ame, en Él solo espere, el Corazón sagrado de mi Dios, único Señor y dueño de mi corazón. No dudo, santísimos Protectores míos, que por vuestra intercesión alcanzaré estas gracias, si las apoya la Reina de todos los Santos y Madre mía amantísima. Sí, dulcísima Virgen

María, presentad ante el divino acatamiento, y apoyad con vuestra poderosa protección estas humildes súplicas y entonces lograré amar en esta vida, a imitación de los Santos, y alabar en la otra, en compañía de todos ellos, al amorosísimo y santísimo Corazón de mi dulce Jesús. Amén.

D i c i e m b r e

y tiempo de Adviento

¡Qué necesidad tenías, oh dulce Jesús mío, de instituir la adorable Eucaristía, para probar el encendidísimo amor en que ardía tu Corazón? ¿No publicaba bastante el amor que me tenías aquel purísimo y virginal vientre en que estuviste nueve meses encerrado? ¿Y aquel vil establo en que te dignaste nacer con tanta abyección, incomodidad y pobreza, la paja y el heno de aquel pesebre que te sirvió de cuna, y la misma inclemencia de la estación y de la noche, a que recién nacido quisiste sujetar tus tiernas y delicadas carnes, no pregonaban bastante el amor que me tenías?

¿Y cómo podré yo corresponder a tan excesivo amor? Ya te entiendo, amable

Redentor mío; tú quieres que en este adviento reforme mi corazón y te prepare en él una morada menos indigna de lo que ha sido hasta aquí, para celebrar la dichosa memoria y renovar las gracias de tu santo Nacimiento. Quieres que viva en mayor recogimiento y retiro; que me guarde aún de las más leves culpas; que no dé entrada en mi corazón al fausto ni a la vanidad; que sea humilde, manso y sufrido como el tuyo, reinando siempre en él una perfecta resignación a la divina voluntad, y un ardiente deseo de penas y de cruces. ¿Y qué es todo eso, Jesús mío, en comparación de lo que tu Corazón me merece y ha hecho por mí? Gustoso haré este poco que me pides; mas ¡ay! ¿de qué servirían estas resoluciones y promesas, si no me dieras gracia para cumplirlas! Para obtenerla más fácilmente quiero unir todos mis afectos y sentimientos con los del purísimo Corazón de María. Acepta como cosa propia mía, los amorosos suspiros, las humildes oraciones e internos coloquios, las profundas adoraciones con que esta Señora te cortejaba, reverenciaba y amaba, teniéndote aún en su castísimo seno. Acepta las ardentísimas ansias con que anhelaba por el feliz mo-

mento de su parto purísimo; y sobre todo acepta su Corazón tan encendido y abrasado en las llamas de tu amor. ¡Cuán dichoso sería yo si, al recibirle el día de Natividad en mi pecho, supiese hacerte total e irrevocable donación de este mi pobre corazón como lo hizo la Virgen, y lo harán tantas almas fervorosas! ¡Y qué dicha, si en retorno de esta generosa entrega recibiese de Ti una copiosa avenida de gracias, y un constante y ardentísimo amor a tu Corazón amoroso! Pues ya que los reyes de la tierra acostumbran señalar con mercedes extraordinarias el nacimiento de un príncipe hijo suyo, señala también el tuyo derramando tus dones sobre esta pobre criatura, para que, viviendo ahora mi corazón estrechamente unido con el tuyo, logre amarte y gozarte eternamente en la gloria. Amén.

Preces y afectos piadosos al Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús, templo dignísimo del Eterno Padre:

R) *Inflama mi corazón en el amor divino en que te abrasas.*

Corazón de Jesús, asiento del Verbo divino: *Inflama, etc.*

Corazón de Jesús, morada del Espíritu Santo: *Inflama, etc.*

Corazón de Jesús, sagrario de la Santísima Trinidad: *Inflama, etc.*

Corazón de Jesús, en quien habita la plenitud de la divinidad: *Inflama, etc.*

Corazón de Jesús, en quien están depositados los tesoros de la Sabiduría increada: *Inflama, etc.*

Corazón de Jesús, en quien se encierran las riquezas del amor divino: *Inflama, etc.*

Corazón de Jesús, afligido por nuestro amor: *Inflama, etc.*

Corazón de Jesús, injuriado por nuestras ingratitudes: *Inflama, etc.*

Corazón de Jesús, herido con la lanza por nuestros pecados: *Inflama, etc.*

Corazón de Jesús, fuente de todo consuelo: *Inflama, etc.*

Corazón de Jesús, refugio de los atribulados: *Inflama*, etc.

Corazón de Jesús, amparo y defensa de los que te adoran: *Inflama*, etc.

Corazón de Jesús, delicia de los Santos: *Inflama*, etc.

Corazón de Jesús, segura esperanza en la hora de la muerte: *Inflama*, etc.

Corazón de Jesús, centro de todos los corazones: *Inflama*, etc.

V) Jesús, manso y humilde de corazón.

R) Haz que mi corazón sea conforme al tuyo.

ORACIÓN

Señor mío Jesucristo, que por un nuevo y singular beneficio hecho a la Iglesia, te dignaste descubrirnos las riquezas inefables de tu Corazón; concédenos la gracia de corresponder al amor de este Corazón sacratísimo y resarcir con dignos obsequios las injurias que recibe de hombres ingratos; a fin de que seamos enriquecidos con la abundancia de dones celestiales, que manan de esta fuente inagotable de gracias. Amén.

CULTO PERPETUO

Al Corazón de Jesús

Deseosos de tributar a este Corazón divino continuos obsequios de adoración, gratitud y amor, han inventado algunas almas fervorosas el medio siguiente:

Reúnense nueve personas la vigilia de cada primer viernes de mes, y sorteando entre sí los nueve oficios que aquí se ponen, procuran, en unión con los nueve coros de los Ángeles, desempeñar cada cual el oficio que le ha cabido en suerte, y además:

1. Comulgar por lo menos una vez al mes.

1. Hacer cada día una visita a Jesús sacramentado, siquiera con el espíritu, desde su casa.

3. Dirigir a Dios frecuentes jaculatorias análogas al oficio que tiene, o cuando no, la siguiente:

Corazón de mi amable Salvador.

Haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

4. Al salir de la iglesia, al ir a acostarnos, o al cumplir con nuestras obligaciones, pedir al coro de Ángeles, con quien tenemos que unirnos, que suplan nuestra falta y hagan en nuestro lugar la corte a Jesús.

Nada de esto obliga bajo pena de pecado alguno: y el que, por hallarse ausente, no hubiese podido asistir al sorteo de los oficios, tome el que sigue al que tenía, y ganará las mismas indulgencias que los demás.

OFICIO I. — Promotor

Unido al coro de los TRONÓ, de las DOCE a las TRES de la tarde.

Pedir al Eterno Padre que todo el mundo conozca el sagrado Corazón de su unigésimo Hijo, al Espíritu Santo que nos abrase a todos en las llamas del divino amor, y a la Virgen, que interponga con el Hijo su poderosa intercesión.

En la *visita* al santísimo Sacramento rece cinco veces el *Gloria Patri*.

Virtud: Atraer a otros a la devoción del Corazón de Jesús, o confirmar en ella a los que ya la profesan.

Jaculatoria: ¡Cuándo, Señor, os conocerán y amarán los hombres cual vos merecéis!

OFICIO II. — Reparador

Unido al coro de las POTESTADES, de las TRES a las SEIS de la tarde.

Pida perdón de las injurias que se hacen a Jesús en el Santísimo Sacramento, y procure con Misas, oraciones y comuniones fervorosas reparar tantos agravios. ¡Ay, Señor! ¡si sólo os ofendiesen los infieles, los judíos, herejes o impíos! Mas ¡ay! ¡son también los cristianos! ¡He sido yo mismo!

En la *visita* al Santísimo lea o haga algún acto de desagravio.

Virtud: Exacta observancia de las reglas y obligaciones de su estado.

Jaculatoria: ¡Qué sólo tenga yo un corazón, y esté tan frío, Señor, para corresponder a vuestro amor y resarcir la tibieza de tantos hombres ingratos para con vos!

OFICIO III. — Adorador

Unido al coro de las DOMINACIONES, desde las SEIS de la tarde a las NUEVE de la noche.

Adore a la Santísima Trinidad, deleitándose interiormente en repetir aquel cántico celestial: *Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los ejércitos, etc.*

Visite al Santísimo Sacramento en nombre de la familia, pidiendo conceda a los sacerdotes y religiosos fervor en el desempeño de sus obligaciones.

Virtud: Profundo respeto en el templo.

Jaculatoria: Ya que no puedo, Trinidad augusta, adoraros cual Vos merecéis, os ofrezco las adoraciones que os rinden los Justos y la Reina de los Santos, con las que os rindió Jesucristo en el secreto de su Corazón.

OFICIO IV. — Amante

Unido al coro de los SERAFINES, desde las NUEVE de la noche hasta las SEIS de la mañana.

Al acostarse, vuelto hacia el Santísimo Sacramento, entréguele el corazón; pida a los Ángeles suplan su ausencia ante el buen Jesús: haga fervientes actos de amor si despertare por la noche, pero mucho más al visitarle por la mañana.

En esta *visita* encienda en su pecho vivos afectos de amor, considerando cuán amable, cuán amante y cuán poco amado es el Corazón de Jesús.

Virtud: Hacerlo todo por agradar a Dios; y por esto gran exactitud en las cosas pequeñas.

Jaculatoria: Os amo, dulce Jesús mío: ¡quién os hubiese amado siempre! ¡Quién nunca os hubiese ofendido!

OFICIO V. — Discípulo

Unido el coro de los QUERUBINES, desde las SEIS hasta las NUEVE de la mañana.

Entre en este Corazón, como en una escuela sublime de virtud: ¡ay, qué poco te has aprovechado de las lecciones de tan buen Maestro! Pide a lo menos que ilumine a los presumidos sabios del siglo, para que, conociendo y detestando el error, abracen la verdad.

En la *visita* al Santísimo, rogar por los que tienen el cargo de enseñar y diga el *Veni Creator Spiritus*.

Virtud: Guarda el silencio no hablando sin necesidad.

Jaculatoria: Aprenda yo, Señor, a ser como Vos, manso y humilde de corazón.

OFICIO VI. — Víctima

Unido al coro de las VIRTUDES, desde las NUEVE a las DOCE de la mañana.

En espíritu de sacrificio, para aplacar el enojo divino contra los pecadores, se ejercitará en

actos de paciencia y resignación, uniendo sus penas con el sacrificio y los trabajos que Jesús ofreció en la cruz, y ahora ofrece en los altares para alcanzarnos misericordia.

Una *visita* al Santísimo Sacramento, y en ella cinco *Padres nuestros* a este fin.

Virtud: Guarda de los sentidos, mortificar la vista cinco veces.

Jaculatoria: ¡Quién pudiera inmolarse en las llamas de vuestro divino amor por la salvación de los pecadores! Aceptad, oh Padre Eterno, mi sacrificio, unido al Corazón de Jesús sacrificado por mí.

OFICIO VII. — Esclavo

Unido al coro de los ARCÁNGELES, cada HORA del día.

Renueve el deseo de vivir y morir esclavo del Señor. ¡Qué regalada servidumbre! ¡Qué sujeción tan gloriosa! ¡Qué yugo tan suave! ¡Qué diferentes son estas cadenas de las que el mundo impone a los suyos! Servir al Corazón de Jesús es reinar.

En la *visita* al Santísimo ofrezca las obras, y rece tres *Padre nuestros* a este Corazón divino para obtener que todos los hombres le estén sujetos.

Virtud: Conformidad con la voluntad de Dios: cinco actos al día.

Jaculatoria: Di con la Virgen Santísima: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.*

OFICIO VIII. — Suplicante

Unido al coro de los ÁNGELES, cada HORA del día.

Ofrecer al Eterno Padre los méritos de este amabilísimo Corazón por cuantos se hallen en alguna necesidad, particularmente por las Ánimas del Purgatorio y por los que estén agonizando.

En la *visita* al Santísimo Sacramento pedir a Jesucristo muestre aun para con los desgraciados las entrañas de compasión que tenía en su vida mortal.

Virtud: Cinco actos de caridad al prójimo cada día.

Jaculatoria: Amable Jesús mío, pues cifrábais toda vuestra gloria en hacer bien, consolad a los afligidos y socorred a los necesitados.

OFICIO IX. — Celador

Unido al coro de los PRINCIPADOS, cada HORA del día.

Excitar en sí vivos deseos de que sea de todos conocido, amado y alabado el Corazón de Jesús. ¡Ay! ¡cuántos infieles judíos, herejes y malos cristianos existen todavía! ¡Cuántas almas redimidas con la Sangre de Dios se pierden cada día!

En la *visita* al Santísimo Sacramento pedir a Jesús la conversión de tantos infelices, pedírsela al Corazón purísimo de María, refugio de los pecadores. Dirá nueve veces el *Gloria al Padre, Gloria al Hijo*, etc.

Virtud: Atender con santas conversaciones a la santificación del prójimo.

Jaculatoria: ¡Oh, Corazón el más amable y amante de los hombres! ¿cuándo seréis amado de todos ardentísimamente?

DEVOCIÓN AL CORAZÓN AGONIZANTE DE JESÚS

Esta devoción tiene por objeto: primero, honrar al sagrado Corazón de Jesús, que toda la vida, pero particularmente durante la Pasión padeció grandes penas interiores por la salvación de las almas. Segundo: conseguir por los méritos de esta larga agonía una buena muerte a los millares de personas, que mueren cada día en todo el mundo.

Oración cotidiana por los que han de morir en este día

¡Oh, misericordiosísimo Jesús abrasado en ardiente amor de las almas! Suplícoos, por las agonías de vuestro sacratísimo Corazón y por los dolores de vuestra inmaculada Madre, que lavéis con vuestra Sangre a todos los pecadores de la tierra que están ahora en la agonía y hoy tienen que morir.

Corazón agonizante de Jesús, tened misericordia de los moribundos.

P r á c t i c a

Con esta oración ofreceremos al Corazón agonizante de Jesús alguna de nuestras acciones durante el día por los que hoy mismo se hallan en la agonía.

Reflexiones

¡Millares de personas caen hoy al golpe de la guadaña de la muerte!... ¡Sí; millares y millares de personas comparcen hoy ante el tremendo tribunal de Dios!... ¡Millares de personas principian hoy una eternidad de gozos o de tormentos infinitos! ¡Ay de mí! ¡Cuántos de los que componen ese espantoso número estarán en pecado mortal!

Cristianos, pedid por ellos compasivos; mirad que os lo suplica el Corazón de Jesús, ese Corazón que tanto os ama, ese Corazón que tanto padeció por vosotros y por esas mismas pobrecitas almas.

Pedid sobre todo por los pecadores. Para no caer en el infierno, sólo necesitan una confesión bien hecha, o un acto de perfecta contrición... Pedid, pues, al Corazón agonizante de Jesús que les conceda una de esas dos gracias; pedídselo sin dilación; hoy, hoy mismo, urge; mañana ya no es tiempo.

Pedid por los agonizantes; son vuestros hermanos en Jesucristo, quizá son vuestros parientes, amigos, bienhechores.

Pedid por los agonizantes... y haréis lo mismo que hizo Jesucristo, que fué sal-

var almas . . . ¡Oh! ¡qué divina ocupación!

Pedid por los agonizantes: el apóstol Santiago dice que quien ayudare a su hermano a salir de los extravíos, salvará el alma de su hermano y borraré la multitud de sus propios pecados.

Pedid por los agonizantes: si lo hacéis, un día se pedirá también para vosotros, cuando estéis en la agonía . . . ¡Oh! ¡qué consuelo tan dulce en aquel último combate terrible!

Enseñad a todos los que no lo sepan la devoción al *Corazón agonizante de Jesús*; introducidla en vuestras casas, en las Comunidades y entre vuestros amigos; y no dudéis que el sagrado Corazón os bendecirá. Un alma sola que lleguéis a salvar cada día por vuestras oraciones, al cabo del año habréis salvado ya trescientas sesenta y cinco . . . en diez años tres mil seiscientas cincuenta . . . ¡Qué cosecha tan copiosa! ¡Qué corona para la eternidad!

Letanías del Santísimo Nombre de Jesús

Señor,	<i>Ten piedad de nosotros.</i>
Cristo,	<i>Ten piedad de nosotros.</i>
Señor,	<i>Ten piedad de nosotros.</i>
Jesús	<i>Óyenos</i>
Jesús,	<i>Escúchanos.</i>

Dios Padre celestial,
Dios Hijo, Redentor del mundo,
Dios Espíritu Santo,
Trinidad Santa, que eres un solo
Dios,

Jesús, Hijo de Dios vivo,
Jesús, resplandor del Padre,
Jesús, pureza de la luz eterna,
Jesús, rey de la gloria,
Jesús, sol de Justicia,
Jesús, hijo de la Virgen María,
Jesús, amable,
Jesús, admirable,
Jesús, Dios fuerte,
Jesús, Padre del siglo futuro,
Jesús, Ángel del gran consejo,
Jesús, todopoderoso,
Jesús, pacientísimo,
Jesús, obedientísimo,

Tened piedad de nosotros

Jesús, manso y humilde de
corazón,

Jesús, amante de la castidad,
Jesús, que nos honras con tu amor,
Jesús, Dios de paz,
Jesús, autor de la vida,
Jesús, ejemplar de las virtudes,
Jesús, celador de nuestras almas,
Jesús, nuestro Dios,
Jesús, nuestro refugio,
Jesús, padre de los pobres,
Jesús, tesoro de los fieles,
Jesús, buen pastor,
Jesús, verdadera luz,
Jesús, sabiduría eterna,
Jesús, bondad infinita,
Jesús, camino y vida nuestra,
Jesús, alegría de los Ángeles,
Jesús, rey de los Patriarcas,
Jesús, maestro de los Apóstoles,
Jesús, doctor de los Evangelistas,
Jesús, fortaleza de los Mártires,
Jesús, luz de los Confesores,
Jesús, pureza de las Vírgenes,
Jesús, corona de todos los Santos,

Tened piedad de nosotros

Senos propicio,	<i>Perdónanos, Jesús.</i>
Senos propicio,	<i>Escúchanos, Jesús.</i>

De todo mal,
De todo pecado,
De tu ira,
De las tentaciones del demonio,
Del espíritu de fornicación,
De la muerte eterna,
Del menosprecio de tus divinas
inspiraciones,
Por el misterio de tu santa
Encarnación,
Por tu natividad,
Por tu infancia,
Por tu vida toda divina,
Por tus trabajos,
Por tu agonía y pasión,
Por tu cruz y desamparo,
Por tus últimas congojas,
Por tu muerte y sepultura,
Por tu resurrección,
Por tu ascensión,
Por tu institución de la Santa
Eucaristía,
Por tus gozos,
Por tu gloria,

Jesús,

Óyenos.

Jesús,

Escúchanos.

Cordero de Dios, que quitas los pecados
del mundo, *Perdónanos Jesús.*

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, Escúchanos, Jesús.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, Ten misericordia de nosotros.

1) *Indulgencia de 7 años.*

2) *Plenaria en las condiciones acostumbradas si se recitaren las letanías con la oración, durante un mes; S. C. Ind. 16 de Enero de 1886; Sagr. Penit. Apost. 2 de Enero de 1933.*

ORACIÓN

Señor nuestro Jesucristo, que dijísteis: *Pedid, y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán*; te suplicamos que derrames sobre nosotros la ternura de tu divino amor, a fin de que amándote de palabra, obra y de todo corazón nunca cesemos de bendecir tu santo Nombre.

Haz, Señor, que reine siempre en nosotros un temor respetuoso y un amor ardiente a tu santo Nombre, ya que tu Providencia no abandona jamás a los que se han establecido en la solidez de tu amor. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

**Acto de consagración que hizo de sí
Santa Margarita María Alacoque
al Divino Corazón**

Corazón sagrado de mi amado Jesús, yo, aunque vilísima criatura, os doy y consagro mi persona, mi vida, mis acciones, penas y padecimientos, para no servirme de ninguna parte de mi ser sino para amaros, honraros y glorificaros. Esta es mi voluntad irrevocable; ser toda vuestra y hacerlo todo por vuestro amor, renunciando de todo mi corazón a cuanto pueda desagradaros. Os tomo, pues, oh Corazón sagrado, por el único objeto de mi amor, por el protector de mi vida, el garante de mi salvación, el remedio de mi instancia, el reparador de todos los defectos de mi vida, y mi asilo seguro en la hora de mi muerte; sed, pues, oh Corazón bondadoso, mi justificación para con Dios Padre, y alejad de mí los rayos de su justa cólera. ¡Oh Corazón amoroso! pongo toda mi confianza en vos, pues, aunque lo tema todo de mi debilidad, sin embargo, todo lo espero de vuestra misericordia. Consumid en mí todo lo que os desagrada, y haced que vuestro puro amor se impri-

ma tan íntimamente en mi corazón, que jamás pueda olvidaros, ni ser separada de vos. Os suplico por vuestra misma bondad escribáis mi nombre en vos mismos, pues quiero hacer consistir toda mi dicha en vivir y morir como vuestra esclava.

Indulgencia de tres años.

Plenaria, en las condiciones acostumbradas, si se rezare todos los días durante un mes. S. Penit. Apost. 25 de Febrero de 1934.

Acto de desagravio al Sagrado Corazón de Jesús

¡Amabilísimo Corazón de Jesús, centro de todas las perfecciones y fuentes inagotable de gracias y de misericordias infinitas! ¡Hasta qué exceso habéis honrado, Señor, a esta vilísima criatura! No contento con haberme creado a vuestra imagen y amado desde la eternidad, y de haber conversado treinta y tres años con el hombre ingrato, quisísteis verter por mí tantos sudores, lágrimas y hasta la última gota de vuestra sangre preciosísima en la cruz. Y no bastando a vuestra caridad tantas finezas de amor, instituís-

teis este inefable Sacramento, para ser mi consuelo, mi alimento y mi vida, inmolándoos cada día al Eterno Padre en infinitos altares por mi amor.

Y qué, dulcísimo Jesús mío, ¿ignorábais por ventura los enormes agravios que habíais de recibir? ¿No sabías que habría tantos infelices que os desconocerían, tantos herejes que obstinados negarían vuestra real presencia y os harían encarnizada guerra, y sobre todo tantos cristianos que ingratos pagarían vuestro fino amor con frialdad, desprecio e ingratitud? ¡Si yo a lo menos, blanco de tantas finezas, hubiese correspondido siempre a vuestro amor! Mas ¡ay que fuí también uno de estos ingratos! ¡Yo también insensible a tan grandes favores os enclavé mil y mil veces en el madero de la cruz! Mas penetrado ahora de vivo dolor por mis muchos agravios y negra ingratitud, me postro aquí a vuestras plantas, deseoso de haceros una solemne reparación.

Sí; perdón, oh Dulce Jesús mío, por el olvido que hasta ahora he tenido de tantas ofensas; perdón por la poca fe, por la tibieza e indiferencia con que os he visitado en la sagrada Eucaristía, y por la poca devoción con que he asistido al san-

to Sacrificio de la Misa; perdón por las irreverencias que he cometido ante vuestros altares, y sobre todo una y mil veces perdón por tantas Comuniones tibias e indignas, como habré hecho en toda mi vida.

Dignaos aceptar esta humilde reparación que hoy os ofrezco. ¡Quién pudiese, amabilísimo Jesús mío, animarla con la más viva y perfecta contribución! ¡Quién pudiese recorrer los lugares que yo y tantos pecadores hemos manchado con nuestras culpas, purificarlos con mis lágrimas, y lavarlos con la sangre de mis venas! Mas ya que no puedo hacer esto, aceptad los deseos que tengo de consagrarme todo desde este momento a la gloria de vuestro sacratísimo y dulcísimo Corazón. Junto estos, aunque tibios deseos, con el ardentísimo amor de tantas almas justas, con los méritos y lágrimas de vuestra afligidísima Madre, y con el sacrificio que vos mismo ofrecísteis en la cruz, y ofrecéis cada día al Eterno Padre en nombre de toda la Iglesia.

Sellad amantísimo, Jesús mío, sellad con vuestra gracia la firme resolución que tomo en este momento de pagaros amor con amor; de suerte que de hoy en

adelante piense siempre en vos, hable de vos, obre por vos, padezca por vos, no ame sino a vos, no viva sino para vos, anhelando siempre por el momento feliz en que merezca contemplaros cara a cara eternamente en el cielo. Amén.

NOVENA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

*Por la seal de la Santa Cruz, etc.
Señor mío Jesucristo, etc.*

ORACIÓN PARA EMPEZAR TODOS LOS DÍAS

¡Oh, Corazón divinísimo de mi amado Jesús, en quien toda la Santísima Trinidad depositó tesoros inmensos de celestiales gracias! Concededme un corazón semejante a Vos mismo, y la gracia que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, vuestro sagrado culto y bien de mi alma. Amén.

Día primero

¡Oh, Corazón Sacratísimo y melifluo de Jesús, que con ferventísimos deseos y

dentísimo amor deseáis corregir y des-
errar la sequedad y tibieza de nuestros
razones! Inflamad y consumid las mal-
ades e imperfecciones del mío, para que
abrase en vuestro amor; dadme la
racia de resarcir las injurias e ingratitu-
es hechas contra Vos, ¡oh amantísimo
Corazón!, y la que os pido en esta Nove-
a, si es para mayor gloria de Dios, cul-
vuestro y bien de mi alma. Amén.

*Tres Padre nuestros y tres Ave Marías al final
de cada día, en reverencia de las tres insignias
de la Pasión con que se mostró el divino Corazón
de la Santa Margarita María de Alacoque.*

ORACIÓN DE TODOS LOS DÍAS AL ETERNO PADRE

¡Oh, Padre Eterno!, por medio del Co-
razón de Jesús, mi verdad y mi camino,
lego a vuestra Majestad, por medio de
este adorable Corazón, os adoro por to-
los los hombres que no os adoran; os
amo por todos los que no os aman; os co-
nozco por todos los que voluntariamente
niegos no quieren conoceros. Por este di-
vinísimo Corazón deseo satisfacer a vues-
ra Majestad todas las obligaciones que os
tienen todos los hombres; os ofrezco to-

s redimidas con la precios
uestro divino Hijo, y os pid
e la conversión de todas pe
vísimo Corazón. No perm
por más tiempo ignorado d
do Jesús; haced que viva
e murió por todas. Present
uestra Majestad sobre est
razón, a vuestros siervos N
los llenéis de su espíritu
ndo su protector el mismo
ón, merezcan estar con Vo
Amén.

NAL PARA TODOS LOS DÍAS

on divinísimo de Jesús, dig
adoración de los hombres y
s! ¡Oh, Corazón inefable y
te amable, digno de ser
nfinitas alabanzas, por ser
os los bienes, por ser origen
virtudes, por ser el objeto
se agrada toda la Santísima
e todas las criaturas! ¡Oh,
simo de Jesús!, yo profun
s adoro con todos los espí
obre corazón, yo os alabo,

o os ofrezco las alabanzas
ás amantes Serafines de t
orte celestial, y todas las q
ar el Corazón de Vuestra M
ma. Amén.

Día segundo

¡Oh, Corazón amabilísimo
estial puerta por donde no
Dios y Dios viene a nosot
estar patente a nuestro dese
sapiros, para que, entrand
uestro Eterno Padre, recib
estiales bendiciones y cop
para amaros. Dadme la grac
las injurias e ingratitudes l
Vos, ¡oh amante Corazón!,
pide en esta Novena, si es
gloria de Dios, culto vuest
mi alma. Amén.

Día tercero

¡Oh, Corazón Santísimo
mino para la mansión etern
aguas vivas! Concededme
tras sendas rectísimas para
y para el cielo, y que beba
dulce y saludable de la ver

que apaga la sed de todas las
ales. Dadme la gracia de re
urias e ingratitudes hechas
¡oh amante Corazón!, y
en esta Novena, si es para
de Dios, culto vuestro
ma. Amén.

Día cuarto

¡Oh purísimo de Jesús!, espe
ano, en quien resplandece
cción. Concededme que yo
plaros perfectamente, para
formar mi corazón a vuestra
la oración, en la acción y
s pensamientos, palabras y
e la gracia de resarcir las
ingratitudes hechas contra
nte Corazón!, y la que os pi
ovena, si es para mayor glo
culto vuestro y bien de mi

Día quinto

¡Oh dulcísimo de Jesús, órga
idad venerada, por quien se
todas nuestras obras! Yo os
ías, aunque tan imperfectas,

para que, supliendo Vos mi
uedan aparecer muy perfect
es ante el divino acatami
gracia de resarcir las inju
tudes hechas contra Vos,
Corazón!, y la que os pido e
a, si es para mayor gloria d
uestro y bien de mi alma.

Día sexto

¡Oh, Corazón amplísimo de
o sagrado donde me mandá
da mi alma, potencias y se
as os doy por la inexplica
siago y gozo que yo he ha
mplo hermoso de la paz, d
ré gustoso eternamente. D
a de resarcir las injurias e
chas contra Vos, ¡oh aman
la que os pido en esta N
ra mayor gloria de Dios, c
bien de mi alma. Amén.

Día séptimo

¡Oh, Corazón clementísim
ino propiciatorio, por el c
erno Padre que oiría siem
aciones, diciendo: "Pídem

amantísimo Hijo Jesús; p
te oiré, y alcanzaréis cuan
Presento sobre Vos a vuest
e todas mis peticiones, pa
fruto que deseo. Dadme
arcar las injurias e ingrati
ontra Vos, ¡oh amante Cor
e os pido en esta Novena,
or gloria de Dios, culto vue
e mi alma. Amén.

Día octavo

zón amantísimo de Jesús
y lucidísimo, inflamado en
hombres, a quienes deseá
utualmente en vuestro amo
ir siempre respirando llama
no en que me abrase, y co
a todo el mundo, para qu
nda amante y obsequios
acia de resarcir las injuria
es hechas contra Vos, ¡o
zón!, y la que os pido en est
s para mayor gloria de Dio
y bien de mi alma. Amén.

Día noveno

zón dolorosísimo de Jesús
andar nuestra dureza y h

per más patente el amor con
eis tantos dolores y penas p
os quisisteis representar en
ona de espinas y herida de
que os manifestásteis pacien
al mismo tiempo! Dadme la
arcar las injurias e ingrati
ontra Vos, ¡oh amante Co
que os pido en esta Novena
mayor gloria de Dios, cult
bien de mi alma. Amén.



ORACIÓN MENTAL

Si deseas, alma cristiana, adelantar en el camino de la virtud, mejor diré, si quieres salvarte de veras, procura hacer cada día un rato de oración mental. Esta es la práctica más excelente, útil y necesaria de la vida espiritual; éste es el alimento, sostén, alma y vida de la virtud sólida. Si no tuvieres el Villacastín, Granada, La Puente, o algún otro de los preciosos libros que enseñan esta gran ciencia de la oración, podrás valerte de alguno de los métodos siguientes que pone el consumado maestro de oración San Ignacio de Loyola, en sus Ejercicios.

Primer modo de orar

1. Antes de entrar en la oración, deja que repose un poco el espíritu; y sentado o paseándote, como mejor te pareciere, considera *adónde y a qué vas*; observa lo mismo al principio de toda oración mental.

2. Pide a Dios luz para conocer en qué hayas faltado acerca de la materia que

quieres meditar, sea mandamientos, pecados capitales, sentidos, potencias del alma, etc.; pide además gracia para conocerlos y guardarlos en adelante, a mayor gloria y alabanza de la divina Majestad.

3. Recorre luego mandamiento por mandamiento; detente a pensar por espacio de tres *Padres nuestros* y *Ave Marías* cómo lo has guardado, en qué has faltado; pide a Dios perdón de dichas faltas, propón la enmienda, y dicho un *Padre nuestro*, pasa a otro mandamiento.

4. Recorridos así hasta el último, acúsate en general de las faltas, o pecados cometidos contra todos ellos, renovando el propósito de la enmienda, y concluyendo con un tierno coloquio a nuestro Señor.

Segundo modo de orar

Hecho lo que se indica en los dos primeros números del método anterior, y puesto de rodillas o sentado, según hallares más devoción, toma, por ejemplo, la oración del *Padre nuestro*; empieza por la palabra *Padre*, y detente en su consideración todo el tiempo que halles significaciones, gusto y consuelo; pasa luego a la

otra palabra *nuestro*, y medita *Padre nuestro*, discurriendo y deleitándote en ellas tanto cuanto durare el afecto que Dios te comunicare; y pasada así la hora, o el tiempo que destinares a la oración, reza lo demás como de costumbre, dejando para otro día la consideración de las palabras que quedan; mas no olvidándote nunca de pedir a Dios las virtudes y gracias que más necesitates.

¿Qué fruto sacaría de la oración vocal el cristiano que hubiese así meditado las oraciones más usuales? ¿Qué devoción y consuelo espiritual no hallaría en el rezo, el que supiese juntar así la oración, debidos, ya a la significación de las palabras, ya a la grandeza y majestad de la persona con quien habla, ya a la bajeza de sí mismo, etc.? Niños he encontrado, que enseñados por el Espíritu Santo, hallaban tanto gusto en decir un solo *Padre nuestro*, tan sublimes y tan tiernos afectos concebían al considerar el regalado nombre de *Padre*, que se deshacían en lágrimas, y se les pasaba largo tiempo en suave y utilísima contemplación. Esto es hacer lo que el Apóstol decía: *Oraré con el espíritu, oraré con la mente*. ¡Que vergüenza para los que, cifrando toda su

perfección en aglomerar muchas preces, apenas sacan de ellas fruto alguno!

Tercer modo de orar o meditación propiamente dicha

1. Elige, como en los métodos precedentes, el tiempo, lugar y postura más convenientes para elevar el corazón a Dios y evitar distracciones.

2. Lee u oye leer, antes de acostarte, los puntos de la meditación para el día siguiente y determina el fruto que desees sacar de ellas; dando de mano a todo otro pensamiento inútil y profano.

3. Antes de empezar la oración, piensa en la gran dicha que te cabe de poder hablar con Dios; míralo allí presente, e hincándote de rodillas, haz una profunda reverencia pidiéndole se digne aceptar los pensamientos y afectos de aquel rato, todo dirigido a su mayor gloria y alabanza. Dos cosas debe abrazar esta petición: luz del entendimiento para comprender la verdad, y moción de la voluntad para practicarla resueltamente.

4. Ejercita luego las tres potencias: la *memoria*, recordando y representándote el paso y misterio que quieres meditar;

el *entendimiento*, profundizando la verdad propuesta, discurriendo sobre su importancia, ventajas, razones, consecuencias, etc., y la *voluntad*, encendiéndote en ardientes deseos de abrazar la virtud y perfección.

5. En sintiendo la voluntad aficionada y movida con algún santo afecto, detente en él, dejando que penetre bien el alma; sin pasar a otra cosa, hasta quedar satisfecho.

6. Si fueres molestado de distracciones, sequedades o tentaciones involuntarias, no desmayes, ni te turbes por eso, y guárdate de acortar o dejar la oración. Resígnate a la voluntad de Dios, y procura con más ahinco y confianza estar con el Señor; y sabe que tal vez son más útiles al alma aquellas sequedades, que ciertas consolaciones sensibles; porque prueban que en la oración no nos buscamos a nosotros mismos, sino pudamente el *beneplácito* divino; y así, perseverando en el ejercicio de la oración, no podrá menos el Señor de colmarnos de gracias y favores.

7. Haz, sobre todo hacia el fin de la oración, un coloquio a Jesús o a su Madre Santísima, pidiéndoles en él las gracias que necesitates, y tomando la seria

resolución de enmendar la vida. Mas no sean deseos vagos y generales de abrazar la virtud, sino desciende a casos particulares, repitiendo tus propósitos una y muchas veces, para que, fijándose mejor en el alma, sean más firmes y duraderos.

8. Concluída la oración, mira cómo te ha ido en ella; si bien da por ello humildes gracias al Señor; si mal, pídele perdón, indaga la causa para quitarte, y ve con más cuidado entre el día, a fin de resarcir con este fervor la tibieza de la oración.



MEDITACIONES

PARA CADA DÍA DE LA SEMANA

DOMINGO

De la eternidad

1. *Irá el hombre a la casa de la eternidad...* Yo iré también, y voy cada día... ¡Qué morada aquélla tan diferente de la tierra y casa que ahora habito!... ¡Qué región aquélla! ¡Qué años! ¡Qué siglos!... ¡Siempre... jamás!...

2. ¿Cuál será mi eternidad? Esta casa cada cual se la fabrica en vida, Dios me excita a fabricarme en el cielo, con leves y momentáneas penas, una felicísima eternidad, y yo no quiero; ¡qué ceguera! — Luzbel me convida, con breves y sucios deleites, a fabricarme una morada eterna en el infierno... y yo consiento en ello; ¡qué locura!

3. O cielo, o infierno; o para siempre feliz o para siempre desgraciado; o delicias, o tormentos infinitos; y por toda una eternidad... ¡Una de estas dos suertes me cabría necesariamente! Piense o no piense en ello, así es, y así será... ¿De

qué me servirán riquezas... placeres... y hacer gran papel en el mundo, si me condeno? ¿Qué daño me harán la pobreza... los trabajos... el vivir abatido, si me salvo?

Fruto: Piensa a menudo entre día: alma salvada, todo será salvado; alma perdida, todo será perdido.

LUNES

De la muerte

1. ¿Qué cosa es morir? Es dejar todo lo de este mundo: parientes... amigos... conocidos... — Bienes... riquezas... honores... empleos. — Placeres... gustos... diversiones. — Todo, hasta tu mismo cuerpo... ¿Qué locura desvivirse ahora tanto por él, ni por ninguna cosa del mundo!... ¿Qué estupidez olvidar por cosas tan fútiles el fin dichoso para que fuimos creados!

2. ¡He de morir! Es lo único que sé de cierto sobre mi porvenir. *Statum est*. La sentencia está adada, e irrevocablemente.

He de morir; pero no sé el tiempo: ¿será este año?... ¿esta semana?...

¿hoy mismo?... Bien puede ser; pero no sé cuándo.

Puedo morir en esta hora; pero no sé el lugar. ¿Quisieras que fuese en el teatro, en el baile, en aquella ocasión?

3. No sé cómo moriré: si en gracia, o en pecado. ¿Y peco con tanta facilidad? ¿y paso insensible días, meses y años en pecado? ¿Y no dejaré todavía esta ocasión de pecar? ¿Qué fe es la mía?

Fruto: Si ahora tuviese que morir, ¿cómo quisiera haber vivido? ¿Qué confesión, qué penitencia quisiera haber hecho? Haré, pues, ahora lo que en aquel trance quisiera haber hecho.

MARTES

Juicio particular

Después de la muerte comparecerá mi alma en el tribunal de Dios para ser juzgada: considera, pues, que:

1. El Juez será justísimo; ¡ay! se pasó ya el tiempo de la misericordia. — Sapientísimo: nada podré ocultarle; lo vió, lo oyó, lo sabe todo. — Santísimo: tiene odio infinito a todo pecado. — Supremo:

no admite excusa, ni súplica, ni apelación. Hoy mismo puedo comparecer en su tribunal: ¡y vivo tan descuidado!

2. El examen será rigurosísimo. Pensamientos, palabras, obras, todo será pesado en la balanza de la divina justicia. El mal que he cometido, las pocas buenas obras que he hecho, y las muchas que he dejado de hacer. — A tanta ingratitud mía opondrá el divino Juez las innumerables gracias y beneficios que me ha hecho. ¡Cuántos dones naturales y sobrenaturales! ¡Cuánto cargo! ¡Qué cuenta tan estrecha!

3. La sentencia será irrevocable; si fuere de gloria, ¡qué felicidad!, si de pena, ¡qué desesperación!, ¡qué infelicidad! ¡Y para siempre jamás!

Fruto: ¡Cuál de estas dos sentencias te tocará? Mira cuál es tu vida, y lo sabrás: Dios no hará más que ratificar la sentencia que tú mismo hayas fallado con tus obras. — Mira, pues, por ti: ajusta bien tus cuentas; ¡ay! no lo dejes para después. ¿Sabes tú si lo tendrás?

El sepulcro

Ten ánimo, alma cristiana; ven conmigo a un sepulcro, y contempla en ese cadáver, lo que tú serás pronto. ¿Qué era, pocos días hace, ese fétido esqueleto?

1. Era una persona idolatrada por su belleza... tal vez, embeleso de su siglo... y ahora es un cadáver yerto, deforme, negro, espantoso, cuya vista ni su madre misma puede soportar. ¿Y haré yo caso de tan frágil hermosura?

2. Era un hombre rico, para quien no había telas de bastante valor, habitación lujosa, ni muebles, ni joyas bastante preciosas... Mas ahora un ataúd es su palacio, una vil mortaja su vestido; y aun, por el horror que causaba, ninguno de sus allegados ha tenido valor para envolverlo en ella... ¿Y será mi corazón esclavo de bienes tan efímeros?

3. Era un hombre que nadaba en delicias; atendido y adorado de todos; cama blanda, perfumes suaves, cuanto de comodidad tiene la naturaleza, cuanto de placer y refinamiento inventó la sensua-

lidad, todo era poco para carne tan regada; y ahora es abandonado, hollado de todos; estiércol, podredumbre, gusanos. ¿Y trataré yo mi cuerpo con delicadeza y regalo?

Fruto: Quiero dejar el mundo, antes que él me deje a mí. Y puesto que hoy soy en figura, y mañana en sepultura hoy estoy nadando en delicias, y mañana nadando en podredumbre, quiero usar de los bienes del mundo como si no los usas

JUEVES

Penitencia

1. No hay más que dos caminos para llegar al cielo: inocencia o penitencia. ¿Por cuál ando yo? ¿Por el de la inocencia?... ¡Ay, infeliz de mí que perdí la gracia!... ¡y tan pronto!... ¡y tantas veces ¡por un sucio deleite, y sin utilidad alguna!... ¡Ay, que aun la hice perder a otros con graves y enormes pecados contra la pureza, caridad y tantas otras virtudes!

2. Pues no me queda más recurso que el de la penitencia. Pero ¿qué penitencia hago si huyo siempre de la mortificación y busco en todos mis gustos y conveni-

cias? Siendo esto así, ¿cómo pienso salvarme? La inocencia la perdí la penitencia me horroriza; pues, ¿cómo me salvaré?

3. Haz, pues, penitencia, y hazla pronto. Es imposible hacerla después de la muerte, porque ya no hay tiempo. — En la muerte es dificultosísimo, porque hay poco tiempo: ¡y cuántos se han engañado y perdido con esa vana esperanza!—Ningún otro tiempo está en mano, sino el presente; luego, o convertirte ahora y hacer penitencia, o temer que nunca la harás.

Fruto: Haz cuanto antes una buena confesión general, si no la hubieses hecho todavía; y emplea bien el tiempo de aquí en adelante. Esa hora que perdieres puede ser la última de tu vida, y bien empleada puede asegurarte la eterna felicidad. — Quien tiene tiempo, no pierda tiempo.

¿Qué cosa es condenarse?

VIERNES

Infierno

1. Es perder el cielo, perder la compañía de los Ángeles y Bienaventurados, perder a Dios, y con Él delicias, tesoros

y bienes inmensos... ¡y perderlos para siempre!... ¡y yo lo he querido!...

2. Es habitar en ardentísimo fuego que abrasa sin consumir; es padecer penas, dolores y tormentos indecibles, y padecerlos para siempre... ¡Y yo lo he querido!...

3. Es desesperarse sin consuelo ni fruto eternamente. ¡Yo pude a poquísima costa salvarme!... ¡Dios hizo tanto por mí!... ¡Me acarició con promesa, me intimidó con amenazas, me colmó de beneficios!... ¡Me avisaban, instaban y casi obligaban a convertirme!... Mas todo lo ha frustrado mi obstinación. ¡Con que hubiese cortado aquella ocasión, entregado aquel mal libro, dicho aquel pecado, me iba al cielo! ¡Pero, a ojos abiertos y a despecho de todo, me he precipitado en este abismo de llamas; y por un momentáneo deleite! Ardiendo estaré aquí eternamente; ¡y yo lo he querido!...

Fruto: ¡Qué gracias os daré, Dios mío, por haberme librado del infierno, que merecía tantos años hace! Vécete, pues; sufre ahora un poco, alma mía, que si es cosa dura vencerte, más duro será arder en cuerpo y alma por toda la eternidad.

SÁBADO

De la gloria

1. Si logro entrar en el cielo, ¿qué hallaré? El conjunto de todos los gozos, sin la menor pena... La posesión de todos los bienes, sin mezcla de mal alguno... Gozaré de suma felicidad, y para siempre, sin temor ni contingencias de perderla jamás. ¡Oh inefable bienaventuranza!... *Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en corazón humano pudo caber la grandeza de los bienes que Dios tiene preparados en el cielo para los que lo aman.*

2. ¿Y qué me pide para alcanzar tanta felicidad? Bien poca cosa: que observe su santa ley... ¡ley tan justa, fácil y suave! — Y aun Dios hace el gasto principal, ayudándome con la gracia de sus inspiraciones, con el valor de sus méritos y con la eficacia de su ejemplo. ¡Y por tan poca cosa me remunerará todavía con premio eterno, con felicidad infinita!

3. ¿Qué diferencia entre el servicio de Dios y el del mundo! ¿Qué sacrificios no exige éste de sus secuaces, y qué mísera recompensa les ofrece! — Pero Dios paga

momentáneas y leves tribulaciones con gozo eterno, pequeños trabajos con galardón infinito, breves humillaciones con honra y gloria sempiterna.

'Fruto: En cualquier momento que me tiente un deleite vedado, me diré a mí mismo: *¿y por un instante de satisfacción querré yo perder el cielo y arder eternamente?*

P A S I Ó N

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Nada excita las almas a más tiernos y generosos afectos, nada las eleva más fácilmente a la práctica de la virtud sólida y verdadera, como la atenta meditación de la Pasión de nuestro divino Redentor. Por esto, aunque el *Vía Crucis* que ponemos más abajo suministra por sí abundante materia para esta meditación, no obstante, para consuelo de las personas que quieran cada día contemplar algún paso de la Pasión, añadiremos esta consideración general sobre las circunstancias de ella, que contribuirá no poco a encender en el pecho la llama del divino amor.

¿Quién padece?

Jesucristo, Hijo de Dios... ¡la inocencia, sabiduría y bondad infinita!... ¡El Creador de cielos y tierra! ¡Todo lo hizo de nada!... Con una sola palabra pudiera confundir a los malvados y lanzarlos al infierno; ¡y no lo hace! ¡Es verdadero Dios y hombre; el más perfecto y delicado de todos los hombres!

¿Qué padece?

En el alma, abandono de su pueblo, de sus discípulos y hasta de su Eterno Padre... penas tan horribles y espantosas, que con sólo pensar en éstas, sudó sangre hasta regar la tierra... Un hastío, una congoja y tristeza, capaces de quitarle la vida.

En el honor, sufre las ignominias más atroces... las calumnias y tratamientos más infames... de la gente más soez e ingrata... delante de una inmensa muchedumbre.

En el cuerpo, los tormentos más horrosos, y tantos, que desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza está

todo hecho una llaga... ¡Innumerables azotes!... ¡y qué crueles! ¡Punzantes espinas!... ¡y qué agudas y penetrantes! ¡Qué cruz! ¡Ay! ¿qué son, oh Jesús mío, los sacrificios que Vos me pedís, comparados con tantos y tan crueles suplicios?

¿Cómo padece?

Voluntariamente, sin obligación alguna... con admirable paciencia, mansedumbre y silencio, sin abrir los labios para quejarse ni defenderse... Con humilde resignación y obediencia al decreto de su Padre celestial... con sumo gusto y alegría... Y me cuesta a mí tanto sufrir una leve injuria, una ligera incomodidad!

¿Por quién padece?

Por mí, vilísima criatura... gusanillo de la tierra... hijo ingrato, que por tantos títulos merecería el infierno... Por los mismos que le crucifican... ¡Qué bondad! ¿Y hollaré yo fácilmente una Sangre tan preciosa? ¿Y pecando crucificaré de nuevo al Hijo de Dios? ¡No lo permitáis, dulcísimo Jesús mío!

¿Por qué padece?

Porque no me condene yo eternamente... por hacerme un día participante de su eterna felicidad, para que aprenda yo a humillarme y a sufrir algo por su amor. ¿Y no buscaré yo más que honores, comodidades y regalos?

Pon la vista en un devoto Crucifijo; o bien, tomándole en la mano, pregúntate a ti mismo: ¿qué es lo que Dios ha hecho por mí? ¿Qué hice yo hasta ahora por Dios? ¿Qué debo de aquí en adelante hacer por Él?

RELOJ DE LA PASIÓN

que varias personas piadosas contemplan entre
el día, con especialidad los viernes
de cada semana

J u e v e s

Seis de la tarde: Jesús se ciñe con un lienzo, y echando agua en una bacía, lava los pies a sus discípulos, los enjuga y besa. ¡Qué humildad!

A las siete, instituye el Santísimo Sacramento, dando a los Sacerdotes el pasmoso poder de convertir el pan y vino en

su Cuerpo y Sangre preciosísima. ¡Qué amor!

A las ocho, va al huerto de Getsemaní, y a pesar de la tristeza y sudor de sangre, ¡cuán fervorosa y constante es su oración!

A las nueve, es entregado por Judas, preso, cargado de cadenas y abandonado de sus discípulos: ¡y no le has entregado tú también alguna vez?

A las diez, llévanle a casa de Anás: ¡cuán diferente entrada hace hoy en Jerusalén, de la que hizo el día de Ramos! ¡qué terrible bofetada le dan!

Viernes

A las cuatro de la mañana. Ha sufrido esta noche infinitos escarnios en casa de Caifás: Pedro le ha negado tres veces; y ahora gritan todos que es blasfemo y digno de muerte. ¡Qué ingratitud!

A las cinco, le conducen al presidente Pilatos: ¡qué insultos por las calles! ¡Con qué furor le acusan!

A las seis, es presentado a Herodes; le visten una ropa blanca y escarnecen como a loco; ¡y es la sabiduría infinita!

A las siete, Pilatos lo pone en parangón

con Barrabás y ¡ay, es pospuesto a tan vil asesino!

Alas ocho, mírale atado a la columna, y despedazado con innumerables azotes.

A las nueve, híncanle en la cabeza una corona de punzantes espinas. ¡Qué tormento!

A las diez, dice Pilatos: *Ecce Homo*, mostrándole al pueblo; y éste pide, feroz, que sea crucificado; cede el cobarde juez, y le condena a muerte.

A las once, sale ya con la cruz a cuesta. ¡Qué caídas tan dolorosas! ¡Qué amargura cuando encuentra a su Madre! ¡Qué palabras dirige tan tiernas a las mujeres que le siguen!

A las doce, le desnudan y enclavan en la cruz. ¡Qué ignominia! ¡Qué tormento!

A la una, ruega por sus verdugos; abre el paraíso al ladrón, y nos da por madre a su propia Madre; ¡qué bondad!

A las dos, quéjase amorosamente con su Padre: tiene sed ¡y le dan a beber hiel y vinagre!... Ya todo se acabó.

A las tres, entrega su espíritu al Padre Eterno, y muere por mi amor. Di cinco *Padre nuestros*, con los brazos en cruz, si puedes y hallas devoción en ello.

A las cuatro, bájanle de la cruz, ¡qué escena aquella tan tierna! ¡Qué lágrimas! ¡Qué coloquios!

A las cinco, mira a Jesús en los brazos de su Madre, y, viendo cómo sepultan a su Hijo, toma parte en su inmenso dolor.

EXAMEN PARTICULAR

**o método fácil y eficaz para enmendarse
de cualquier defecto**

Son de ordinario los hombres esclavos de algún vicio dominante, raíz y motivo de otros muchos pecados, al cual conviene hacer la guerra en particular; pues, vencién-dole, fácilmente se irán venciendo y desarraigando los demás. Para esto observa las advertencias que siguen:

1. Al ofrecer a Dios las obras cuando te levantas por la mañana, propón guardarte con diligencia de aquel vicio dominante, suplicando a Dios te dé gracia para ello.

2. Ve entre día con gran cuidado para no caer en dicho defecto; y si cayeses en él, no te desanimes, sino pide a Dios perdón, y propón de nuevo la enmienda.

3. Examina la conciencia, a lo menos por la noche, y notando las veces que hubieses faltado, arrepíentete, propón la enmienda, y haz una ligera penitencia.

4. Compara un día con otro día, esta semana con otra, y mira si ha habido enmienda. Si la hay, da por ello humildes gracias al Señor; y si no, confúndete y propón seriamente enmendarte.

Lección Espiritual

Hermana de la oración es la lectura espiritual, y reina entre las dos tan estrecha unión y parentesco, que los maestros de la vida espiritual aconsejan a las personas de imaginación viva que vayan leyendo y pensando, hasta que, cebándose el entendimiento en alguna consideración, sientan encenderse la voluntad en santos afectos y propósitos.

En efecto; no hay espejo tan claro, ni amigo tan fiel, como un libro devoto: él avisa lo que más conviene y dice las verdades sin lisonja ni temor. En él se encuentra el consejo que amonesta, el desengaño que estimula, el ejemplo que anima y el escarmiento que refrena. San

Agustín, y aquellos dos cortesanos de quienes hace mención el Santo, San Anastasio el mago, San Columbrano, San Ignacio de Loyola, y tantos otros, convertidos con la lectura de vidas de Santos o de otros libros piadosos, prueban hasta la evidencia lo importante que es destinar todos los días un rato a la lectura espiritual.

Pero sea ésta atenta y pausada: que penetre, como el agua mansa en las entrañas de la tierra. Si sientes el corazón enternecido y el entendimiento iluminado, suspende algún tanto la lectura, y aprovéchate de aquella moción celestial. Lee, sobre todo, libros escogidos; no románticos que hablen a la imaginación, sino tales que ilustren el entendimiento e inflamen el corazón. La vida de los Santos, las obras de Santa Teresa, San Francisco de Sales, San Alfonso de Liguorio, Fr. Luis de Granada; las de los Padres Luis de la Puente, Ribadeneira, Eusebio de Nieremberg, Alonso Rodríguez, Señeri, Pina-monti, Tomás de Kempis, y otros libros, escritos con particular luz del cielo, parece tienen la especial misión del Espíritu Santo de santificar el alma. ¡Dichoso el cristiano que sabe desterrar de casa las novelas y otros libros de perniciosa o sos-

pechosa doctrina, consagrando un rato cada día a la lectura de aquellas obras!

M O D O

Más fácil de santificar la semana

Domingo. — Di tres *Padre nuestros* en honor de la *Santísima Trinidad*, dando gracias por los beneficios que te ha hecho, y piensa luego por un breve rato: *¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si al fin pierde su alma? Alma ganada, todo será ganado; alma perdida, todo será perdido.*

Lunes. — Ofrece las indulgencias que pudieses ganar hoy en sufragio de las benditas *Ánimas*, rezando por ellas un *Padre nuestro*; y piensa: *Si por faltas ligeras arden las Esposas de Jesús en tan terrible fuego, ¿cómo ardería yo si hubiese muerto al cometer pecados tan graves?*

Martes. — Da al *Ángel* custodio gracias por los beneficios que te ha hecho; y piensa luego: *He de morir una sola vez; si la yerro, ¡ay! ¿qué será de mí! Un Padre nuestro.*

Miércoles. — Un *Padre nuestro* a San José, para que te ampare en la muerte; y

di tres veces por la tarde: *Jesús, José y María, asistidme en la última agonía.*

Jueves. — En la iglesia, y cuando no, en casa, vuelto hacia el *Santísimo Sacramento*, di cinco veces de rodillas: *Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar; y piensa alguna vez entre día: ¿cómo no amaré yo a un Dios que tanto me ama?*

Viernes. — Toma el Crucifijo en las manos, y besando con profunda reverencia las cinco llagas, di a cada una: *No permitas, oh buen Jesús, que sangre de tanto valor sea en vano derramada por mí. Padre nuestro.*

Sábado. — Reza siete *Ave Marías* en honor de la *Virgen Santísima*; y piensa un poco: *O breve gozar y eterno padecer, o breve padecer y eterno gozar. Escoge, pues.*

M O D O

De acertar en la elección de estado o cualquier determinación importante

Soberano Señor, árbitro supremo de mis palabras, acciones y deseos, heme aquí postrado ante vuestro acatamiento divino, deseoso de conocer vuestra santísima voluntad, y de elegir con acierto el

estado a que me llamáis. Inspiradme qué deseáis que haga en asunto de tanta trascendencia. A Vos, Dios mío, toca disponer de la criatura y de todos sus actos, y a mí únicamente el indagar y seguir en todo vuestro beneplácito. Siendo éste mi único anhelo, me pongo, Señor, en vuestras manos, como el fiel de la balanza, indiferente para todo cuanto queráis de mí, ora tenga que tomar, ora que dejar la cosa de que se trata; ya repugne, ya sea conforme a mi inclinación lo que Vos prescribáis; resuelto estoy a obedecer no buscando sino la mayor gloria y alabanza vuestra, y mi eterna salvación. *Hablad, Señor, que vuestro siervo os escucha.*

Hecho esto recógete un copo, pensando atentamente y con mucha calma las ventajas y los inconvenientes que presente la cosa propuesta. Supón que un amigo, por quien te interesas vivamente, te propusiese el caso con las razones y ventajas que descubres: ¿qué le responderías? ¿Qué consejo le darías? Figúrate que estás a la hora de la muerte o en el tribunal divino: ¿qué partido quisiera haber tomado? Tómallo, pues, ahora; pero sin hacer voto alguno, y luego, postrado delante del Señor, di así:

Aquí me tenéis, Dios mío, deseoso únicamente de serviros; y juzgando que os daré así más gloria y alabanza y que esto conduce a mi aprovechamiento espiritual, tomo la resolución de . . . Si es de vuestro agrado, bendecidla desde el cielo, dándome gracia y valor para ejecutarla. Sepa yo vencer las dificultades que el mundo, demonio y carne me pongan al querer cumplir vuestra santísima voluntad. Alcáncenme esta gracia los gloriosos Santos Luis Gonzaga y Stanislao de Kostka, que con tanto desnudo siguieron al divino llamamiento. Mas si mi resolución no fuere acertada y conforme a vuestro beneplácito divino, estorbadlo, Dios mío; que no quiero en el mundo otra regla de conducta, ni otra felicidad que la de hacer en todo y por todo vuestra santísima voluntad.

Presencia de Dios

Uno de los principales frutos de la meditación así como el secreto de la vida interior y el compendio de la más elevada perfección, es la íntima unión con nuestro Señor, por medio del ejercicio de su presencia. *Anda en mi presencia*, dijo el mismo Señor a Abraham, *y serás perfecto.*

Este sublime ejercicio elevó en sólo veintitrés años al angélico joven Luis Gonzaga al excelso trono de la gloria en que le vió encumbrado Santa María Magdalena de Pazzis. No es tan difícil como algunos se imaginan; porque sin necesidad de ir a la iglesia o de retirarse a un oratorio, ni aun de interrumpir el trabajo, las ocupaciones, visitas y conversaciones honestas, puede el alma en todo lugar y tiempo elevarse a Dios y dirigirle algunas breves jaculatorias, que vienen a ser otras tantas flechas amorosas que hieren y atraviesan de parte a parte el Corazón de Jesús. ¿Qué cuesta, por ejemplo, decir entre el día: *Os amo, dulcísimo Jesús mío... ¡Quién siempre os hubiese amado! ¡Quién nunca os hubiese ofendido!... Dios mío aceptad este trabajo; y otras aspiraciones semejantes con las cuales puede cada uno exhalar los afectos de su corazón?*

A más de que, a un alma interior, todo la eleva y une con el Creador, todo le inspira santas reflexiones y la enciende y abrasa en las llamas del divino amor. ¿Halla por acaso a un desgraciado? *¡Qué gracia, exclama, os daré, Jesús mío, por haberme librado de semejante desgracia!* — *¡Ve a un trabajador abrumado de fati-*

ga? ¡Ay Dios mío, piensa luego, tanto como los hombres se afanan por ganar un pedazo de pan, y que me afane yo tan poco por conquistar el cielo! — ¡Contempla las producciones de la naturaleza? ¡Qué riquezas, se dice a sí misma, qué magnificencia desplegará Dios en la patria celestial cuando en este lugar de desierto obra ya tantas maravillas en mi favor?

Así cumplen los Santos aquel precepto del Señor: *Aportet semper orare, et nunquam deficere*: conviene siempre orar y nunca desistir, de esta suerte estaban en continua y altísima contemplación. Así, viendo San Francisco a un corderito despedazado por un cerdo, exclamó: ¡Ay, pobre corderillo! ¡cuán al vivo me representas la muerte de mi Salvador! — Otros, viendo los árboles florecidos o cargados de frutos, suspirando decían: ¿Y sólo yo dejaré de hermohear con flores espirituales el jardín de la Iglesia? ¿Sólo yo seré árbol seco y sin fruto?

¡Dichosa el alma que sabe sacarle así de todo cuanto ve y oye! ¡Qué rápidos progresos hará en el camino de la virtud! ¡Ojalá en vez de darse a muchas devociones vocales y penitencias exteriores, cosas

buenas y santas en sí cuando las anima el espíritu interior, pero que fomentan el orgullo; deterioran la salud e impiden mayores bienes cuando se abrazan sin la debida discreción, ojalá se aplicasen los cristianos con más ahinco a domar el genio, a cumplir las obligaciones de su estado y a practicar actos interiores de virtud! ¡Qué otra perfección se vería en ellos!

UN DÍA DE RETIRO AL MES

Si perseverásemos constantemente en los buenos propósitos una vez concebidos, muy pronto seríamos perfectos; pero ¡ay! hoy nos estimula el fervor, mañana nos vence la pereza; esta semana caminamos a la virtud y nos atraen las cosas celestiales, y en otra, inconstantes volvemos atrás, y nos arrastran los bienes caducos de la tierra. Para lograr, pues, el don de la perseverancia, a que está vinculada la salvación, es muy del caso emplear cada mes un día en tratar seriamente este negocio, y le llamamos día de retiro.

La práctica de este ejercicio se reduce a lo siguiente:

Deja primero corrientes los negocios temporales, en cuanto puedas, para que no te impidan el sosiego de este día, que debe consagrarse exclusivamente a lo eterno.

Da más tiempo a la oración, lección espiritual, y a otros ejercicios de piedad. Examina cuál ha sido tu proceder en el mes precedente. Mira si observaste los buenos propósitos, si has adelantado en la virtud, si has cumplido exactamente tus obligaciones, si te has dejado llevar de la pasión dominante, y faltado a las reglas que indicamos en el examen de conciencia para las personas que aspiran a la perfección. Mira igualmente si has santificado las obras.

Da cuenta al Director espiritual del estado de tu alma, resolviéndote a vivir el mes siguiente como si fuera el último de tu vida.

Coteja este mes con el pasado, dando gracias al Señor si reconoces en ti alguna enmienda, mas pidiéndole perdón y haciendo alguna penitencia por los defectos que hallares del mes anterior.

Pero uno de los ejercicios más útiles del día de retiro es la

PREPARACIÓN PRÁCTICA PARA LA MUERTE

Imagínate que estás tendido en el lecho y agonizante ya; el cabello erizado, las mejillas hundidas, los ojos cristalizados, la nariz afilada, la respiración difícil y fatigosa, cubierto de un sudor frío, con la vela en la mano, que no puedes ya sostener por faltarte las fuerzas; un Sacerdote al lado leyéndote la recomendación del alma, y los circunstantes consternados, esperando que exhales el último aliento. Como entonces no estará la cabeza para ello, haz ahora los actos siguientes:

Aceptación de la muerte

Adoro, Dios mío, vuestra infinita grandeza; os reconozco por supremo Señor de todo lo creado, árbitro de la vida y de la muerte, y me someto al decreto que habéis pronunciado contra mí. Lo acepto en espíritu de penitencia, y en unión de la muerte que vuestro santísimo Hijo padeció por mí, deseando rendiros profundo homenaje con este sacrificio, y expiar el mal uso que hice de mi vida.

Acepto desde ahora la muerte, con todas las angustias y dolores que la acompañan, en el tiempo, forma y manera que sea de más agrado a vuestra soberana Majestad. Sí; consiento, Dios mío, en que mi alma sea separada del cuerpo, en castigo de haberse tantas veces separado de Vos por el pecado. Acepto la pérdida y privación de mis sentidos y aun de la misma razón, en descuento de las veces que emplee en ofenderos los preciosísimos dones que había recibido de vuestra liberalísima mano.

Acepto, Señor, el que mi cuerpo sea pisado, comido por gusanos y reducido a polvo, el castigo del orgullo con que preferí mis antojos y gustos a vuestra santísima voluntad.

¡Oh gusanos! ¡Oh disolución de todo mi cuerpo, abandono total de los hombres, hediondez y soledad espantosa del sepulcro! ¡Cenizas! yo os acepto y miro como instrumentos de la divina Justicia. Justo es que sea así disuelto quien no anheló más que los placeres mundanos y seductores halagos de la carne. Justo es que sea olvidado y arrojado de la sociedad quien, por dar gusto a los hombres

y granjearse aplausos, renunció tantas veces a Dios y a una feliz eternidad.

Una sola gracia os pido, Señor, y es la de recibir a tiempo y con fervor los últimos Sacramentos; mas, si en castigo de mi tibieza en frecuentarlos ahora, quisiérais privarme entonces de este beneficio, concededme a lo menos que haciendo fervorosos actos de fe, esperanza, caridad y contrición, expire en vuestra amistad y gracia, pronunciando los dulcísimos nombres de Jesús, María y José, y que mi alma, llevada por los Ángeles a la patria celestial, merezca gozar de Vos por los siglos de los siglos. Amén.

Los fieles que en cualquier época de su vida con sincero afecto de amor a Dios, al menos con corazón contrito, hicieren acto de aceptación de la muerte de cualquier género que a Dios plazca en todas sus agonías, penas y dolores se les concede:

- 1) Indulgencia de 7 años.*
- 2) Plenaria in articulo mortis, si por lo menos una vez en la vida hubieren hecho dicho acto en las condiciones acostumbradas (S. C. Ind. 9 de Marzo de 1904; S. C. oficio, 16 de Noviembre de 1916; S. Penit. Apost. 18 de Marzo de 1932).*

Súplicas a Jesús crucificado para obtener la gracia de una buena muerte

Jesús, Señor Dios de bondad, Padre de misericordia, aquí me presento delante de Vos con el corazón contrito, humillado y confuso, encomendándoos mi última hora y la suerte que después de ella me espera.

Cuando mis pies, perdiendo el movimiento me adviertan que mi carrera en este mundo está para acabarse:

R) *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis manos, trémulas y torpes, no puedan ya estrechar el Crucifijo, y a pesar mío lo dejen caer sobre el lecho de mi dolor:

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mis ojos, apagados y amortecidos con el dolor de la muerte cercana, fijen en Vos miradas lánguidas y moribundas:

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mis labios, fríos y balbucientes, pronuncien por última vez nuestro santísimo Nombre:

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mi cara, pálida y amoratada, cause ya lástima y terror a los circunstantes, y los cabellos de mi cabeza, bañados del sudor de la muerte, anuncien que está cercano mi fin:

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mis oídos, próximos a cerrarse para siempre a las conversaciones de los hombres, se abran para oír de vuestra boca la sentencia irrevocable, que fije mi suerte por toda la eternidad:

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mi imaginación, agitada de espantosos fantasmas, se vea sumergida en mortales congojas, y mi espíritu perturbado de temor de vuestra Justicia a la vista de mis iniquidades, luche con el enemigo infernal, que quisiera quitarme la esperanza de vuestra misericordia y precipitarme en el abismo de la desesperación:

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mi corazón, débil y oprimido del dolor de la enfermedad, esté sobreco-

gido del horror de la muerte, fatigado y rendido por los esfuerzos que hubiere hecho contra los enemigos de mi salvación:

Jesús misericordioso, etc.

Cuando derrame las últimas lágrimas, síntoma de mi destrucción, recibdlas, Señor, en sacrificio de expiación, para que muera víctima de penitencia; y en aquel momento terrible:

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mis parientes y amigos, juntos alrededor de mí, lloren al verme en el último trance, y cuando invoquen vuestra misericordia en mi favor:

Jesús misericordioso, etc.

Cuando perdido el uso de mis sentidos, desaparezca el mundo de mi vista, y gima entre las últimas agonías y congojas de la la muerte:

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mi alma salga para siempre del cuerpo, dejándole pálido, frío y sin vida, aceptad la destrucción de él como un tri-

buto qué desde ahora ofrezco a vuestra divina Majestad; y en aquella hora tremenda:

Jesús misericordioso, etc.

En fin, cuando mi alma comparezca delante de Vos para ser juzgada, no la arrojéis de vuestra presencia, sino dignaos recibirla en el seno amoroso de vuestra misericordia para que cante eternamente vuestras alabanzas:

Jesús misericordioso, etc.

ORACIÓN

Oh Dios mío, que condenándonos a la muerte, nos habéis ocultado el momento y la hora, haced que, viviendo santamente todos los días de nuestra vida, merezcamos una muerte dichosa, abrasados en vuestro divino amor. Por los méritos de nuestro Señor Jesucristo y de su Madre Santísima. Amén.

Modo práctico para ayudar a bien morir

Habiendo desaparecido las Ordenes religiosas, que, con tanto heroísmo y aprovechamiento de las almas, se consagra-

ban a la asistencia espiritual de los moribundos, es de suma utilidad, y aun de indispensable necesidad, excitar el celo de los cristianos fervorosos para suplir falta y vacío tan lamentables.

En efecto: nadie ignora que del momento crítico de la muerte depende una feliz o desdichada eternidad, colmo de todo bien, o de todo mal. Creas, cristiano, o no creas, pienses o no pienses en ello, así es, y así será... ¿No es justo, pues, que abras los ojos, y despertando del profundo letargo en que has vivido, trates, a lo menos entonces, de prepararte al terrible trance de la muerte?

Por lánguida que tenga la fe, y aunque no sea muy grave tu dolencia, te ruego que pidas tú mismo y con tiempo los santos Sacramentos, no fiándote de promesas ni de palabras, ni de esperanzas lisonjeras. Tus parientes y amigos por una mal entendida amistad, los médicos por vano respeto, todos te asegurarán que no hay peligro todavía, y que ya te avisarán con tiempo...; pero ¡ay! ¡cuántos miles de cristianos, alucinados de esta suerte, se ven, cuando menos lo piensan, sorprendidos por la muerte y condenados eterna-

mente! Y aun cuando a la última hora se llame a un Sacerdote siquiera, por evitar la infamia de que el pariente muera sin Sacramentos, ¿qué le aprovechará al enfermo su presencia, si, perdido ya el conocimiento, está incapaz de hacer una buena confesión, y aun de formar un verdadero acto de contrición?

Además, ¿qué necedad puede darse mayor que la de temer la visita del Médico celestial, único que puede dar acierto a los facultativos, eficacia a los remedios y salud al enfermo? Llámale, pues, a tiempo; que los Sacramentos lejos de acelerar la muerte al que los recibe pronto, aléjanla muchas veces, y hasta le dan salud y vida, si le conviene. ¡Y cuántos, por el más fatal y trascendente descuido, privados de este auxilio, perdieron una salud que con el socorro de los Sacramentos hubieran recobrado facilísimamente!

No contento con pedirlos a tiempo, haz que te lean este capítulo, y los motivos de contrición que pusimos para antes de la confesión.

Si cayere gravemente enfermo alguno de tus parientes, o cualquiera otra persona, por cuya felicidad te interesas, suplícote por las entrañas de Jesucristo, y por

la amistad que le profesas, le avises con tiempo del peligro en que se encuentra; y con el celo y santas industrias que el amor verdadero debe inspirar en semejantes casos, le induzcas a que reciba dignamente y a tiempo los santos Sacramentos. Búscales un confesor de su confianza, prepárale a la confesión y recepción del Santo Viático, pero con suavidad y sin serle molesto.

Cuando estuviere en la agonía, a más de las oraciones indicadas, que será bien leerle, haciendo algunas interrupciones para no cansarle, te podrá también valer de las jaculatorias siguientes:

¡Oh dulce Jesús mío! mi consuelo, mi fortaleza, y todo mi bien, ¿cuándo os poseeré, sin temor de nunca separarme de Vos?

En Vos creo, en Vos espero, a Vos amo y amaré siempre sobre todas las cosas. ¡Quién os hubiese amado siempre! ¡Quién nunca os hubiese ofendido!

Creo, Dios mío, todo cuanto me habéis revelado, y todo cuanto me propone y manda creer la Santa Madre Iglesia.

Pequé, Señor; mas confío en vuestra bondad y misericordia infinita que me

perdonaréis, no permitiendo se pierda mi alma, redimida con vuestra sangre preciosísima.

Padre, dulcísimo Padre mío, peor soy que el hijo pródigo; no soy digno de ser llamado hijo vuestro; pero Vos sois mi Padre, y el mejor de todos los padres.

Echad, pues, a vuestro hijo los brazos al cuello; dadme el ósculo de paz; volvedme el anillo de vuestra amistad y gracia; restituidme la estola de la inocencia, que perdí por mi malicia.

Virgen Santísima y dulce Madre de misericordia, muestra en esta última hora que eres mi Madre.

Tú me has amparado y favorecido todo el curso de mi vida; ampárame y favoréceme en este momento, del que depende todo mi bien.

Por la agonía de tu Hijo querido, por las penas y amarguras que sentiste al pie de la cruz, asísteme en la muerte.

Dándole a besar el Crucifijo: Te adoro, llaga sacratísima del costado de mi dulce Jesús; abierto, más por amor a los hombres, que por el fiero golpe de la lanzada.

Dame, Señor, asilo en tu Corazón, lavando mis manchas con la sangre y agua que vertiste por esa llaga santísima.

Os adoro, manos sacrosantas, abiertas por mi amor; vosotros me creásteis, de vosotras'espero mi salvación.

Oh Padre Eterno, ten misericordia de mí; acuérdate que mis pecados fueron castigados en la inocente persona de tu Hijo santísimo.

Perdona mis pecados, como yo perdono a todos cuantos me han ofendido.

Gloriosísimo Arcángel San Miguel, príncipe de la milicia celestial, ruega por mí.

Santo Ángel de mi guarda, glorioso San José, abogado de los que están agonizando, socorredme en esta hora.

Santos y Santas del cielo, interceded por mí.

En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Jesús, dulce Jesús mío, sé mi Salvador.

Repítanse las jaculatorias en que más consuelo hallare el enfermo; y mientras uno le exhorta a bien morir, otros pueden rogar por su alma, rezando el Rosario o las letanías de Nuestra Señora, no junto a la cama del moribundo, no sea que el excesivo calor perjudique al enfermo y a los circunstantes, sino allí cerca, en otra pieza, de manera que el moribundo se excite a la confianza, sabiendo que muchos piden a Dios por él. Pero ningunas preces hay más tiernas y propi-

cias para prepararse a la muerte que la recomendación del alma y demás oraciones que pone la Iglesia para los agonizantes, y son las siguientes:

Recomendación del alma

(SEGÚN EL RITUAL ROMANO)

Letanías de los agonizantes

Señor,	<i>Ten piedad de él (o de ella) (1)</i>
Cristo,	<i>ten piedad</i>
Señor,	<i>ten piedad</i>
Santa María,	<i>ruega por él (o ella)</i>
Santos Ángeles y Arcángeles,	<i>rogad</i>
San Abel	<i>ruega</i>
Coro de los Justos,	<i>ruega</i>
San Abraham,	<i>ruega</i>
San Juan Bautista,	<i>ruega</i>
San José,	<i>ruega</i>
Santos Patriarcas y Profetas,	<i>rogad</i>
San Pedro,	<i>ruega</i>
San Pablo,	<i>ruega</i>
San Andrés,	<i>ruega</i>
San Juan,	<i>ruega</i>
Santos Apóstoles y Evangelistas,	<i>rogad</i>
Santos Discípulos del Señor,	<i>rogad</i>

(1) Si se rezan por una moribunda, se reemplazan con las palabras *ella, sierva, hermana*, las de *él, siervo, hermano*.

Santos Inocentes,	<i>rogad</i>
San Esteban,	<i>ruega</i>
San Lorenzo,	<i>ruega</i>
Santos Mártires,	<i>rogad</i>
San Silvestre,	<i>ruega</i>
San Gregorio,	<i>ruega</i>
San Agustín,	<i>ruega</i>
Santos Pontífices y Confesores,	<i>rogad</i>
San Benito,	<i>ruega</i>
San Francisco,	<i>ruega</i>
San Camilo,	<i>ruega</i>
San Juan de Dios,	<i>ruega</i>
Santos Monjes y Ermitaños,	<i>rogad</i>
Santa María Magdalena,	<i>ruega</i>
Santa Lucía,	<i>ruega</i>
Santas Vírgenes y viudas,	<i>rogad</i>
Santos y Santas de Dios,	<i>interceded</i>
Séle propicio,	<i>perdónale, Señor</i>
Séle propicio,	<i>escúchale, Señor</i>
Séle propicio,	<i>librale, Señor</i>
De tu cólera	<i>librale</i>
Del peligro de la muerte,	<i>librale</i>
De mala muerte,	<i>librale</i>
De las penas del infierno	<i>librale</i>
De todo mal,	<i>librale</i>
Del poder del demonio,	<i>librale</i>
Por tu Natividad,	<i>librale</i>
Por tu Cruz y Pasión,	<i>librale</i>
Por tu muerte y sepultura,	<i>librale</i>

Por tu gloriosa Resurrección,	<i>líbrale</i>
Por tu admirable Ascensión	<i>líbrale</i>
Por la gracia del Espíritu Santo	
Consolador,	<i>líbrale</i>
En el día del juicio,	<i>líbrale</i>
Así te lo pedimos, aunque	
pecadores	<i>óyenos, Señor</i>
Te rogamos que le per-	
dones,	<i>óyenos, Señor</i>
Señor,	<i>ten misericordia de él</i>
Cristo,	<i>ten misericordia</i>
Señor,	<i>ten misericordia</i>

Hallándose el enfermo en la agonía, se dirá lo siguiente:

Sal de este mundo, alma cristiana en nombre de Dios Padre todopoderoso, que te creó; en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que padeció por ti; en nombre del Espíritu Santo, que en ti se infundió; en nombre de los Tronos y Dominaciones; en nombre de los Principados y Potestades; en el de los Querubines y Serafines; en el de los Patriarcas y Profetas; en el de los santos Apóstoles y Evangelistas; en el de los santos Mártires y Confesores; en el de los santos Monjes y Ermitaños; en nombre de las santas Vírgenes y de todos los Santos y Santas de Dios. Sea hoy en

paz tu descanso, y tu habitación en la Jerusalén celestial. *Por Jesucristo*, etc.

Oh Dios de bondad, Dios clemente, Dios que según la multitud de tus misericordias perdonas a los arrepentidos, y por la gracia de una entera remisión borras las huellas de nuestros crímenes pasados, dirige una mirada compasiva a tu siervo N.; recibe la humilde confesión que te hace de sus culpas, y concédele el perdón de todos sus pecados. Padre de misericordia infinita, repara en él todo lo que corrompió la fragilidad humana y manchó la malicia del demonio; júntale para siempre con el cuerpo de la Iglesia, como miembro que fué redimido por Jesucristo. Ten, Señor, piedad de sus gemidos, compadécete de sus lágrimas, y puesto que no espera sino en tu misericordia, dignate dispensarle la gracia de la perfecta reconciliación. *Por Jesucristo*, etc.

Te recomiendo a Dios todopoderoso, mi querido hermano (o hermana), y te pongo en las manos de Aquél de quien eres criatura, para que, después de haber sufrido la sentencia de muerte dictada contra todos los hombres, vuelvas a tu Creador, que te formó la tierra. Ahora, pues,

que tu alma va a salir de este mundo, salgan a recibirte los Apóstoles que deben juzgarte, vengan a tu encuentro con el ejército triunfador de generosos Mártires; circúndete la multitud brillante de Confesores; acójate con alegría el coro radiante de Vírgenes, y sé para siempre admitido con los santos Patriarcas en la mansión de la venturosa paz. Preséntate a ti Jesucristo con rostro lleno de dulzura, y colóquete en el seno de los que rodean el trono de su divinidad. No experimentes el horror de las tinieblas, ni los tormentos del suplicio eterno. Al verte huya Satanás con todos sus satélites, y al llegar al medio del coro de los Ángeles, tiemble y vuélvase a su triste morada donde reina la noche eterna. Levántese Dios y disípense sus enemigos, y desvanézcense como el humo. A la presencia de Dios, desaparezcan los pecadores, como la cera se derrite al calor del fuego, y regocíjense los justos, como en una fiesta perpetua ante la presencia del Señor. Confundidas sean todas las legiones infernales, y ningún ministro de Satanás se atreva a estorbar tu paso. Líbrete de los tormentos Jesucristo, que fué crucificado por ti; colóquete Jesucristo, Hijo de Dios vivo, en el jardín

siempre ameno de su paraíso, y siendo verdadero Pastor, reconózcate por una de sus ovejas. Perdónete misericordioso todos tus pecados, póngate a su derecha entre los elegidos, para que veas a tu Redentor cara a cara, y morando siempre feliz a su lado, logres contemplar a la soberana Majestad y gozar de la dulce vista de Dios, admitido en el número de los bienaventurados, por todos los siglos de los siglos. *Así sea.*

Señor, recibe a tu siervo en el lugar de la salvación que espera de tu misericordia. R) *Así sea.*

Señor, libra el alma de tu siervo de todos los peligros del infierno, de sus castigos y males. R) *Así sea.*

Señor, libra su alma como preservaste a Enoc y Elías de la muerte común a todos los hombres. R) *Así sea.*

Señor, libra su alma, como libraste a Noé del diluvio. R) *Así sea.*

Señor, libra su alma, como libraste a Abraham de la tierra de los Caldeos. R) *Así sea.*

Señor, libra su alma, como libraste a Job de sus padecimientos. R) *Así sea.*

Señor, libra su alma, como libraste a

Isaac de las manos de su padre Abraham, cuando iba a inmolarle. R) *Así sea.*

Señor, libra su alma, como libraste a Lot de Sodoma y de la lluvia de fuego. R) *Así sea.*

Señor, libra su alma, como libraste a Moisés de las manos de Faraón, rey de Egipto, R) *Así sea.*

Señor, libra su alma, como libraste a Daniel del lado de los leones. R) *Así sea.*

Señor, libra su alma, como libraste a los tres Niños del horno encendido y de las manos del rey impío. R) *Así sea.*

Señor, libra su alma, como libraste a Susana del falso testimonio. R) *Así sea.*

Señor, libra su alma, como libraste a David de las manos de Saúl y de Goliat. R) *Así sea.*

Señor, libra su alma, como libraste a San Pedro y a San Pablo de la prisión. R) *Así sea.*

Y como libraste a la bienaventurada Tecla, virgen y mártir de los más crueles tormentos, dignate librar el alma de tu siervo, y dale a gozar a tu lado de los bienes eternos. R) *Así sea.*

ORACIÓN

Te recomendamos el alma de tu siervo N., y te pedimos, Señor Jesucristo Salvador del mundo, por la misericordia con que bajaste por ella del cielo a la tierra, que no le niegues un lugar en la morada de los santos Patriarcas.

Reconoce, Señor, tu criatura, obra, no de dioses extraños, sino tuya, Dios único, vivo y verdadero; porque no hay otro Dios más que tú, y nadie te iguala en las obras. Haz, Señor, que tu dulce presencia llene su alma de alegría; olvida sus iniquidades pasadas y los extravíos a que fué arrastrado por sus pasiones; porque, aun cuando pecó, no ha renunciado a la fe del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sino que ha conservado el celo del Señor y adorado fielmente a Dios creador de todas las cosas.

OTRA ORACIÓN

Te pedimos, Señor, que olvides todos los pecados y faltas que en su juventud cometió por ignorancia, y según la grandeza de tu misericordia, acuérdate de él

en el esplendor de tu gloria. Abre los cielos, y regocíjense los Ángeles con su llegada. Recibe, Señor, a tu siervo N. . . en tu reino, Recíbale San Miguel Arcángel, caudillo de la milicia celestial; salgan a su encuentro los santos Ángeles y condúzcanle a tu celeste Jerusalén. Recíbale el apóstol San Pedro, a quien entregaste las llaves del reino celestial. Socórrale el apóstol San Pablo, que mereció ser vaso de elección, e interceda por él el apóstol San Juan, apóstol querido, a quien fueron revelados los secretos del cielo. Rueguen por él todos los Santos Apóstoles, a quienes Dios concedió el poder de absolver y de retener los pecados; intercedan por él todos los Santos y elegidos de Dios, que sufrieron en este mundo por el nombre de Jesucristo; a fin de que, libre de los lazos de la carne, merezca entrar en la gloria del reino celestial, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

VIA CRUCIS

VÍA CRUCIS

O CAMINO DE LA CRUZ

Origen y excelencia de esta devoción

Apenas se hallará práctica más agradable a Dios, más útil y meritoria que la del *Vía Crucis*. Ésta, dice el Papa Benedicto XIV, es una de las principales devociones del cristiano, y medio efficacísimo, no sólo de honrar la pasión y muerte del Hijo de Dios, sino también de convertir a los pecadores, enfervorizar a los tibios y adelantar a los justos en la virtud. En ella meditamos el doloroso camino que anduvo Jesús desde el pretorio de Pilatos hasta el monte Calvario, donde murió por nuestra Redención. Dió principio a esta devoción la Virgen Santísima; pues, según fué revelado a Santa Brígida, no tenía mayor consuelo que el recorrer los pasos de aquel sagrado camino regado con la sangre de su preciosísimo Hijo. Pronto innumerables cristianos siguieron su ejemplo, según atestigua San Jeróni-

mo: y así ¡cuántos peregrinos surcaban juzgarte,○vengan a tu encuentro○con las mares y exponían la vida para ganar las muchas indulgencias con que la Iglesia había enriquecido los santos lugares de Jerusalén! Mas, viendo esta solícita Madre, por una parte el copioso fruto que de tan pía devoción sacaban los fieles, y por otra la imposibilidad en que muchos se hallaban de emprender viaje tan largo y peligroso, varios Sumos Pontífices, en particular Clemente XII, Benedicto XIII y XIV y León XII, franqueando largamente los tesoros de la Iglesia, concedieron que, visitando las Cruces bendecidas con especial facultad del Sumo Pontífice y autorización del Prelado diocesano, ganasen los fieles las mismas indulgencias que habían concedido a los lugares santos de Jerusalén.

MODO BREVE

DE HACER EL VÍA CRUCIS

Ejercicio preparatorio

V) Adoramos te, Christe, et benediicmus tibi.

R) Quia per sanctam crucem et mortem tuam redemisti mundum.

OREMUS

Respice quæsumus Domine super hanc familiam tuam, pro qua Dóminus noster Jesus Christus non dubitavit manibus tradi nocentium et Crucis subire tormentum, Qui tecum vivit et regnat in sæcula sæculorum. R) Amén.

ACTO DE CONTRICIÓN

¡Oh Dios y Redentor mío! Vedme a vuestros pies arrepentido de todo corazón de mis pecados, porque con ellos he ofendido a vuestra infinita bondad. Quiero morir antes que volver a ofenderos, porque os amo sobre todas las cosas.

V) Miserere nostri, Domine.

R) Miserere nostri.

Madre llena de aflicción,
de Jesucristo las llagas
grabad en mi corazón.

Stabat Mater dolorosa,
juxta crucem lacrymosa,
dum pendébat Filius.

Oración preparatoria

*Por la señal de la santa cruz, etc.
Señor mío Jesucristo, etc.*

Oh amabilísimo Jesús mío, heme aquí postrado ante tu acatamiento divino, implorando tu misericordia en favor de tantos pecadores infelices, de las benditas Ánimas del Purgatorio y de la Iglesia universal. Aplícame, te ruego, los merecimientos infinitos de tu sagrada Pasión, y concédeme los tesoros de indulgencias con que tus Vicarios en la tierra enriquecieron la devoción del *Vía Crucis*. Acéptalos en satisfacción de mis pecados y en sufragio de los difuntos a quienes tengo más obligación.

Y tú, afligidísima Madre mía, por aquella amargura que inundó tu corazón cuando acompañaste a tu santísimo Hijo al Calvario, haz se penetre mi alma de los sentimientos de que estabas entonces animada. Alcánzame del Señor vivo dolor y detestación del pecado, y valor para que, abrazando la cruz, siga las huellas de tu amable Jesús. No me niegues esta gracia, oh Madre mía: haz que tomando ahora parte en tu dolor logre un día acompañar a tu Hijo en el triunfo de la gloria. Amén.

Al ir de una estación a otra, unos cantan el *Jesu, Rex mitis*, o las preces de la Pasión, otros una estrofa del *Stabat Mater*; pero nada mueve

ni entusiasmo tanto al pueblo como el *Perdón*, *oh Dios mío*, o estas estrofas cantadas con pausa y devoción. Su autor fué el P. Ramón García, de la Compañía de Jesús; y el estribillo común a todas las estaciones, es el siguiente:

Llevemos animosos
las cruces abrazadas;
sigamos sus pisadas
con llanto y compasión.

Los que hicieren devotamente el *Vía Crucis* pueden conseguir:

- 1) *Indulgencia Plenaria* cuantas veces lo hicieren.
- 2) *Otra Plenaria* si en el mismo día, en que lo hicieron o bien dentro del mes, realizado 10 veces el *Vía Crucis*, se acercaren a la *Sagrada Comunión*.
- 3) *Indulgencia de 10 años* por cada una de las *Estaciones* si comenzando el ejercicio, se hubiere de interrumpir por cualquier causa razonable.

Para ganar estas indulgencias se requiere como condición indispensable la meditación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y el trasladarse de una estación a otra, salvo el caso de que se haga en común por todos los fieles que están en la iglesia, pues entonces basta ponerse de pie y arrodillarse en cada estación.

Conviene advertir que el rezar en cada una de las Estaciones el *Adoramos te, Christe*, etc., los *Padre nuestros* y *Aveurias* con el *Miserere nostri*, *Dómine*, etc., es tan sólo piadosa y laudable costumbre, pero no es necesario para ga-

nar las Indulgencias, para lo cual basta meditar en la Pasión de Jesús.

Los que, por enfermedad u otra causa, se hallaren impedidos de recorrer las estaciones del *Vía Crucis*, pueden ganar las Indulgencias rezando 14 *Padre nuestros*, *Avemarias* y *Gloria*, junto con la meditación de la Pasión; además, otros 5 *Padre nuestros*, *Avemarias* y *Gloria*, a las Llagas de Jesús; y uno según la intención del Sumo Pontífice, teniendo entre las manos un Crucifijo bendecido por un sacerdote que tenga la facultad de aplicar dichas Indulgencias. Si no pudieren rezar todos los *Pater*, *Ave* y *Gloria* prescriptos para la Indulgencia plenaria ganarán una parcial de 10 años por cada *Pater*, *Ave* y *Gloria*. Los enfermos que no puedan hacer el *Vía Crucis* en la forma ordinaria ni en la arriba indicada lucran las mismas indulgencias con tal que con afecto y ánimo contrito besen o contemplen el Crucifijo bendecido para este fin, que les fuera mostrado por el sacerdote u otra persona y recen si pueden alguna breve oración o jaculatoria en memoria de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. (Clemente XIV, Audiencia 26 de Enero de 1773; S. C. Indulg. 16 de Septiembre de 1859; S. Penit. Apost. 25 de Marzo de 1931, 20 de Octubre de 1931 y 18 de Marzo de 1932).

PRIMERA ESTACIÓN



Jesús condenado a muerte.

Primera estación

Jesús condenado a muerte

- | | |
|-------------------------------|------------------------|
| V) <i>Adoramus te, Chris-</i> | V) Te adoramos, Señor, |
| <i>te, et benedicimus</i> | y bendecimos. |
| <i>tibi.</i> | |
| R) <i>Quia per sanctam</i> | R) Porque con tu santa |
| <i>Crucem tuam rede-</i> | cruz redimisti al |
| <i>misti mundum.</i> | mundo. |

¿Lo ves, alma cristiana? Está el inicuo juez sentado en el tribunal, y a sus pies el Hijo de Dios, Juez de vivos y muertos, lleno de confusión, las manos atadas como un facineroso, oyendo la más ignominiosa sentencia. ¡Oh Jesús mío amantísimo! ¡Vos, Autor de la vida condenado a muerte! ¡Vos, la inocencia y santidad infinitas, condenado a morir en un infame patíbulo, como el más insigne malhechor! ¡Ay! ¡qué amor tan grande el vuestro, y qué ingratitud tan monstruosa la mía, pues os condeno de nuevo a la muerte cada día. ¿Y por qué? ¡Por un sucio deleite... por un mezquino interés... por un *qué dirán!*

Perdonadme, dulcísimo Jesús mío; y por esa inicua sentencia, no permitáis que sea yo un día condenado a la muerte eterna, que merecerían mis pecados.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

V) <i>Miserere nostri, Domine.</i>	de nosotros.
R) <i>Miserere nostri.</i>	R) <i>Piedad, Señor, piedad.</i>
V) <i>Fidelium, animæ per misericordiam Dei requiescant in pace.</i>	V) <i>Que las almas de los fieles difuntos por la misericordia de Dios</i>
R) <i>Amen.</i>	<i>descansen en paz.</i>

V) *Ten, Señor, piedad* R) *Amén.*

Por mí, Señor, inclinas
El cuello a la sentencia;
Que a tanto la clemencia
Pudo llegar de Dios.

Oye el pregón, oh Madre,
Llevado por el viento,
Y al doloroso acento
Ven del Amado en pos.

Llevemos, etc.

SEGUNDA ESTACIÓN



Jesús cargado con la Cruz.

Segunda estación

Sale Jesús con la cruz auestas

Adoramus te, Christe, etc., como en la primera estación.

¡Y queréis, inocentísimo Jesús mío, llevar Vos mismo cual otro Isaac, el instrumento del suplicio! ¡Estáis exhausto de fuerzas! ¡Vuestras espaldas y hombros están doloridos y rasgados por los azotes! ¡La cruz es larga y pesada! ¡Y cuánto no acrecientan todavía su peso mis iniquidades y las de todo el mundo!... Sin embargo, la aceptáis, y besándola la abrazáis y lleváis con inefable ternura por mi amor.

¡Y aborrecerás, tú, pecador, la ligera cruz que Dios te envía? ¡Querrás tú ir al cielo por los deleites y regalos, yendo allá el inocentísimo Jesús por el dolorosísimo camino de la cruz?...

Reconozco mi engaño, Salvador mío; enviadme penas y tribulaciones, que resuelto estoy a sufrirlas con resignación y

alegría, por amor de un Dios que tanto padeció por mí.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc., como en la primera estación.

Esconde, justo Padre,
La espada de tu ira.
Y al monte humilde mira
Subir el dulce Bien.

Y tú, Señora, gime
Cual tórtola inocente;
Que tu gemir clemente
Le amansará también.

Llevemos, etc.

TERCERA ESTACIÓN



Jesús cae la primera vez.

Tercera estación

Jesús cae por primera vez

Adoramus te, Christe, etc.

No extraño, dulce Jesús mío, que sucumbáis rendido al enorme peso de la cruz. Lo que me pasma y hace llorar a los Ángeles de paz es la bárbara fiereza con que os tratan esos sayones inhumanos. Si cae un vil jumento se le tiene compasión, lo ayudan a levantarse. Pero cae el Rey de los cielos y tierra, el que sostiene la admirable fábrica del universo, y lejos de moverse a compasión, le insultan con horribles blasfemias, le maltratan y acocean con diabólico furor...

¿Y qué hacíais, en qué pensábais entonces, dulce Jesús mío?... En ti pensaba, pecador, por ti sufría con infinita paciencia y alegría. Tú habías merecido los oprobios y tormentos más horribles; y yo para librarte de ellos he querido pasar por este espantoso suplicio. ¿No estás todavía satisfecho?... ¿Quieres aún mal-

tratarme con nuevas ofensas? Aquí me tienes; descarga tú también fieros golpes sobre mí.

No, Jesús mío, no; antes morir que volver a ofenderos.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Oh, pecador ingrato,
Ante tu Dios maltratado,
Ven a llorar herido
De contrición aquí.

Levántame a tus brazos
¡Oh bondadoso Padre!
Ve de la tierna Madre
Llanto correr por mí.

Llevemos, etc.

CUARTA ESTACIÓN



Jesús encuentra a su S. Madre.

Cuarta estación

Jesús encuentra a su Sma. Madre

Adoramus te, Christe, etc.

¡Qué sentiste, oh angustiada Señora, al ver aquel trágico espectáculo! ¡El pregonero publicando con lúgubre trompeta la sentencia fatal! ¡Una multitud inmensa que se agrupa, profiriendo injurias y blasfemias contra Jesús! ¡Los soldados y sayones en dos filas, y en medio de dos malhechores!... ¡ay! ¿Le conoces, oh Madre amantísima? ¿Es ése tu Hijo benditísimo? ¿Es ése el más hermoso de los hijos de los hombres, la beldad de los cielos y la alegría de los Ángeles? ¿Aquel Hijo de Dios que con tanto regocijo nació en Belén? ¡Ay! ¿dónde están ahora los Reyes y Pastores que entonces le adoraban? ¿Qué se han hecho los Espíritus celestiales que entonaban entonces himnos de alabanza? ¡Ay! ¡qué trocado está! ¡Sus ojos inundados de lágrimas y sangre, co-

ronada de espinas su cabeza; todo Él hecho una llaga! ¡Oh María, afligida entre todas las mujeres! ¡Oh Madre, la más desolada de todas las madres! ¡Oh Hijo, maltratado sobre todos los hijos de Adán! ¡Oh Jesús! ¡Oh María! perdonad a este ingrato, a este pecador, a este monstruo, causa de tanta amargura.

Padre nuestro Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Cercadla, Serafines,
No acabe en desaliento.
No muera en el tormento
La Rosa virginal.

¡Oh acero riguroso!
Deja su pecho amante
Vuélvete a mí cortante.
Que soy el criminal.

Llevemos, etc.

QUINTA ESTACIÓN



Jesús ayudado por Simón de Cirene.

Quinta estación

Jesús ayudado por el Cireneo

Adoramus te, Christe, etc.

Temiendo los judíos no se les muera Jesús antes de llegar al Calvario, no por aliviarle, sino por el deseo que tienen de crucificarle, buscan quien le ayuda a llevar la cruz, y no la encuentran. Había entonces en Jerusalén tantos millares de hombres, y sólo Simón Cireneo acepta este favor, y aun por fuerza.

¡Y así te desamparan, oh Jesús mío! ¿No fueron cinco mil los hombres que alimentaste por cinco panes en el desierto? ¿No son innumerables los ciegos, paralíticos, y enfermos que sanaste? ¡Y nadie quiere llevar tu cruz! ¡Y ella, no obstante, nos predica la *latitud* de tu misericordia, la *longitud* de tu justicia, la *sublimidad* de tu poder y lo *profundo* de tu sabiduría infinita! ¡Oh misterio incomprendible! Muchos admiran tus prodigios y tu doctrina; mas pocos gustan de padecer contigo.

Teman, pues, los enemigos de la cruz,
oyendo a Cristo que dice: *El que no lleva
su cruz y viene en pos de mí, no puede
ser mi discípulo.*

*Padre nuestro, Ave María y Gloria
Patri.*

Miserere nostri, etc.

Toma la cruz preciosa,
Me está el deber clamando;
Tan generoso, cuando
Delante va el Señor.

Voy a seguir constante
Las huellas de mi Dueño;
Manténgame el empeño,
Señora, tu favor.

Llevemos, etc.

SEXTA ESTACIÓN



La Verónica limpia el rostro de Jesús.

Sexta estación

La Verónica enjuga el rostro de Jesús

Adoramus te, Christe, etc.

¡Qué valor el de esta piadosa mujer! Ve aquel rostro divino a quien desean contemplar los *Ángeles*, cubierto de polvo, afeado con salivas, denegrido con sangre; y movida de compasión, quítase la toca, atropella por todo, y acercándose al Salvador, le enjuga su rostro desfigurado.

¡Ay! ¡cómo confunde esta mujer fuerte la cobardía de tantos cristianos, que por vano temor del *qué dirán*, no se atreven a obrar bien! ¡Oh, dichosa Verónica, y cómo premia el Señor tu denuedo, dejando su rostro Santísimo estampado en tres pliegues de esa afortunada toca!

¿Quieres tú, cristiano, que Dios imprima en tu alma una perfecta imagen de sus virtudes? Huella, pues, generoso el respeto humano, como la Verónica; haz con fervor, haz a menudo el *Vía Cruz*; y no dudes que Jesús grabará en tu alma

un fiel traslado de sus virtudes y viéndote el Eterno Padre semejante al divino Modelo de predestinados, te admitirá en el cielo.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Tu imagen, Padre mío,
Ensangrentada y viva,
Mi corazón reciba,
Sellada con la fe.

¡Oh Reina! de tu mano
Imprímela en mi alma,
Y a la gloriosa palma
Contigo subiré.

-Llevemos, etc.

SÉPTIMA ESTACIÓN



Jesús cae la segunda vez.

Séptima estación

Jesús cae por segunda vez

Adoramus te, Christe, etc.

Sí; Jesús cae por segunda vez con la cruz; nuevas injurias y golpes, nueva crueldad de parte de los judíos; nuevos dolores y tormentos, nuevos rasgos de amor de parte de Jesús. Parece que el infierno desahogara contra Él todo su furor; mas ¿qué hará el Señor? ¿Dejará la empresa comenzada? ¿Hará como nosotros, que a una ligera contradicción abandonamos el camino de la virtud? No, no; bien podrán decirle: *Si eres Hijo de Dios, baja de la Cruz*; por lo mismo que lo es, allí permanecerá hasta morir.

¿Y cuándo, Señor, imitaré vuestra heroica constancia? ¡Ah! no siendo coronado, si no el que peleando legítimamente perseverare hasta el fin, ¿de qué me serviría abrazar la virtud y llevar la cruz solamente algún día? Cueste, pues, lo que

cueste, quiero, con vuestra gracia divina,
amaros y serviros hasta morir.

*Padre nuestro, Ave María y Gloria
Patri.*

Miserere nostri, etc.

Yace el divino Dueño
Segunda vez postrado:
Detesta ya el pecado,
Deshecho en contrición.

Oh Virgen, pide amante
Que borre tanta ofensa
Misericordia inmensa,
Pródiga de perdón.

Llevemos, etc.

OCTAVA ESTACIÓN



Jesús consuela a las piadosas mujeres.

Octava estación

Jesús consuela a las mujeres

Adoramus te, Christe, etc.

¡Qué caridad tan ardiente! ¡Olvidando sus atrocísimos dolores, sólo se acuerda de nuestras penas el amante Jesús! *Hijas de Jerusalén*, dice a las piadosas mujeres que le seguían llorando: *no lloréis mi suerte; llorad más bien sobre vosotras y sobre vuestros hijos.*

Pero, ¿puede haber objeto más digno de llanto que la pasión y muerte del Hijo de Dios?... Sí, cristiano; hay cosa más digna de lágrimas, y de lágrimas eternas; y es el pecado. Pues el pecado es la única causa de la pasión y muerte tan ignominiosa; él es el origen y el colmo de todos los males; mal terrible, el único mal, mal infinito de Dios y de la criatura. ¡Y no obstante tú pecas con tanta facilidad! ¡Y te confiesas con tanta frialdad! ¡Y recaes tan a menudo en el pecado! ¡Y pasas

tranquilo días, meses y hasta la vida entera en el pecado!

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Matronas doloridas,
Que al Justo lamentáis,
¿Por qué, si os lastimáis,
La causa no llorar?

Y pues la cruz le dimos.
Todos los delincuentes,
Broten los ojos fuentes
De angustia y de pesar.

Llevemos, etc.

NOVENA ESTACIÓN



Jesús cae la tercera vez.

Novena estación

Jesús cae por tercera vez

Adoramus te, Christe, etc.

¿Qué es esto, Jesús mío? ¡Vos, *resplandor de la gloria del Padre*, consuelo de los Mártires, hermosura y alegría del cielo, Vos, caído en tierra, primera, segunda y tercera vez! ¿No sois Vos la fortaleza de Dios?...

“¿Y qué, hijo mío, no has pecado tú más de dos o tres veces? ¿No recaes cada día *innumerales* veces en el pecado? ¿Por qué esa perpetua inconstancia en mi servicio? Hoy formas generosos propósitos, y mañana están ya olvidados; ahora me entregas el corazón, y un instante después ya no suspiras sino por pasatiempos y liviandades. ¡Ay! yo caigo por segunda y tercera vez para expiar tus continuas recaídas; caigo para alzarte a ti de la tibieza; caigo, para que, temerario, no te expongas de nuevo al peligro de recaer en pecado; caigo, en fin, para que no caigas tú jamás en el abismo del infierno”.

Gracias, Dios mío, por tan inefable bondad; y por esta tan dolorosa caída, dadme fuerza, os suplico, para que me levante por fin del pecado, y camine firme y constante en vuestro sano servicio.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

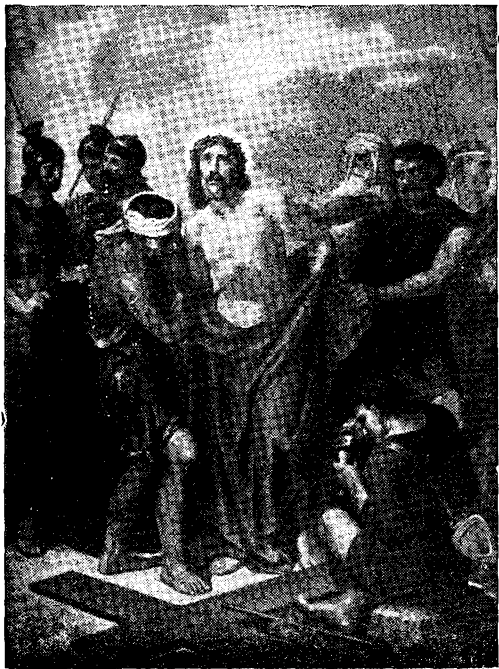
Miserere nostri, etc.

Al suelo derribado
Tercera vez el Fuerte
Nos alza de la muerte
A la inmortal salud.

Mortales, ¿qué otro exceso
Pedimos de clemencia?
No más indiferencia,
No más ingratitud.

Llevemos, etc

DÉCIMA ESTACIÓN



Jesús despojado de sus vestiduras.

Décima estación

Jesús despojado de sus vestiduras

Adoramus te, Christe, etc.

Cuando te curan una herida, por fino que sea el lienzo que la envuelve, y por cuidado que tenga la más cariñosa madre, ¿qué dolor no sientes al despegarse la tela de la carne viva? ¿Cuál sería, pues, el tormento de Jesús al quitarle las vestiduras? Como había derramado tanta sangre, estaban pegadas a un cuerpo llagado; vienen los verdugos y las arrancan con tanta fiereza, que llevan tras sí la corona, y hasta pedazos de carne que se le habían pegado. . . ¿Y en qué pensábais, oh purísimo Jesús, al veros desnudo delante de tanta muchedumbre? “En ti pensaba, pecador; en los pecados impuros que sin escrúpulos cometes; por ello ofrecía yo al Eterno Padre esta confusión y suplicio tan atroz. Sabía cuánto te costaría deshacerte de aquel mal hábito, privarte de aquel placer, romper con aquella amistad

criminal; por eso permití en mi cuerpo inocentísimo tan horrible carnicería”.

¡Oh inmensa caridad la tuya! ¡Oh negra ingratitud la mía! Nunca más, Señor, renovar esas llagas con desenfrenada licencia; nunca más pecar.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

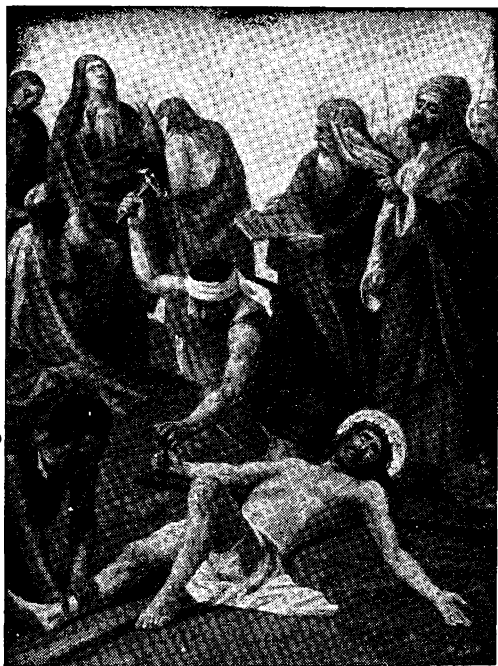
Miserere nostri, etc.

Tú bañas, Rey de Gloria,
Los cielos en dulzura;
¿Quién te afligió, Hermosura,
Dándote amarga hiel?

Retorno a tal fineza
La gratitud pedía;
Cese ya, Madre mía,
De ser mi pecho infiel.

Llevemos, etc.

UNDÉCIMA ESTACIÓN



Jesús clavado en la Cruz.

Undécima estación

Jesús clavado en la cruz

Adoramus te, Christe, etc.

¿Quién de nosotros tendría valor para sufrir que le atravesasen pies y manos con gruesos clavos? ¿Quién tendría ánimo para ver así atormentado a su mayor enemigo? Pues este atroz tormento padece Jesús por nuestro amor. Ya le tienden sobre el lecho del dolor, ya enclavan aquella mano omnipotente que había formado los cielos y la tierra; ya brota un raudal de sangre; mas esto es poco. Enco-gido el cuerpo con el frío y los tormentos, no llegaban la otra mano ni los pies a los agujeros hechos de antemano en la cruz; los atan, pues, con cordeles, y tiran con inhumana crueldad, desencajando de su lugar aquellos huesos santísimos. ¡Qué dolor! ¡Qué tormento!

Todo lo contempla su Madre amantísima; ningún alivio, ni una gota de agua puede dar a su Hijo; ¿y vive todavía?

¿Y no muero yo de dolor, siendo mis pecados la causa de tanto tormento?

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

El manantial divino
De sangre está corriendo;
Ven, pecador, gimiendo,
Ven a lavarte aquí.

Misericordia imploro
Al pie del leño santo:
Virgen, mi ruego y llanto
Acepte Dios por ti.

Llevemos, etc.



DUODÉCIMA ESTACIÓ



Jesús muere en la Cruz.

Duodécima estación

Jesús muriendo en la cruz

Adoramus te, Christe, etc.

Contempla, cristiano, a esos dos malhechores crucificados con el Señor. ¡Qué maldades no habría hecho el buen ladrón! Sin embargo, dice a Jesús: *Acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino*; y al instante oye: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso*. ¡Qué bondad la de Dios! ¡Cuán pronto, pecador, recobrarías la gracia y amistad divina, si quisieses arrepentirte de veras!

Pero si dejas tu conversión para la muerte, ¡ay! teme no te suceda lo que al mal ladrón. ¡Qué hombre tuvo jamás mejor ocasión para convertirse? Dios derramaba su Sangre por él; tenía a sus pies a la abogada de pecados, María Santísima; a su lado estaba Jesucristo, el sacerdote más celoso del mundo, para ayudarle a bien morir; oye la exhortación de su compañero; ve toda la naturaleza estre-

mecida; y sin embargo, muere como ha vivido; continúa blasfemando, y se condena eternamente.

¡Ay! no permitas, Jesús mío, que sordo a tus inspiraciones divinas, deje yo mi conversión para la muerte.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Muere la vida nuestra
Pendiente del madero:
¿Y yo, cómo no muero
De amor, o de dolor?

¡Ay! casi no respira
La triste Madre yerta.
Del cielo abrir la puerta
Bien puedes ya, Señor.

Llevemos, etc.

DÉCIMOTERCERA ESTACIÓN



Jesús depuesto de la Cruz.

Décimotercera estación

Jesús muerto en brazos de su Madre

Adoramus te, Christe, etc.

¡Ay! ¡adónde iré, oh afligida Madre mía! Tu Hijo ha muerto, y mis pecados son los verdugos que le enclavaron en cruz y le dieron muerte inhumana. ¡Ay, infeliz de mí! Yo he apagado la luz de tus ojos, y acabado la alegría de tu corazón. Sí, yo desfiguré ese rostro hermosísimo, yo taladré esos pies y manos que sostienen el firmamento, yo traspasé esta augusta cabeza, y abrí esas llagas; yo descoyunté y despedacé ese inocentísimo cuerpo, que tienes en tus brazos. ¡Ay! reo de tan horrendo deicidio, ¿a dónde iré? ¿Dónde me ocultaré? Pero por monstruosa que sea mi ingratitud, tú eres mi Madre y yo soy tu hijo. Jesús acaba detransferir en mí los derechos que tenía a tu amor. Me arrojo, pues, en tus brazos con la más viva confianza. No me desprecies, oh dulce refugio de pecadores arrepen-

tidos; mírame con ojos de bondad, y am-
párame ahora y en el trance de la muerte.

*Padre nuestro, Ave María y Gloria
Patri.*

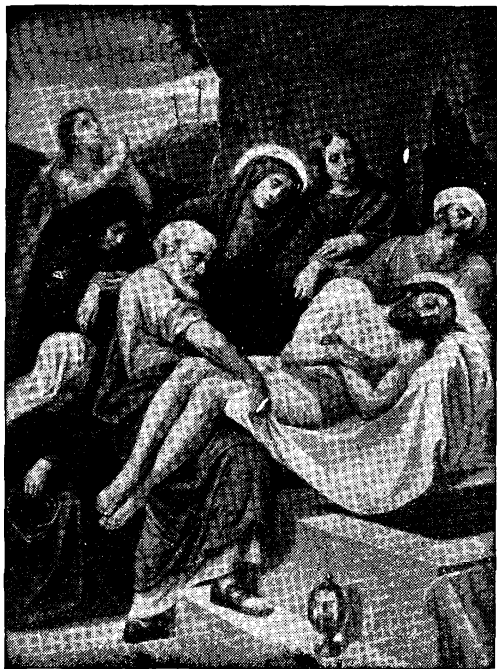
Miserere nostri, etc.

Dispón, Señora, el pecho
Para mayor tormenta;
La víctima sangrienta
Viene a tus brazos ya.

Con su preciosa Sangre
Juntas materno llanto:
¿Quién, Madre, tu quebranto
Sin lágrimas verá?

Llevemos, etc.

DÉCIMOCUARTA ESTACIÓN



Jesús puesto en el sepulcro.

Décimocuarta estación

Jesús puesto en el sepulcro

Adoramus te, Christe, etc.

Contempla, alma cristiana, como José de Arimatea y Nicodemo, postrados a los pies de María, le piden el dulce objeto de sus caricias, y ungiéndole con preciosos aromas le amortajan y ponen en un nuevo sepulcro de piedra. ¡Ah! ¡cuál sería el dolor de la Virgen! Sin duda: *grande era como el mar su amargura* cuando vió a su Hijo ensangrentado, enclavado y expirado en un patíbulo infame; pero a lo menos le veía; tal vez le abrazaba y lavaba con sus lágrimas. Mas ahora, oh angustiada Señora, una losa te priva de este último consuelo. ¡Oh sepulcro afortunado! ya que encierras el adorado cuerpo del Hijo y el purísimo corazón de la Madre, guarda también con esas prendas riquísimas mi pobre corazón. Sea éste, Dios mío, el sepulcro donde descanséis;

sean los puros afectos de mi alma los lienzos que os envuelvan, y los aromas que os recreen. En fin, muera yo al mundo, a sus pompas y vanidades, para que viviendo según el espíritu de Jesús resucite y triunfe glorioso con Él por siglos infinitos.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Al Rey de las virtudes
Pesada losa encierra
Pero feliz la tierra
Ya canta salvación.

Sufre, un momento, Madre,
La ausencia del Amado:
Pronto, de ti abrazado
Tendrásle al corazón.

Llevemos, etc.

ADORACIÓN
A LAS CINCO LLAGAS DE JESÚS
CRUCIFICADO

A la llaga del Pie izquierdo

Adórote, llaga sacratísima del Pie izquierdo de mi Señor Jesucristo; y la Sangre que por ella derramaste, te suplico, benignísimo Salvador mío, me concedas una fe viva y perdones los malos pasos y movimientos de mi vida disipada. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

A la llaga del Pie derecho

Adórote, llaga sacratísima del Pie derecho de mi Señor Jesucristo; y por el dolor que en ella padeciste, te suplico, dulcísimo Redentor mío, traspases mi alma con el clavo de tu santo temor, concediéndome una firme esperanza, y la gracia de andar siempre recto por el camino real de tu santa ley. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

A la llaga de la Mano izquierda

Adoro, amantísimo Jesús mío, la llaga de la Mano izquierda; te doy gracias de haberla sufrido por mi amor. Concédeme, por la sangre que de ella derramaste, una caridad ardiente, y perdóname las ofensas que te hice con mis perversas acciones, palabras y sentidos. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

A la llaga de la Mano derecha

Adoro, pacientísimo Jesús, la llaga santísima de tu Mano derecha; y por los tormentos que en ella padeciste por mi amor, te suplico me perdones el mal uso que hice de mis potencias, y me otorgues la gracia de estar en el juicio final a tu mano derecha con los escogidos. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

A la llaga del Costado

Adórote, llaga amorosísima del Costado de Jesús; ¡quién pudiese morar siempre en este asilo sagrado, en ese divino Corazón, donde descansan los Escogidos!

Por la sangre y agua preciosa que salió de ese Costado abierto con una lanzada por mi amor, y por el agudo dolor, que atravesó el Corazón de tu amantísima Madre, concédeme, Señor, la perseverancia final, y penetra mi corazón de los nobles afectos que animaban a tu divino Corazón. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

V) *Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.*

R) *Quia per Sanctam Crucem tuam redimisti mundum.*

OREMUS

Respice, quaesumus, Dómine, super hanc familiam tuam, pro qua Dóminus noster Jesus Christus non dubitavit manibus tradi nocentium, et crucis subire tormentum. Qui tecum vivit et regnat, etcétera.

OFICIOS

DE LA SEMANA SANTA

DOMINGO DE RAMOS

Acabada Tercia y hecha la aspersión del agua bendita, como se acostumbra, el sacerdote vestido de capa pluvial morada, o sin casulla, con los ministros vestidos también, irá a bendecir los ramos de palma y de olivo, o de otros árboles puestos en medio, delante del altar, o al lado de la Epístola, y primero canta el coro la Antífona.

Hosanna, salud y gloria al Hijo de David; bendito sea Él que viene en el nombre del Señor. ¡Oh Rey de Israel! Hosanna en las alturas.

Después, el sacerdote, estando al lado de la Epístola, sin volverse al pueblo, canta en tono de oración de Misa ferial.

V) El Señor sea con vosotros.

R) Y con tu espíritu.

ORACIÓN

Dios, cuyo amor y caridad nos justifica, multiplica en nosotros los dones de tu gracia inefable; y pues que en la muerte de tu Hijo nos hiciste esperar aquello que creemos haz que lleguemos a la gloria a que aspiramos, por la resurrección del mismo, que siendo Dios, vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. R) Amén.

Después, el subdiácono, en el lugar acostumbrado, canta en tono de Epístola la siguiente lección; concluida, besa la mano del sacerdote.

LECCIÓN DEL LIBRO DEL ÉXODO (Cap. 15)

En aquellos días; vinieron los hijos de Israel a Elím, donde había doce fuentes de agua y sesenta palmas, y acamparon junto a las aguas. Y partiendo de Elím toda la multitud de los hijos de Israel, llegó al desierto de Sión, que está entre Elím y Sinaí, el día 15 del segundo mes después que salieron de la tierra de Egipto. Y en este desierto toda la congregación de los hijos de Israel murmuró de Moisés y Aarón, diciéndole: ¡Ojalá hubié-

semos muerto por mano del Señor en la tierra de Egipto, cuando estábamos sentados junto a las ollas de carne, y comíamos pan cuanto queríamos! ¿Por qué nos sacásteis a este desierto para matar de hambre a todo el pueblo? Entonces dijo el Señor a Moisés: Mirad, yo os haré llover panes del cielo; salga el pueblo y recoja cuanto sea menester para cada día; porque quiero experimentarle si camina según mi ley o no. Mas el día sexto preparen lo que llevarén a sus casas, y sea otro tanto de lo que solían recoger cada día. Entonces dijeron Moisés y Aarón a todos los hijos de Israel: Esta tarde sabréis en las codornices qué os ha sacado de la tierra de Egipto. Y mañana por la mañana veréis resplandecer su gloria en el maná.

Mientras que se canta el R, el diácono pone el libro de los Evangelios sobre el altar y el sacerdote suministrándole el diácono la naveta, pone incienso en el incensario. Luego dice el diácono: Purifica mi corazón, etc., toma el libro del altar y pide la bendición al sacerdote. Después, teniendo el libro el subdiácono, y estando en medio de los acólitos con ciriales encendidos, signa el libro, lo incienso, y canta el Evangelio como se acostumbra.

LO QUE SIGUE DEL SANTO EVANGELIO
SEGÚN SAN MATEO (Cap. 21)

En aquel tiempo: Estando Jesús cerca de Jerusalén, y habiendo llegado a Betfage, al Monte Olivete, envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: Id a esa aldea que está enfrente de vosotros y luego hallaréis una borrica atada y un pollino con ella: Desatadla, y traédmelos; y si alguno os dijere algo, respondedle que el Señor los necesita, y luego los dejará. Todo esto sucedió, para que se cumpliese lo que estaba dicho por el profeta: Decid a la hija de Sión: He aquí a tu Rey, que viene a ti lleno de mansedumbre, montado en una borrica, y un pollino hijo de la que está bajo el yugo. Fueron, pues, los discípulos, y lo hicieron como Jesús los mandó. Trajeron la borrica y el pollino; pusieron sobre ellos sus vestidos, e hicieron montar a Jesús. Una grande multitud de pueblo tendió sus vestidos, en el camino, otros cortaban ramas de los árboles, y las echaban por donde pasaba; y las gentes que iban delante, como los que lo seguían,

clamaban diciendo: Hosanna al Hijo de David. Bendito sea Él que viene en el nombre del Señor.

Después, se bendicen los ramos. El sacerdote, estando en el mismo lado de la Epístola, dice en tono de oración ferial.

V) El Señor sea con vosotros.

R) Y con tu espíritu.

ORACIÓN

Dios, aumenta la fe de los que esperan en ti, y oye con benignidad nuestras humildes preces. Derrama con abundancia tus misericordias sobre nosotros, y bendice estos ramos de palma o de olivo; y así como para darnos una figura de las gracias que derramas sobre la Iglesia, las multiplicaste en Noé al salir del arca, y en Moisés, saliendo de Egipto con los hijos de Israel concédenos también, que llevando palmas y ramos de olivo, podamos con buenas obras salir al encuentro de Jesucristo, y entrar en el gozo eterno; por el mismo, que siendo Dios, vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.

R) Amén.

V) El Señor sea con vosotros.

R) Y con tu espíritu.

V) Levantad vuestros corazones.

R) Los tenemos hacia el Señor.

V) Demos gracias a Dios, nuestro Señor.

R) Digno y justo es.

Verdaderamente digno y justo es, debido y saludable que siempre y en todas partes te demos gracias, Señor Santo, Padre omnipotente, Dios eterno. Que eres glorificado en la congregación de tus Santos. Pues te sirven tus criaturas; porque sólo a Ti reconocen por tu Creador y por su Dios; todas tus obras te alaban y tus Santos te bendicen, confesando sin temor, ²delante de los reyes y potestades de este mundo al gran nombre de tu Unigénito Hijo. A cuyo trono asisten los Ángeles y Arcángeles, los Tronos y Dominaciones; y con toda la milicia del celestial ejército cantan este himno a tu gloria, diciendo sin cesar:

Canta el coro:

Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos. Los cielos y la tierra están llenos de tu gloria. Hosanna en las

alturas. Bendito sea Él que viene en el nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Síguese:

V) El Señor sea con vosotros.

R) Y con tu espíritu.

ORACIÓN

Suplicámoste, Señor Santo, Parre omnipotente, Dios eterno, que te dignes ben✠decir y santi✠ficar estos ramos de olivo que mandaste salir del tronco de árbol, y que la paloma volviendo al arca, llevó en su pico; para que los que los hubiesen recibido consigan tu protección para su alma y para su cuerpo; y esto, que es sím^bolo de tu gracia, sirva, Señor, de remedio para nuestra salvación. Por nuestro Señor, etc.

R) Amén.

ORACIÓN

Rogámoste, Señor, que ben✠digas estos ramos de palma o de olivo, y nos concedas que lo que hoy exteriormente hace tu pueblo en obsequio tuyo, lo cumpla espiritualmente con suma devoción, triunfando del enemigo, y aplicándose con todo el corazón a obras de misericordia. Por nuestro Señor, etc.

Aquí el celebrante pone incienso en el incensario, y después rocía tres veces los ramos con agua bendita diciendo:

Me rociarás con el hisopo, y seré purificado; me lavarás y quedaré más blanco que la nieve.

Concluída la bendición, se reparten los ramos, y el coro canta la Antífona siguiente:

Aña. Los Hijos de los Hebreos, llevando ramos de olivo, salieron a recibir al Señor, diciendo en voz alta. Hosanna en las alturas.

ORACIÓN

Dios Omnipotente y eterno, que hiciste que nuestro Señor Jesucristo montase en un pollino, y que inspirase a una multitud de pueblo que tendiese sus vestidos y echase ramas de árboles en el camino, y que en alabanza suya cantase Hosanna; suplicámoste nos concedas que podamos imitarles en la inocencia, y merezamos tener parte en su mérito. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

R) Amén.

Se hace la procesión, y primero el celebrante pone incienso, y el diácono vuelto al pueblo, dice:
Procedamos en paz.

Y el coro responde:

En nombre de Cristo. Amén.

Mientras anda la procesión, se canta la siguiente Antífona:

Aña. Estando el Señor cerca de Jerusaleén, envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: Id a esa aldea que está frente de vosotros, y hallaréis un pollino atado, en quien todavía ningún hombre ha montado; desatadlo y traédmelo. Si alguno os preguntare: ¿Por qué lo desatáis? respondedle: El Señor lo ha menester. Desatáronle los discípulos y lo llevaron a Jesús: echaron sobre él sus vestidos y el Señor lo montó. Unos tendían sus vestidos en el camino, otros echaban ramas de árboles, y los que los seguían, decían en voz alta: Hosanna, bendito sea **Él** que viene en nombre del Señor; bendito sea el reino de nuestro Padre David. Hosanna en las alturas. Hijo de David, ten misericordia de nosotros.

Quando volviere la procesión, cerrada la puerta de la iglesia, se canta por dentro y fuera lo siguiente:

V) Gloria, alabanza y honor te sea dado, Rey Cristo Redentor, a cuyo obsequio los hijos de los Hebreos cantaron con devoción Hosanna.

V) Ellos te complacieron; séate agradable nuestra devoción, Rey de bondad, Rey de clemencia, a quien todo lo bueno agrada.

R) Gloria, alabanza, etc.

Después, el subdiácono, con el astil de la cruz da un golpe a la puerta, y abriéndola, entra la procesión, y cantan:

R) Entrando el Señor en la santa ciudad, los hijos de los Hebreos, anunciando anticipadamente la resurrección de la vida. Con ramos de palma decían en alta voz: Hosanna en las alturas.

V) Habiendo oído el pueblo que Jesús venía a Jerusalén, salió a recibirle. Con ramos, etc.

Después, se celebra la Misa, teniendo los ramos en las manos cuando el Evangelio y la Pasión.

MISA

Léanse las oraciones de la Misa con la Pasión de nuestro Señor como sigue:

Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

En aquel tiempo salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró Jesús y sus discípulos. Y Judas que lo entregaba, sabía también el lugar, porque Jesús muchas veces había ido allí con sus discípulos. Habiendo, pues, Judas tomado una cohorte y ministros enviados de los pontífices y fariseos, fué allí con linternas, hachas y armas. Mas Jesús, que sabía todo lo que le había de suceder, se adelantó y les dijo: ✠ ¿A quién buscáis? C. Respondiéronle: S. A Jesús Nazareno. C. Díjoles Jesús: ✠ Yo soy. C. Estaba también con ellos Judas, el que lo entregaba. Luego que Jesús les dijo: Yo soy, volvieron atrás, y cayeron en tierra. Volvióles, pues, a preguntar: ✠ ¿A quién buscáis? C. Y respondieron ellos: S. A Jesús Nazareno. C. Díjoles Jesús: ✠ Ya os he dicho que yo soy; pues si a mí me buscáis, dejad

ir a éstos. C. Para que se cumpliera la palabra que había dicho. Ninguno perdí de los que me diste. Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó, e hiriendo a un criado del Pontífice, le cortó la oreja derecha. Llamábase Malco el criado. Pero Jesús, dijo a Pedro: ✠ Mete tu espada en la vaina; ¿no he de beber el cáliz que mi Padre me dió? C. Entonces la cohorte, el tribuno y los ministros de los Judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a casa de Anás, por ser suegro de Caifás, que era el Pontífice de aquel año. Y era Caifás el que había dado este consejo a los Judíos, que convenía muriese un hombre por el pueblo. Seguían a Jesús, Simón Pedro, y otro discípulo. Este discípulo era conocido del Pontífice, y entró con Jesús en el atrio de la casa del Pontífice. Mas Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo conocido del Pontífice, habló a la portera, e hizo entrar a Pedro. Entonces esta criada portera dijo a Pedro: S. ¿Eres tú también uno de los discípulos de este hombre? C. Respondióle Pedro. S. No lo soy. C. Estaban allí los criados y ministros calentándose a la lumbre porque hacía frío, y Pedro estaba también en pie con ellos calentándose.

Entretanto el Pontífice preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Respondióle Jesús: ✠ Yo hablé públicamente al mundo; yo siempre enseñé en la sinagoga y en el templo donde concurren todos los Judíos, y nada hablé en oculto. ¿Por qué no preguntas a los mismos que oyeron, lo que les hablé? que ellos saben lo que les he enseñado. C. Habiendo Jesús dicho esto, uno de los ministros que estaban allí, dió una bofetada a Jesús diciendo: S. ¿Así respondes al Pontífice? C. Díjole Jesús: Si hablé mal, muéstrame en qué; y si bien, por qué me hieres? C. Y Anás le envió atado al Pontífice Caifás. Entretanto estaba en pie Simón Pedro calentándose. Y le dijeron: S. ¿Eres tú también uno de sus discípulos? Él lo negó, diciendo: No lo soy. C. Díjole uno de los criados del Pontífice, pariente de aquel a quien Pedro cortó la oreja: S. Pues que ¿no te vi yo con él en el huerto? C. Pedro otra vez lo negó, y luego cantó el gallo. Llevaron a Jesús desde la casa de Caifás al Pretorio. Y era por la mañana, y ellos no entraron en el Pretorio por no contaminarse y por comer la Pascua. Salió, pues, Pilato, afuera hacia ellos, y les dijo: S. ¿Qué acusación tráeis con-

tra este hombre? C. Respondieron diciéndole: S. Si éste no fuera malhechor, no te lo entregaríamos. C. Díjoles Pilato: S. Tomadlo vosotros, y juzgado según vuestra ley. C. Respondiéronle los Judíos: S. A nosotros no nos es permitido matar a nadie. C. Para que se cumpliera la palabra que había dicho Jesús cuando significó de qué muerte había de morir. Entró otra vez Pilato en el Pretorio, llamó a Jesús y le dijo: S. ¿Eres tú el rey de los Judíos? Respondióle Jesús: ✠ ¿Dices esto de ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? D. Díjole Pilato: S. ¿Acaso soy yo Judío? Los de tu nación y los Pontífices te entregaron en mis manos. ¿Qué has hecho? C. Respondió Jesús: ✠ Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis ministros ciertamente pelearían por mí para que no fuese entregado a los Judíos. Mas ahora mi reino no es de aquí. C. Díjole entonces Pilato: S. ¿Luego tú eres rey? C. Respondió Jesús: ✠ Tú lo dices, que soy yo rey. Yo para esto nací, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo aquel que es amante de la verdad, oye mi voz. C. Pídele Pilato: S. ¿Qué cosa es la verdad? Y dicho esto, salió otra vez

hacia los Judíos, y les dijo: S. Yo no hallo en éste, delito alguno. Mas vosotros tenéis de costumbre que en la Pascua os suelte un reo. ¿Queréis, pues, que os suelte al rey de los Judíos? C. Entonces volvieron todos a gritar, diciendo: S. No queremos que sueltes a ése, sino a Barrabás. C. Era Barrabás ladrón. Tomó entonces Pilato a Jesús, y le azotó. Y los soldados, tejiendo de espinas una corona, la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron de púrpura; y llegándose a él le decían: S. Dios te salve, rey de los Judíos. C. Y le daban bofetadas. Salió Pilato otra vez afuera hacia ellos, y les dijo: S. Ved aquí, os lo saco afuera, para que conozcáis que no hallo en él delito alguno. C. (Salió, pues, Jesús, llevando la corona de espinas y el vestido de púrpura); y díjoles Pilato: S. Ved aquí el hombre. C. Luego que lo vieron los Pontífices y los ministros, gritaban diciendo: S. Crucifícale, crucifícale. C. Díjoles Pilato. S. Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo en él delito alguno. C. Respondiéronle los Judíos: S. Nosotros tenemos ley, y según nuestra ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios. C. Cuando Pilato oyó estas palabras tuvo más miedo. Y entrando otra

vez en el Pretorio, preguntó a Jesús: S. ¿De dónde eres tú? C. Mas Jesús no le respondió: Díjole entonces Pilato: S. ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte? C. Respondióle Jesús: ✠ Ningún poder tendrías sobre mí si no te fuera dado de arriba. Por esto el que me entregó a ti tiene mayor pecado. C. Desde entonces buscaba Pilato algún medio para soltarle. Mas los Judíos gritaban diciendo: S. Si sueltas a ése, no eres amigo del César; porque cualquiera que se hace rey, se declara contra el César. C. Oyendo Pilato estas palabras, sacó afuera a Jesús y sentóse en el tribunal, en el lugar llamado Lithóstrotos, y en hebreo Gábatha. Era entonces la Parasceve de la Pascua, y cerca de la hora de sexta. Entonces dijo Pilato a los Judíos: S. Ved aquí vuestro rey. C. Mas ellos gritaban: S. Quítalo, quítalo, crucifícale. C. Díjoles Pilato: S. ¿Crucificaré a vuestro rey? C. Respondieron los Pontífices: S. No tenemos otro rey que el César. C. Entonces Pilato les entregó a Jesús para ser crucificado y ellos lo tomaron y lo sacaron afuera. Y Jesús llevando la cruz a cuesta, fué de este modo al lugar llamado Calvario, y en hebreo Gólgota, donde lo crucifi-

caron, y con él otros dos, uno a un lado y otro a otro, y Jesús en medio. Escribió también Pilato un título que puso sobre la cruz, y estaba escrito en él: *Jesús Nazareno, rey de los Judíos*. Este título leyeron muchos Judíos porque estaba cerca de la ciudad el lugar donde Jesús fué crucificado, y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. Decían, pues, a Pilato los Pontífices de los Judíos: S. No escribas rey de los Judíos, sino que dijo él: Soy el rey de los Judíos. Respondió Pilato: S. Lo que he escrito, he escrito. C. Los soldados después de haberlo crucificado, tomaron sus vestidos (e hicieron de ellos cuatro partes, una para cada soldado) y tomaron también la túnica; y como era sin costura, tejida de arriba abajo, dijeron unos a otros: S. No la rasguemos, sino echemos suerte sobre quién la llevará. C. Para que se cumpliera la Escritura, que dice: Repartieron mis vestidos entre sí, y sobre mi túnica echaron suerte. Esto fué ciertamente lo que hicieron los soldados. Entretanto estaban en pie junto a la cruz de Jesús, su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Viendo, pues, Jesús a la Madre y al discípulo que él amaba, y estaba presente,

dijo a su Madre: ✠ Mujer, he aquí a tu Hijo. C. Después dijo al discípulo: ✠ He aquí a tu Madre. C. Y desde aquella hora el discípulo la tomó consigo. Después, sabiendo Jesús que todo estaba ya cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: ✠ Tengo sed. C. Y como a la sazón estaba allí un vaso lleno de vinagre, los soldados empaparon en él una esponja y poniéndola en un hisopo, se la arrimaron a la boca. Luego que Jesús tomó el vinagre, dijo: ✠ Todo está cumplido. C. E inclinando la cabeza, dió su espíritu.

Aquí se arrodilla, y hace una breve pausa.

Los Judíos, pues (porque era la Parasceve), para que los cuerpos no quedasen en la cruz en el día del Sábado (porque aquel día de Sábado era muy solemne), pidieron a Pilato que les quebrasen las piernas, y los quitasen de la Cruz. Vinieron, pues, los soldados, y en verdad quebraron las piernas al primero, y al otro que con él fué crucificado. Mas cuando legaron a Jesús, viéndole ya muerto, no le quebraron las piernas; pero uno de los soldados le abrió el costado con una lan-

za, y luego salió sangre y agua. Y el que lo vió da testimonio de ello, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros lo creáis. Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No le quebraréis hueso alguno; y otra Escritura que dice: verán al que traspasaron.

Lo que sigue se lee en tono de Evangelio.

Después de esto, José de Arimatea (que era discípulo de Jesús, pero oculto por temor de los Judíos), pidió a Pilato que le permitiese quitar de la cruz el cuerpo de Jesús. Y Pilato se lo permitió. Entonces se fué, y quitó el cuerpo de Jesús. Vino también Nicodemo, aquel que antes había ido de noche a hablar a Jesús, y traía una composición de casi cien libras de mirra y de aloé. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo envolvieron, con aquel bálsamo y lo fajaron, según la costumbre que tenían los Judíos de sepultar los muertos. Había, pues, en el lugar donde fué crucificado Jesús, un huerto, y en este huerto un sepulcro nuevo, donde ninguno había sido sepultado. Como era,

pues, el día de la Parasceve de los Judíos, y estaba cerca el sepulcro, pusieron en él a Jesús.

LUNES SANTO

MISA

(Estación en Santa Práxedes)

INTROITO

Juzga, Señor, a los que me hacen daño; pelea hasta rendir a los que me combaten; toma las armas y el escudo, y levántate en mi ayuda, oh Señor, fortaleza de mi salud.

R) Desenvaina la espada, y cierra el paso a los que me persiguen; di a mi alma: yo soy tu salud.

Repít. Juzga, Señor, etc.

ORACIÓN

Concédenos, oh Dios omnipotente, que pues por nuestra flaqueza desfallecemos en medio de tantas adversidades, tomemos aliento mediante la pasión de tu Unigénito Hijo, que contigo vive y reina, etc.

LECCIÓN DEL PROFETA ISAÍAS (Cap. 50)

En aquellos días dijo Isaías: El Señor Dios abrió mis oídos, y yo me resistí: atrás no volví. Entregué mi cuerpo a los que me herían y mesaban mis barbas; no aparté el rostro de los que me reprendían y escupían. El Señor Dios es mi auxiliador; por eso no soy confundido. Esta es la causa porque puse mi rostro como piedra durísima, y sé que no seré confundido. Cerca está el que me justificó; ¿quién se me opondrá? Unámonos: ¿quién es mi adversario? Lléguese a mí. He aquí el Señor Dios, es mi auxiliador. ¿Quién es el que me condenará? He aquí, todos ellos envejecerán como los vestidos, la polilla los comerá. ¿Hay alguno de vosotros que tema al Señor, y oiga la voz de su siervo? El que anduvo en tinieblas, y no hay luz en él, espere en el nombre del Señor y tome por fundamento a su Dios.

GRADUAL

Levántate, oh Señor, y atiende a mi juicio, Dios mío y Señor mío, atiende a mi causa. V) Desenvaina la espada y cierra el paso a los que me persiguen.

TRACTO

Señor, no hagas con nosotros conforme a los pecados que hemos cometido ni según nuestras iniquidades.

V) Señor, no te acuerdes de nuestras antiguas maldades; anticipénnos presto tus misericordias, porque nos hemos empobrecido sobremanera.

(Arrodillase).

V) Ayúdanos, oh Dios Salvador nuestro, y líbranos, Señor, por la gloria de tu nombre, y perdónanos nuestros pecados por causa de tu nombre.

LO QUE SIGUE DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN (Cap. 13)

Seis días antes de la Pascua, vino Jesús a Bethania donde había muerto Lázaro al cual resucitó Jesús, e hicieron allí una cena, y Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa juntamente con él. María, pues, tomó una libra de ungüento del nardo puro de mucho precio y ungió los pies de Jesús, los enjugó con sus cabellos, y la casa se llenó

con la fragancia del ungüento. Dijo entonces uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que lo había de entregar: ¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos dineros, y se ha dado a los pobres? Mas dijo esto, no porque estuviese a cargo suyo el cuidado de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, llevaba lo que se echaba en ella. Dijo entonces Jesús: Dejadla que lo aproveche para el día de mi sepultura, porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, mas a mí no siempre me tenéis. Llególe pues a entender una grande muchedumbre de Judíos que estaban en aquel lugar, y vinieron no sólo por causa de Jesús, sino por ver a Lázaro al cual había resucitado de entre los muertos.

Las demás oraciones como en la Misa de todos los días.

MARTES SANTO

MISA

(Estación en Santa Prisca)

INTROITO

Nosotros debemos gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en quien está la salud, la vida y la resurrección nuestra; por el cual fuimos hechos salvos y libres.

Salmo. Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga; haga resplandecer tu rostro sobre nosotros y tenga misericordia de nosotros.

Repítese. Nosotros debemos, etc.

ORACIÓN

Omnipotente y eterno Dios, concédenos que de tal suerte celebremos los misterios de la pasión del Señor, que merezcamos alcanzar perdón de nuestras culpas. Por el mismo Señor, etc.

LECCIÓN DEL PROFETA JEREMÍAS (Cap. 11)

En aquellos días, dijo Jeremías: Señor, tú me hiciste saber y conocí; entonces me

mostraste tus intentos. Y yo como corde-ro manso que llevan al sacrificio, como si ignorase que se había conspirado contra mí diciendo: Pongamos leño en su pan, desterrémosle de la tierra de los vivos, y no haya más memoria de su nombre. Mas tú, oh Señor de los ejércitos, que juzgas con justicia, y sondeas los corazones de los hombres, vea yo tu venganza de ellos; porque a ti he descubierto mi causa, Señor Dios mío.

GRADUAL

Cuando mis enemigos me molestaban, vestíame yo de cilicio y humillaba con ayuno mi alma, y mi oración se resolvía en mi seno.

V) Juzga, Señor, a los que me hacen daño; pelea hasta rendir a los que me combaten; toma las armas y el escudo, y levántate en mi ayuda.

Lo demás como en la Misa de todos los días.

MIÉRCOLES SANTO

MISA

(Estación en Santa María la Mayor)

INTROITO

Al nombre de Jesús se dobla toda rodilla de lo celestial, de lo terreno y de lo infernal; porque el Señor se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de la cruz; por esto el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

Salmo. Oye, Señor, mi oración y llegue mi clamor a ti.

Repítese. Al nombre, etc.

Después de los Kiries se dice:

OREMUS

Doblemos las rodillas.

R) Levantaos.

Haz, oh Dios omnipotente, que, pues somos incesantemente afligidos por nuestros excesos, seamos libres de ellos por la pasión de tu unigénito Hijo, el cual contigo vive y reina, etc.

LECCIÓN DEL PROFETA ISAÍAS (Cap. 62)

Esto dice el Señor Dios: Decid a la Hija de Sión: he aquí, tu Salvador viene; he aquí, consigo trae su galardón. ¿Quién es éste que viene de Edom y Bosra con vestidos encarnados? Hermoso es él en su estola, que ha con la grandeza de su poder. Yo soy el que hablo justicia y defendiendo para salvar. ¿Por qué es encarnado tu vestido y tus ropas como de los que pisan uvas en el lagar? Yo sólo pisé el lagar, y de los pueblos nadie me ayudó, piselos con mi furor y hóllelos en mi ira; y su sangre salpicó mis ropas, y ensució todos mis vestidos. Porque el día de la venganza está en mi corazón, y el año de mi redención es venido. Miré adrededor, y no había quien me socorriese; busqué y no hubo quien me ayudase y salvóme mi brazo, y mi indignación misma me valió. Y hollé los pueblos con mi furor, y con mi indignación los embriagué, y derribé a tierra su esfuerzo. De las piedades del Señor me acordaré; de las alabanzas del Señor acerca de todo lo que nos ha dado el Señor Dios nuestro.

GRADUAL

No escondas tu rostro de tu siervo porque estoy atribulado; apresúrate a oírme.
V) Sálvame, oh Dios, porque han penetrado las aguas hasta mi alma; estoy sumergido en lo más profundo del cieno, y no hay apoyo.

Lo demás como en la Misa de todos los días.

JUEVES SANTO

MISA

(Estación en San Juan de Letrán)

INTROITO

Mas nosotros debemos gloriarnos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, el cual siendo el autor de nuestra salud, de nuestra vida y de nuestra resurrección, nos ha salvado y librado.

Salmo. Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga; haga resplandecer la luz de su rostro sobre nosotros, y apiádesse de nosotros.

Cuando se dice Gloria, se tocan las campanas y no se vuelven a tocar hasta el Sábado Santo.

ORACIÓN

Dios de quien Judas recibió el castigo de su pecado, y el Ladrón el premio de su confesión; haznos sentir el efecto de tu propiciación; para que así como nuestro Señor Jesucristo en su pasión dió a entrambos su merecido, así destruído el error del hombre viejo, nos conceda la gracia de resucitar gloriosamente con él, que contigo vive y reina. Amén.

LECCIÓN DE LA EPÍSTOLA DE SAN PABLO APÓSTOL A LOS CORINTIOS (Cap. 11)

Hermanos: cuando os juntáis, ya del modo que lo hacéis, no es comer la cena del Señor, porque cada uno se anticipa a comer su cena particular. Y así unos no tienen que comer, mientras que otros comen por exceso. ¿Acaso no tenéis vuestras casas para comer y beber? ¿o queréis despreciar la Iglesia de Dios y avergonzar a los pobres que no tienen? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto no os alabo; porque del Señor aprendí esto que también os enseñé: que el Señor Jesús, en la misma

noche en que había de ser entregado, tomó el pan y habiendo dado gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros; haced esto en memoria de mí. Del mismo modo tomó el cáliz, después de haber cenado diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre. Haced esto en memoria de mí, siempre que de él bebiéreis. Porque siempre que comiéreis este pan y bebiéreis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga. Por esto cualquiera que comiere este pan, o bebiere del cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor; examínese, pues, el hombre a sí mismo y de esta manera coma de aquel pan y beba de aquel cáliz. Porque el que lo come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenación, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor. Por esto hay entre vosotros muchos enfermos y débiles, y muchos duermen. Si nos juzgáramos a nosotros mismos, ciertamente no seríamos juzgados. El Señor es el juez que nos castiga para que no seamos condenados en este mundo.

LO QUE SIGUE DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN (Cap. 13)

Antes del día de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y acabada la cena, como ya el diablo había metido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, que lo entregase; sabiendo Jesús que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas, y que salió de Dios, y volvía a Dios, se levantó de la cena, se quitó sus vestiduras, y tomando un lienzo, se lo ciñó. Después echó agua en una bacía y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con el lienzo que tenía ceñido. Llegó, pues, a Simón Pedro, el cual le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondióle Jesús: Lo que yo hago, no lo entiendes tú ahora; lo sabrás después. Dícele Pedro: No me lavarás jamás los pies. Respondióle Jesús: Si no te lavara, no tendrás parte conmigo. Dícele Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Dícele Jesús: El que está lavado no tiene necesidad de

que el laven más que los pies, porque todo lo demás está limpio. Y vosotros estáis limpios, mas no todos; porque sabía quién era el que lo había de entregar; por esto dijo: No todos estáis limpios. Después de haberles lavado los pies, tomó sus vestiduras, y volviéndose a poner a la mesa, les dijo: ¿Entendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llanáis Maestro y Señor, y decís bien porque lo soy. Pues si yo siendo vuestro Señor y Maestro os he lavado los pies, vosotros debéis también lavaros los pies unos a otros; porque ejemplo os he dado, para que como yo lo he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también.

Lo demás que sigue, según el Rítual romano. Hoy el sacerdote consagra dos hostias: consume una y guarda la otra para mañana, en cuyo día no se dice Misa; guarda también algunas formas consagradas por si fueren menester para los enfermos; consume el sanguis, y antes de la ablución de los dedos pone la hostia reservada en otro cáliz que cubre el diácono con la hijuela y la patena, y luego lo cubre todo con el velo, y lo pone en medio del altar. Luego se da la comunión. Después, se dice la siguiente

ORACIÓN

Suplicámoste, Señor, Dios nuestro, que estando alimentados con este sustento, que da vida a las almas, consigamos por tu gracia en la eternidad esto que celebramos en el tiempo de nuestra vida mortal. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo.

R) Amén.

V) El Señor sea con vosotros.

R) Y con tu espíritu.

V) Ya os podéis ir: se ha acabado la Misa.

R) Demos gracias a Dios.

Inclinado dice:

Santa Trinidad, séate agradable este obsequio de mi servidumbre, y concéde-me que el sacrificio que yo indigno he ofrecido, a presencia de tu divina Majestad, te sea agradable; que por tu misericordia sea propiciatoria para mí y para todos aquellos por quienes lo he ofrecido. Por nuestro Señor Jesucristo.

Bendice al pueblo:

Bendígaos Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Hoy debe estar preparado el monumento en alguna capilla de la iglesia o en algún altar, con la decencia posible para poner allí el cáliz que tiene la hostia que se guardó. Concluída la Misa, se encienden las velas, se hace la procesión como se costumbra y se canta el siguiente

HIMNO

Cante la voz del cuerpo más glorioso,
El misterio sublime y elevado,
De la Sangre preciosa, que amoroso
El rescate del mundo ha derramado;

Siendo fruto de un vientre generoso,
El Rey de todo el Orbe, el Ser increado.
Dado para nosotros, y naciendo
De una Virgen intacta y recogida.

Conversando en el mundo y esparciendo
Semilla de palabras que da vida;
Con orden admirable y estupendo
El tiempo concluyó de su venida.

En la noche tremenda en que la cena
Por último tomó con sus hermanos,
Cumpliendo ya la ley, en que se ordena,
El Cordero Pascual a los ancianos,

A sí mismo en manjar a la docena
De Apóstoles se entrega por sus manos.

De nuestra carne el Verbo revestido
Hace con sólo haberlo pronunciado,

Que el pan sea en su Carne convertido,
Y el vino en propia Sangre transformado;
Y si a desfallecer llega el sentido,
Con la fe el corazón es confirmado.

Demos, pues, a tan alto Sacramento
Culto y adoración todos rendidos,
Y ceda ya el antiguo documento
A los ritos de nuevos instituidos;

Constante nuestra fe dé suplemento
Al defecto de luz de los sentidos.
Al Padre con el Hijo sea dado
Júbilo, aplauso y gloria eternamente.

Salud, virtud y honor interminado,
Bendición y alabanza reverente;
Y al Espíritu de ambos aspirado,
Sea gloria y loor no diferente.

*En llegando al monumento el sacerdote pone
el cáliz con el Sacramento en el altar, y puesto
de rodillas, lo inciensa, y luego el diácono lo
coloca en la urna.*

VIERNES SANTO

MISA

Acabada nona, el sacerdote y los ministros, vestidos con ornamentos negros, sin ciriales, ni incienso, van al altar; y postrados delante de él hacen un rato de oración. Entretanto los acólitos extienden una sabanilla sobre el altar. Después el lector va a leer la Profecía en el lugar de la Epístola, y la empieza sin título.

— OSEA (Cap. 6)

Esto dice el Señor: En su tribulación, madrugarán para venir a mí. Venid, dirán, y volvámonos al Señor; porque Él nos tomó y nos sanará, nos herirá y nos curará; después de dos días nos dará la vida; al tercer día nos resucitará, y viviremos en su presencia. Conoceremos al Señor y le seguiremos para conocerle más y más; como lá de la aurora, está preparada su salida, vendrá a nosotros, así como la lluvia temprana y tardía cae sobre la tierra. ¿Qué más haré por ti, Efraín? ¿Qué más haré por ti, Judas? Vuestra misericordia es como la nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada,

que pasa. Por esto los desbasté por los Profetas, y los maté con las palabras de mi boca; y los juicios que ejerceré sobre vosotros, resplandecerán como la luz; porque yo quiero misericordia y no sacrificio, y conocimiento de Dios con amor, más que holocaustos.

Acabado esto el sacerdote al lado de la Epístola dice:

Oremos.

El diácono:

Arrodillémonos.

Y el subdiácono:

Levantaos.

ORACIÓN

Dios, de quien Judas recibió el castigo de su pecado, y el Ladrón el premio de su confesión; haznos sentir el efecto de tu propiciación; para que así como nuestro Señor Jesucristo en su pasión dió a entrambos su merecido, así destruido el error del hombre viejo, nos conceda la gracia de resucitar gloriosamente con él, que contigo vive y reina. Amén.

El subdiácono en tono de Epístola, también sin título, canta la siguiente lección:

ÉXODO (Cap. 12)

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en la tierra de Egipto: Este mes será para vosotros el principio de los meses; será el primero de los meses del año. Hablad a toda la congregación de los hijos de Israel, y decidles. El día diez de este mes tome cada uno un cordero para su familia y para su casa. Mas si en la casa no hay suficiente número de personas para comer el cordero, llamará del vecino que tenga junto a su casa, las personas que sean menester para comerlo. Será el cordero sin mácula, macho, de un año; lo mismo observaréis si es cabrito. Y lo guardaréis hasta el día catorce de este mes; y toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará por la tarde. Tomarán de su sangre, y la pondrán sobre las dos puertas y sobre el umbral de las casas donde lo comieren. Y aquella noche comerán la carne asada al fuego con panes ázimos y lechugas silvestres. No comeréis de él nada crudo ni cocido en agua, sino asado al fuego; comeréis la cabeza, los pies y las entrañas. Nada de él quedará para mañana; si algo sobrare,

lo quemaréis al fuego. Lo comeréis de este modo: ceñiréis vuestros riñones, tendréis los pies calzados y báculos en las manos, y lo comeréis aprisa; porque es el Fase (esto es, el tránsito) del Señor.

TRACTO

Defiéndeme, Señor, del hombre malo; líbrame del hombre inicuo. V) Los que no piensan en su corazón, sino en cometer iniquidades, me hacían guerra todo el día. V) Aguzaron sus lenguas, como la de la serpiente; veneno de áspides tienen bajo sus labios. V) Guárdame, Señor, de mano del pecador, y líbrame de hombres inicuos. V) Que no piensan sino en derribarme; esos soberbios me armaron lazos en secreto. V) Y tendieron red a mis pies; junto al camino me pusieron tropiezos. V) Yo dije al Señor: Tú eres mi Dios; oye, Señor, la voz de mi súplica. Señor, Señor, fortaleza de mi salud, tú pusiste a cubierto mi cabeza en el día del combate. V) No me entregues al pecador según el deseo de mi concupiscencia; todos sus pensamientos fueron contra mí; no me desampares, porque no se levanten con

orgullo. V) Toda la malignidad de sus rodeos, y todo el mal que procuraban hacerme sus labios, los cubrirá. V) Mas los justos alabarán tu nombre, y los rectos de corazón habitarán en tu presencia.

Aquí se lee la Pasión como a pág. 409. Acabada la cual, el sacerdote estando en pie al lado de la epístola, empieza absolutamente:

Oremos, carísimos hermanos míos, por la Santa Iglesia de Dios, para que Dios, nuestro Señor, se digne darle la paz, conservarla en unión, y defenderla por toda la redondez de la tierra, sujetándole los principados y potestades, y nos conceda, que pasando esta vida con reposo y tranquilidad, glorifiquemos a Dios Padre Omnipotente.

Oremos.

El diácono:

Arrodillémonos.

El subdiácono:

R) Levantaos.

La oración se canta teniendo las manos extendidas, en tono de Misa ferial, y lo mismo todas las siguientes.

Dios omnipotente y eterno, que por Jesucristo has revelado tu gloria a todas

las naciones; conserva las obras de tu misericordia, para que tu Iglesia, extendida por todo el mundo, persevere con fe constante en la confesión de tu nombre. Por el mismo Señor nuestro.

R) Amén.

Oremos también por nuestro santísimo Padre el Papa N., para que Dios nuestro Señor que lo eligió en el orden Episcopal, le conserve la salud y santidad para bien de su santa Iglesia, y para gobierno del pueblo santo de Dios.

OREMOS

Arrodillémonos. R) Levantaos.

Dios omnipotente y eterno, que todos los días fecundas a tu Iglesia de nuevos hijos; aumenta la fe y la inteligencia en nuestros catecúmenos, para que, renacidos en la fuente del bautismo, sean agregados al número de tus hijos adoptivos. Por nuestro Señor. R) Amén.

Oremos, carísimos hermanos míos, a Dios Padre omnipotente, para que purifique al mundo de todo error, disipe las enfermedades, destierre el hambre, abra las cárceles, rompa las cadenas de los cau-

tivos, conceda a los caminantes su regreso, a los enfermos la salud, y a los navegantes puerto seguro.

OREMOS

Arrodillémonos. R) Levantaos.

Dios omnipotente y eterno, consuelo de los afligidos, fortaleza de los atribulados, haz que lleguen a ti las preces de los que en cualquiera tribulación te invocan, para que tengan todos alegría de haber recibido en sus necesidades el socorro de tu misericordia. Por nuestro Señor. R) Amén.

Oremos también por los herejes y cismáticos, para que Dios, nuestro Señor, los saque de todos sus errores, y se digne volverlos al gremio de la santa Iglesia católica y apostólica.

OREMOS

Arrodillémonos. R) Levantaos.

Dios omnipotente y eterno, que a todos salvas, y no quieres que ninguno se pierda, vuelve tus ojos sobre las almas seducidas por la diabólica astucia, para que abjurando toda herética pravedad, vuelvan al camino recto y entren en la unión de tu verdad. Por nuestro Señor. R) Amén.

Oremos también por los pérfidos judíos para que Dios nuestro Señor les quite el velo de sus corazones, a fin de que reconozcan con nosotros a Jesucristo nuestro Señor.

No se responde Amén, sino que luego se dice:

Dios omnipotente y eterno, que no excluyes de tu misericordia a los pérfidos judíos; oyes las preces que te hacemos por la obstinada ceguedad de aquel pueblo, para que, reconociendo la luz de verdad, que es Jesucristo, sean sacados de sus tinieblas. Por el mismo señor nuestro. R) Amén.

Oremos también por los paganos, a fin de que abandonados sus ídolos y librándolos de su idolatría, se conviertan al Dios vivo y verdadero y a su único Hijo Jesucristo, Dios y Señor nuestro.

OREMOS

Arrodillémonos. R) Levantaos.

Dios omnipotente y eterno, que no quieres la muerte del pecador, sino que procuras siempre su vida; recibe con benignidad nuestra oración, y quitándole la

iniquidad de su corazón le agregues a tu santa Iglesia para gracia y alabanza de tu nombre. Por nuestro Señor. R) Amén.

Acabadas estas oraciones, el sacerdote se quita la casulla, recibe de manos del diácono la cruz que estará prevenida, y estando de cara al pueblo lo va descubriendo poco a poco, y canta la antífona: Ved aquí al madero de la Cruz, y los ministros cantan con él: Venid, adoremosle; se hace la adoración y los coros cantan lo que sigue:

Un coro canta:

Agios, o Theos.

El otro coro responde:

Santo Dios.

El primer coro:

Agios ischyrós.

El segundo coro:

Santo fuerte..

El primer coro:

Agios athánatos, eleison imas.

Santo inmortal, ten misericordia de nosotros.

El segundo coro:

Mientras se hace la adoración de la santa Cruz se canta:

**Cante la voz, y aplauda la gloriosa
Victoria del certamen más sagrado**

Diga de la Cruz santa y misteriosa
El trofeo más noble y señalado;
Y cómo el Redentor del mundo entero
Venció, sacrificado en un madero.

R) Cruz, árbol el más noble, señalado
Entre cuantos la selva ha producido;
En hoja, flor y fruto sazonado,
Y en su bello matiz y colorido;
Dulces clavos sostiene, dulce leño,
El dulce peso de mi dulce dueño.

Acabada la adoración de la Cruz, se dispone la procesión, y llegando al monumento, el sacerdote se arrodilla delante del Sacramento y lo incienso; luego el diácono saca de la urna el cáliz con el Sacramento, lo da al sacerdote y se procede a la procesión. Entretanto se canta:

Ya del Rey se enarbola el estandarte,
De la cruz el misterio resplandece;
De la vida el Autor, muerte padece,
Y con ella la vida nos reparte

Saludámoste, ¡oh cruz!, firme esperanza,
En este tiempo, y días dolorosos;
Acrecienta la gracia a los piadosos,
Y el perdón de su culpa al reo alcanza.

¡Oh Trinidad, de vida clara fuente!,
Todo espíritu rinda a ti la gloria,
A los que de la Cruz das la victoria,
Concédenos el premio eternamente.

Llegando el sacerdote al altar pone el cáliz, se arrodilla y lo inciensa, después saca la hostia del cáliz, y el diácono pone vino en el cáliz. Luego, el sacerdote tomando el Sacramento con la mano derecha, lo alza para que lo vea el pueblo, y después de consumir, concluye con lo siguiente:

Haz, Señor, que el Sacramento que hemos tomado por la boca, lo recibamos con un corazón puro y que este don temporal nos sirva de remedio para la eternidad.

SÁBADO SANTO

MISA

Después de las Profecías, el celebrante se quita la casulla y se postra delante del altar con sus ministros. Entretanto se canta la Letanía de Santos, y en llegando al R) Los Pecadores, se levantan el sacerdote y los ministros, van a la sacristía y se visten con ornamentos blancos para celebrar la Misa con solemnidad; entretanto se encienden las velas del altar, y después de la confesión y los Kiries de costumbre, cantan en voz alta: Gloria in excelsis Deo, y se tocan las campanas. Gloria a Dios en los cielos, etc.

ORACIÓN

Dios, que haces resplandecer esta sagrada noche con la gloria de la resurrección del Señor, conserva en los nuevos hijos de tu familia el espíritu de adopción que les has dado, para que renovados en el cuerpo y en el alma, te sirvan con pureza de corazón. Por el mismo Jesucristo, tu Hijo.

LECCIÓN DE LA EPÍSTOLA DE SAN PABLO APÓSTOL A LOS COLOSENSES (Cap. 3)

Hermanos: Si habéis resucitado con Jesucristo buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre; saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra. Porque muertos estáis ya, y vuestra nueva vida está escondida con Cristo, en Dios. Cuando empero aparezca Jesucristo, que es vuestra vida, entonces apareceréis también vosotros con él, gloriosos.

Entona el celebrante Aleluya y lo repite tres veces, levantando más la voz en cada una; el coro lo repite en el mismo tono.

LO QUE SIGUE DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO (Cap. 28)

En la noche del sábado, al amanecer el primer día de la semana o domingo, vino María Magdalena con la otra María, a visitar el sepulcro. A este tiempo se sintió un gran terremoto, porque bajó del Ceilo un Ángel del Señor, y llegándose al sepulcro, removiό la piedra, y sentόse encima. Su semblante brillaba como el relámpago, y era su vestidura blanca como la nieve. De lo cual quedaron los guardas tan aterrados que estaban como muertos. Mas el Ángel, dirigiéndose a las mujeres, les dijo: Vosotras no tenéis qué temer; bien sé que venís en busca de Jesús, que fué crucificado; ya no está aquí porque ha resucitado, según predijo. Venid, y mirad el lugar donde estaba sepultado el Señor. Y ahora id, sin deteneros, a decir a sus discípulos que ha resucitado; y he aquí que va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis; ya os lo prevengo de antemano.

PREFACIO

Verdaderamente digno y justo es, debido y saludable, que siempre publiquemos

tus alabanzas, principalmente y con mayor gloria en esta noche en que fué inmolado Jesucristo, nuestro Cordero Pascual. Porque Él es el verdadero Cordero que quitó los pecados del mundo; que muriendo, destruyó nuestra muerte, y resucitado, reparó nuestra vida. Por esto, juntándonos con los Ángeles y Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con toda la milicia del celestial ejército, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, etc.

ÚLTIMA ORACIÓN DE LA MISA

Infúndenos, Señor, el espíritu de tu caridad, para que aquellos que has alimentado con los sacramentos de la Pascua, hagas por tu piedad que vivan unidos de corazón. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que siendo Dios, vive y reina contigo y con el Espíritu Santo.

V) El Señor sea con vosotros.

R) Y con tu espíritu .

Estando el diácono de cara al pueblo, canta:

Ya os podéis ir, se ha acabado la Misa.
Aleluya, aleluya.

R) Demos gracias a Dios. Aleluya, aleluya.

EL CONSOLADOR DE LAS ALMAS

O

NOVENA EN SUFRAGIO DE LAS ÁNIMAS DEL PURGATORIO

Importancia de esta Novena

Permitid, Rvdos. Sres. Curas Párrocos y todos cuantos católicos os interesáis por la conservación y el aumento de la Religión en nuestra patria; permitid dirija a vosotros mi humilde voz, y con todo el ardor de mi corazón os suplique introduzcáis y propaguéis esta importantísima devoción: una Novena todos los años en favor de las almas del Purgatorio.

Apenas se hallará devoción más recomendable en sí misma, más provechosa a vivos y a difuntos, a la vez que popular, fácil de introducir y de sostener en una parroquia. Sí; recomendable y utilísima devoción.

¿Y cómo dejaría de ser así? El sonido lúgubre de las campanas; el fúnebre aparato de la Iglesia, cubierta de luto en muchos templos y capillas; la viva pintura de la tenebrosa cárcel del Purgatorio, con las efigies de Jesús crucificado y de la Virgen dolorosa; el imponente recuerdo de

la eternidad, unido al canto patético de los responsos y lamentos, realizado todavía con la elocuente voz del predicador, que, recordando las grandes verdades de Religión, perora en favor de nuestros hermanos difuntos; todo esto, digo ejerce sobre los ánimos una irresistible fuerza, y convierte muchas veces el novenario en una provechosísima misión. ¿Y cuántas misiones hay que no obtuvieron, ni con mucho, el crecido número de Comuniones, ni los demás consoladores resultados que vi producidos en muchos novenarios?

Ahora bien; ¿de qué transcendencia no serán estas meditaciones, hechas con fervor; esta serie de sermones patéticos, escuchados con recogimiento, y sobre todo, estas Comuniones hechas espontáneamente, no por costumbre, como suele acontecer en la Cuaresma, sino precedidas, tal vez, de una confesión general, y seguidas de la reforma de toda la vida?

Modo de hacer esta Novena en la iglesia

No dudo, Rvdos. Sres. Párrocos, y vosotros, cristianos celosos del bien de las Ánimas, que haréis un esfuerzo generoso para introducir y sostener en vuestra parroquia una tan santa e importante devoción. Mas ¿cómo llevar a cabo tan grande empresa?

Si no se puede al principio celebrarla con la magnificencia que se acostumbra en parroquias más importantes o de más nutrida feligresía; si no se puede obtener un predicador para todo el novenario, procúrese a lo menos para los tres

últimos días; cuando no, vístase de luto gran parte del altar, y colóquese un túmulo en el centro de la iglesia. Hecho esto, y rezado el santo Rosario, léase con unción y pausa la meditación, el ejemplo y demás oraciones que correspondan al día de la novena; excítese al pueblo a oír cada día la santa misa, que se dirá en sufragio de los difuntos de la parroquia, y comúlguese a la misma intención un día del novenario. Y como éste es el fruto principal, convendría al efecto anunciar una Comunión general para el último día, y llamar a algunos confesores forasteros, que, sentándose en el confesionario desde la vigilia, faciliten la confesión, y den mayor impulso a esta importantísima práctica.

Si se arredrase alguno por la penuria de recursos, nómbrense algunos administradores de Ánimas, que, haciendo una cuestión, ya sea a domicilio, ya sea cada noche en la función de la iglesia, recojan las limosnas y donativos voluntarios; y no tema le falte nada. Pues ¿qué cristiano no contribuirá gustoso a tan piadosa institución? ¿Qué hijo, qué padre, qué esposo, habrá tan ingrato, que rehuse aliviar con un módico sacrificio las terribles penas que sus padres, hijos, esposos o hermanos difuntos padecen en el Purgatorio, sobre todo si se pondera lo agradecidas que les quedarán las Ánimas y la generosidad con que Dios recompensará estos heroicos esfuerzos? Sí, señores, abrazad, os ruego, esta pía devoción, y veréis qué frutos espirituales y temporales tan fecundos resultarán de ella.

Una dificultad puede todavía ofrecerse, a saber: la escasez de predicadores; lo suplirá, empero, esta novena que con ella lograrán los

Párrocos arraigar la devoción a las Ánimas en el corazón de los fieles y atraerlos al novenario fácilmente.

Modo de hacer bien esta Novena en particular

El que durante el novenario no pudiese asistir a la iglesia, o quisiese hacer en otro tiempo la novena en casa:

1º Póngase ante una imagen de nuestro Señor Jesucristo o de su dolorosísima Madre, tomándola por protectora de esta novena, a fin de alcanzar por sus méritos, contrición de las culpas y compasión de las penas que padecen las benditas Ánimas del Purgatorio.

2º Por la mañana ponga un especial esmero en ofrecer a Dios todas sus obras, penas y trabajos en sufragio de dichas Ánimas.

3º Oiga misa los nueve días, si puede, y si estuviese impedido de asistir a los sermones, lea y haga con detención en casa la meditación correspondiente.

4º No pase estos días distraídos, como los demás del año; antes bien, esmérese en guardar más recogimiento, absteniéndose de visitas y conversaciones frívolas, y haciendo algunas buenas obras, a más de las acostumbradas.

5º Haga alguna ligera mortificación cada día, y sobre todo absténgase de toda culpa, aunque sea venial, cometida y voluntariamente.

6º No olvide el principal sufragio que reclaman las almas, y la suya en particular, que será una confesión y comunión, lo más fervorosas que pueda.

7º Repase la vida pasada; mire si desde la última confesión general ha ocultado algún pecado grave, o hecho de otro modo alguna confesión sacrílega; y si fuese así, no se contente con hacer una confesión ordinaria; hágala tal, que abrace todos los malos pecados cometidos desde la última confesión general.

8º Examine atentamente cuál es su pasión dominante, es decir, la que forma la principal materia de casi todas las confesiones, y haga una seria resolución de extirparla; porque si te condenas, amado cristiano, esta pasión será la causa de tu condenación.

NOTA. — El que no sepa leer, ni tenga quien le lea la meditación, puede hacer la novena rezando cada día cinco *Padre nuestros* y cinco *Ave Marías* a las cinco llagas de Jesús, y siete *Ave Marías* a los siete dolores de su Madre Santísima; pidiéndole se digne aliviar las penas que padecen las Ánimas del Purgatorio.

O b r a s

**de grande alivio para las Ánimas del Purgatorio
y de mucho mérito para nosotros**

1ª Hacer todos los años esta novena.

2ª Celebrar misas, o mandarlas celebrar y oírlas.

3ª Comulgar con fervor, ya espiritual, ya sacramentalmente.

4ª Visitar al Santísimo Sacramento y rezar la estación de la Bula.

5ª Hacer un rato de oración mental, meditando con especialidad la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo.

6ª Hacer el *Vía Crucis*, llevar el santo Escapulario, etc.

7ª Rezar el santo Rosario, la Corona de los dolores, los Salmos Penitenciales, cinco *Padre nuestros* a las cinco llagas y otras oraciones vocales.

8ª Sufrir con resignación las penas, humillaciones, dolores y trabajos de esta vida.

9ª Practicar, con licencia de un sabio director, alguna mortificación corporal, y sobre todo refrenar o mortificar los sentidos.

10ª Hacer limosnas y otras obras de misericordia.

11ª Olvidar las injurias y perdonar a los enemigos por amor de Dios.

I n d u l g e n c i a s

concedidas a los devotos de las Benditas almas del Purgatorio

1) A los fieles que en cualquier época del año ofrecieran sufragios por los fieles difuntos por siete o nueve días consecutivos, se les conceden:

a) *Tres años* una vez cada día.

b) *Plenaria*, en las condiciones establecidas, al terminar el septenario o novenario (S. Pen. Ap., 28 de mayo de 1933).

2) A los fieles que durante el mes de noviembre ofrecieran diariamente algún sufragio, se les conceden:

a) *Tres años* en cada día del mes.

b) *Plenaria*, en las condiciones establecidas, al terminar el mes.

Si dichos actos de piedad fueren hechos en una iglesia u oratorio público, se les conceden:

a) *Siete años* cada día del mes.

b) *Plenaria*, si hubiesen participado de dichos actos de piedad al menos por quince días, habiéndose confesado, comulgado y rezado por las intenciones del Sumo Pontífice (S. Pen. Ap., 30 de octubre de 1932).

3) A los fieles que visitaren algun aiglesia u oratorio público o semipúblico el día 2 de noviembre y rezaren por los fieles difuntos, se les concede por cada visita: *Indulgencia Plenaria*, aplicable solamente a las almas del Purgatorio, siempre que hubiesen confesado, comulgado y recitado en cada visita *seis Pater, Ave y Gloria* por las intenciones del Sumo Pontífice (S. Pen. Ap., 5 de Julio de 1930).

4) A los fieles que durante el octavario de la conmemoración de los fieles difuntos, pía y devotamente visitaren el cementerio y rezaren al menos con la mente, por los difuntos, se le concede: *Indulgencia plenaria* cada día, aplicable solamente a los difuntos.

A aquellos que hicieren dicha visita cualquier otro día del año, se les conceden: *siete años de indulgencia*, aplicable solamente a los difuntos (S. Pen. Ap., 31 de Octubre de 1934).



NOVENA EN SUFRAGIO DE LAS AFLIGIDAS ÁNIMAS DEL PURGATORIO

Día primero

Por la señal de la santa cruz, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN

Señor mío, Jesucristo, Creador, Padre y Redentor mío, en quien creo y espero, a quie namo y quisiera haber siempre amado sobre todas las cosas; me pesa, sí, una y mil veces me pesa de haberos ofendido, por ser Vos quien sois, bondad infinita; pésame también porque merecí las terribles penas del Purgatorio y ¡ay! tal vez las eternas llamas del infierno. Propongo firmemente nunca más pecar, y apartarme de todas las ocasiones de ofenderos, ayudado de vuestra divina gracia. ¡Oh! terga yo, Jesús mío, la dicha de confesarme bien, enmendar la vida y perseverar hasta la muerte. Os lo pido por esas benditas Ánimas, por vuestra Sangre preciosísima y por los dolores de vuestra aflicidísima Madre. Amén.

ORACIÓN AL PADRE ETERNO

PARA TODOS LOS DÍAS DE LA NOVENA

Padre celestial, Padre amorosísimo, que para salvar a las Almas quisísteis que Vuestro Hijo unigénito, tomando carne humana en las entrañas de una Virgen purísima, se sujetase a la vida más pobre y mortificada, y derramase su Sangre en la Cruz por nuestro amor; ¿cómo? ¿dejaríais sufrir largo tiempo a esas Almas en el Purgatorio, habiendo costado tanto a Jesucristo y siendo vuestras amadísimas hijas? ¿Permitiríais fuese malograda Sangre de tan grande valor?

Compadeceos, pues, de esas pobrecitas Almas, y libradlas de aquellas horribles llamas. Compadeceos también de la mía, y libradla de la esclavitud del vicio. Y si vuestra Justicia divina pide satisfacción por las culpas cometidas, yo os ofrezco todas las obras buenas que haga en este Novenario. ¡Ay! de poquísimo, de ningún valor son, en verdad; pero yo las uno con los méritos infinitos de vuestro Hijo divino, con los dolores de su Madre santísima, y con las virtudes heroicas de cuantos

justos han existido en la tierra. Miradnos a todos, vivos y difuntos, con ojos de compasión, y haced que celebremos un día vuestras misericordias en el eterno descanso de la gloria. Amén.

MEDITACIÓN

EXISTENCIA DEL PURGATORIO

PUNTO PRIMERO. — Es un artículo de fe que las almas de los que mueren con alguna culpa venial, o sin haber satisfecho plenamente a la Justicia divina por los pecados ya perdonados, están detenidas en un lugar de expiación que llamamos Purgatorio. Así lo enseña la santa Madre Iglesia, columna infalible de la verdad; así lo confirma la más antigua y constante tradición de todos los siglos; así lo aseguran unánimemente los santos Padres griegos y latinos, Tertuliano, San Cirilo, San Cipriano, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustín, y tantos otros; así lo han definido los sagrados Concilios de Roma, de Cartago, de Florencia, de Letrán y de Trento, dirigidos por el Espíritu Santo. Y aunque la Iglesia no lo enseñase así, ¿no lo dice bastante la misma razón natu-

ral? Supongamos que sale de este mundo un alma con algún pecado venial; ¿qué hará Dios de ella? ¿La arrojará al infierno, y siendo su hija y esposa amadísima la confundirá con los réprobos y espíritus infernales? Eso repugna a la Justicia y Bondad divinas. ¿La introducirá en el cielo? Eso se opone igualmente a la santidad y pureza infinita del Creador; pues sólo *aquel cuyas manos son inocentes, y cuyo corazón está limpio, subirá al monte del Señor. Nada manchado puede entrar en aquel reino purísimo.* ¿Qué hará, pues, Dios de aquella Alma? Ya nos lo dice por Malaquías: *La pondré como en un crisol,* esto es, en un lugar de penas y tormentos, de donde no saldrá hasta que haya plenamente satisfecho a la Justicia divina. ¿Crees tú eso, cristiano? Creas o no creas, te burles o no te burles de ellos, la cosa es, y será así. Negar el Purgatorio, sólo poner en duda deliberadamente su existencia, es ya pecado grave. ¿Crees tú esta verdad, y con esa indiferencia miras tan horribles penas? ¿Crees en el Purgatorio, y con tus culpas amontonas tanta leña para arder en el más terrible fuego?

Medita un poco sobre lo dicho.

PUNTO SEGUNDO. — Es también un artículo de fe que nosotros podemos aliviar a aquellas Almas afligidísimas. Sí; en virtud de la Comunión de los Santos, hay plena comunicación de bienes espirituales entre los Bienaventurados que triunfan en el cielo, los cristianos que militamos en la tierra, y las Almas que sufren en el Purgatorio. En virtud de esta comunicación de bienes, podemos con mucha facilidad y mérito nuestro, bajar al Purgatorio con nuestros sufragios, y a imitación de Jesucristo, después de su muerte, librar a aquellas Almas, y alegrar al cielo con un nuevo grado de gloria accidental, procurando nuevos príncipes y moradores a aquella patria felicísima. ¡Oh, admirable disposición de la Sabiduría divina! ¡Oh! ¡qué dicha y felicidad la nuestra! Viéndose Dios obligado a castigar a aquellas sus hijas muy amadas, busca medianeros que intercedan por ellas, a fin de conciliar así el rigor de la Justicia con la ternura de su Misericordia infinita. Y nosotros somos estos dichosos medianeros y corredtores; de nosotros depende la suerte de aquellas pobres Almas. Haz, pues, amado cristiano, con fervor este

santo Novenario. No faltes a él ningún día; ¿quién sabe si abrirás el cielo a alguno de tus parientes y amigos ya difuntos? ¿Y serás tan duro e insensible que les niegues este pequeño sacrificio, pudiéndoles hacer rese gran favor a tan poca costa?

Medita lo dicho un poco; encomienda a Dios las Ánimas de tu mayor obligación, y pide, por la intercesión de María Santísima, la gracia que desees conseguir en esta Novena.

EJEMPLO

Entre las muchas apariciones que confirman el dogma del Purgatorio, y lo adeptos que son a Dios los sufragios que ofrecemos por los difuntos es muy notable la que tuvo el gran caudillo de los ejércitos de Dios, Judas Macabeo. Había este piadoso general derrotado a Gorgias, aunque no sin pérdida de varios soldados que murieron en la batalla, y conociendo, por las alhajas que se le encontraron ocultas en los vestidos, que habían muerto en castigo de un robo cometido en el templo de Jamnia, exhortó al ejército a que rogase por aquellos infelices. Hizo una cuestación, y reuniendo doce mil dracmas de plata, las envió a Jerusalén para que se ofreciesen sacrificios en sufragios de aquellas pobres almas. Conducta admirable, que el Espíritu Santo alabó con estas memorables palabras: *Santa y saludable cosa es rogar por los difuntos, para que se les perdone el reato de sus pecados.* Conducta

que le alcanzó de Dios una insigne victoria, pues habiendo sucedido a Gorgias el soberbio Nicanor, y venido con un crecidísimo ejército y gran número de caballos y elefantes, la víspera, cansado Judas de combinar el plan y de hacer los preparativos de la batalla, se queda dormida; cuando he aquí que se le aparecen el profeta Jeremías y el Sumo Sacerdote Onías, ya difuntos, y presentándole una espada muy preciosa, le dicen: *Recibe esta espada santa como una prenda que Dios te envía: con ella abatirás a los enemigos de mi pueblo Israel.* Armado con esta visión y armado con esta espada divina, embistió con un pequeño ejército al enemigo y mató a treinta y cinco mil, siendo uno de los principales el mismo Nicanor.

ORACIÓN

A JESUCRISTO SUDANDO SANGRE EN EL HUERTO

¡Oh Jesús amantísimo, alegría de los Ángeles y gloria del cielo! ¡Cómo os contemplo anegado en un mar de amargura en el huerto de Getsemaní! ¡Ay!, responde San Agustín, rogábais y sudábais sangre por las horribles penas que habían de sufrir las Almas en el Purgatorio. ¡Y que no pueda yo consolaros, oh Dios mío, y regocijar a la celeste Jerusalén, librándolas de tan terribles tormentos! A lo menos aceptad, oh Padre celestial, la tristeza y

agonía que Jesús sufrió por ellas y por mí. Sí; por mí está su alma triste hasta la muerte; por mi causa bajó un Ángel del cielo a consolarle; mío este sudor, mía esta Sangre preciosa que baña la tierra. Yo os la ofrezco, oh Dios de amor; aceptadla en expiación de mis culpas y sufragio de las Ánimas. Y pues es sangre de valor infinito, dejad caer una gota sobre mi corazón, y quedarán borradas mis culpas. Caiga una gota siquiera e nel Purgatorio y se apagarán sus horribles llamas.

¡Ay!, no merecemos tan gran favor; pero muévao el afecto con que os saludamos, diciendo cinco *Padre nuestros*, cinco *Ave María* y un *Gloria Patri*

OBSEQUIO

En sufragio de las santas Ánimas tomar la generosa resolución de asistir al Novenario cada día, o de suplir haciendo la Novena en casa, si alguno estuviese impedido de ir a la iglesia.

ORACIÓN

A LAS ÁNIMAS EN EL PURGATORIO

Esposas muy queridas del Señor, que encerradas en la cárcel del Purgatorio su-

frís indecibles penas, careciendo de la presencia de Dios, hasta que os purifiquéis, como el oro en el crisol, de las reliquias que os dejaron las culpas; ¡con cuánta razón desde aquellas voraces llamas clamáis a vuestros amigos pidiendo misericordia! Yo me compadezco de vuestro dolor, y quisiera tener caudal suficiente para satisfacer deuda tan crecida; y aunque más pobre que vosotras mismas, os ofrezco y aplico cuantas indulgencias pudiere ganar en este día, y cuantas obras de supererogación hiciere durante (*diga el tiempo que quiera*), a excepción de aquellas que por alguna necesidad particular aplicare. Pero siendo tan pobres mis méritos para satisfacer por vosotras a la Justicia Divina, apelo a la piedad de los Justos, a los ruegos de los Bienaventurados, al tesoro inagotable de la Iglesia, a la intercesión de María Santísima y al precio infinito de la sangre de Jesucristo. Conceded, Señor, a esas pobres Ánimas, sobre todo al alma de N. N., el deseado consuelo y descanso. Pero confío también, Almas agradecidas, que tendré en vosotras poderosas medianeras que me alcancen del Señor gracia con que deteste mis

culpas, adelante en la virtud, sojuzgue mis pasiones y llegue a la eterna bienaventuranza. Amén.

Día segundo

Por la señal de la santa cruz, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

Padre celestial, etc.

MEDITACIÓN

SOBRE LA PENA DE SENTIDO EN GENERAL

PUNTO PRIMERO.—Ven, mortal; tú que vives como si después de esta vida no te quedase nada que temer, ni que esperar; ven; penetra con el espíritu en aquellos horrendos calabozos donde la Justicia divina acrisola las Almas de los que mueren con algún pecado venial; mira si, fuera del infierno, pueden darse penas mayores, ni aun semejantes a las que allí se padecen. Considera todos cuantos dolores han sufrido los enfermos en todos los hospitales y lugares del mundo; aquellos dolores de cabeza y de vientre tan agudos, aquellos tan rabiosos de costado y de muelas, aquellas convulsiones y contorsiones espantosas de miembros, aquellas llagas y postemas insoportables, aquellos dolores

y males de corazón tan vivos, que han acabado con la vida de tantas personas; ¿igualarían todos estos males reunidos a los dolores que padece un Alma en el Purgatorio? No, dice San Agustín, pues éstos exceden a todo cuanto se puede sentir, ver o imaginar en este mundo. Añadid a todos estos males los suplicios y tormentos que la crueldad de los Neronos, Dioclecianos, Decios y demás perseguidores de la Iglesia inventaron contra los cristianos. Aquellas tenazas y garfios de hierro con que les despedazaban las carnes, aquellas parrillas con que los asaban vivos, aquellas catastas y ecúleos con que les desconjuntaban los miembros, aquellas ruedas de navajas y puntas de hierro, aquellas prensas y máquinas con que los martirizaban; todo este horrible aparato de dolores y tormentos acerbísimos ¿no igualaría al Purgatorio? Tampoco, dice San Anselmo, pues la menor pena de aquel lugar de expiación es más terrible que el mayor tormento que se pueda imaginar en este mundo. Pues, ¿qué penas serán aquéllas! ¡Ah! son tales, dice San Cirilo de Jerusalén, que *cualquiera de aquellas almas querría más ser atormentada hasta el día del*

juicio con cuantos dolores y penas han padecido los hombres desde Adán hasta la hora presente, que no estar un solo día en el Purgatorio sufriendo lo que allí se padece. Pues todos los tormentos y penas que se ha nsufrido en este mundo, comparados con los que sufre un alma en el Purgatorio, pueden tenerse por consuelo y alivio. Solatio erunt. ¡Ah! ¡quién no tiembla!

Medita, etc.

PUNTO SEGUNDO.—¿Y quiénes son esas Ánimas tan horriblemente atormentadas en el Purgatorio? ¡Ay! ¡qué motivo éste tan grande para hacernos temblar! Son obra maestra de la mano del Omnipotente, y vivas imágenes de su divinidad; son amigas, hijas y esposas amadísimas del Señor; ¡y no obstante son tan severamente castigadas! Dios las amó desde la eternidad, las redimió con la sangre de sus venas, ahora las ama con un amor infinito, como que están en su gracia y amistad divina; ¡y no obstante sufren penas imponderables! ¡Ay! ¡Purgatorio! ¡Purgatorio! ¡Cuán claramente nos manifiestas la justicia y santidad de Dios! ¡Qué ho-

rror debes inspirarnos al pecado! Pues si con tanto rigor trata Dios a sus estimadísimas Esposas por faltas ligeras, ¿cómo serás tratado tú, pecador, tú que vives abandonado al arbitrio de las pasiones? *Si en el árbol verde hacen esto, en el seco ¿qué harán?* Si el hijo y heredero del cielo es así castigado por faltas, que a muchos parecerán virtudes, ¿cómo serás castigado tú, pecador y enemigo de Dios, por vicios y pecados tan horrendos y abominables? Piénsalo bien y enmienda tu vida.

Medita, etc.

EJEMPLO

Refiere Tomás de Cantimprato que a un hombre muy virtuoso, pero que, a causa de una larga y terrible enfermedad, estaba muy deseoso de morir, se le apareció el Ángel del Señor y le dijo: "Dios ha aceptado tus deseos; escoge, pues: o pasar tres días en el Purgatorio y después ir al cielo, o ir al cielo sin pasar por el Purgatorio, pero sufriendo todavía un año de esa enfermedad". Eligió lo primero: murió y fué al Purgatorio. No había aún pasado un día, cuando el Ángel se le presentó de nuevo. Apenas le hubo visto aquello pobre alma, "no es posible, exclama, que tú seas el Ángel bueno, pues me has engañado así. Me decías que sólo estaría tres días en este lugar, ¡y hace ya tantos años que estoy sufriendo aquí las más horribles penas! —Tú eres quien te engañas, contestó el Ángel:

todavía no ha pasado un día; tu cuerpo está aún por enterrar; si prefieres sufrir un año más esta enfermedad, Dios te permite aún salir del Purgatorio y volver al mundo. —Sí, Ángel santo, replicó; no sólo esta enfermedad durante un año, sino cuantas penas, dolores y males haya en el mundo sufriré gustoso, antes que padecer una sola hora las penas del Purgatorio". Volvió, pues, a la vida y sufrió con admirable alegría un año más de aquella enfermedad, publicando a todos lo terrible que son las penas del Purgatorio.

ORACIÓN

A JESÚS PRESO POR NUESTRO AMOR

¡Oh Padre celestial! no me espanta el ver a vuestras amabilísimas Esposas presas y tan severamente castigadas en el Purgatorio. Las infelices ofendieron un día a vuestra divina Majestad, y pisaron vuestra ley santísima. Lo que me pasma es ver entregado por el traidor Judas y preso como un facineroso por hombres vilísimos e inhumanos ¿a quién? a Jesús, centro de vuestras complacencias infinitas. ¡Ah! le veo con una soga al cuello, tirado por tierra, atadas sus manos, cargado de oprobios y de cadenas. Mas por otra parte ¡oh dichas cadenas! ellas son mi esperanza, y serán el consuelo y alivio

de las benditas Almas del Purgatorio. Si. Padre de clemencia; usad con ellas y conmigo de misericordia; y pues Jesús se deja prender por darnos libertad, aceptad las ignominias, injurias y golpes cruelísimos que padece por nuestro amor. Aceptadlas en remisión de nuestras culpas y en sufragio de nuestros hermanos difuntos; dadles la libertad, que con ansia esperan, para alabaros eternamente en el cielo. Amén.

Para más obligar al Señor, digamos cinco *Padre nuestros*, cinco *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.

OBSEQUIO

Asistir mañana y todos los días que se pueda, al santo sacrificio de la Misa en sufragio de las Almas del Purgatorio.

D í a t e r c e r o

Por la señal de la santa cruz, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

Padre celestial, etc.

MEDITACIÓN

SOBRE EL FUEGO DEL PURGATORIO

PUNTO PRIMERO. — Considera, amado cristiano, el tormento que causa a las Almas el fuego abrasador del Purgatorio. Si

el fuego de este mundo, creado para servicio del hombre, y efecto de la bondad divina, es ya el más terrible de todos los elementos; si es ya tal su virtud, que consume bosques, abrasa edificios, calcina mármoles durísimos, hace saltar piedras y murallas espantosas, derrite metales, y ocasiona horrendos terremotos, ¿qué será el fuego del Purgatorio, encendido por un Dios santísimo y justísimo, para con él demostrar el odio infinito que tiene al pecado? Es tal, dice San Agustín, que el fuego de este mundo, comparado con él, no es más que pintado. *Tanquam ignis depictus!* Dios mío, ¿qué expresión! ¡Las llamas que vomitan los Vesubios, las que devoraron a Roma y tantas otras ciudades, el fuego de Babilonia, el que Elías hizo bajar del cielo, hasta el diluvio de llamas que en tiempo de Lot, llovió sobre las nefandas ciudades de Sodoma y Gomorra, todo es fuego pintado en comparación del que atormenta a las Almas del Purgatorio! *Tamquam ignis depictus!* Ahora bien; si tener el dedo en la llama de una vela sería para nosotros insoportable dolor, ¿qué tormento será para aquellas Almas estar sepultadas en un fuego

que es, dicen Santo Tomás y San Gregorio, igual en todo, menos en la duración, al del infierno? Sí; escuchadlo, almas tibias, y estremeceros. *Con el mismo fuego se purifica el elegido y arde el condenado;* con la única diferencia, que aquél saldrá cuando haya satisfecho por sus culpas, y éste arderá allí eternamente. ¡Y en esas abrasadoras llamas quieres tú caer por tu tibieza? ¡Oh ceguera! ¡Oh locura sin igual!

Medita, etc.

PUNTO SEGUNDO. — Considera cuáles son las faltas por las que Dios infinitamente bueno y misericordioso castiga a sus amadísimas esposas con tanto rigor, y verás que son faltas leves, y a veces un solo pecado venial. ¡Oh! ¡y qué mal tan grave debe ser éste delante de Dios, cuando es tan severamente castigado en el Purgatorio. En efecto; el pecado venial es leve, si se le compara con el mortal, pero en sí es mayor mal que la ruina de todos los imperios y que la destrucción del universo es un mal tan espantoso, que excede en malicia a todas las desgracias y calamidades del mundo; es un mal tan

grande, que si cometiéndolo pudieses convertir a todos los pecadores, sacar a todos los condenados del infierno, librar a todas las Almas del Purgatorio, aun entonces no debieras cometerlo, pues todos estos bienes no igualarían la malicia del pecado más leve, porque aquéllos son males de la criatura, y éste es un mal y una ofensa hecha al mismo Creador. ¿Puedes oír esto sin horrorizarte y sin mudar de conducta? Pero ¡ay! ¿qué es tu vida, sino una serie no ininterrumpida de pecados? ¡Pecados cometidos con los ojos, con los oídos, con la lengua, con las manos, con todos los sentidos! ¡Cuántas culpas por la ignorancia crasa y olvido voluntario de tus obligaciones!... ¡Cuántas indiscreciones por la distracción de tu espíritu, por la violencia de tu genio, por la temeridad de tus juicios, por la malicia de tus sospechas! ¡Cuántas faltas por no querer mortificarte, ni sujetarse a otro, por tu ligereza en el hablar! ¡Ay! llora, cristiano, tu ceguedad; y a la claridad del fuego espantoso del Purgatorio, comprende por último cuán grande mal es cometer un pecado venial. Pero ¡ay! es un mal tan grande; ¡y tú, lejos de llorarle, lo come-

tes sin escrúpulo, a manera de juego, pasatiempo y diversión!...

Medita, etc.

EJEMPLO

Nada hace tan sensible la malicia del pecado venial como las muchas almas, de que consta por varias y auténticas apariciones, que han expiado en el Purgatorio faltas, según nuestro modo de hablar muy ligeras.

Unas fueron condenadas a él por haber hablado en la iglesia sin necesidad, como una niña de siete años, según refiere Cesáreo; otras, como la hermana de San Pedro Damiano, por haber escuchado con gusto una canción profana. Murió Vitalina, noble doncella romana, tenida por Santa Mónica en tan buena opinión que encomendaba a su hijo Agustín en sus oraciones; y a pesar de esto, se apareció muy triste a San Martín obispo, diciéndole: *Estoy ardiendo por haberme lavado dos o tres veces la cara con demasiada-vanidad*. Un religioso fué al Purgatorio, por no haber hecho inclinación de cabeza al decir *Gloria Patri*, al fin de los Salmos; otros por estarse a la lumbre más de lo ordinario en tiempo de invierno; allá fué a parar San Severino por ciertas negligencias en el rezo divino; un niño de nueve años por no haber pagado o devuelto algunas frioleras que había tomado; muchos años estuvo en aquel fuego un padre de familia por haber descuidado la buena educación de sus hijos; San Valero por haber favorecido demasiado a un sobrino suyo; y así de otros muchos.

ORACIÓN

A JESÚS CONDUCTO DE TRIBUNAL EN TRIBUNAL

¡Oh Padre amantísimo! cuando considero las innumerables ofensas que cada día cometo contra vuestra soberana Majestad, cuando me veo siempre iracundo, soberbio, vengativo, falto de virtudes y lleno de defectos y vicios, no puedo menos de temblar al postrarme a vuestros pies. ¿Y cómo me atreveré yo a interceder por las afligidas Almas del Purgatorio, siendo yo merecedor de penas más graves que las suyas? No obstante, me anima vuestro benignísimo y pacientísimo Hijo. ¡Ah! si le véis cargado de cadenas y conducido de tribunal en tribunal, es por mi amor; sí, a pesar de ser Juez de vivos y muertos, oye las más inicuas acusaciones y falsos testimonios, si le véis insultado, escupido, abofeteado y pisoteado, es por mi amor. Aceptad, pues, oh Padre amantísimo, la paciencia inalterable de mi dulce Redentor; aceptad su silencio, humildad y mansedumbre asombrosos. Estas virtudes confunden y condenan es verdad, mi altivez, mis impaciencias e ímpetus de ira y de venganza;

mas, por tan sublime santidad, perdonaréis a las pobres Ánimas del Purgatorio, y purificándome de mis defectos y manchas, me transformaréis todo en Vos. ¡Oh! concededme estas gracias, Jesús mío benignísimo; y para más obligaros diremos cinco *Padre nuestros*, cinco *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.

OBSEQUIO

Mañana procuraremos sufrir con paciencia, así los trabajos que Dios nos envíe, como las molestias del prójimo, en sufragio de las benditas Almas del Purgatorio.

Día cuarto

Por la señal de la santa cruz, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

Padre celestial, etc.

MEDITACIÓN

SOBRE LA PENA DEL DAÑO

PUNTO PRIMERO.—Por horrorosos que sean los tormentos que padecen las Ánimas en el Purgatorio, por espantosas que sean las llamas en que se abrasan, no igualarán jamás la pena vivísima que sienten al verse privadas de la vista clara de Dios. En efecto; aquéllas constituyen la

pena de sentido, ésta la de daño; aquéllas son limitadas; ésta infinita; aquéllas privan a las almas de un bien accidental, cual es el deleite; por ésta carecen de un bien esencial a la bienaventuranza, en el cual consiste la felicidad del hombre, y es la posesión beatífica de Dios. Ahora no comprendemos esta pena; pero ella es atroz, incomprensible, infinita. ¡Ah! ¡pobres Ánimas! Vosotras conocéis a Dios, no con un conocimiento oscuro, como nosotros, sino con una luz clara y perfectísima; véis que es el centro de vuestra felicidad, que contiene todas las perfecciones posible, y en grado infinito; sabéis que si cayera en el infierno una sola gota de aquel océano infinito de delicias que en 'sí encierra, bastaría para extinguir aquellas llamas y hacer del infierno el paraíso más delicioso. Comprendéis todo esto perfectísimamente, y así os lanzáis hacia aquel Bien infinito con más fuerza que una enorme peña desgajada de la montaña se precipita a lo profundo del valle; ¡y no obstante no le podéis abrazar ni poseer! ¡Qué pena! ¡Qué tormento! Absalón, privado solamente dos años de la amable vista de su padre David, vive

desconsoladísimo; nada le alegra: ni riquezas, ni amigos, ni delicias; continuamente suspira por verle, hasta llegar a elegir la muerte antes que verse más tiempo privado de su presencia, siendo su padre un simple mortal; ¡qué será, pues, para vosotras el veros privadas de Dios, y con Él de todo bien, de todo consuelo y felicidad! Preciso fuera sentirlo, para formarse una idea cabal y completa de estado tan horriblemente angustioso.

Medita, etc.

PUNTO SEGUNDO.—Si tan horrible pena sienten las Ánimas, viéndose privadas del hermosísimo rostro de Dios, ¿cuál debería ser tu desconsuelo, oh pecador, que vives privado de su gracia y amistad? Las Almas benditas del Purgatorio no poseen aún a Dios, es verdad; pero están seguras de poseerle un día, porque son amigas, hijas y esposas tuyas muy queridas. Pero tú, infeliz, sabes que, viviendo como vives, no poseerás jamás a Dios. Sabes que desde el momento en que te rebelaste contra Él perdiste su gracia, y con ella la rica herencia de la gloria. ¡Ah! ¿cómo dices: *Padre nuestro, que estás en*

los cielos? Te engañas: Dios ya no es tu padre, ni tu señor, ni tu rey. ¿Sabes quién es tu padre y señor? ¡Ay de ti! Es el demonio: *Vos ex patre diabolo estis*. A él te entregaste pecando, él es tu compañero inseparable; tú eres su esclavo. Si Dios rompiera el hilo delgado de tu vida, ¡ay! el demonio se apoderaría de ti y arrastraría su presa al fuego del infierno. ¡Ay! ¿Crees esto, pecador, y no obstante duermes tranquilo? Dios todopoderoso es tu enemigo, tiene firmada contra ti la sentencia de condenación eterna; ¡y tú, lejos de borrarla con una buena confesión, juegas, ríes, te diviertes, pasas días, meses, años y la vida entera en el pecado! ¡Oh deplorable ceguedad! ¡Oh insensibilidad más que de bruto irracional!

Medita, etc.

EJEMPLO

Refieren varios autores que estando un religioso carmelita descalzo en oración, se le apareció un difunto con semblante muy triste y todo el cuerpo rodeado de llamas. “¿Quién eres tú? ¿Qué es lo que quieres?, preguntó el religioso. —Soy, respondió, el pintor que murió días pasados, y dejé cuanto había ganado para obras piadosas. —¿Y cómo padeces tanto, habiendo llevado una vida tan ejemplar?, volvió a decirle el religioso. —¡Ay!, contestó el difunto; en el

tribunal del supremo Juez se levantaron contra mí muchas almas, unas que padecían terribles penas en el Purgatorio, y otras que ardían en el infierno, a causa de una pintura obscena que hice a instancias de un caballero. Por fortuna mía se presentaron también muchos Santos, cuyas imágenes pinté, y dijeron para defenderme que había hecho aquella pintura inmodesta en la juventud, que después me había arrepetido, y cooperado a la salvación de muchas almas, pintando imágenes de Santos; y por último, que había empleado lo que había ganado, a fuerza de muchos sudores, en limosnas y obras de piedad. Oyendo el Juez soberano estas disculpas, y viendo que los Santos interponían sus méritos, me perdonó las penas del infierno, pero me condenó a estar en el Purgatorio mientras dure aquella pintura. Avisa, pues, al caballero N. N., que la eche al fuego; y ¡ay! de él si no lo hace. Y en prueba de que es verdad lo que digo, sepa que dentro de poco tiempo morirán dos de sus hijos. Creyó, en efecto, el caballero la visión y arrojó al fuego la imagen escandalosa. Antes de dos meses se le murieron dos hijos, y él reparó con rigurosa penitencia los daños ocasionados en las Almas.

ORACIÓN

A JESÚS TRATADO COMO LOCO Y
PROPUESTO A BARRABÁS

¿Qué decíais, oh Ángeles del cielo, cuando visteis a la Majestad y Sabiduría infinita tan vilmente despreciada en casa de Herodes y en pretorio de Pílatos? ¿Có-

mo? ¡Vos, oh Jesús mío, vestido de ropa blanca y tenido por loco! ¡Vos, Rey de cielos y tierra, conducido así por las calles de Jerusalén, cargado de oprobios e ignominias! ¡Vos, el Hijo de Dios, pospuesto al más vil facineroso! Pero ¡ay de mí! ¡yo también os he tratado de necio prefiriendo las locas máximas del mundo a vuestra ley sapientísima! ¡Yo también ingrato os he abandonado y pospuesto a un vil interés, a un sucio deleite, a un puntillo de honra por un miserable ¡qué dirán! ¡Ay!, merecía estar por siempre privado de vuestra presencia amabilísima, pero, ya que por mí sufrísteis escarnios tan crueles, tened compasión de mí y de las pobres Ánimas del Purgatorio. Sí, Jesús mío; por esas vuestras ignominias curad mi loca vanidad y soberbia; por aquel grito tremendo que oísteis en casa del juez, gritando todos a una voz: *Crucifícadle, crucifícadle*, haced que yo crucifique mis pasiones, para que, junto con las Ánimas del Purgatorio, logre un día alabaros eternamente en la gloria. Amén.

Para más obligaros, os saludamos con cinco *Padre nuestros*, cinco *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.

OBSEQUIO

Mañana ,en sufracio de las benditas Ánimas, y en satisfacción de las palabras altivas que hubiéremos dicho, besar tres veces la tierra; y el que quiera aún humillarse más, podrá hacer con la lengua una pequeña cruz en el suelo.

Día quinto

Por la señal de la santa cruz, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

Padre celestial, etc.

MEDITACION

REMORDIMIENTO DE UN ÁNIMA EN EL PURGATORIO

Figúrate, cristiano que esto meditas, a un alma que haya llevado en este mundo una vida enteramente semejante a la tuya; que haya vivido tibia, inmortificada, distraída en los ejercicios de piedad como tú, sin tener horror más que al pecado mortal y al infierno. Supongamos, no obstante, que haya tenido la dicha (no sabes si tú la tendrás) de hacer una buena confesión, morir en gracia e ir al Purgatorio. ¿Qué pensará en aquel horrible fuego entre penas y tormentos tan espan-

tosos? ¡Ay! dos pensamientos la *afligirán* sobremanera.

PRIMER PENSAMIENTO.—*Pude librarme de estas penas y no quise.* Sí; ¡yo misma he encendido estas llamas! ¡Yo soy la causa de estas penas atrocísimas! Dios no hace más que ejecutar la sentencia que yo en el mundo pronuncié contra mí misma. ¡Qué medios no me había proporcionado para ahorrarme estos tormentos! Caricias, amenazas, beneficios, todo lo había agotado gracias singularísimas de inspiraciones, buenos ejemplos, libros piadosos, padres vigilantes, celosos confesores, maestros y predicadores fervorosos, remordimientos continuos, todo lo había empleado. Mas ¡qué locura tan grande la mía! Por no privarme de un frívolo pasatiempo, por ir a bailes, por divertirme o jugar con tal compañía, por no abstenerme de una mirada, de un vil gusto, de una vana complacencia, por hablar de los defectos del prójimo, me sujeté voluntariamente a tantas penas y tormentos! Me lo decían todos los años, me lo predicaban y repetían! ¡mas yo no hacía caso!... ¡Dichoso San Pablo, primer ermitaño, dichosas

Gertrudis, Escolástica, y tantos otros Santos que, habiendo satisfecho a la Justicia divina en el mundo, subísteis al cielo sin pasar por el Purgatorio! ¡Yo podía hacer lo que vosotros, pero no quise! ¡Oh locuras mundanas, oh conversaciones frívolas, oh pasatiempos, oh vanidad, y qué caro me costáis ahora! ¡Oh amarga memoria! ¡Estoy sufriendo penas y tormentos acerbísimos; y yo los he querido! ¡Podía evitarlos fácilmente, y no quise!

Medita, etc.

SEGUNDO PENSAMIENTO, que aflige, oh cristiano, al alma tibia, que vivió enteramente como tú vives. *Yo querría librarme ahora del Purgatorio, y no puedo.* ¡Oh si pudiera yo ahora volver al mundo! dirá cada una de aquellas Ánimas, ¡con qué gusto me sepultaría en los desiertos con los Hilariones y Arsenios! Haría penitencias más espantosas que las de un Ignacio en la cueva de Manresa, que las de un Simeón Estilita y de un San Pedro de Alcántara; pasaría noches enteras en oración, como los Antonios, Basilio y Jerónimos; me arrojaría en estanques helados y me revolcaría entre espinas, como

los Benitos y los Franciscos; haría... ¡Ah pobres infelices Almas! No era necesario nada de esto; con mucho menos podríais apagar esas abrasadoras llamas, sin hacer más que lo que hacíais cada día, pero haciéndolo con perfección, evitábais estos tormentos. Sí; los mismos Sacramentos, pero recibidos con mejores disposiciones, las mismas Misas, pero oídas con más recogimiento y atención; las mismas devociones, pero practicadas con más fervor; las mismas mortificaciones, ayunos y obras de misericordia, pero hechas con menos ostentación, únicamente por agradar a Dios, no sólo os hubieran librado de todas esas penas, sino también asegurado a vosotras y a muchas otras Almas la posesión del reino de los cielos. Ahora no os canséis, vuestros deseos son inútiles; ya no es tiempo de merecer; ya ha llegado para vosotras aquella noche intimada por San Juan, en la que nadie puede hacer obra alguna meritoria; ahora es necesario sufrir, y sufrir penas inexplicables, y sufrirlas sin mérito alguno. ¡Y yo lo he querido! ¡Pude facilísimamente evitar estos tormentos, y no quise! ¡Quisiera poder evitarlos ahora, y no puedo!

¡Dichoso cristiano que oyes esto! Tú tienes tiempo todavía; no es aún llegada para ti aquella noche tenebrosa. ¿Y perderás días tan preciosos? ¿No tomarás la seria resolución de confesarte bien, de enmendar tu vida?

Medita, etc.

EJEMPLO

Estaba Santa Brígida en altísima contemplación, cuando fué llevada en espíritu al Purgatorio. Allí vió, entre otras, a una noble doncella, y oyó que se quejaba amargamente de su madre, por el demasiado amor que le había tenido: “¡Ah!, decía, en vez de reprenderme y sujetarme, ella me proporcionaba modas, novios; me excitaba a ir a los bailes, saraos, teatros, y hasta me engalanaba ella misma. Es verdad que me enseñaba algunas devociones, pero ¿qué gusto podían dar éstas a Dios, yendo mezcladas con tanto galanteo y profanidad? No obstante, como la misericordia del Señor es tan grande, por aquellas pocas devociones que hacía, Dios, me concedió tiempo para confesarme bien y librarme del infierno. Pero ¡ay! ¡qué penas estoy padeciendo! Si lo supieran mis amigas ¡qué vida tan distinta llevarían! La cabeza, que antes ataviaba con dijes y vanidades, está ahora ardiendo entre llamas vivísimas; las espaldas y brazos, que llevaba descubiertos, los tengo ahora cubiertos y apretados con hierros de fuego ardentísimo; las piernas y pies, que adornaba para el baile, ahora son

atormentados horriblemente; todo mi cuerpo, en otro tiempo tan pulido y ajustado, ahora se halla sumergido en toda clase de tormentos (1)". Contó la Santa esta visión a una prima de la difunta, muy entregada también a la vanidad, y ésta cambió de vida en términos que, entrando en un convento de muy rigurosa observancia, procuró con rigidísimas penitencias reparar los desórdenes pasados, y auxiliar a su parienta, que estaba padeciendo tanto en el Purgatorio.

ORACIÓN

A JESÚS AZOTADO EN LA COLUMNA

¡Oh Jesús amabilísimo! ¡Vos desnudo y azotado por mí! ¡Ves la inocencia y santidad infinitas, despedazado por mi amor con innumerables azotes! ¡Ay! ¡qué extraño es que se paguen caros en el Purgatorio los gustos del pecado, si así pagáis Vos en vuestro purísimo cuerpo las sensualidades del mío! ¡Ay infeliz de mí! Yo soy quien he pecado; yo merecía ese castigo tan humillante y riguroso; y no obstante, lejos de mortificar mis apetitos y

(1) Aunque el cuerpo no va al Purgatorio, es, no obstante, cierto que las almas sufren lo mismo que si estuvieran unidas con él. Y así el rico Epulón podía muy bien experimentar aquella sed de que nos habla el Evangelio: tanto más, que aun en esta vida mortal, no es propiamente el cuerpo, sino el alma en cuanto da vida al cuerpo, la que siente el dolor.

de castigar con penitencias una carne impura, no busco sino delicias y regalos. Mas no será así en adelante, dulcísimo Jesús. Caiga sobre mi corazón una gota de esa Sangre preciosa, y arrepentido abrazaré la mortificación, y quedaré todo encendido en vuestro santo amor. Y Vos, Padre celestial, ya que vuestro Hijo santísimo satisfizo sobreabundantemente a vuestra divina Justicia, perdonad mis culpas, usad de clemencia con las benditas Ánimas del Purgatorio, aceptad en sufragio de ellas todo cuanto yo sufriere en este día, aceptad la cruel flagelación de Jesús y los dolores de su Madre Santísima. Amén.

OBSEQUIO

Mañana, no comer fuera de las horas acostumbradas, o hacer alguna mortificación corporal en sufragio de las benditas Ánimas del Purgatorio.

Día sexto

Por la señal de la santa cruz, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

Padre celestial, etc.

MEDITACIÓN .

PACIENCIA Y RESIGNACIÓN DE LAS BENDITAS ÁNIMAS

PUNTO PRIMERO. — Es verdad que las Almas del Purgatorio padecen imponderables penas, y sin mérito, pero las padecen con una paciencia y resignación admirables. Conocen a Dios con luz perfectísima, le aman con purísimo amor, y desean ardentísimamente poseerlo, pero al ver sus faltas, bendicen y adoran la mano justa y amorosa que las castiga. ¡Oh! ¡y con cuánta más resignación que los hermanos de José, exclaman: *Merito bæc patimur!* Con mucha razón nos castigáis, Señor; pues cuando pecamos no temimos vuestro poder y justicia, frustramos los designios de vuestro amor y sabiduría, despreciamos vuestra majestad y grandeza, y ofendimos vuestras perfecciones infinitas. Justo es que seamos castigadas. Hombres sin conocimiento de la verdadera religión fueron agradecidos a sus bienhechores; Faraón hizo a José virrey de Egipto, porque le interpretó un sueño misterioso. Asuero elevó a Mardoqueo a los primeros empleos de la Persia, porque le descubrió una conspiración; hasta los

osos y leones y otras fieras indómitas, agradecidas defendieron a sus bienhechores; y nosotras, creadas a vuestra imagen, redimidas con vuestra Sangre, honradas con bienes de fortuna y exaltadas con tantos dones de la gracia, ingratas ¡ay! os abandonamos en vida. Sí; purificadnos en este fuego; ¡por acerbas que sean nuestras penas, bendecidnos y ensalzaremos vuestra justicia y misericordia infinita! *Justus es, Domine, et rectum judicium tuum.*

Todavía más: es tanta la fealdad del pecado, por leve que sea, que si Dios abriera a esas Almas las puertas del cielo, no se atreverían a entrar en él, manchadas como están, sino que suplicarían al Señor las dejara purificarse primero en aquellas llamas. No de otra suerte que una doncella escogida por esposa de un gran monarca, si el día de las bodas apareciese una llaga asquerosa en su rostro, no se atrevería a presentarse en la Corte, y suplicaría al Rey que difiriese las bodas hasta que estuviera perfectamente curada. ¡Oh pecado! por leve que parezcas, ¡qué mal eres tan grave, cuando las mismas Almas preferirían los horrores del

Purgatorio a entrar en el cielo con la menor sombra de tu mancha!

Medita, etc.

PUNTO SEGUNDO. — Mira, cristiano, si puede darse locura mayor que la tuya... Te reconoces deudor a la Justicia divina de horribles penas por los pecados enormes que cometiste en la vida pasada, y por las innumerables faltas en que al presente caes todos los días; que no basta confesarte; que la absolución borra, sí, la culpa, mas, no condonando toda la pena, es preciso satisfacer a la Justicia divina en este, o en el otro mundo; y no obstante, jamás te cuidas de hacer penitencia. Ahora podías expiar tus culpas fácilmente, y con mucho más mérito tuyo: una confesión bien hecha, una Misa bien oída, un trabajo sufrido con paciencia, una ligera mortificación, una limosna, una indulgencia, un *Vía Crucis* hecho con devoción, podría excusarte espantosos suplicios; y tú todo lo descuidas, todo lo dejas para la otra vida. ¡Ay! ¿Has olvidado, por ventura, cuán horribles son y cuánto tiempo duran aquellos tormentos? ¿No sabes que, según afirman ciertos

autores, fundados en revelaciones muy respetables, varias de aquellas Almas han estado siglos enteros en el Purgatorio, y otras estarán allí hasta el juicio final?

¡Insensato! Las Ánimas, dice San Cirilo de Jerusalén, mejor querrían sufrir hasta el fin del mundo todos los tormentos de esta vida, que pasar una sola hora en el Purgatorio; y tú quieres más arder siglos enteros en el Purgatorio, que mortificarte en esta vida un solo momento. ¡Oh espantosa locura!

Medita, etc.

EJEMPLO

Había en Bolonia una viuda noble, que tenía un hijo único y muy querido. Estando divirtiéndose un día con otros jóvenes, pasó un forastero y les interrumpió el juego. Reprendióle ásperamente el hijo de la viuda, y resentido el forastero, sacó un puñal, se lo clavó en el pecho, y dejándole palpitando en el suelo, echó a huir calle abajo con el puñal ensangrentado en la mano, y se metió en la primera casa que encontró abierta. Allí suplicó a la señora que por amor de Dios le ocultase; y ella, que era precisamente la madre del joven asesinado, le escondió en efecto. Entre tanto llegó la justicia buscando al asesino; y no hallándole allí, “sin duda, dijo uno de los que les buscaban, no sabe esta señora que el muerto es su hijo, pues si lo supiera, ella misma nos entregaría al reo, que indudable-

mente debe estar aquí". Poco faltó, para que muriese la madre de sentimiento al oír estas palabras. Mas luego, cobrando ánimo y conformándose con la voluntad divina, no sólo perdonó al que había matado a su único y estimado hijo, sino que le entregó todavía una cantidad de dinero y el caballo del difunto para que huyese con más prontitud; y después le adoptó por hijo. Pero ¡cuán agradable fué a Dios esta generosa conducta! Pocos días después estaba la buena señora haciendo oración por el alma de l difunto, cuando de pronto se le apareció su hijo, todo resplandeciente y glorioso, diciéndole: "Enjugad, madre mía, vuestras lágrimas y alegraos, que me he salvado. Muchos años tenía que estar en el Purgatorio, pero vos me habéis sacado de él, con las virtudes heroicas que practicásteis perdonando y haciendo bien al que me quitó la vida. Más os debo por haberme librado de tan terribles penas, que por haberme dado a luz. Os doy las gracias por uno y otro favor ;adiós, madre mía, adiós; me voy al cielo donde seré dichoso por toda la eternidad".

ORACIÓN

A JESÚS CORONADO DE ESPINAS

¡Oh amabilísimo Redentor mío! ¡Los pecadores se coronan de rosas, los reyes de la tierra se ciñen coronas de diamantes y perlas, y Vos, Rey inmortal de los siglos estáis coronado de espinas! ¡Oh! ¡si esa vuestra corona se clavase en mi cabeza, para arrancar de una vez mi soberbia

y malos pensamientos! ¡Oh! ¡Si a lo menos una de esas espinas atravesara mi conciencia, y no me dejara reposar hasta que hubiese mudado de vida! Señor, no quiero ya más coronarme de flores en este mundo, sino de espinas por vuestro amor. Y Vos, Padre misericordiosísimo, aceptad, en sufragio de las pobres Almas del Purgatorio, aquellas befas, humillaciones y dolores acerbísimos que sufrió vuestro amable Hijo cuando le coronaron de espinas. Por aquellas asquerosas salivas que recibía, por aquellos escarnios con que le ultrajaban, por aquella sangre que corría de su cabeza santísima, a fuerza de los cruelísimos golpes que sobre las espinas le daban, por aquel dolor que atravesó el corazón de su angustiadísima Madre, aliviad, os suplico, a las afligidas Almas del Purgatorio y concededles pronto la corona incorruptible de la gloria. Y para alcanzar de Vos esta gracia diremos cinco *Padre nuestros*, cinco *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.

OBSEQUIO

En sufragio de las Almas del Purgatorio, aplicar los cien días de indulgencia

que se pueden ganar cada vez diciendo devotamente: *Jesús, José y María, os doy el corazón y e lalma mía.*

D í a s é p t i m o

Por la señal de la santa cruz, etc.

Señor mio Jesucristo, etc.

Padre celestial, etc.

MEDITACIÓN

DESCUIDO DE LOS MORTALES EN ALIVIAR A LAS
ÁNIMAS DEL PURGATORIO

PUNTO PRIMERO.—¡Pobres Almas! ¡Están padeciendo tormentos y penas inexplicables no pueden merecer, ni esperar alivio sino de los vivos; y éstos, ingratos, no se cuidan de ellas! Tienen en el mundo tantos hermanos, parientes y amigos, y no hallan, como José, un Rubén piadoso que las saque de aquella profunda cisterna. Sus tinieblas son más dolorosas que la ceguera de Tobías, y no encuentran un Rafael que les dé la vista deseada, para contemplar el rostro hermosísimo de Dios. Se abrasan en más ardiente sed que el criado de Abraham, y no hallaron una oficiosa Rebeca que se la alivie. Son infi-

nitamente más desgraciadas que el caminante de Jericó y el paralítico del Evangelio; mas no encuentran un Samaritano, u otra persona compasiva que las consuele. ¡Pobres Almas! ¡Qué tormento tan grande será para vosotras este olvido de los mortales! ¡Podrían tan fácilmente aliviaros y libertaros del Purgatorio; bastaría una Misa, una Comunión, un *Vía Crucis*, una indulgencia que aplicasen; y nadie se cuida de ofrecéroslo!

¿Y quiénes son esos ingratos? ¡Ah! son vuestros mismos parientes y amigos, vuestros herederos, vuestros hijos mismos. Ellos se alimentan y recrean con los bienes que les dejásteis; y ahora desconocidos no se acuerdan ya de vosotras. Tal vez por haberlos estimado y complacido demasiado, por haberlos enriquecido con usuras y otros modos ilícitos, ardéis en esas llamas; y los ingratos se divierten ahora, sin compadecerse ni acordarse de vuestras penas... ¡Pobres Almas! Con mucha más razón que David podéis decir: si un extraño que no hubiese jamás recibido ningún favor de mi mano, si un enemigo me tratara así, por sensible que me fuera, podría soportarlo con pacien-

cia; ¡pero tú, hijo mío, que me debes tantos beneficios, y te sustentas y regalas con el sudor de mi rostro; tú, hija mía, por quien pasé tantos dolores y noches tan malas; tú, esposo; tú, esposa mía, que tantas pruebas recibiste de mi amor, siendo objeto de mis desvelos y blanco de mis incesantes favores; que tú me trates así, que descuidando los sufragios que tanto te encargué, me dejes e neste fuego, sin querer socorrerme. ¡Ah! ¡esta sí que es ingratitud y crueldad superior a toda ponderación!

Medita, etc.

PUNTO SEGUNDO.—¡Pobres Almas! Pero más pobres e infelices seremos nosotros, si no las socorremos. Acuérdate, gritan los difuntos, de cómo he sido yo juzgado, porque así mismo lo serás tú. *A mí ayer; a ti hoy.* Tú, también serás del número de los difuntos, y tal vez muy pronto. Y por rico y poderoso que seas, ¿qué sacarás de este mundo? Lo que nosotros sacamos, y nada más: las obras. Si son buenas, ¡qué consuelo! Si malas, ¡qué desesperación! Como tú hayas hecho con nosotros, harán contigo.—¿Lo oyes? Si ahora eres duro e insensible con las benditas

Ánimas, duros e insensibles serán contigo los mortales, cuando tú hayas dejado de existir. Y no es este el parecer de un sabio; es el oráculo de la Sabiduría infinita que nos dice por San Mateo: *Con la misma medida con que midiéreis, seréis medidos*. Sí; del mismo modo que nos hubiésemos portado con las almas de nuestros prójimos, se portarán los mortales también con nosotros; y ¡Ay de aquel que no hubiese usado de misericordia, porque le espera, dice el Apóstol Santiago, un juicio sin misericordia! ¿Y no tiemblas tú, heredero y testamentario, insensible para con los difuntos? Si lleno de indignación el Juez supremo arroja al infierno al que niega la limosna a un pobre que tal vez era enemigo de Dios por el pecado, ¿con cuánta justicia y rigor condenará al que niegue a sus amadísimas esposas los sufragios de los bienes que le pertenecían?

Medita, etc.

EJEMPLO

Derrotado por Cayano ⁽¹⁾ el ejército de Mauricio, y hechos prisioneros gran número de soldados, Cayano pidió al Emperador una moneda,

(1) Otros le llaman aCiro y Petavio Chaganus, rey de los Bávaros.

y no de valor muy subido, por el rescate de cada prisionero. Mauricio se negó a darla. Cayano pidió entonces una de menos valor; y habiéndosela también rehusado, exigió por último una infima cantidad; la que no habiendo podido lograr tampoco, irritado el bárbaro, mandó cortar la cabeza a todos los soldados imperiales que tenía en su poder. Mas ¿qué sucedió? Pocos días después Mauricio tuvo una espantosa visión. Citado al tribunal de Dios, veía gran multitud de esclavos que arrastraban pesadas cadenas, y con horrendos gitos pedían venganza contra él. Oyendo el Juez supremo tan justas quejas, se vuelve a Mauricio y le pregunta: “¿Dónde quieres más ser castigado: en ésta, o en la otra vida? —¡Ah! benignísimo Señor, responde el prudente emperador, prefiero ser castigado en este mundo. Pues bien, dijo el Juez, en pena de tu crueldad con aquellos pobres soldados, cuya vida no quisiste salvar a tan poco precio, uno de tus soldados te quitará la corona, fama y vida acabando con toda tu familia”. En efecto, pocos días después se le insurreccionó el ejército, proclamando a Focas por emperador. Mauricio fugitivo se embarcó en una pequeña nave con algunos pocos que le seguían; mas en vano; furiosas las olas lo arrojan a la playa, y llegando los partidarios de Focas, le atan a él y cuantos le seguían y los llevan a Eutropia, en donde, ¡oh padre infeliz! después de haber visto con sus propios ojos la cruel carnicería que hicieron de cinco hijos suyos, fué muerto ignominiosamente, y no pasó mucho tiempo sin que el resto de su familia sufriese la misma desgracia.

¡Ah! cristianos que oís esto; no son unos po-

bres soldados, son vuestros propios hermanos y vuestros propios padres los que han caído prisioneros de la Justicia divina. Este Dios misericordioso pide por su rescate una muy pequeña moneda; de gran valor, es verdad, pero muy fácil de dar. ¿Y seréis tan duros que se la neguéis? ¿Tan insensibles seréis a la felicidad de las Ánimas y a vuestros propios intereses?

ORACIÓN

A JESÚS LLEVANDO LA CRUZ A CUESTAS

¡Oh dulcísimo Jesús, y qué sensible habrá sido a tu corazón mi olvido e indiferencia para con las Almas del Purgatorio; pues tanto las amas por una parte, y por otra eres tan caritativo, que cuando subías a la montaña del Calvario olvidaste tu dolor acerbísimo para consolar a aquellas piadosas mujeres que lloraban tu suerte! Aplaque, pues, oh Padre celestial, tu ira la caridad inmensa de tu Hijo santísimo. Acepta esos dolorosos pasos que da, oprimido con el enorme peso de la cruz acepta esas tres lastimosas caídas, junto con los escarnios y con el sudor y sangre que derrama por nuestro amor. Yo te lo ofrezco todo, en remisión de mi poca paciencia en los trabajos, y en sufragio de las pobres Almas del Purgatorio. ¡Ah!

compadécete de sus lágrimas; enjúgalas, oh Padre clementísimo, y haz que dichas participen cuanto antes de la gloria de tu rostro divino en la patria celestial. Amén.

Digamos cinco *Padre nuestros*, cinco *Ave Marías* y un *Gloria Patri* para alcanzar del Señor esta gracia.

OBSEQUIO

El mayor sufragio que reclaman las benditas Ánimas, el más necesario para nosotros y el más adepto a Dios es hacer una buena confesión, sin callar pecado alguno al confesor.

Día octavo

Por la señal de la santa cruz, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

Padre celestial, etc.

MEDITACIÓN

CÓMO RECOMPENSARÁ EL SEÑOR A LOS DEVOTOS
DE LAS BENDITAS ÁNIMAS

PUNTO PRIMERO. — Supongamos, cristiano piadoso, que movido por estas meditaciones haces una sincera y dolorosa confesión, y ganando la indulgencia plenaria de este santo Novenario, sacas un

Alma de la horrenda prisión del Purgatorio. ¡Ay! ¡y qué grande será tu dicha! Si perseveras, ¡qué galardón tan grande recibirás en el cielo! Si los reyes de la tierra, siendo miserables mortales, recompensan con tanta munificencia al que libra a uno de sus vasallos de un gran peligro, ó expone su vida sirviendo generosamente a los apestados; ¿cómo pensáis vosotros que premiará el Señor al que libre a una o más Almas de las abrasadoras llamas del Purgatorio? Decid, padres y madres: si aquel hijo, que es la niña de vuestros ojos, cayese en un río o en el fuego, y un hombre generoso os le sacara y presentara vivo, ¿cómo se lo agradeceríais? Si vosotros fuéseis ricos y potentados, y él pobre, ¿cómo le premiaríais? Ahora bien: ¿qué tiene que ver el cariño del padre más amoroso con el amor que Dios profesa a aquellas Almas, que son sus hijas y esposas muy amadas? ¿Qué son todos los peligros y males de este mundo, comparados con las espantosas penas del Purgatorio? ¿Y qué comparación hay entre el Poder y la generosidad de un miserable mortal y el poder y la generosidad infinita de Dios, que promete un inmenso premio de gloria

por la visita hecha a un preso, a un enfermo, o por un vaso de agua a un pobre por su amor? ¡Ah, cristiano! no dudo decir que miro como asegurada tu salvación, si logras sacar a una sola Alma del Purgatorio. ¿Y no harás lo posible para lograrlo?

Medita, etc.

PUNTO SEGUNDO. — No pienses, alma cristiana, ser ésta una reflexión piadosa; es una promesa formal de Jesucristo, verdad eterna, que no puede faltar a su palabra. ¿No nos dice en el sagrado Evangelio: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia?* Fundado en estas palabras infalibles, hasta ahora, dice el Padre San Gregorio: “Yo no sé que se haya condenado ninguno que haya usado de misericordia con el prójimo”. ¡Ah! Dios quiere mucho a las Almas; todo cuanto se hace por ellas lo mira, agradece y premia como si a Él mismo se le hiciera; *En verdad os digo que todo cuanto habéis hecho con uno de esos pequeños hermanos míos, lo habéis hecho conmigo.* ¡Ah! dichosos cristianos; si socorréis a las pobres Ánimas del Purgatorio, “venid, os dirá un día nuestro liberalísimo Juez; venid, benditos de mi Padre

celestial. Aquellas pobres Almas tenían hambre, y vosotros comulgando las habéis alimentado con el pan de vida de mi sacratísimo Cuerpo; morían de sed y oyendo o haciendo celebrar Misa, les habéis dado a beber mi Sangre preciosísima; estaban desnudas, y con vuestras oraciones y sufragios las habéis vestido con una estola de inmortalidad; gemían en la más triste prisión, y con vuestros méritos e indulgencias las habéis sacado de ella. Y no es precisamente a las Ánimas a quienes habéis hecho estos favores; a Mí me los habéis hecho: *Mihi fecistis*: pues todo cuanto hicisteis por ellas. Yo lo miro por tan propio como si lo hubiéseis hecho para Mí mismo. Por lo tanto, venid, benditos de mi Padre celestial, a recibir la corona de gloria que os está preparada en el cielo". ¿Y no queríais, cristianos, lograr tanta dicha? Pues en vuestra mano está.

Medita, etc.

EJEMPLO

Tenía una pobre mujer napolitana una numerosa familia que mantener, y a su marido en la cárcel, encerrado por deudas. Reducida a la última miseria, presentó un memorial a un gran señor, manifestándole su infeliz estado y aflicción; pero con todas las súplicas no logró más

que unas monedas.

Entra desconsolada en una iglesia, y encomendándose a Dios, siente una fuerte inspiración de hacer decir con aquellas monedas una Misa por las Ánimas, y pone toda su confianza en Dios, único consuelo de los afligidos. ¡Caso extraño! Oída la Misa, se volvía a casa, cuando encuentra a un venerable anciano, que llegándose a ella le dice: “¿Qué tenéis, mujer? ¿Qué os sucede?” La pobre le explicó sus trabajos y miserias. El anciano consolándola le entrega una carta, diciéndole que la lleve al mismo señor que le ha dado las monedas. Éste abre la carta, y ¿cuál no es su sorpresa cuando ve la letra y firma de su amantísimo padre ya difunto? ¿Quién os ha dado esta carta? —No lo conozco, respondió la mujer, pero era un anciano muy parecido a aquel retrato; sólo que tenía la cara más alegre. Lee de nuevo la carta, y observa que le dicen: “Hijo mío muy querido, tu padre ha pasado del Purgatorio al cielo por medio de la Misa que ha mandado celebrar esa pobre mujer. Con todas veras la encomiendo a tu piedad y agradecimiento; dale una buena paga, porque está en grave necesidad”. El caballero, después de haber leído y besado muchas veces la carta, regándola con copiosas lágrimas de ternura: “Vos, dice a la afligida mujer, vos, con la limosna que os hice, habéis labrado la felicidad de mi estimado padre; yo ahora haré la vuestra, la de vuestro marido y familia”. En efecto, pagó las deudas, sacó al marido de la cárcel, y tuvieron siempre de allí en adelante cuanto necesitaban y con mucha abundancia. Así recompensa Dios, aun en este mundo, a los devotos de las benditas Ánimas.

ORACIÓN

A JESÚS CLAVADO EN LA CRUZ

¿De qué trabajos puedo quejarme, oh Jesús dulcísimo, cuando os contemplo clavado en la cruz, desamparado de vuestro Padre celestial, padeciendo la más cruel sed y agonía por mi amor? ¿Cómo no esperaré cuando por todas esas llagas abiertas, como por otras tantas bocas o volcanes de amor, pedís misericordia y perdón? Sí; alientate, pecador; pronto está Dios a borrar culpas pasadas, alentaos también vosotras, Almas benditas del Purgatorio; ya se acerca la hora de vuestro rescate y de vuestra libertad. Mañana, con las comuniones que se os ofrecerán, será el dichoso día de vuestra redención. ¡Oh! haced que así sea, dulcísimo Jesús, moved el corazón de estos fieles para que no nieguen este sufragio a las Ánimas, apagad la sed ardentísima que esas Almas tienen de veros, de gozaros, de reinar con Vos y bendeciros por siglos infinitos. Amén.

Cinco *Padres nuestros*, cinco *Ave Marías* y un *Gloria Patri* para alcanzar esta gracia del Señor.

OBSEQUIO

Hacer una limosna en sufragio de las Almas del Purgatorio.

DÍA NOVENO

Por la señal de la santa cruz, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

Padre celestial, etc.

MEDITACIÓN

AGRADECIMIENTO DE LAS BENDITAS ÁNIMAS
PARA CON SUS DEVOTOS

PUNTO PRIMERO. — Ved aquí el día feliz; hoy, con las numerosas comuniones y sufragios que los fieles han ofrecido al Señor, no sólo en ésta, sino en tantas otras iglesias, muchas de aquellas Almas, ayer tan afligidas y desgraciadas, han pasado a ser dichosos habitantes y príncipes felicísimos de la Corte celestial. Ya ven cara a cara la Hermosura y Majestad infinita; ya poseen a Dios, que contiene en sí cuanto hay de amable, de grande, delicioso y perfecto. Su entendimiento ya no puede experimentar ni más alegría, ni

más suavidad, ni más dicha. ¡Ay! ¡si pudieses, amado cristiano, penetrar hoy en aquella dichosa patria y contemplar el transporte de aquellos Bienaventurados! ¡Qué enhorabuenas, qué abrazos se dan tan amorosos! ¡Qué cánticos entonan en acción de gracias al Dios de las misericordias y a los generosos cristianos que las han sacado del Purgatorio! ¡Oh! ¡cómo dan por bien empleadas las penas que en este mundo padecieron! ¡Oh! ¡con cuánta alegría está diciendo cada una de ellas: Dichosas confesiones y comuniones; dichosas las Misas que oía, las limosnas, oraciones, penitencias y obras buenas que yo practicaba; dichosas las burlas y escarnios que yo sufría por ser devota! ¡Y con qué magnificencia pagáis, Señor, hasta los sacrificios más pequeños e insignificantes que hice por vuestro amor! ¡No quisieras, cristiano, tener tú la misma suerte? Pues pelea contra las pasiones; que sin pelear no se alcanza victoria; sin pena, no hay felicidad.

Medita, etc.

PUNTO SEGUNDO. — ¡Y qué dicha, cristiano, la tuya, si has logrado librar del Purgatorio a alguna de aquellas Almas!

El cielo debe a tus sufragios el nuevo regocijo y la nueva gloria accidental que ahora experimenta. Y aquellas Almas dichosas te deben la libertad, y con ella la posesión de una felicidad infinita. ¿Qué súplicas, pues, tan fervorosas no harán a Dios por ti? ¿En qué necesidad podrás encontrarte que no cuiden de socorrerte? ¿Qué empeño pondrán en conseguírte las gracias necesarias para vencer las tentaciones, adquirir las virtudes y triunfar de los vicios? Y si alguna vez te vieres en peligro de pecar y de caer en el infierno, ¿con cuánto más celo que el pueblo de Israel lo hizo en favor de Jonatás, dirán al Señor!: ¿Y permitiréis, oh gran Dios, que se pierda eternamente un cristiano que me ha librado a mí de tan horribles penas? ¿No prometísteis que alcanzarían misericordia con el prójimo? ¿Y consentiríais ahora que cayese en el infierno aquel que con sufragios me abrió las puertas del cielo? ¡Ah dichoso cristiano! ¡cuánto envidia tu dicha! Persevera, y tienes segura la palma de la gloria.

Medita, etc.

Santa Gertrudis, aquella esposa tan regalada del Señor, había hecho donación de todos sus méritos y obras buenas a las pobres Ánimas del Purgatorio; y para que los sufragios tuviesen más eficacia y fuesen más adeptos a Dios, suplicaba a su divino Esposo le manifestase por qué Alma quería que satisfaciese. Se lo otorgaba su Divina Majestad, y la Santa multiplicaba oraciones, ayunos, cilicios, disciplinas y otras penitencias, hasta que aquella alma hubiese salido del Purgatorio. Sacada una, pedía al Señor le señalara otra; y así logró librar a muchas de aquel horrible fuego. Siendo ya la Santa de edad avanzada, le sobrevino una fuerte tentación del enemigo que le decía: “¡Infeliz de tí! ¡Todo lo has aplicado a las Ánimas del Purgatorio, y no has satisfecho todavía por tus pecados! Cuando mueras, ¡qué penas y tormentos te aguardan!” No dejaba de acongojarla este pensamiento, cuando se le apareció Cristo Señor Nuestro, y la consoló diciendo: “Gertrudis, hija mía muy amada; no temas: los sufragios que tú ofreciste a las Ánimas del Purgatorio, me fueron muy agradables; tú no perdiste nada; pues en recompensa no sólo te perdono las penas que allí habías de padecer, sino que aun aumentaré tu gloria de muchísimos grados. ¿No había prometido yo dar el ciento por uno, pagando a mis fieles servidores con *medida buena, abundante y apretada*? Pues mira, yo haré que todas las Almas libertadas con tus oraciones y penitencias te salgan a recibir con muchos Ángeles a la hora de la muerte, y que, acompañada de este numeroso y brillante cortejo de bienaventurados, entres en el triunfo de la gloria”.

ORACIÓN

A LAS BENDITAS ALMAS LIBERTADAS DEL PURGATORIO POR LOS SUFRAGIOS OFRECIDOS DURANTE
EL NOVENARIO

¡Oh almas dichosas y felices, a quienes nuestro dulcísimo Jesús acaba de admitir hoy en su patria celestial! Os felicitamos, y damos en nombre de toda la Iglesia mil enhorabuenas por esta dicha tan grande. Unimos nuestra alegría con la vuestra y con la de los Ángeles y Serafines; juntamos nuestras acciones de gracia con los cánticos y alabanzas que vosotras entonáis al Creador por tan inestimable beneficio. Sí, Almas santas y dichosas; alegraros: ya se han acabado para vosotras las penas y tristezas, las aflicciones y trabajos, los peligros y tentaciones de esta miserable vida. Sólo os queda una eternidad de descanso, de alegría, de delicias y de bienaventuranza infinita. ¡Qué dicha también la nuestra, si con estos sufragios os hemos acelerado la posesión de tanta gloria! Sí, triunfad en el cielo; pero no hagáis como hizo aquel ingrato copeo de Faráon con José; no olvidéis a vuestros pobres hermanos, que militamos aún en

este valle de lágrimas; echad una mirada compasiva sobre nosotros; ¡mirad de cuántos y cuán fieros enemigos nos vemos rodeados! Ahora que sois tan poderosas delante de Dios, interceded por nosotros, para que siendo fieles y constantes en su servicio podamos en vuestra compañía alabarle y glorificarle un día eternamente.

Cinco *Padre nuestros*, cinco *Ave Marías* y un *Gloria Patri* a las cinco llagas de Cristo Señor nuestro en sufragio de las benditas Ánimas del Purgatorio.

OBSEQUIO

Formar una firme resolución de ofrecer todas nuestras obras satisfactorias en sufragio de las pobrecitas Ánimas.

RESPONSO

V) Libera me, Domine, de morte aeterna in die illa tremenda. * Quando coeli movendi sunt et terra. * Dum veneris judicare saeculum per ignem.

R) Tremens factus sum ego et timeo. Dum discussio venerit atque ventura ira.

Quando coeli movendi sunt et terra. Dum veneris judicare saeculum per ignem.

V) Dies illa, dies irae, calamitatis et miseriae, dies magna et amara valde. Dum veneris judicare saeculum per ignem.

V) Requiem aeternam dona eis Domine, et lux perpetua luceat eis.

Libera me, Domine, de morte aeterna in die illa tremenda, quando coeli movendi sunt et terra, dum veneris judicare saeculum per ignem.

Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison. Pater noster, etc.

V) Et ne nos inducas in tentationem.

R) Sed libera nos a malo.

V) A porta inferi. R) Erue, Domine, animas eorum.

V) Requiescant in pace. R) Amén.

V) Domine, exaudi orationem meam.

R) Et clamor meus ad veniat.

V) Dominus vobiscum. R) Et cum spiritu tuo.

OREMUS

Fidelium, Deus, omnium conditor et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam quam semper obtaverunt piis supplicationibus consequantur. Qui vivis et regnas in saecula saeculorum. R) Amen.

V) Requiem aeternam dona eis, Domine. R) Et lux perpetua luceat eis.

V) Requiescant in pace. R) Amen.

Animae omnium fidelium defunctorum per misericordiam Dei requiescant in pace.

R) Amen.



ACTO HEROICO DE CALIDAD EL FAVOR DE LAS BENDITAS ALMAS DEL PURGATORIO

INDULGENCIAS CONCEDIDAS

Los fieles que hicieren el acto Heroico de Caridad en favor de las Almas del Purgatorio se les concede: indulgencia Plenaria aplicable sólo a los difuntos.

- 1) *Cualquier día que recibieren la S. Comunión, si confesados visitaren alguna Iglesia o público Oratorio y oraren a intención del Sumo Pontífice.*
- 2) *Cualquier lunes del año, si oyesen la Santa Misa en sufragio de los mismos difuntos y además cumplieren las condiciones acostumbradas.*
- 3) *Si por algún impedimento no pudieren recibir la S. Comunión ni oír la Santa Misa, los Obispos Diocesanos pueden delegar a los confesores para conmutar por algunas otras obras piadosas.*
- 4) *Los sacerdotes que han recitado el Acto Heroico, gozan del indulto de altar privilegiado personal, todos los días.*

(S. Penit. Apost. 26 Enero 1932).

Este acto de caridad, tan agradable a Dios, útil a las Almas del Purgatorio, y provechoso a nosotros mismos, consiste en un voto o donación entera que hacemos de todas nuestras obras satisfactorias en favor de aquellas benditas Almas. Nótese aquí que toda obra buena es a la vez, según el Concilio de Trento, *meritoria, imperatoria y satisfactoria*. Se dice *meritoria*, porque con ella logramos un grado más de gracia en este mundo y de gloria para el otro: mérito que a nadie puede cederse, siendo todo de aquel que hace la obra buena. Llámase *impetratoria*,

porque con ella alcanzamos de Dios auxilios oportunos y bienes espirituales y temporales, ya para nosotros mismos, ya también para otros. Dícese por fin *satisfactoria*, porque con ella pagamos el débito de nuestros pecados y la pena del Purgatorio que les era correspondiente; y este fruto satisfactorio de nuestras obras es, propiamente hablando, el que cedemos a las benditas Ánimas con este voto. A nadie debe imponer el nombre de voto, pues se hace, como se expresa en la fórmula, *sin obligación a pecado*, siendo más bien una cesión voluntaria, un acto heroico de caridad que un voto riguroso. Y así en nada se expone éste al orden de la caridad, que nos obliga a pedir primero por nuestros parientes difuntos, por los socios de las cofradías a que pertenecemos, etc. Pues poniendo en manos de la Virgen Santísima todas nuestras obras satisfactorias, y conociendo Ella mejor que nosotros cuál es nuestro deber, distribuirá dichas buenas obras entre los parientes, cófrades, etc., según fuere más del agrado de Dios. Por consiguiente, podemos y debemos continuar las oraciones y acostumbradas, dirigidas a obtener de Dios y de los Santos cualquiera gracia que necesitemos. Puede asimismo, y del Sacerdote aplicar la misa por la intención de quien le diere la limosna, según lo declaró en su concesión la Santidad de Benedicto XIII, Agosto 23 de 1728.

Fórmula de este voto

Para mayor gloria vuestra, oh Dios mío, Uno en esencia y Trino en Persona,

para mejor imitar a mi dulcísimo Redentor Jesucristo, y para mostrar mi sincera esclavitud a María Santísima, Madre de Misericordia y Madre de las pobres Almas del Purgatorio, yo N. N., me propongo cooperar a la redención ⁽¹⁾ y libertad de aquellas Almas, encarceladas por deudas de penas a la divina Justicia, merecidas por sus pecados; y en aquel modo que puedo lícitamente, sin obligación a pecado, hago libre y espontáneamente voto de librar del Purgatorio a todas las Almas que María Santísima quisiere que sean libres; y para esto pongo en manos de esta piadosísima Señora todas mis obras satisfactorias, propias y participadas, tanto en vida como en muerte, y después de la muerte.

Aceptad, os ruego, Dios mío, y confirmad este mi ofrecimiento que os reitero y confirmo a honra vuestra y bien de mi alma.

Y dado que mis obras satisfactorias no bastasen para pagar todas las deudas de aquellas almas predilectas de la Santísi-

(1) El que ofrece sufragios por las Almas del Purgatorio es honrado con el nombre del Redentor. (F. Celada, in Job, c. 4).

ma Virgen, y para satisfacer las que yo mismo hubiese contraído por mis culpas, que de todo corazón odio y detesto, me ofrezco, Señor, a pagaros, si así os pluguiere, en las penas del Purgatorio todo lo que faltare, abandonándome en los brazos de vuestra misericordia y en los de mi dulcísima Madre María. Sean testigos de este mi voto todos los que viven en las tres Iglesias, triunfante, paciente y militante.



NOVENA

en honor de

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

Por la señal de la Santa Cruz, etc.

Acto de contrición, etc.

ORACIÓN PARA EMPEZAR TODOS LOS DÍAS

¡Oh Virgen María, Madre de Dios y de los pecadores!, especial protectora de los que visten tu Sagrado Escapulario, te suplico por lo que Su Majestad te ha engrandecido escogiéndote para verdadera Madre suya, me alcances de tu querido Hijo Jesús el perdón de mis pecados, la enmienda de mi vida, la salvación de mi alma, el remedio de mis necesidades, el consuelo de mis aflicciones, y lo que en esta Novena especialmente pido, si conviene para su mayor honra y gloria y bien de mi alma, que yo, Señora, para conseguirlo me valgo de tu intercesión poderosa, y quisiera tener el espíritu de todos los Ángeles, Santos y Justos para alabarte dignamente y uniendo con sus afec-

tos mis voces, te saludo una y mil veces diciendo: *Dios te salve María*, etc.

D í a p r i m e r o

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que fuísteis figurada en aquella Nubecilla que el grande profeta de Dios, Elias, vió levantarse del mar, la que con lluvia fecundaba copiosamente la tierra, significando la purísima fecundidad con que diste al mundo a tu querido Hijo Jesús para remedio universal de nuestras almas!

Ruégote, Señora, me alcances de Su Majestad copiosas lluvias de auxilios para que mi alma lleve abundantes frutos de virtudes y buenas obras con que sirviéndole con perfección en esta vida, merezca gozarle en la eterna, y al presente consiga lo que en esta Novena por tu intercesión especialmente le pido; que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo: *Dios te salve, Reina y Madre de misericordia*, etc.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

A Vos acudo, Emperatriz misericordiosa, suplicando os dignéis aceptar estos siete Padre nuestros, Ave y Gloria, que con la intención de ganar las indulgencias

concedidas al Santo Escapulario, os ofrezco en esta novena. Amén.

Día segundo

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que por tu singular amor a los Carmelitas les favoreciste con tu familiar trato y dulces coloquios, alumbrándoles con las luces de tu enseñanza y ejemplo, de que dichosamente gozaron!

Ruégote, Señora, me asistas con especialidad, a alcanzándome de tu bendito Hijo Jesús, luz para conocer su bondad y amarle, conocer mis culpas y llorarlas, lo que debo ejecutar para con toda perfección servirle, y que mi trato y conversación sea siempre para su mayor honra, gloria y edificación de mis prójimos, y al presente consiga lo que en esta Novena por tu intercesión especialmente le pido; que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo: *Dios te salve*, etc.

Día tercero

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima, que te dignaste admitir piadosa, con singular amor, el obsequio de los Carmelitas, que entre todos los mortales, fueron

los primeros que te edificaron templo en el Monte Carmelo, donde concurrían fervorosos y devotos a darle culto y alabanza!

Ruégote, Señora, me alcances sea mi alma templo vivo de la Majestad de Dios, adornado de virtudes, donde Su Majestad habite siempre, de mí alabado, amado y adorado, sin que jamás le ocupen los afectos desordenados de lo temporal y terreno, y al presente consiga lo que en esta Novena por tu intercesión especialmente le pido; que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo: *Dios te salve*, etc.

Día cuarto

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que para mostrar tu especialísimo amor a los Carmelitas, les honraste con el dulce nombre de hijos y hermanos tuyos, alentando con este singular favor su confianza para buscar en Ti, como en amorosa Madre, el remedio, el consuelo y el amparo, en todas sus necesidades y aflicciones, y empeñándoles en provocar imitar tus excelentes virtudes!

Ruégote, Señora, me mires como amorosa Madre, y me alcances te imite yo de

modo que dignamente goce el nombre de hijo tuyo, y que mi nombre sea escrito en el libro de la predestinación con los de los hijos de Dios hermanos de mi Señor Jesucristo, y al presente consiga lo que por tu intercesión especialmente le pido: que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo: *Dios te salve*, etc.

Día quinto

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que para defender a los Carmelitas, tus hijos, cuando se intentaba extinguir la Sagrada Religión del Carmen, mostrando el singular amor con que los amparas, mandaste al Sumo Pontífice Honorio III, los recibiese benignamente y confirmase su instituto, dándole por señal de que esta era tu voluntad y la de tu Hijo Jesús, la repentina muerte con que castigó a dos que especialmente lo contradecían!

Ruégote, Señora, me defiendas de todos mis enemigos de alma y de cuerpo, para que con quietud y paz me emplee siempre fervoroso en el servicio de Dios y tuyo, y al presente consiga lo que en esta Novena por tu intercesión especialmente le pido:

que así, Señora, te lo suplico humildemente, diciendo: *Dios te salve*, etc.

D í a s e x t o

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que para señalar a los Carmelitas por especiales hijos tuyos los enriqueciste con la singular prenda del Sagrado Escapulario, vinculando en él tantas gracias y favores para los que devotamente le visten, y cumpliendo con sus obligaciones procuran vivir mostrando que son tus hijos en imitar sus virtudes!

Ruégote, Señora, me alcances lo ejecute yo así siempre, y señalándome en servirle con amoroso obsequio, merezca lograr los frutos de esta santa devoción, y me muestre agradecido a favor tan singular, y al presente consiga de la Majestad de Dios lo que en esta Novena por tu intercesión especialmente le pido; que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo: *Dios te salve*, etc.

D í a s é p t i m o

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que diste en tu Santo Escapulario a

los que devotamente le visten un firmísimo escudo para defenderse de todos los peligros de este mundo, y de las acechanzas del demonio, acreditando esta verdad con tantos y tan singulares milagros!

Ruégote, Señora, que sea mi defensa poderosa en esta mortal vida, para que en todas las tribulaciones y riesgos halle la seguridad, y en las tentaciones salga con victoria, logrando siempre tu especial asistencia para conseguirlo, y al presente me alcances de tu bendito Hijo Jesús lo que en esta Novena por tu intercesión especialmente le pido; que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo: *Dios te salve*, etc.

D í a o c t a v o

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que ofreciste tu especial asistencia en la hora de la muerte a los que devotamente visten tu Sagrado Escapulario, para que logren, por medio de la verdadera penitencia, salir de esta vida en gracia de Dios y librarse de las penas del infierno!

Ruégote, Señora, me asistas, ampares y consueles en la hora de mi muerte, y me alcances verdadera y perfecta penitencia y contrición de todos mis pecados, encen-

dido amor de Dios y deseo de verle y gozarle para que mi alma no se pierda ni condène, sino que vaya segura a la felicidad eterna de la gloria y al presente consiga de Su Divina Majestad lo que en esta Novena por tu intercesión especialmente le pido; que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo: *Dios te salve*, etc.

Día noveno

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que extendiendo tu amor a favorecer a los Carmelitas aun después de la muerte, como piadosísima Madre de los que visten tu Santo Escapulario, consuelas sus almas cuando están en el Purgatorio, y con tus ruegos consigues salgas de aquellas penas cuanto antes para ir a gozar de Dios en la gloria!

Ruégote, Señora, me alcances, de Su Majestad cumpla yo con las obligaciones de cristiano y con la devoción de tu Santo Escapulario, de tal modo logre este singularísimo favor, y al presente consiga lo que en esta Novena por tu intercesión especialmente le pido; que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo: *Dios te salve*, etc.

NOVENA
en honor del
GLORIOSO SAN CAYETANO

Por la señal de la Santa Cruz, etc.
Acto de contrición, etc.

ORACIÓN PARA EMPEZAR TODOS LOS DÍAS

Glorioso Padre y Patriarca San Cayetano, maravilloso ejemplar de la perfección cristiana, que en toda la carrera de vuestra preciosa vida fuísteis un vivo retrato de los más célebres Santos de la Universal Iglesia, Santo por vuestras heroicas virtudes, Precursor por vuestras continuas penitencias, Patriarca por vuestras grandes fundaciones, Apóstol por vuestras fructuosas predicaciones, Doctor por la fuerza de vuestras disputas convincentes, Mártir por los crueles tormentos que sufrísteis, Ángel por el candor de vuestra pureza admirable, Serafín por la ardiente llama de amor divino, en que vívamente os abrasásteis. Singular protector de cuantos se acogen bajo vuestro eficaz poder y amparo; os suplico, Santo mío, por tan sublimes prerrogativas y privilegios con que os ilustró el cielo, me alcancéis del Todo-

poderoso, gracia para caminar en esta vida por la segura senda de las virtudes, y el que consiga lo que pido en esta Novena, si es para gloria de Dios, honra vuestra y provecho de mi alma. Amén.

Día primero

Dios y Señor de los Santos, en quienes derramásteis aquellas gracias que, según su vocación, eran más proporcionales para un cabal desempeño de sus respectivas obligaciones: Yo os ofrezco humildemente todos los merecimientos de estos héroes de la virtud y perfección cristiana, y especialmente los de vuestro fidelísimo siervo San Cayetano, a quien hicísteis brillar en el firmamento de vuestra Iglesia, depositando en su espíritu tan heroicas virtudes y gracias, que aun viviendo en este mundo mereciese ser conocido de todos con el glorioso título del Santo por antonomasia; yo os suplico por su intercesión, que así como se distinguió en procurar vuestra mayor gloria, llevando adelante el instituto de una vida apostólica, a que le destinó vuestra sabia y adorable Providencia, merezca yo ejercitarme en aquellas virtudes, que sabéis me son nece-

sarias para serviros en todos los estados, a que vuestra soberana voluntad quiera conducirme, y particularmente lo que os pido en esta Novena, si así conviene para honra vuestra, utilidad y provecho de mi alma. Amén.

Se rezarán tres Padres nuestros, Ave María y Gloria Patri al final de cada día.

Oración a María Santísima

PARA TODOS LOS DÍAS DE LA NOVENA

Santísima Reina e Inmaculada Virgen María, a quien el Omnipotente (cumplida la plenitud de los tiempos en que el Verbo Divino se había de hacer hombre, para satisfacer a la Divina Justicia, ofendida por la original culpa), se dignó elegir para Madre de su Unigénito Hijo, queriendo que desde el instante primero de vuestro dichoso ser fuéseis preservada de toda mancha, para formar un digno tabernáculo de su Divinidad: Yo os suplico, Inmaculada Señora, me alcancéis de vuestro Divino Hijo la gracia de que yo borre con la penitencia las manchas de todas mis culpas y pecados, y pues sois liberal dispensadora de todos sus dones y gra-

cias, haced que yo experimente alguna parté de los dulces afectos de beneficencia que comunicásteis a vuestro amado siervo y protector mío San Cayetano; también os suplico me alcancéis lo que pido en esta Novena, juntamente la paz y concordia de los Príncipes Cristianos, la extirpación de las herejías, y victoria contra infieles, para que unidos todos en perfecta caridad, purificadas nuestras conciencias, celebremos en el misterio de vuestra concepción inmaculada la excelencia de vuestro ser, y la mayor gloria de vuestro Hijo, quien con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

D í a s e g u n d o

Dios y Señor del gran Bautista, vuestro precursor insigne, a quien preparásteis con la gracia y espíritu de penitencia para que anunciase a los hombres la venida del Mesías, disponiendo los ánimos de todos para recibirlo dignamente; yo os ofrezco, Padre mío, los merecimientos de este vuestro favorecido amigo, y los de vuestro anunciado fidelísimo siervo San Cayetano, a quien desde su primera infancia

infundisteis singulares privilegios y gracias, con su espíritu de penitencia tan continuada, que lejos de permitir a su cuerpo el menor alivio ni descanso, maceraba sus inocentes carnes con duras y ásperas penitencias, disponiéndose por este medio a recibir dignamente el cuerpo y sangre del Cordero Inmaculado: Yo os suplico, Padre mío de mi alma, que por su intercesión me concedáis vivos y eficaces deseos de mortificar todas mis pasiones y sentidos, para que negado a todo lo que pueda lisonjear el apetito, aspire sólo a conseguir vuestra gracia, para recibiros con la disposición debida, y lo que pido en esta Novena, si ha de ser para honra vuestra y gloria de Dios. Amén.

D í a t e r c e r o

Dios y Señor de los Patriarcas, a quienes pusísteis por gobernadores de vuestro escogido pueblo, con la noble idea de conducirlo al delicioso país de la tierra prometida. Yo os ofrezco los merecimientos de estos primitivos Padres del antiguo testamento, y los de vuestro portentoso siervo San Cayetano, a quien hicisteis

insigne patriarca, fundador de un instituto apostólico, para la reforma del clero, admiración asombrosa de los Padres de la Iglesia, y un continuo milagro de vuestra soberana Providencia. Yo os suplico, Padre mío, que por su intercesión me concedáis un espíritu de acertada dirección y ejemplar gobierno, para que caminando con seguridad por la peligrosa senda de este mundo, consiga enderezar mis pasos, fijando siempre la vista en el Reino de los Cielos, y lo que pido en esta Novena, para honra vuestra y provecho de mi alma. Amén.

D í a c u a r t o

Dios y Señor de los Apóstoles, a quienes comunicásteis el vivo fuego del Espíritu Divino para que, derramándolo con la predicación por todo el mundo, propagasen vuestra santa fe y reformasen las corrompidas costumbres de aquel siglo. Yo os ofrezco los merecimientos de estos sagrados ministerios y los de vuestro escogido de un carácter verdaderamente apostólico, extendiendo por toda Italia la doctrina de vuestro Santo Evangelio, y

logrando tan copiosos frutos en la conversión dei nnumerables criaturas, que mereció la gloria de ser distinguido con el excelso renombre de "Cazador de las almas". Os suplico un ardiente deseo de reformar la mala conducta de mi vida, y que todos mis pensamientos, acciones y palabras inspiren en todos mis prójimos edificación y buen ejemplo, y me otorguéis lo que os pido en esta Novena, para mayor honra vuestra y bien de mi alma. Amén.

D í a q u i n t o

Dios y Señor de los doctores, a quienes iluminásteis con el precioso don de vuestra infinita sabiduría, para que con su doctrina sacasen a los hombres del triste estado de la ignorancia a la hermosa y clara luz de una segura inteligencia: Yo os ofrezco los merecimientos de estos sapientísimos maestros, y los de vuestro iluminado siervo San Cayetano, en quien derramásteis los tesoros de vuestra celestial doctrina, para disipar y confundir los perniciosos errores de la secta Luterana, confesando el mismo caudillo de tan formidable legión ser sólo Cayetano y su

nuevo instituto quienes le habían presentado la más espantosa guerra. Yo os suplico, Padre de las misericordias, que por su poderoso medio imprimáis en mi alma vuestro santo temor como origen y principio de la verdadera sabiduría, y medios necesarios para buscar vuestro reino y vuestra justicia, y lo que solicito en esta Novena, si es para gloria vuestra y provecho de mi alma. Amén.

D í a s e x t o

Dios y Señor de los mártires, a quienes armásteis con el invencible escudo de vuestra fortaleza, para resistir en los tormentos la inhumana impiedad de los más crueles tiranos. Yo os ofrezco los merecimientos de estos invictos varones, y los de vuestro paciente y fidelísimo siervo y protector mío, San Cayetano, cuya heroica fortaleza arrebató la admiración de toda Roma, cuando en el estrecho trance de un general saqueo, el sacrílego furor de unos soldados quiso apoderarse de su inocente cuerpo, para someterlo a crueles tormentos. Yo os suplico que por su invicta paciencia y por su intercesión me concedáis un espíritu de fortaleza para resis-

tir con cristiana conformidad los trabajos y adversidades de esta mortal vida, y lo que solicito en esta Novena, si ha de ser para mayor honra y gloria vuestra y bien de mi alma. Amén.

D í a s é p t i m o

Dios y Señor de los Ángeles, a quienes creásteis puros espíritus, destinándolos en los consejos de vuestra adorable Providencia para nuestros custodios, y conducirnos en sus manos, a fin de que no recibamos ofensa alguna en la carrera de esta vida: Yo os ofrezco los merecimientos de estos vigilantísimos espíritus, y los de vuestro castísimo siervo San Cayetano, por cuya virtud fué llamado copia de angelical pureza, logrando que innumerables almas poseídas del vicio de la torpeza, se transformasen en nuevas criaturas, conducidas de su familiar trato, poderoso ejemplo y consejos: Yo os suplico, que por su intercesión me concedáis el precioso don de esta virtud angélica, para lograr libre entrada en vuestro reino, y lo que pido en esta Novena, si ha de ser para gloria vuestra y provecho de mi alma. Amén.

Día octavo

Dios y Señor de los Serafines, a quienes distinguísteis de los nueve coros de ángeles que componen vuestro trono, con la singular excelencia de abrasados espíritus, para que sin cesar os alaben y bendigan cantando: Santo, Santo, Santo. Yo os ofrezco los merecimientos de estos espíritus bienaventurados, y los de vuestro amantísimo siervo San Cayetano, a quien comunicásteis un fuego tan activo de vuestro soberano amor, que mereció formáseis de sus mismos brazos un trono donde se dignó descansar vuestra Madre Santísima, manifestando al mundo con tan singular privilegio, ser Cayetano sagrada víctima en vuestro amoroso incendio: Yo os suplico que por su intercesión merezca ser prevenido de una gracia eficaz, para que, libre de todo lo terreno, viva siempre íntimamente unido con Vos y consiga lo que pido en esta Novena, si ha de ser para vuestra mayor gloria, utilidad y provecho de mi alma. Amén.

Día noveno

Omnipotente Dios y Señor, a cuyo imperio obedecen, se humillan y tiemblan todas las potestades del mundo, como hicisteis con Faraón, a un ligero impulso del aliento de Moisés, para librar a los israelitas de la dura y áspera esclavitud que padecían, obrando a este efecto infinitos prodigios y milagros: Yo os ofrezco los merecimientos de este generoso caudillo y afligido pueblo, y los de vuestro singularísimo siervo San Cayetano, a quien dispensásteis tanta gracia en obrar milagros, y sacar a sus devotos de las más graves angustias y conflictos, que ninguno ha de recibir un despacho favorable si con viva fe no implora su especial protección y poderoso patrocinio: Yo os suplico que por su intercesión me concedáis el consuelo y socorro en las necesidades espirituales y corporales, para que renovando cada día los santos propósitos de la enmienda de mi vida, logre la dicha de merecer vuestra gracia, y ser conducido después de una muerte preciosa a las eternas delicias de la gloria. Amén.

NOVENA

en honor del

GLORIOSO SAN ROQUE

Por la señal de la Santa Cruz, etc.

Acto de contrición, etc.

ORACIÓN PARA EMPEZAR TODOS LOS DÍAS

Oh, Dios omnipotente, que diste a vuestro siervo San Roque, el don inestimable de la protección del cielo a favor de los enfermos y como remedio a las pestes y calamidades que en todo tiempo habría de sufrir la humanidad como justo castigo de sus pecados, yo os adoro con rendimiento y os amo con plenitud de amor; y quisiera, Señor mío, copiar en mí todas las virtudes que adornaron el alma buena y angelical de nuestro protector y médico San Roque, para atraer sobre mi corazón el rocío de las gracias del cielo y la abundancia de vuestros divinos dones. Reconozco humildemente, que, por mi culpa, carezco del tesoro de virtudes que debiera poseer mi corazón, para atraer vuestras

divinas gracias, mas por eso mismo os presento los méritos de vuestro siervo San Roque, mi celestial protector, para que por su especial intercesión, logre mi alma los dones del cielo y mi cuerpo los de la tierra, en cuanto ellos me ayuden para mejor servirlos; y especialmente, el don de la salud, del que prometo haceros el mejor uso, con vuestra divina asistencia. Así sea.

JACULATORIAS, PARA TODOS LOS DÍAS

—Glorioso San Roque, protector de las enfermedades del alma, interceded con Dios para que siempre me conserve sano de la dolencia espiritual del pecado.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

—Glorioso San Roque, protector de la salud de los cuerpos, interceded con Dios para que sane de las enfermedades físicas o me preserve de ellas, si así conviene para su gloria y mi mayor provecho espiritual.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

—Glorioso San Roque, abogado celestial a favor de vuestros fieles devotos, interceded con Dios para que libres de las

enfermedades del alma del cuerpo, vivamos santamente y muramos en gracia.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

—*Pídase la gracia especial que por intercesión de San Roque se quiere conseguir en esta Novena.*

Día primero

Bienaventurado San Roque, ejemplar perfecto de todas las virtudes y modelo acabado de santidad, cuya fe resplandeció en el firmamento de vuestra alma con una luz esplendorosa, que iluminó vuestro espíritu en el conocimiento de Dios. Ruégoos, Santo mío, que acrecentéis en mí la fe en Dios y en sus divinos misterios, para que conociéndole mejor, más ardientemente le ame. Así sea.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

Vedme aquí, arrodillado a vuestros pies, glorioso y especial protector mío, San Roque, con el inmenso interés de conseguir vuestros celestiales favores. No ignoráis mi fe en vuestro poder divino y mi esperanza en el querer con que correspondéis a los que os aman y son vuestros devotos. Esa fe y esa esperanza en nuestro vali-

miento ante Dios son las que me estimulan a implorar una vez más los beneficios celestiales y terrenos por vuestra santa intercesión. Ayudadme a servir a Dios con aquella prontitud y generosidad con que vos respondísteis al llamamiento del Señor y con la misma correspondencia a la gracia divina, que os hizo merecedor de los más exquisitos dones del Espíritu Santo. Que como vos yo me sepa considerar en este mundo como un peregrino, que no tiene patria en la tierra, sino que debe con la penitencia y la oración dirigir sus pasos por las sendas y las rutas del espíritu que conducen al cielo. Que como vos, pase yo por este mundo derramando el bien y la caridad a manos llenas, consolando a los tristes, cuidando a los enfermos, dando buen ejemplo con las palabras y con las obras a todos. Que como vos sepa yo recibir con resignación y paciencia las enfermedades del cuerpo y las ingratitudes de los demás, para merecer también como vos y por vos el milagro de la salud, si conviniera para la gloria divina y provecho del alma. Y, en fin, hacedme la gracia, santo bendito, que siguiendo vuestros pasos e imitando vuestras virtudes en la tierra, obre en mí el

Señor sus maravillas, llamándome un día a gozar, junto con vos, de la eterna bienaventuranza de los cielos. Así sea.

D í a s e g u n d o

Señor, que desde la caída del hombre y a través de todos los Libros Inspirados quisísteis depositar en el corazón de la humanidad la santa esperanza, como el mejor estímulo para el bien, para la virtud, para el amor; que vuestra semilla produzca en mí, pronto, la bella flor de la esperanza. Y vos, glorioso San Roque, modelo de abandono en las manos de Dios infundidme esa santa virtud, para que en medio de todas las penas y aflicciones, con que Dios quisiera probarme, siempre me mantenga la esperanza del favor divino. Así sea.

D í a t e r c e r o

Glorioso San Roque, ardiente y fino amante de Dios, enseñadme a amar en la medida de vuestro amor. Que nunca el amor terreno me aparte del divino, sino más bien que las finezas del sumo Bien apaguen en mí las ansias del bien terre-

nal. Que vuestra devoción encienda y avive en mí las llamas del verdadero amor y de la verdadera caridad, y ella me estimule a obrar actos cuya generosidad sea la mejor prueba de la correspondencia afectiva al amor divino. Así sea.

D í a c u a r t o

Humildísimo San Roque, para quien las alabanzas de los hombres fueron vuestro mayor tormento, y os hacían huir en continuo caminar hacia regiones donde nadie os conociera, infundidme un gran temor al orgullo y a la soberbia, que nunca se complazca mi corazón en los halagos y alabanzas del mundo, más bien que mi amor a la santa humildad me infunda deseos de una vida desconocida y retirada a los ojos de los hombres, para ser reconocido y glorificado por Dios en el cielo. Así sea.

D í a q u i n t o

¡Oh, santo penitente, peregrino predicador de la mortificación, glorioso San Roque! Vuestra vida, vuestras obras y el mismo hábito que os cubre me hablan e invitan a seguir los caminos de la penitencia. Por otra parte mis culpas, mis in-

fidelidades a Dios, mis muchos pecados están exigiéndome penitencia. Ruégoos, Santo mío, me infundáis el valor suficiente para imitaros en este aspecto de vuestra vida, y conseguir así el perdón de mis culpas. Así sea.

D í a s e x t o

Amadísimo San Roque, protector mío, ¡cuán gran verdad es que si frecuentemente no consigo el logro de mis deseos y la salud de mi cuerpo, es porque desobediente a los mandatos divinos, tengo ofendido y enemistado a Dios, fuente de salud, manantial de todas las gracias! Haced valer vuestra influencia ante Dios para devolverle a mi amistad y dadme un corazón dócil a las inspiraciones divinas, Así sea.

D í a s é p t i m o

Amadísimo San Roque, especial protector mío, vuestra vida de pobreza voluntaria me alecciona y vuestro generoso renunciamiento me estimula a seguir, en la posibilidad de mis escasos medios, vuestros admirables ejemplos. Arrancadme del desordenado apego a los bienes terrenos, e infundidme amor al sacrificio y a la

pobreza de espíritu. Jesús dió el divino ejemplo y vos le imitásteis; haced que yo también os siga por el camino de las renunciaciones hacia la posesión del tesoro divino y de la gloria eterna. Así sea.

D í a o c t a v o

Purísimo Santo, a cuyos pies, de rodillas, imploro la preciosa virtud de la pureza. Bien sé que es ardua su conquista y fácil su quebranto, pero es bella, y es llave de los cielos, y es espejo donde gusta proyectar su imagen Dios Inmaculado, y por eso mismo, pongo mayor fervor en las plegarias, para que por vuestros méritos e intercesión consiga la virtud tan amada de la santa pureza. Así sea.

D í a n o v e n o

Glorioso protector mío, San Roque, en este postrer día del Novenario, me arrojo ante vuestra imagen, que se me ofrece a la vista radiante de hermosura celestial, y me dan ganas de imitaros en todo, para gozar como vos, también, un día, de la bienaventuranza de los cielos. Mucho quiero el bien del cuerpo, pero más esti-

mo la salud del alma. Sed mi médico celestial y por Vos me lleguen del cielo las gracias del alma y los bienes del cuerpo, si éstos no han de ser inconvenientes para mejor servir a Dios. Así sea.

LAS INDULGENCIAS

El pecado es *grave* (*mortal*) o *leve* (*venial*).

El pecador *grave* lleva consigo la pena eterna (infierno) y otras penas temporales.

La *pena eterna* se perdona juntamente con el pecado grave.

La *pena temporal* se perdona a) parte de ella juntamente con el pecado (esto depende del fervor, de la devoción, del arrepentimiento, de la preparación con que uno recibe el sacramento de la confesión; b) por medio de la penitencia sacramental (que el sacerdote da en la Confesión); c) por penitencias voluntarias; d) por las tribulaciones de esta vida (enfermedades, desgracias, disgustos, sufridos con paciencia); e) por las Indulgencias; f) en el Purgatorio después de la muerte.

Los primeros cristianos trataban de conseguir el perdón de las penas temporales por medio de penitencias voluntarias y públicas, impuestas por sus obispos, quedando, por ejemplo, durante la misa parados o arrodillados a la puerta de la iglesia por espacio de algunos días, meses o años, según la gravedad del pecado.

Sucedió que un mártir, en vísperas de su muerte, mandó a un obispo una carta del tenor siguiente: "Os ofrezco mi martirio, pidiéndoos que en cambio perdonéis a mi amigo la peni-

tencia pública que le quede aún por satisfacer". Aceptó el obispo la ofrenda; perdonó al amigo del mártir la penitencia, ofreciendo en cambio a Dios los méritos del mártir; al amigo del mártir le quedaban perdonadas las penas temporales que hubiera satisfecho por la penitencia. Este era el primer caso de indulgencia. El hecho se repetía, y así quedó introducida en la Iglesia la práctica de hoy.

Indulgencia es la remisión de las *penas temporales* que, después de la remisión de los pecados en la confesión, nos concede la Iglesia fuera del Sacramento.

Dios perdona el pecado, pero no siempre los *castigos temporales*, merecidos por el pecado.

Hay *Indulgencias Plenarias*, que perdonan *todas las penas* merecidas por los pecados ya perdonados.

Indulgencias parciales, que perdonan solamente una *parte* de esas penas.

Indulgencia de 100 días, por ejemplo, es el perdón de tanta pena temporal, cuanto se habría alcanzado, practicando durante 100 días las penitencias prescritas por las antiguas leyes de la Iglesia.

Indulgencia de 7 años, etc.

Indulgencia de 100 días *una vez*; se puede ganar una sola vez al día rezando la oración que está enriquecida de esta indulgencia.

Indulgencia de 100 días t. q. (*toties quoties*): se puede ganar cada vez que uno rece la oración indulgenciada.

Condiciones para ganar las indulgencias:

1. Hay que estar en estado de gracia santificante.

2. Hay que practicar con puntualidad las oraciones u obras prescriptas.
3. No se debe intercalar ni omitir nada en las oraciones.

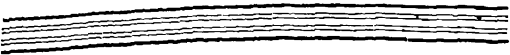
Oraciones por la intención del Sumo Pontífice

Según la Sagrada Penitenciaria Apostólica (Decreto del 20 de Septiembre de 1933), es suficiente el rezo de un Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri, aunque cada uno puede rezar la oración que guste, a tenor del canon 934, a no ser que se prescriba una determinada. Para el lucro de las indulgencias plenarias *toties quoties* (que se pueden ganar cuantas veces se haga el ejercicio), se debe rezar en cada visita seis Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patri. Esto se aplica a la indulgencia de la Porciúncula, del día de Difuntos y otras parecidas. (S. Penit. Apost., 26 de noviembre de 1936).

ORACION A LA PAZ

¡Oh! Dios autor y amante de la paz; conocerte es vivir y servirte es reinar, protege, pues, contra toda embestida a los que te suplican, para que cuantos confiamos en tu defensa seamos libres del temor de todo ejército. Por Cristo Señor nuestro. Así sea.

(Indulgencia de tres años cada vez y Plenaria, confesando, comulgando, visitando alguna iglesia en la que se ore por las intenciones del Sumo Pontífice, siempre que la oración anterior se rece devotamente durante un mes íntegro).



CANTICOS RELIGIOSOS

H I M N O

del Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires (1934)

*CORO: ¡Dios de los corazones,
sublime Redentor
domina a las naciones
y enséñales tu amor!*

Señor Jesucristo,
que en la última Pascua
tu sangre divina
diste antes de darla:
tu cuerpo y tu sangre
deseamos con ansias...
¡En dónde está el Cuerpo,
se juntan las águilas!

Conocen tu nombre
la urbe y el río,
la línea que es Pampa
y el germen que es trigo.
Y cálidas notas
de timbre argentino
saludan tu hechura
de Dios escondido.

Pasearon el Corpus
por nuestros solares
los hombres que luego
fundaban ciudades
y abrían los surcos
para los trigales...
(Espigas dan hostias,
y leños, altares).

Bandera, tu cuerpo
fué en la azul atmósfera,
y el cáliz dorado
fué el sol de la gloria.
Antes que el arado
rompiera la costra,
de la tierra virgen
se elevó tu Forma.

Rey manso, que sellas
la tierra argentina
con el sello blanco
de la Eucaristía;
la Patria se aroma
de incienso de misas:
Tú rozas los labios
y alientas las vidas.

En torno a tu mesa,
cien pueblos y razas
nutrió de infinito
tu oculta substancia.
Pequeñez inmensa,
que, multiplicada,
es pan para el hambre
de todas las almas.

¡Oh María, Madre mía!

*CORO: ¡Oh María, Madre mía!
¡Oh consuelo del mortal!
Amparadme y guiadme
A la patria celestial.*

Con el ángel de María
Las grandezas celebrad,
Transportados de alegría
Sus finezas publicad.

Salve, júbilo del cielo,
Del excelso dulce imán;
Salve, hechizo de este suelo,
Triunfadora de Satán.

Quien a ti ferviente clama,
Halla alivio en el pesar,
Pues t unombre luz derrama,
Gozo y bálsamo sin par.

De sus gracias tesorera,
Te ha nombrado el Redentor;
Con tal Madre y medianera
Nada temas, pecador.

Pues te llamo con fe viva,
Muestra, oh Madre, tu bondad;
A mí vuelve, compasiva,
Esos ojos de piedad.

Hijo fiel, quisiera amarte,
Y por ti solo vivir;
Y por premio de ensalzarte,
Ensalzándote morir.

Alabado sea el Santísimo

Alabado sea el Santísimo
sacramento del altar,
y la Virgen concebida
sin pecado original.

Celebremos con fe viva
este pan angelical,
y la Virgen concebida
sin pecado original.

Es el Dios que da la vida
y nació en el portal,
de la Virgen concebida,
sin pecado original.

El manjar más regalado
de este suelo terrenal,
es Jesús Sacramentado,
Dios eterno e inmortal.

Oh Jesús, todo lo puedes,
siendo pródigo en amor,
bien vendrás como Tú sueles,
viéndome en tan gran fervor.

Te adoramos. Hostia divina,
te adoramos, Hostia de amor.
Tú del Ángel eres delicia,
tú del hombre eres honor.

Tú del fuerte eres dulzura,
tú del débil eres vigor.
En la vida eres consuelo,
en la muerte dulce solaz.

A Dios queremos

A Dios queremos, Virgen María,
llena los votos del corazón,
a Ti llamamos, oh Virgen pía,
escucha ¡oh Madre! nuestra oración.

Bendice ¡oh Santa Madre!
la voz de nuestra fe:
¡A Dios queremos, es nuestro Padre;
a Dios queremos, es nuestro Rey!

A Dios queremos, nuestra plegaria
repita el cielo, la tierra, el mar;
suene en la playa más solitaria
donde se eleva el cristiano altar.

A Dios queremos en la enseñanza,
porque la infancia desde su albor,
lleve en su alma Fe y Esperanza
y a Jesús ame ,su Redentor.

A Dios queremos en la familia,
Dios en las almas de nuestro amor;
píos y castos sean los hijos,
y a Dios den todos gloria y honor.

A Dios queremos en las costumbres,
Dios en el pueblo, Dios en la Ley
bajo su imperio seremos grandes,
libres del yugo de Lucifer.

Cantemos al amor de los amores.

Cantemos al amor de los amores,
Cantemos al Señor;
¡Dios está aquí! Venid, adoradores,
Adoremos a Cristo Redentor.

*CORO: ¡Gloria a Cristo Jesús!
¡Cielos y tierra bendecid al Señor!
¡Honor y gloria a ti, Rey de la gloria!
Amor por siempre a ti, Dios del amor.*

Unamos nuestra voz a los cantares
Del coro celestial.
¡Dios está aquí! Al Dios de los altares
Alabemos con gozo angelical.

Los que buscáis solaz en vuestras penas
Y alivio en el dolor.
¡Dios está aquí! y vierte a manos llenas
Los tesoros del divinal dulzor.

Que abraze nuestro ser la viva llama
Del más ferviente amor;
¡Dios está aquí, está porque nos ama
Como Padre, Amigo y Bienhechor.

Cantemos al Amor de los Amores,
Cantemos sin cesar:
¡Dios está aquí! venid, adoradores,
Adoremos a Cristo en el Altar.

Salva al Pueblo Argentino, Corazón de Jesús

*Cristo Jesús: en Ti la patria espera
Gloria buscando, con intenso ardor
Guíala Tú, bendice su bandera,
Dando a su faz magnífico esplendor.*

CORO: *¡Salve, divino foco de amor!
¡Salva al Pueblo Argentino,
Escucha su clamor!
¡Salva al Pueblo Argentino,
Sagrado Corazón!*

*¡Oh! Corazón de caridad venero,
Lejos de Ti no espera salvación;
Salva su Honor, arroja a su sendero
Luz inmortal, destello de tu amor.*

*Siempre jamás nuestra Nación creyente
Jura ante Dios su pabellón seguir,
Sólo ante Ti la polerosa frente
Inclinará sus votos al cumplir.*

*Brille la paz en su bendito suelo,
Brille tu amor en su virgínea faz;
Marche, a tu luz, a conquistar el cielo,
¡Patria feliz, que jura a Dios amar!*

*Dicha y honor disfruten los hogares
Donde la imagen de tu pecho esté;
Digna piedad circunde los altares
Flor celestial de la cristiana fe.*

*Dulce Jesús; poblados y desiertos
Piden, al par, tu sacra bendición;
Duerman en paz nuestros queridos muertos;
Salva al hogar, la patria y religión.*

Terminado de imprimir el día 2 de
Enero de 1962 para Editorial
San Luis, Avellaneda 1403, Bernal,
Provincia de Buenos Aires en la
Imprenta Taragüí, W. Villafañe 300,
Capital Federal, República Argentina